

DAD A
CIÓN C



EL

SACERDOCIO



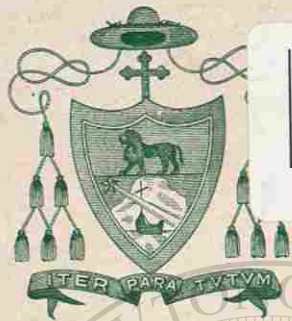
BX1912

S2

V. 1

C. 1

009437



1080021479

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

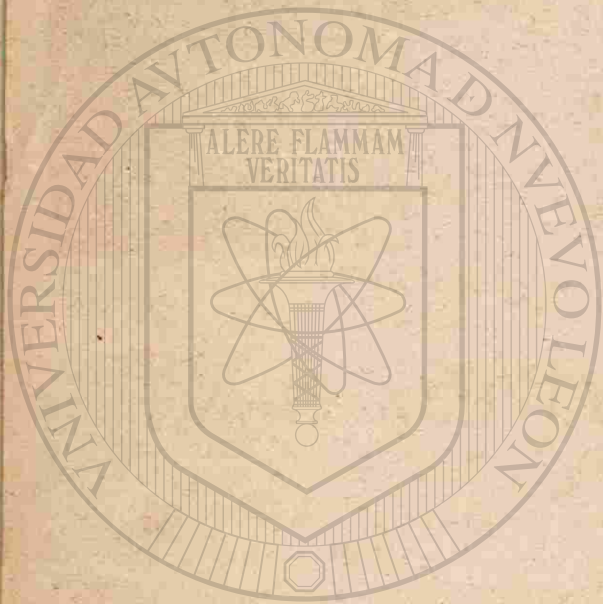


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL SACERDOCIO

Y

LA CIVILIZACION

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL SACERDOCIO
Y LA
CIVILIZACION

6 SEA

VINDICACION DEL CLERO CATHOLICO

OBRA ORIGINAL

COMPUESTA POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIASTICOS

REVISADA, CORREGIDA Y CENSURADA

Por Don Atilano Melguizo

VICARIO GENERAL APOSTOLICO DEL ORDEN DE S. BERNARDO EN LA
CONGREGACION DE CASTILLA Y LEON



TOMO PRIMERO

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

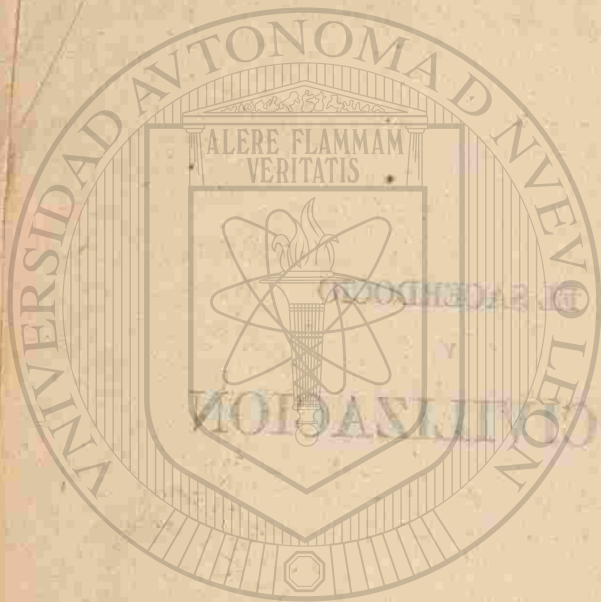
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca de Tellez

MEXICO

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE
Calle de Cadena número 13

1858

45941



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BX 1912

52

v. 1

EL BACARDIO



FONDO DIAETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

14334

PRÓLOGO.

HACE mucho tiempo que la impiedad y la maledicencia han cebado sus furores sanguinarios y sus lenguas maldicientes, fulminando dieterios contra el clero y ensañándose en los ungidos del Señor con el mayor encarnizamiento, vomitando contra ellos toda clase de invectivas y calumnias, acusándolos de avaros, crueles, sanguinarios, hipócritas, inhumanos, presentándolos á la abominacion y desprecio público, atribuyéndoles cuanto malo existe, desde la ignorancia hasta el crimen, pintándolos revestidos de un egoismo criminal, que todo lo sacrifica á su orgullo; patria, amigos, y hasta la misma religion: egoismo que

009437

hace servir á su engrandecimiento todos los elementos, todos los resortes de la sociedad; que sabe sacar partido en beneficio suyo de las ciencias, de las artes y de todos los manantiales de prosperidad de los pueblos; que abusando de la religion, la hace instrumento de fines siniestros, y se vale de ella para alucinar los ricos y los pobres, los reyes y los pueblos; egoismo, en fin, que les ha hecho monopolizar las ciencias, con el depravado intento de encubrir entre la ignorancia sus maldades, y de que adormecidos en su letargo los humanos, no conozcan el mal que les aqueja, y besen los hierros que los oprimen.

Tal es la marcha adoptada por la impiedad para vilipendiar al clero; pero esta conducta no es nueva. Muy al principio del cristianismo esgrimieron estas armas los gentiles contra el sacerdocio cristiano, y ellas fueron las que condujeron á las cárceles, á los potros, á las hogueras, millones de cristianos: ellas fueron las que los espusieron al ludibrio público, las que dictaron y dieron impulso á las persecuciones. Las primeras apologías de la Iglesia, están encaminadas ya á defender al cristianismo de estos ataques. Milciades, Justino, Clemente de Alejandría, Atenágoras, Tertuliano, todos los apologistas, en fin, encaminan sus escritos á vindicar de la nota de ignorantes, crueles, falaces, hipócritas y desnaturalizados á los cristianos; en todas sus obras se tienen que combatir las

feas notas de enemigos del César, del Estado, de la humanidad y de la ilustracion, con que sus perseguidores los calumniaban, y esponian su nombre al desprecio del mundo y al vilipendio de los hombres; y sin embargo, estos ilustres campeones, anonadan las calumnias, vencen á sus enemigos, triunfan de sus imposturas; pero acallan por un momento la gritería, y la maledicencia mas exasperada con la humillacion de la derrota, no domada con el vencimiento sino mas y mas irritada: si por un momento permanece lejos del campo de su ignominioso combate, es para cobrar nuevos bríos, y esperando la ocasion oportuna de empuñar las armas y presentarse en la arena, para vengar su ignominia y baldon.

Así fué, que el infierno infatigable siempre para suscitar enemigos á la escelsa hija del Altísimo, tan luego como se anuncian las herejías, pone en manos de los sectarios, en sus lenguas y en sus plumas las mismas armas; los hace servirse de las mismas calumnias y fulminar las mismas acusaciones, si bien presentándolas con diferentes colores, recargando sus negras tintas, y dando diverso giro á las frases, hermanándolas con el gusto de la época, sin adelantar nada en el fondo ni en la esencia, sirviéndose del estilo para presentarlas con novedad; sin embargo, en este nuevo combate, no salió mejor parada la impostura, no triunfó la impiedad; del seno del sacerdocio se levantan

tan hombres ilustrados, que hacen penetrar la voz de la verdad en los palacios de los poderosos, y en las cabañas del pobre, que la hacen tronar en público y en secreto, en las calles, en las plazas y en los campos, elevándolas sobre las ruinas de la mentira, al trono de que jamas descenderá, al altar, que si por un momento puede velar la ignorancia entre el humo de sus negras sombras, al fin llega el dia en que apareciendo con todos sus resplandores el sol, deshace sus tinieblas, y la deja ver en toda su esplendidez, en toda su claridad, en el apogeo de su hermosura. Los concilios se reunieron, los obispos y los sacerdotes combaten en este palenque; la verdad triunfa, la Iglesia decide, los fieles obedecen, y la impiedad avergonzada, va por segunda vez á ocultar su negra faz á los profundos antros del abismo, de donde no debió salir jamas. Tampoco este nuevo triunfo sirve para desengañarla.

El orgullo se doma, pero rara vez se consigue aniquilarlo. El vencimiento le humilla, pero no le abate; la soberbia, una vez enseñoreada del corazón, es difícil arrancarla su posesion; y así es que la impiedad fundamentada en la vanidad, en el orgullo, á que sirven de bases la ambicion y la soberbia humillada segunda vez, no se declaró vencida, y aprovechó esta tregua, para prepararse á nuevas lides, y presentarse de refresco al combate con nuevos auxiliares. Lutero, Calvino, Hus

y demas heresiarcas aparecen en la arena, pero sus armas con respecto al sacerdocio son las mismas que esgrimieron los anteriores; sin embargo, ellos tan humanos, tan filántropos, tan caritativos, amotan los pueblos y ponen en combustion y desórden la Europa; hacen prosélitos, esparcen escritos, predicán, arguyen, y el clero fiel, el clero católico, blanco de sus ataques, acude en defensa de la religion y suya propia, haciendo esclarecer la verdad, y vindicándose de las calumnias de que fueron objeto, de los dictérios que contra ellos se lanzaron, de las invectivas con que los injuriaban y escarnecian.

Los siglos adelantan, el tiempo corre, y en su movimiento continuo marca el curso de los acontecimientos. En paz la Iglesia, parece que nadie debia ya disputar su trono á la verdad, su imperio á la religion; pero la impiedad se preparaba, la impostura y la calumnia afilaban sus armas para presentarse de nuevo en la arena. El siglo XVIII aparece, y en él y en el presente el ataque mas encarnizado se ha dirigido contra el clero: nada se ha perdonado para desprestigiarle, nada para perseguirle; sátiras, historias, novelas, todo se ha puesto en juego; se le ha herido en su reputacion, en sus intereses, en sus personas; se le ha llevado á los gimnasios y á los teatros; se han puesto en duda los beneficios de su institucion en las academias y ateneos, se han descono-

cido sus méritos, se ha hecho un capítulo de acusación de sus servicios; á todo cuanto bueno ha hecho se le ha atribuido un fin particular, sus intenciones se han interpretado del modo mas siniestro, y no ha quedado crimen que no se le haya atribuido.

Blanco del furor de la calumnia y de los ataques de la impostura, ha sufrido con religiosa resignacion, defendiéndose sin faltar á la caridad, porque tiene presente que está escrito que en todas nuestras acciones debe resplandecer esta virtud, que es la que anima á las demas, y sin la cual no somos hijos verdaderos de Jesucristo; pero este modo de defenderse se ha atribuido á cobardía y falta de razon, porque el impío, incapaz de caridad, lleno de orgullo y vanidad, no comprende que estas virtudes, de que es incapaz, puedan albergarse en las almas de los demas; y así las acciones que las revelan en otros reciben interpretaciones siniestras y desfavorables en sus juicios, interpretaciones que vomitan sus lenguas, que retratan sus plumas y reverberan sus escritos; interpretaciones que hacen correr por todas partes, que llevan á las plazas y á los teatros, á los paseos, á las aulas y las tertulias, y que matizadas con sales picantes, con sátiras, con cuentos, hacen cundir por todas partes y las propagan en la sociedad, haciéndolas admitir del vulgo ignorante que fascinan con mentidas promesas, con

halagüeñas esperanzas, con lisonjeras ilusiones de un porvenir dichoso, cuya felicidad jamas verán, porque está escrito que la felicidad consiste en la verdadera virtud, hija legítima de la religion que ellos insultan, de esa religion divina que ellos escarnecen, de esa religion sacrosanta que vilipendian y desconocen.

Como quiera que uno de los caracteres de los impíos de nuestro siglo, acaso el mas eminente, sea la hipocresía, ellos se proclaman religiosos, aparentan respeto á la religion y veneracion á sus ministros; pero entre sus palabras laudatorias se desliza el veneno, y bajo el pretexto de corregir abusos esparcen la calumnia y hacen circular la impostura, atacando á los sacerdotes y presentándolos degradados y corrompidos á la execracion pública, al desprecio del pueblo: necesario es que el clero vea en estos y diga de ellos "este pueblo me honra con sus labios, mas su corazon está muy distante de mí;" y no solamente del clero sino tambien de la religion, puesto que la insultan y escarnecen en sus ministros; puesto que separan las almas del redil del buen pastor, de la unidad de la Iglesia, de la obediencia del Vicario de Jesucristo en la tierra, que es su cabeza visible, al que fué entregado el cuidado de sus hijos, al que con la infalibilidad de Pedro fué concedido el derecho de decidir en el dogma, la moral y la disciplina, y es al primero que insultan, al primero

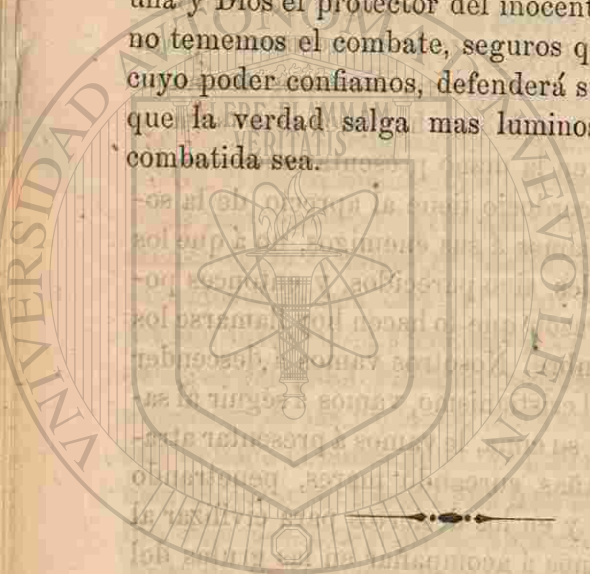
que atacan, al que mas escarnecen, porque saben muy bien que herido el pastor se extravian las ovejas, y estraviadas puede mejor el lobo de la impiedad cebarse en ellas.

Conociendo cuánto se ha escrito contra el clero, habremos de vindicarlo en esta obra; porque ya hace algunos años que la maldad y la impudencia han cebado sus lenguas maldicientes fulminando contra él las calumnias mas crueles y las imposturas mas groseras, presentándole á la faz del mundo como el enemigo mas implacable de sus sagrados derechos, como el autor de cuantos males han invadido la sociedad, y en una palabra, como el genio del mal que meciéndose sobre la atmósfera de las naciones, agita sus alas tenebrosas, detiene el curso de la civilizacion, ahoga los mas nobles instintos del hombre, sus mas dulces inspiraciones, sus pensamientos mas luminosos, y ávido de dominacion, lleno de soberbia, camina á tiranizar todas las almas, á esclavizar todos los espíritus, celando con el velo de la ignorancia los ingenios para despotizar á los mortales. Así la palabra SACERDOTE, tan querida, tan venerada de nuestros padres, ha venido á ser en nuestros dias sinónimo de ignorante, déspota, enemigo de la civilizacion y egoista: á su voz se han trastornado los Estados y se han degradado los hombres; al soplo de su aliento mefítico la antorcha del saber se ha extinguido, y á las ruedas del carro triunfal

de su fanatismo, ha gemido encadenada la ilustracion del mundo.

Sin embargo, nada es mas absurdo, y tiempo era ya de que una voz amiga sacase al mundo del error en que le tienen los enemigos del clero, é hiciese ver la verdad en toda su hermosura para confusion de los detractores. Nosotros tomamos hoy sobre nuestros débiles hombros esta tarea, y con la historia en la mano presentaremos los títulos que el sacerdocio tiene al aprecio de la sociedad, y desafiamos á sus enemigos, no á que los presenten iguales, sino parecidos, y entonces podrán con mas razon que lo hacen hoy llamarse los amigos del hombre. Nosotros vamos á descender al principio del cristianismo, vamos á seguir al sacerdocio desde su cuna, le vamos á presentar atravesando montañas, surcando mares, penetrando en los bosques y en los desiertos para civilizar al hombre; le vamos á acompañar en las grutas del salvaje, en la mazmorra del esclavo, en el palacio del soberano, en los aspillerados alcázares del señor feudal y en la humilde cabaña del colono, y siempre para bien de sus hermanos, siempre para consuelo de los afligidos, para alivio de los pobres, abogando por el débil y haciendo triunfar la causa de la humanidad: de este modo haremos ver para oprobio y vergüenza de los calumniadores, que libertad, ilustracion, ciencias, artes é industria, todo se lo debemos al clero, y se lo ha-

remos ver sin miedo de que nos contradigan: este es el objeto que nos proponemos en el *Sacerdocio y la Civilizacion*; tal vez sus plumas sean mas elocuentes que la nuestra; pero como la verdad es una y Dios el protector del inocente perseguido, no tememos el combate, seguros que el Señor, en cuyo poder confiamos, defenderá su causa y hará que la verdad salga mas luminosa cuanto mas combatida sea.



EL SACERDOCIO

Y

LA CIVILIZACION.

CAPITULO I.

ESTADO DEL MUNDO A LA VENIDA DE JESUCRISTO.

Vamos á tomar sobre nuestros débiles hombros el ímprobo trabajo de escribir, no la historia de un poderoso, que circundado del esplendor del solio, ceñido con la aureola del poder, deslumbrando al mundo que desprecia y considera criado para satisfacer sus caprichos y contribuir á sus placeres, desvanece con su opulencia y con su gloria á cuantos se le acercan, convirtiendo los hombres en dóciles instrumentos de su voluntad,

dedicados exclusivamente á satisfacer todas sus acciones, por indecorosas y vituperables que sean, y mandarlas á la pluma engalanadas con todas las flores de la poesía y con todos los atractivos de la virtud. No, es mas elevada nuestra idea. Vamos á consagrarnos á defender al clero, á ese clero que se quiere presentar á los ojos del mundo como el enemigo de la civilizacion, como el verdugo de la humanidad, como el tipo del egoismo, como el protector, como el instrumento de la tiranía, y en una palabra, como el autor de cuanto malo y perjudicial existe.

Para esto tomaremos las cosas desde su origen, trazaremos el cuadro del mundo antes de la venida de Jesucristo, seguiremos á este divino Maestro y á sus discípulos en todas las vicisitudes de la vida, en los tiempos de su persecucion como en los días de su mayor esplendor, y tanto en unos como en otros siempre veremos á ese clero que tanto se escarnece, defendiendo la causa de la humanidad, oponiéndose á la tiranía, contribuyendo como el que mas á la civilizacion del mundo, protegiendo y cultivando las ciencias y las artes, y, en una palabra, probando en todos sus actos que no desconoce que su ministerio es de caridad y que vive en su corazon aquel hermoso y sublime precepto que enseña á los hombres á mirarse como hermanos.

Entremos, pues, en la cuestion. ¿Qué era el

mundo antes del cristianismo? Abramos las historias, hablen los hechos; y así no se nos dirá que con argumentos metafísicos y con sofismas alucinamos y oscurecemos la verdad: tampoco nos referiremos á los santos Padres, sino al comun sentir de los historiadores gentiles y profanos; de ellos hemos de sacar todas las pruebas; sus obras nos servirán de brújula en el proceloso mar que vamos á surcar; ellas nos presentarán el triste colorido con que habremos de matizar el horrible cuadro que presentaba el mundo á la venida de Jesucristo, la triste lobreguez que cubria la tierra, la miseria en que fluctuaba la humanidad cuando entre sus tinieblas brilló este astro regenerador, y en medio de su confusion y desorden se oyó por la primera vez la voz hermosa y benéfica que enseñaba á los hombres que todos son hermanos, hijos de un mismo padre, y con derecho á una misma heredad, que es la gloria.

Roma, esa ciudad orgullosa, elevándose desde rústico albergue de bandidos á señora del mundo, convertida en deidad inexorable, habia sacrificado ante su impuro altar la libertad de todos los pueblos, el vasto imperio que fundaron ® Ciro y Alejandro habia sucumbido ante su valor: sus guerreros habian pisado las nieves de los Alpes y Pirineos, los hielos del Danubio, las arenas de la Arabia, y hasta las rocas de la soberbia Albion: el águila rapante, cerniéndose sobre el horizonte,

habia sujetado con su indomable garra desde las pirámides de los Faraones hasta las columnas de Hércules, habia arrebatado el imperio de los mares á Tiro, Cartago y Atenas: el afeminado persa, el tostado africano, el culto griego, el rudo gallo, el indomable ibero, el ligero escita, habian adornado el carro triunfal de sus cónsules; los reyes mas poderosos de la tierra habian doblado su cerviz ante ellos; el oro del mundo servia al lujo de sus orgullosos patricios; y el pueblo rey desde la cúspide del capitolio se hacia adorar del mundo conocido, y dictando leyes al orbe, se gloria- ba oprimiendo la afligida humanidad con el peso formidable de sus numerosas y aguerridas legiones.

Los aromas de la Persia, las sedas de Damasco, el oro de Zafir, las telas de Bilbidis, cuanto el mundo producía, servía al lujo, á la vanidad, al capricho de los vencedores; la suerte de los vencidos era la mas miserable, y sus implacables tiranos celebraban sus fiestas al compás de las cadenas con que oprimian la humanidad: la cándida doncella, la casta matrona, servian de escarnio á su lubricidad; la sangre del hombre se explotaba de mil maneras hasta el extremo de verterla con profusion en los circos y anfiteatros, ya arrojándolos á las fieras, ya lanzándolos unos contra otros, para divertir con su muerte un pueblo sin corazon, en cuyos ojos jamas brilló la alegría, sino

cuando el llanto inundaba las familias, cuando la tristeza y el espanto dominaban los pueblos, y cuando la tierra estremecida gemia bajo el yugo de su cetro de hierro: de un pueblo, en cuyos pechos jamas tuvo asiento la compasion, y que cifraba su felicidad y su orgullo en el mal general: su placer era destruir, su contento esterminar, todo su lujo vencer, toda su felicidad degollar, y el infeliz que se libraba del esterminio general, arastraba las cadenas de la esclavitud; sin existencia civil, política ni religiosa, los hombres, apegados al terruño, explotando el suelo para sus opresores, sin derecho siquiera para alimentarse de los frutos que producía una tierra fecundizada con el sudor de su frente, teniendo por lecho el duro suelo, por albergue cuevas lóbregas y malsanas, por alimento lo que ni aun querian los perros de sus verdugos; y en una palabra, reducidos á una condicion mas miserable que los irracionales, sin pasado ni porvenir, y como ellos, espuestos en los mercados públicos, donde sus tiranos comerciaban con su sangre y con sus trabajos.

Tal era el sistema de Roma desde sus primitivos tiempos: el Lacio recibió esta ley de Postumio, y los etruscos y los habitantes de Camerino, fueron vendidos por Camilo y Apio: Escipion oprimió el Africa, Marcelo la Sicilia, la Grecia Munio: Paulo Emilio vende 150.000 epirotas de setenta ciudades destruidas, y reparte su producto

entre sus soldados como pudiera hacerlo de una manada de bueyes: Rosas y Ampuvas en España, y la mayor parte de las ciudades de la Carpetania son incendiadas, y sus habitantes, ó pasados á cuchillo como los de Caucia por Lúculo, ó vendidos como los Bergitanos por Marco Porcio Catón. La Lusitania ve assolada su tierra y asesinados por Galva 30.000 de sus hijos: el clementísimo Julio César dá gracias á los dioses por haber esterminado los galos, vendido en pública almoneda 53.000 habitantes de Namur, y pasado á cuchillo en Avarico 40.000 ciudadanos inermes; en una palabra, donde quiera que fijaron su devastadora planta, allí el saqueo, la profanacion, la miseria, las ruinas y la muerte.

En Roma, en esa misma Roma, en que tanto se encomian la libertad y los privilegios, eran para los vencedores la esclavitud, y el vilipendio para los vencidos, sin dejarles siquiera un lugar para quejarse en un tribunal protector, ni un asilo en su desgracia, tormentos y aflicciones; hasta las lágrimas eran un delito, hasta los suspiros un crimen, hasta las quejas mas justas atraian sobre el infeliz los azotes, las prisiones y la muerte, sin permitirles cosa que dulcificase su suerte, nada que mejorase su condicion, nada, en fin, que revelase á sus opresores, que eran sus semejantes, á quienes debian socorrer, amparar y proteger, y no perseguir, vilipendiar ni esterminar; pero na-

da se respetaba en el infeliz esclavo, hasta los hijos eran arrebatados en la edad mas tierna, y cuando mas necesitaban los cuidados y el esmero de una madre, de su cariñoso regazo para trasladarlos del seno que los alimentara al lugar de su esposicion, del lado de una madre tierna al de un verdugo despiadado, hiriendo así el corazon humano en su parte mas sensible, y llevando la amargura y el dolor, allí donde no podrian penetrar los puñales, allí donde el látigo no se hacia sentir; y en una palabra, haciéndolos apurar hasta las heces del cáliz amargo del infortunio y de la desgracia.

De este modo la ponderada filantropía romana, la clemencia de esta ciudad orgullosa, se manifestaba á sus súbditos, y constituida en árbitra del mundo, se consideraba con derecho á todas las producciones de la tierra, y contemplaba los pueblos que la obedecian como otras tantas minas que debian sostener su lujo, su abominacion, y contribuir á sus vicios hasta con la sangre de sus hijos.

Tal era el estado del mundo, si se esceptúa el pueblo ebreo, único que adoraba al verdadero Dios, que conservaba la primitiva tradicion, que mantenía y proclamaba el principio sublime de un solo Dios, criador del universo, que premia los buenos y castiga los malos, pueblo que mas de una vez, á pesar de sus profetas y sus patriarcas,

volvió las espaldas á este Dios, apostató de su fé, dejó su culto por el de los ídolos y buscó ciego las mentidas deidades del paganismo, anteponiéndolas al Dios de Abraham y de Moisés, al santuario de Salomon, al arca de la alianza, mereciendo por su apostasía los castigos mas terribles, la cautividad de Babilonia, el yugo de los filisteos y amonitas: pueblo á quien no fué bastante á contener en sus deberes, ni los prodigios obrados por el Señor en su defensa, ni los castigos impuestos á su defeccion, y que al fin vino á sufrir, como todos, el cetro de la orgullosa Roma, y á servir de triste espectáculo al pueblo rey uncido al carro triunfal de sus cónsules, saboreando el cáliz de amargura destinado á los vencidos, sufriendo la triste suerte del esclavo, menos dura, porque la religion se la dulcificaba, enjugando sus lágrimas los consuelos que una fé pura esparce en el atribulado corazon del oprimido, haciéndole esperar en los premios de otra vida el lenitivo de su dolor y de las miserias que en ésta le hacian pasar sus opresores, esperando como premio de sus humillaciones, abatimientos y trabajos, la posesion de aquella vida de felicidad eterna, de aquel paraíso que los libros sagrados ofrecen á la descendencia de Abraham, de aquella gloria que el hijo de Dios habia de conquistar para los hombres puros, de fé viva, de corazon justo, único asilo de verdadera justicia, de interminable bien, donde

no acibaran el placer ni las sombras del dolor, ni las amarguras de la muerte, ni la pena, ni la zozobra, ni la angustia, ni la aficcion.

Entre el desórden que cubria el mundo, en medio de la mas cruel tiranía, cuando la aristocracia y la democracia pugnaban por sobreponerse la una á la otra en medio de las cuestiones del consulado y del tribunado, cuando la ambicion dominaba todos los corazones arrebatando en su vértigo tenebroso todos los cerebros, escudada con los mágicos nombres de *bien de la humanidad y libertad*, empleados para alucinar las masas y hacer á los hombres instrumentos de las disimuladas miras de los ambiciosos, despues de muchos siglos de afanes para consignar la humanidad sus derechos entre la confusion que todo lo cubria con su manto impenetrable y tenebroso, un hombre sagaz y afortunado aparece en la escena para terminar la lucha entre los poderes que se la disputaban, mofándose de los hombres y de las instituciones, engañando todos los deseos y frustrando todas las esperanzas: Augusto, en fin, resuelve la cuestion tanto tiempo debatida entre patricios y plebeyos, nobles y caballeros, absorbiendo todos los poderes que el pueblo habia conquistado á costa de tanta sangre y sacrificios, y eleva su trono sobre las ruinas de la antigua república, haciendo caer en pocos dias el hermoso edificio levantado por los Brutos, Fabricios, Cincinatos, Es-

cipiones y tantos hombres ilustres como produjo aquella Roma, señora del universo en medio de su austeridad, y esclava de un hombre ambicioso en medio del fausto y de la opulencia que la alumbraba.

El pueblo rey se adormece á la sombra de sus laureles, y deslumbrado con su grandeza no conoce el mal que le aqueja, no ve los hierros que le oprimen, acude en tropel á los circos y anfiteatros, y entre el lujo de los triunfos celebra con bárbara complacencia las agonías de mil víctimas sacrificadas á la feroz vanidad del hombre liberticida: entre los acentos de la poesía y el esplendor de las artes oculta Augusto las cadenas con que aprisiona el mundo, y en el lleno de su despotismo esclama desde la cumbre del capitolio... ¡Paz!... ¡Paz!... Es verdad que estaban vengados los soldados de Craso, degollados ó sujetos los cántabros, astures y gallegos, que sus legiones habian pisado la aspereza de los montes de Cantabria, las nieves del Cáucaso y las abrasadas arenas de la Escitia; que no tenian guerras, ni encontraban oposiciones sus deseos, porque la opresion habia invadido todos los corazones, y la fortuna estaba de parte, no del inocente, sino del opresor, no de la víctima, sino del verdugo, y que el hombre cansado de padecer habia caído en ese indiferentismo, que es en el mundo moral precursor necesario de la muerte; en ese marasmo

criminal, consecuencia precisa de la esclavitud; pero no lo es menos que á su sombra continuaban la opresion y la tiranía, y por consiguiente, que la voz ¡Paz!... en sus labios era solo un sarcasmo con que satirizaba la triste humanidad, moñándose de la honradez y sinceridad de los hombres.

En cambio, la paz verdadera se anunciaba al mundo, no desde el capitolio ni desde los umbrales del templo de Jano, sino desde un rincon de Palestina, del centro de un establo, del fondo de un pesebre, de entre unas humildes pajas; no por boca de un poderoso circundado del brillo de la corte, del prestigio de la corona, del esplendor de la púrpura; sino por la de un pobre que al nacer carece de todo, hasta de pañales en que envolverse; y sin embargo, aquel humilde infante, atenido de frío, que pasa los dias en la oscuridad, vive en la pobreza y crece en la miseria, pregona la Buena nueva, el Dios único, el reinado de la virtud, de la verdad y de la justicia, y coloca las naciones en la verdadera senda del progreso moral.

Hasta entonces la humanidad solo habia conquistado la legitimidad del matrimonio, las libertades políticas y civiles, y la igualdad ante la ley (y esto en cuanto al pueblo conquistador); pero ahora la unidad de Dios enseña la del género humano. Hasta entonces el único medio del poder y

de la gloria era la conquista, y la servidumbre se tenía por un hecho natural, necesario, equitativo; ahora la caridad alivia sus hierros y se dirige á quebrantarlos; se proclama la paz universal y se estinguen los privilegios del nacimiento y de la conquista, estableciéndose el imperio de la virtud y de la equidad.

En aquel día dichoso en que el buen Jesus aparece al mundo, se le prepara una era de felicidad al hombre, se le abre una senda de triunfo á la afligida humanidad, y la verdadera libertad se establece: el viejo mundo cederá ante el nuevo, y en su penosa carrera ya veremos al hombre abrirse paso y conquistar sus derechos verdaderos, y el rango que en el mundo le pertenece como ser racional, inteligente y pensador; ya tendremos lugar de admirar la trasformacion que hizo en el mundo el cristianismo por medio de sus ministros, que á costa de toda clase de sacrificios, sin perdonar medio ni fatiga, dando hasta su vida entre los mayores tormentos, levantaron la humanidad de la postracion en que yacia al goce de sus verdaderos derechos, y enseñaron al hombre los principios de la verdadera libertad, de esa libertad basada en la moralidad de las costumbres, en el cumplimiento de sus deberes, en la obediencia á la ley.

Hemos trazado el cuadro del mundo, cuadro horrible que nos suministran las historias de los

tiempos anteriores á Jesucristo, y lo hemos trazado fielmente; hemos espuesto las desgracias de la humanidad, sus padeceres, sus miserias; el modo como trataban los poderosos á los débiles, los superiores á los súbditos, los magnates á los pueblos, y al hacerlo hemos tenido presentes los hechos, y los hemos espuesto para que resalte mas la doctrina de Jesucristo y los trabajos del clero para propagarla: hemos presentado los cónsules y los tiranos en el lleno de su poder, porque son los que han de luchar con los hijos de la cruz; los capítulos siguientes nos dirán los trabajos de estos por defender la humanidad y civilizar el mundo, ellos harán ver á los enemigos del clero con cuánta injusticia le atacan, con cuánta sinrazon le insultan, y cuán sin motivo presentan y tachan de enemigo de la sociedad al clero que la fundó, al clero que regenerándola la conquistó prerogativas, al que llaman perseguidor de la humanidad, al que propagando la doctrina de Jesucristo, consignó los derechos del hombre, al que, en fin, por la felicidad de sus hermanos no ha perdonado fatigas y ha prodigado hasta su propia sangre, es al que hacen objeto de sus sarcasmos é invectivas.

La filosofia del siglo le insulta sin embargo, le moteja, le escarnece; pero estos insultos, estos desprecios, estas burlas deben hacerle conocer que la verdad, la razon y la justicia están de su

parte: y efectivamente, el clero es demasiado ilustrado para no juzgarlo bajo este punto de vista, y sabe muy bien que la filosofía del siglo fué siempre, como es ahora, enemiga de la del Evangelio, y por consiguiente de la verdad, que es la única luz que ilumina el entendimiento, y sin la cual, como les sucede por desgracia á los *novadores*, el espíritu está envuelto en las tinieblas, y en la sombra de la muerte, por eso los compadecemos, y en la presente obra no permitirá Dios que nuestro ser de hombres nos haga olvidar el de cristianos, y que en nuestra defensa hable mas la pasión que la razón, y se mezclen con nuestras palabras de caridad otras que respiren venganza que no queremos, sarcasmos que rechazamos, ni otros deseos que los que nos enseñó el que murió en una cruz perdonando á sus enemigos. ¡Perdon queremos para nuestros detractores, no injurias: perdon respirarán y caridad nuestros escritos: la ilustracion del siglo no estará muy conforme con esta doctrina, pero lo está el Evangelio, y esto basta para los cristianos; lo manda Jesucristo y es suficiente para que lo enseñen sus ministros; humíllense un poco los sabios, y permítannos al menos que en este particular les enseñemos; tomen posesion de las ciencias exactas, investiguen los arcanos de la naturaleza; pero déjennos la cátedra de la caridad y del amor, como el legado que recibimos de Jesucristo para trasmitirlo al

mundo; nos vemos hoy insultados, y es justo que nos defendamos, pero al hacerlo solo pedimos á Dios paciencia y resignacion, que ilumine nuestro espíritu para que en el recurso de nuestra defensa nada escribamos, nada hagamos, nada pensemos que no sea conforme con el estado sacerdotal, á que fuimos llamados por su infinita misericordia.

materialismo reprensible, creía en su exaltada imaginación que se presentaría al mundo cubierto con la gloria del imperio, precedido por el pavoroso ruido de las armas, y circundado de los laureles de la victoria, como un fiero conquistador que al frente de aguerridas huestes, ostentando su valor y su poder, dicta leyes al mundo vencido, rompe las cadenas de su pueblo, y hace brillar nuevamente sobre él los días de Josué, de David y de Salomon.

No era este, sin embargo, el modo como el Mesías debía presentarse, ni eran de hierro las cadenas que debía romper, ni era una esclavitud material la que había de abolir, ni era solo el pueblo hebreo el que venía á salvar; mas grande y mas elevada era su misión, aparece en el mundo para regenerar la humanidad entera, para rescatarla del yugo del pecado, para romper las cadenas de la esclavitud original que, viciando nuestra naturaleza, había puesto en pugna la razón, la inteligencia y la voluntad, había rebelado la carne contra el espíritu; había cubierto con densas tinieblas nuestro entendimiento, pervertido todo el mundo moral, desquiciando su equilibrio, destruyendo su armonía, y escluyendo al hombre de la mansión adonde debe dirigir todas sus esperanzas, donde debe encaminar todas sus acciones, donde deben propender todos sus esfuerzos; y, en una palabra, donde solamente ha de encontrar su verdadera fe-

CAPITULO II.

TIEMPOS PRIMITIVOS DEL CRISTIANISMO.

Aquellos días de placer y de alegría para el pueblo hebreo, aquel día de reparación y de felicidad para la desgraciada descendencia de Adam se aproximaba; el tiempo anunciado en las profecías, los acontecimientos y símbolos, las setenta semanas de Daniel, todo se había cumplido; la tribu de Judá no empuñaba el cetro de Israel, y en todo el Oriente solo se oía una voz, solo cundía un deseo, solo brillaba una esperanza. El prometido á los patriarcas, el figurado en las divinas leyendas, el destinado al imperio universal, el Mesías, en fin, debía aparecer de un momento á otro en Judea; pero engañado el hebreo, alucinado con las glorias y grandezas humanas, fascinado por un

licidad, la recompensa de sus buenas obras, el premio de sus trabajos y el consuelo de sus desgracias.

Para esto aparece Jesus al mundo recibiendo los primeros homenajes de los pobres, al mismo tiempo que una estrella guiaba á los poderosos de Oriente, que desde Arabia y Saba vienen á ofrecerle sus dones. Aun en la cuna sufre el rigor de las persecuciones: por aviso de un ángel fué conducido á Egipto, se liberta de la catástrofe general: muerto Herodes, torna á Nazaret, donde vive consagrado al trabajo, asistiendo al templo, á las asambleas hebdomadarias, admirando á los sabios, cuando en uso de su derecho espuso sus opiniones ó sus doctrinas; así vivió hasta la edad de 30 años, en la que segun los ritos judaicos se considera al hombre en la plenitud de su fuerza y de su inteligencia.

El buen Jesus, no trata de avasallar, sino de convertir; asocia la virtud política á la religiosa; opone á los ídolos la conciencia; la resignacion á la tiranía; á ésta los castigos de una y otra vida: en una palabra, viene á devolver al género humano su dignidad perdida. Al lado del poder de la espada, se desarrolla el de las ideas que sostiene el progreso civilizador; consuela á los que padecen por la conquista y por la fuerza, no destruye de un golpe la esclavitud, las violencias legales, ni las rapiñas gloriosas; pero les opone

una doctrina que las rechaza, y un Dios que las condena.

A su mandato, tan luego como empieza su predicacion, le siguen unos pobres pescadores, y otros hombres de condicion humilde, y con ellos empieza la conquista del mundo, llamando en torno suyo y proclamando bienaventurados á los pobres, á los mansos, á los que lloran, á los que padecen persecuciones, á los que han hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los pacíficos, á los limpios de corazon, y les promete el reino de los cielos. "Aprended de mí que soy humilde y manso de corazon, el que se enfurece contra su hermano, merece ser condenado; si no te has reconciliado con tu hermano, hazlo antes de presentar en el altar tu ofrenda; misericordia quiero, y no sacrificios: se os ha encomendado amar á vuestro hermano, y aborrecer á vuestro enemigo, y yo os digo: perdonad, amad á vuestro enemigo; mas aún, haced bien al que os aborrece y orad por el que os persigue, imitando en esto á Dios, que hace descender la lluvia sobre el bueno y sobre el malo, y resplandecer el sol sobre el justo y sobre el impío." Esta es su doctrina.

En la antigüedad era dulce la venganza para los nobles corazones, era la delicia de los dioses: desde ahora el perdon traerá la paz á la tierra; la ley de amor, la caridad evangélica va á restablecer una nueva línea de conducta que lleve al mundo

á la unidad, á la virtud, á la paz, á la igualdad, aquí tienden todos los preceptos evangélicos; por eso nos enseña el Salvador: "Amar á Dios sobre todas las cosas, y el segundo precepto igual á este, es que amemos al prójimo; y como si no fuera bastante, á mas abundamiento nos dice: Amaos unos á otros como yo os he amado; el que tenga dos túnicas ofrezca una al que no la tiene: todo el que por mi amor diere de beber á un desventurado, no perderá la recompensa; en el amor que os tengais conocerán que sois mis discípulos: no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor, sino amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que de mi Padre he oido y aprendido."

Con esta doctrina dulce y afectuosa, confirmada por los milagros, apoyada por la gracia, y por el ejemplo de una conducta irrepreensible, y de la vida mas inocente y pura que vieron jamas los siglos, establece una religion toda caridad: á su voz el pueblo se precipita á su encuentro, la muchedumbre le sigue por todas partes; el pobre, el afligido, el necesitado, el oprimido, el que padece, siguen sus huellas, ansiando el momento de acercársele para obtener el alivio de su desgracia, el remedio de sus males: y él, lleno de humildad y mansedumbre, dispensa segun las necesidades, cuanto posee sin tasa: vive haciendo bien y curando á los enfermos.

En medio del materialismo que dominaba á todos los corazones, en medio de la brutal tiranía que dominaba al mundo, no podia menos de hacerse notar esta hermosa doctrina que elevaba al pobre, que llenaba de esperanza el corazon oprimido, que preparaba el camino de la verdadera libertad, que levantaba la humanidad de su ociosa y vil postracion. El estandarte que se tremolaba llamando en torno suyo todos los pueblos, todas las naciones, que establecia una igualdad, que condenaba á la opresion, y la esclavitud no debia encontrarse en oposicion con el pueblo ni con el pobre; y por lo mismo debia ser tanto mayor su lucha, cuanto iba á empeñarse con los poderosos del mundo, con las clases privilegiadas, con la raza conquistadora: el cristianismo se extendia admirablemente entre el pueblo; los grandes del siglo creyeron en peligro su imperio; y conociendo que era llegado el término de su tiranía, y que mientras hubiese propagadores de las doctrinas de Jesus, no faltaria quien reprendiese sus vicios, y anatematizase su conducta, se propusieron ahogarlas en su origen; así, pues, como en otro tiempo vituperaban y perseguian los hebreos los profetas, hoy condenaban á muerte á los predicadores los señores de Judá, y bien pronto la cabeza de S. Juan Bautista sirve de premio á una bailarina, sin mas delito que por castigar una ingenuidad virtuosa y libertarse Herodes de un

severo censor, cuya irrepreensible doctrina no podia sufrir. Pero no por esto habia triunfado el tirano, quedaba aún Jesus, que pudiendo decir sin que nadie le contradijera: ¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado? Ofendia la ambicion y la hipocresía de los grandes, de los sacerdotes, de los fariseos, hablando no solamente á los hebreos, sino á todo el mundo, destruyendo esperanzas hereditarias para elevar los espíritus á un objeto mas sublime, enseñando la doctrina mas pura y mas escelsa que ha oido jamas la tierra, se atrajo el odio de los magnates, y la persecucion estalló sobre su frente, sobre aquella frente hermosa que llenaba de consuelo á cuantos la miraban: el huracan de las pasiones mas miserables se desencadenó contra él, la intriga y el poder nada perdonaron para sacrificarle, unos tomaron por pretesto la religion, otros la política, la mayor parte la envidia y todos la impostura. Enviaron personas que le tentasen con preguntas capciosas; pero las confundió: criticaron su doctrina como contraria á la ley de Moisés, y los prodigios la justificaron: le acusaron de no observar el sábadó, y un milagro le salvó: finalmente, le arguyeron de enemigo del César, y les contestó aquellas admirables palabras: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. En todos los terrenos quedó vencida la perfidia judaica, y resplandeció la verdad en toda su hermosu-

ra; pero cuando llegó mas á su colmo la desesperacion fué cuando hizo su entrada triunfante en Jerusalem entre aclamaciones del pueblo; á su vista no quedó mas medio á sus enemigos que alucinar la muchedumbre para perderle, sembrando en ella por todos los medios las calumnias mas atroces, seduciendo á uno de sus discípulos para que le entregase, consiguiendo al fin que los mismos que tendian ramos á su tránsito y arrojaban al suelo sus vestiduras y exclamaban: "Hosanna, hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor," dentro de pocos dias gritasen con el mayor furor, con la mas ciega obstinacion, con el mas cruel frenesí: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!"

Así aquel Jesus amigo del hombre, defensor del pobre, que tanto habia procurado elevar la humanidad, fué víctima de su celo, de su filantropía, de su amor á los hombres. Tratado en los tribunales con el mayor rigor, escarnecido y burlado de los mismos que viene á rescatar, tratado como un insensato ante unos jueces venales, espuesto al público con un andrajo de púrpura, una corona de espinas y un cetro de caña, es la irrisión del pueblo que no conoce que aquel cetro de caña debe quebrantar el cetro de hierro de los señores del mundo. . . . en una palabra, el justo es condenado á muerte. . . . Jesus, víctima de la antigua legalidad, á fin de que sea condenada

eternamente, es clavado en una cruz, por ambicioso, él, tan casto y puro en sus acciones que jamás buscó ni riquezas ni honores; Jesús en cuyos labios siempre se oyó la verdad, fué crucificado por impostor: él, que siempre vivió con los pobres y para los pobres, que verificó su tránsito sobre la tierra haciendo el bien, fué tratado como el enemigo más encarnizado de la sociedad: él, que llora como amigo afectuoso la muerte de Lázaro, que deja reposar sobre su seno al apóstol querido: él, tan compasivo, tan lleno de tolerancia con la cananea, con la adúltera, con la Magdalena, con el buen ladrón, es llamado corruptor de las costumbres y perturbador del orden: Jesús tan amante de su patria que llora á vista de los males que se le preparan, tan obediente á las autoridades, es acusado de sublevar la plebe contra la dominación extranjera, y de provocar la ruina de la ciudad santa; simple y sencillo como los niños de quienes anhela verse rodeado, llega su energía hasta el punto de padecer la muerte con la mayor tranquilidad en un afrentoso patíbulo, siendo su postrer suspiro una palabra de misericordia, el perdón de sus asesinos: cuadro magnífico y sorprendente que hace esclamar al filósofo de Ginebra: "Si el fin de Sócrates es el de un justo, el de Cristo es el de un Dios."

Herido en el Gólgota el Pastor, se descarriaron las ovejas: muerto el Maestro, sobrecogió el ter-

ror á los discípulos; pero aquel pánico desaparece, aquel temor se convierte en intrepidez en el momento en que se dejó ver resucitado, y tornándose á subir al trono de su Padre, les envía al Espíritu Santo, que inflama sus corazones, inspira sus almas, ilustra su entendimiento; y revestidos con una fuerza celeste, llenos de aquel valor que solo inspira la gracia, con una elocuencia sorprendente é irresistible para los sabios; según el mundo, esplican las Escrituras santas, tratan los misterios más sublimes, y anunciando al género humano su salud, su bien y su felicidad, salen por las calles y plazas de Jerusalem proclamando el reino de los cielos, y convierten hasta tres mil.

"Después, en cumplimiento del mandato de su divino Maestro, se esparcen por todo el mundo sin más ejército que su palabra, sin más defensa que su conciencia, sin otro auxilio que el de su fé, sin ningún porvenir ni gloria terrena, anunciando al mundo una doctrina sublime, reparadora, que ha de salvar la humanidad, haciéndose entender de godos, persas, egipcios, capadocios, y de cuantos los escuchaban, cualquiera que fuese su patria, su idioma, su religión." Llenos de fé, con una entera confianza en las promesas de Jesucristo, se abrazan á la cruz de su maestro, y con una caridad ardiente y un celo santo procuran el alivio de la humanidad y la salvación de las almas.

“Así su doctrina halla prosélitos en todas partes, y confirmada por los milagros se dirige á pasos agigantados al dominio universal.”

La revolucion que anuncian no es la del sable, sino la de las ideas; el terreno elegido para verificarla no son los campos de batalla, sino los corazones; su bandera no tremola sobre fuertes muros, sobre el palacio de los Césares, ni entre aguerridas huestes, sino en las manos de pobres extranjeros que su patria misma rechaza y persigue: su lema no se esculpe en el oro ni en la plata, ni se anuncia con términos pomposos, su mayor grandeza está en su misma sencillez; los principios que proclaman no están ordenados con las galas de la retórica, ni con sofismas filosóficos, sino con la mayor claridad y precision; pero tal es su fuerza, tal su bondad, tal su perfeccion, que el entendimiento no puede abjurar de ellos una vez que los comprenda: sus preceptos son: “Dios es uno: todos los hombres son iguales: amaos unos á otros como os ama vuestro Padre celestial, que será con vosotros hasta la consumacion de los siglos.” En ellos se muestra la sublimidad de Dios en la simplicidad del hombre: y la divinidad del sentimiento en la sencillez de las espresiones. La humanidad, palabra desconocida hasta entonces por filósofos y legisladores, se oyó por la primera vez para unir bajo unos mismos principios, en unas mismas creencias la gran familia humana;

los discípulos de Jesus enlazan las ramas del árbol místico de la descendencia de Adam, reúnen los pensamientos de todas las generaciones, de todos los pueblos, de todos los siglos en un vínculo de fé, de esperanza, de amor, cuyo nudo está en el cielo. Hasta entonces estaba sancionado entre los hombres el impío axioma: Desgraciados los vencidos. Solo se veia en el mundo enemigos con quien lidiar y á quienes hacer esclavos, y con tal que la república sacase ventaja, todas las iniquidades quedaban justificadas; la doctrina de Jesus que predicán sus discípulos, nos enseña que el persa, el godo, el egipcio, los que habitan en Mesopotamia, el atezado africano y el ligero escita, el sabio y el ignorante, todos en fin, somos hermanos, y de cualquier mal que nos causemos se nos ha de pedir cuenta, como se nos ha de recompensar cualquier bien que en el nombre del Señor nos hagamos: principios sublimes que llevan la humanidad al puesto que la pertenece, y que elevan al hombre á la consideracion de su ser, de su dignidad, de su grandeza.

Ningun pueblo de la tierra se habia acordado de que no hay diferencia entre el hombre y el hombre; ningun pueblo habia consignado en sus códigos esa igualdad, ese amor, esa caridad, que uniendo las naciones en una, nos hace conocer que nuestra vida es un tránsito, un sendero que nos conduce á una patria comun y eterna, por la

que todos suspiramos, y de la que somos, sin distincion de origen ni lengua, ciudadanos. Hasta el mismo pueblo hebreo se permitia la usura, prohibia los matrimonios y los enlaces con los extranjeros, y sin embargo, sus profetas habian vaticinado esa igualdad universal, cuando inspirados por el espíritu de Dios, cantaron: "Siervo mio
 "eres tú, Jacob; sobre tí puse mi espíritu, y promulgarás justicia á las naciones. Yo, el Señor,
 "te tomé de la mano y te puse para ser reconciliacion del pueblo, para luz de las gentes. Congrégense en una todas las naciones, y reúnanse todas las tribus. Un dia, cuando esté preparada la casa del Señor en la cumbre de los collados, correrán á él todas las gentes y dirán:
 "Venid, subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos en sus senderos; porque de Sion saldrá la ley y la palabra de Jerusalem: juzgará á las naciones y será árbitro de los pueblos,
 "y de sus espadas forjarán arados, y de sus lanzas hoces; no alzará la espada una nacion contra otra, ni se ensayará para la guerra, y cada uno se sentará bajo su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien cause temor; será la paz obra de la justicia, y el cuidado de cultivarla proporcionará una seguridad que durará eternamente."

El exclusivismo era el carácter distintivo de las

sociedades paganas, y como consecuencias necesarias surgian de este principio la esclavitud, la crueldad y el menosprecio á las mujeres.

El espíritu de conquista, espíritu dominante en todos los pueblos, creaba la esclavitud con todas sus miserias en los vencidos, y el despotismo con todos sus horrores en los que triunfaban. La crueldad aparecia en toda su deformidad en los sacrificios humanos destinados á aplacar deidades que el capricho creara, y que como parto de la imaginacion del hombre estraviada, eran monstruos en vez de seres perfectos, y en lugar de dioses, demonios adornados de todos los vicios del ángel de las tinieblas, que dominaba casi todas las almas; y como si no fuera esto suficiente, como si los campos de batalla y las aras no bastasen á saciar el furor de los dioses y de los hombres, se inventaron los circos y los anfiteatros, las luchas con las fieras y los juegos de los gladiadores, y allí, en esos espectáculos sangrientos, se imprimia, hasta en los niños y en el bello sexo, la barbarie y la ferocidad, desterrando de sus almas tiernas y sensibles la compasion y la humanidad. La mujer vivia sin mas libertad que para el llanto, y como no empuñaba las armas, apenas las leyes se acuerdan de ella sino para oprimirla; esclava de un padre cuando hija, y de un marido cuando esposa, no era mejor su suerte cuando viuda; ó debia lanzarse en la pira y entregar á las llamas que abra-

saban el cadáver de su marido, su cuerpo lleno de lozanía y hermosura, ó debia vivir bajo la tutela de algun pariente. Platon solo, llevado por un sentimiento natural, proclamó la igualdad de la mujer, pero solo en la casta conquistadora, dominando aun en esta concesion el espíritu esclusivo de la época, y esto arrebatándolas su mejor sentimiento, el mas hermoso derecho de la maternidad, "el de cuidar y educar sus hijos," pero Cristo, proclamando que todos los hombres tenemos un mismo padre, y estamos mancillados con una misma culpa, que viene á borrar con su sangre, destruye la esclavitud y establece la igualdad basándola en el amor á Dios y al prójimo, en la caridad evangélica, en los derechos de la humanidad hasta entonces escarnecidos, vilipendiados y mancillados.

El amor á la patria arde en el pecho de Jesucristo hasta hacerle derramar lágrimas los males á que la conducia su obstinacion, pero este amor tiene sus límites naturales; y así él, aunque aspira á elevarla, aunque desea que sea grande, rica y poderosa, no quiere ver su trono sobre los escombros de mil ciudades, ni su opulencia sobre la miseria de cien pueblos, ni su poder circundado de los gemidos del huérfano, de la sangre del oprimido, del llanto del inocente; aspira á elevarla y engrandecerla, pero sin faltar á la humanidad, elevando al mismo tiempo á todo género humano, mejorando sus costumbres y creencias.

Para esto establece el dogma de la inmortalidad del alma, y en su aplicacion la igualdad mas absoluta; dando á cada individuo su conciencia propia, los somete á perfeccionarse á sí mismos, muestra la divinidad despojada de las nubes de la supersticion y de la ignorancia, llena de hermosura y perfecciones, y nos anima á imitarla: nos hace confiar en una Providencia que vela por nosotros, que viste de plumas el ave, mantiene el insecto, y dirige sus cuidados hasta la flor mas pequeña del campo, y nos recuerda que vivimos, nos movemos y estamos siempre en la presencia del que ha de premiar ó castigar nuestras acciones, y así á la vista de esa vida futura, de ese Dios justo, nos recomienda la pureza debida y de intenciones, y á soportar con paciencia los males del destierro con la esperanza del premio eterno.

Allí, en esa vida inmortal, no se cifrará la felicidad en los goces terrenos como en el Elíseo, sino en el conocimiento perfecto de la verdad, que constituye el fin mas elevado de la inteligencia: frente á frente de Dios, su vista constituirá nuestra felicidad, y nos unirá á todos en un amor sublime, en la alegría de las recompensas alcanzadas, y despues de las pruebas de la expiacion en las glorias del triunfo.

La doctrina del Salvador, que predicán sus discípulos, enseña con la unidad de Dios la unidad é igualdad del género humano: el politeísmo de

los antiguos hacia que cada casa, cada pueblo, cada nacion y hasta cada vicio, tuviese un Dios especial; de aquí la rivalidad que existia entre los adoradores de los ídolos: al revés el cristianismo, echa los cimientos á una paz universal, llamando á todas las naciones, á todos los hombres sin distincion, en torno de un solo Dios, único, verdadero, que recibe los mismos homenajes de todos los fieles, que en todas partes es adorado con las mismas ceremonias que dicta para todo el mundo por boca de su Hijo unigénito, que nos redimió á todos sin distincion de clase, nacimiento, pueblo ó lengua, una fé, una ley y un bautismo. Segun este bautismo, esta fé y esta ley universal en todos los países, se cumplen las mismas doctrinas, rigen los mismos dogmas, se usan las mismas ceremonias, las oraciones en cualquiera parte que se digan con pureza de conciencia llegan á los piés del trono del Altísimo, y cualquiera que sea el instante en que oremos, por separados que nos hallemos, nos reuniremos en la presencia del Señor que recibe nuestra súplica con benevolencia y misericordia. Esta unidad de amor, esta igualdad afectuosa de las relaciones del hombre con Dios, y de su union con él, por medio de un redentor, rejuvenece el mundo ofreciéndole una regla de eterna justicia, é impidiendo que unos hombres se consideren como fin, y otros como medio, funda la verdadera libertad engendrada por la fé y por

la práctica de la virtud; por eso dice: "Si perseverais en mi palabra seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres." Y á la mujer del Cebedeo, cuando pide que sus hijos se sienten en su reino, uno á su derecha y otro á su izquierda, "No sabeis lo que pedís, responde, todo el que quiera ser mayor será vuestro criado, así como el hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en redencion de muchos." Palabras que indican terminantemente la regeneracion de la sociedad, la abolicion de la tiranía y el gobierno en ventaja de todos.

En virtud de esta doctrina consoladora que publican los apóstoles, amamos al prójimo como Jesucristo manda que le amemos; esto es, con una benevolencia social perfecta, y por esto no miramos al hombre como medio, sino como fin; no hacemos distincion entre el grande y el pequeño, entre el perseguidor y el amigo, haciéndonos obrar en beneficio de todos la nueva ley de la humanidad, esto es, la caridad evangélica. Cuando conocemos el precio infinito del hombre rescatado con la sangre de la víctima divina, ya no podemos exponerle en los mercados, no tenemos libertad para sacrificar al Estado el individuo ni la moralidad personal á la de la asociacion, y la verdad moral nace entonces. Con la resignacion de la cruz queda abolido el orgullo de los sabios, y ce-

sa el gemido del pobre cuando reconoce que los padecimientos son el patrimonio del hombre en su terrenal destierro: sufriendo Cristo los oprobios nos enseñó la humildad, perdonando á sus enemigos la misericordia, sufriendo los trabajos y los tormentos la resignacion y la fortaleza, perdonando las faltas de los hombres la templanza, llevando la cruz nos la dejó como testimonio de la fé, como base de la esperanza, como escitacion de la caridad. Conociendo la debilidad del hombre establece un sacramento de reconciliacion: el ladron salvado en la cruz, la adúltera elevada á la condicion de no volver á pecar, el júbilo del buen pastor al encontrar la oveja descarriada prometen el perdon ó el arrepentimiento; todo, en fin, tiende á que nos dirijamos á Dios, en quien hemos de hallar consuelo y alegría, la verdadera recompensa sin escepcion de personas, la verdadera igualdad.

El cuadro que acabamos de trazar, es el asombro de cuantos le contemplan, en él no hay una sola pincelada que no contribuya á la hermosura del conjunto, y es tal el entusiasmo que escita en el alma, que el hombre pensador le mira con un santo respeto, y con tal reverencia, que una sola palabra del Evangelio de Jesus contiene el vuelo de la imaginacion, y no deja en el alma lugar sino para la admiracion; y así en el discurso de Roberston sobre el estado del universo á la apari-

cion del cristianismo, se espresa en estas palabras, que por ser de tal filósofo y venir á nuestro propósito, no podemos menos de copiar: "En verdad, dice este ilustre escritor, no fué el respeto inspirado por ningun precepto del Evangelio el que proscribió la esclavitud de la tierra, sino el espíritu general de la religion cristiana, más poderoso que todas las leyes escritas. Eran benévolos y suaves los sentimientos dictados por el cristianismo: sus preceptos comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaron de la servidumbre en que se hallaba sumida."

Tal y tan hermosa era la doctrina de Jesucristo que se iba á anunciar al mundo por medio de la predicacion de los apóstoles, y tales son los principios del cristianismo; en ellos están consignados los derechos de la humanidad, ellos contienen la abolicion de la esclavitud, el horror al despotismo, la verdadera igualdad, la justa libertad. De aquí se deduce, que la mision del sacerdote es proteger el desarrollo de estas ideas, de estos principios, de estos dogmas, y ayudar y estender en la sociedad estas máximas salvadoras, para librar la humanidad de los horrores con que la vejaba la tiranía, y del envilecimiento á que la tenia reducida, conduciéndola á su dignidad, á su grandeza, á su elevacion, enseñando á los hombres que son hijos de un mismo padre y redimidos con el precio inestimable de la sangre de Jesucristo.

Ya tendremos lugar de ver al clero católico llenando estos deberes sagrados, y granjeándose por ello el aprecio de los hombres, y si aun hoy no ha llegado la sociedad á su verdadero estado de perfeccion, la culpa no es de la doctrina evangélica, como se quiere suponer, ni del clero, sino de los hombres, que sumidos en un criminal egoismo, desoyen la voz de la caridad, y llenos de orgullo quieren ser considerados como de una raza privilegiada, en quien deben vincularse los honores, las riquezas, el ocio y las dignidades, no porque el clero ni el Evangelio dejen de clamar diariamente: "el hombre es hermano del hombre, el principal encargo de Jesucristo es: amaos unos á otros."

CAPITULO III.

DESDE LA DISPERSION DE LOS APÓSTOLES HASTA LAS PERSECUCIONES.

Luego que los apóstoles, confortados con la resurreccion del Salvador, y vivificados por el Espíritu Santo, volvieron de su terror, emprendieron, con aquella constancia que inspira la fé, la conversion del mundo, y bien pronto empezaron á recoger opimos frutos de sus evangélicas tareas, acudian en tropel los prosélitos, y sin distincion de griego ni latino, judío ó gentil, todos eran bautizados, incorporados en el rebaño del Señor, admitidos á la oracion dentro del templo y al misterio eucarístico, rindiendo todos á Dios el tributo de su corazon en las acciones de gracias con la mayor sencillez y entusiasmo.

Ya tendremos lugar de ver al clero católico llenando estos deberes sagrados, y granjeándose por ello el aprecio de los hombres, y si aun hoy no ha llegado la sociedad á su verdadero estado de perfeccion, la culpa no es de la doctrina evangélica, como se quiere suponer, ni del clero, sino de los hombres, que sumidos en un criminal egoismo, desoyen la voz de la caridad, y llenos de orgullo quieren ser considerados como de una raza privilegiada, en quien deben vincularse los honores, las riquezas, el ocio y las dignidades, no porque el clero ni el Evangelio dejen de clamar diariamente: "el hombre es hermano del hombre, el principal encargo de Jesucristo es: amaos unos á otros."

CAPITULO III.

DESDE LA DISPERSION DE LOS APÓSTOLES HASTA LAS PERSECUCIONES.

Luego que los apóstoles, confortados con la resurreccion del Salvador, y vivificados por el Espíritu Santo, volvieron de su terror, emprendieron, con aquella constancia que inspira la fé, la conversion del mundo, y bien pronto empezaron á recoger opimos frutos de sus evangélicas tareas, acudian en tropel los prosélitos, y sin distincion de griego ni latino, judío ó gentil, todos eran bautizados, incorporados en el rebaño del Señor, admitidos á la oracion dentro del templo y al misterio eucarístico, rindiendo todos á Dios el tributo de su corazon en las acciones de gracias con la mayor sencillez y entusiasmo.

Bien pronto Pedro y Juan son detenidos en un inmundo calabozo por el enorme delito de curar los enfermos, los cojos, y dar habla á los mudos, pero allí no se entristecen, sino por el contrario, se regocijan sus almas sufriendo por Jesus; allí se les prohíbe hablar de Cristo, pero contestan que antes es obedecer á Dios que á los hombres, y mientras los fieles elevan al Señor plegarias por ellos, administran en el mismo calabozo el bautismo, y siguen confesando el nombre de Cristo, hasta que un ángel los pone en libertad. El Sanhedrin entonces los condena á muerte, pero Gamaliel se opone, y son azotados en pública asamblea con edificacion de la Iglesia.

En aquellos tiempos dichosos vivian los fieles en una fraternidad admirable, y cuantos se incorporaban en la nueva Iglesia vendian sus bienes y los entregaban á los apóstoles para que los distribuyeran de modo que nadie sufriera por causa de indigencia; pero como las viudas de los israelitas obtuviesen alguna preferencia en la distribucion sobre las de los helemitas y extranjeros, para evitar todo disgusto se nombraron siete diáconos que distribuyesen, no solo el alimento corporal, sino el cuerpo y sangre consagrado que despues de la comida se daba todos los dias á los fieles en memoria de Cristo. Entre estos se encontraba Esteban, que lleno de celo y energía, predicaba todos los dias en las sinagogas de Jerusalem la divini-

dad de Cristo, probando que era el Mesías verdadero, prometido en la ley y en los profetas. No pudiendo los judíos rebatir la fuerza de sus argumentos, le acusaron ante los tribunales de haber blasfemado de Dios y de Moisés, y ante ellos sostuvo sus principios, y no encontrando razones que oponerle, le sacaron fuera de la ciudad, donde murió apedreado pidiendo por sus verdugos, y siendo el primero que selló con su sangre las palabras divinas. Santiago el mayor fué luego degollado por confesar á Jesucristo, y el menor, llamado el Justo, que no bebia vino ni licores, y aunque obispo de Jerusalem, andaba descalzo, cubierto con un tosco manto, y tenia callosas, como la piel de los camellos, sus rodillas á fuerza de orar: llamado por el gran sacerdote Aman al terrado del templo, como hiciese allí su profesion de fé, fué arrojado al suelo desde aquella altura, sin que esto hiciese otro efecto que multiplicar las conversiones.

Bien pronto el odio buscó la venganza, y en los antros del rencor estalló el huracan de la persecucion. ¡Desgraciada Jerusalem, que matas los profetas! La hora se acerca en que las hijas de Sion lloren por el fruto de sus entrañas, y las fecundas envidien los pechos que jamas amamantarón. ¡Los apóstoles y los fieles abandonan aquella Jerusalem ingrata, manchada con el deicidio, y se esparcen por toda la Judea y Samaria para

anunciar á las naciones el Mesías; pero allí los persigue el furor judaico; entre el número de los que pidieron tropas se encontraba Saulo de Tarsis de Cilicia, fariseo de creencia, perseguidor hoy de la Iglesia, elegido por el Señor para apóstol de las gentes, cuando marchaba contra los cristianos, la gracia obró su conversion. Esparcido en toda la Judea el nombre de Cristo, los apóstoles, en cumplimiento del mandato del Señor que les ordenaba llevar la fé á todas las naciones, se determinan á partir como corderos en medio de los lobos; pero antes redactan su profesion de fé, y armados con este escudo, sin mas ejército que su palabra, sin otra defensa que su conciencia, sin ningun porvenir ni gloria terrena, estos nuevos conquistadores se esparcen por todo el mundo anunciando á la tierra una doctrina sublime y reparadora que ha de salvarla. Pablo hace resonar su voz en las floridas laderas del Parnaso, junto á las mansas corrientes de Elicona, y entre los descendientes de los Licurgos y Solones. Pedro pasa á Cesarea, y recorriendo las llanuras que fecundizan el Arcento, el Oronte, el Labotar y el Enáporas, establece la silla de Antioquía: Andres se dirige á la inculta Escitia, volviendo por la Epira y Grecia: Tomas predica á los crueles é indomables partos y á los salvajes indios: Bartolomé visita las nieves perpetuas del Ararat y el Tauro, atraviesa el Tigris, el Eufrates, y el Aras,

anunciando el Evangelio á los hijos de Aran: Mateo predica al atezado etiope: Judas lleva entre los abrasados arenales de la Arabia, entre sus ponderados aromas, el nombre del Señor, estendiéndose á la Mesopotania: Bernabé y Simon visitan la Montaña encantada, admiran las ilusiones de sus negras copas, transitan por las floridas riberas del Bend-Emir, recorren la rica Persia predicando el Evangelio á su Tadik y nómadas habitantes, y visitan las pirámides de los Faraones: el ilustrado y culto Egipto y la Abisinia, reciben de boca de Matías la verdadera ciencia, la que conduce á la felicidad y á la salvacion, de modo que por toda la tierra resonó su palabra, y su voz retumbó hasta en los confines del mundo. Juan siguió á la Virgen María á Efeso, y Felipe fué martirizado en Hierópolis de Frigia, y Santiago anuncia la ley del Señor á los iberos, que al recibirla suavizan sus feroces instintos y humanizan sus guerreras costumbres.

Desde Antioquía se dirige Pedro á Roma; el pescador de Genezareth establece frente por frente del trono de los Césares la silla del Pontífice; de la metrópoli del mundo gentil hace la del mundo cristiano; al imperio universal armado opone el imperio universal de la conciencia; y al reino del sable sustituye el del amor; allí á los desórdenes y maldades de los Césares opone la sublime verdad que perdona, instruye, consuela, y que

sacrificándose por la humanidad, hace inútiles los demas sacrificios sangrientos, convirtiendo á impulsos de su celo tantas almas, que fué obligado el emperador Claudio á espulsarle con los recién convertidos, por lo que volvió á Antioquía. En esta ciudad comia con los incircuncisos hasta que llegaron los judíos recién convertidos y se unió á ellos, por lo que Pablo le reconvino haciéndole ver que las figuras habian cesado desde la aparición del figurado, y Pedro oyó con docilidad la advertencia: en seguida Pablo, habiendo multiplicado allí sus conversiones, se dirigió á Atenas, donde á pesar del "en otra ocasion te oiremos" de los areopagitas, á pesar de la indolencia de la plebe, de las burlas de los epicúreos; hace tales y tantas conversiones, que se gradúa en cincuenta mil dineros ¹ el valor de los amuletos y libros de los misterios que le entregaron los recién convertidos, y él arrojó á las llamas, teniendo que abandonar la patria de Arístides por el tumulto de los

1 El dinero ó denario valió al principio diez ases, y por este tiempo diez y seis. Cada veinticinco ases valen un franco veinticinco céntimos de la moneda francesa, y cada cien ases cinco francos. Multiplicando diez y seis ases por cincuenta mil que son los denarios, nos resultan ochocientos mil ases, que reducidos á francos, hacen cuarenta mil. Suma enorme, que prueba hasta qué grado habia llegado la superstición y la sublevación de los fabricantes contra el apóstol, que así mataba su industria.

fabricadores de estos instrumentos del fanatismo, que consideraban perdida su industria si continuaba por mas tiempo en la ciudad, encaminándose á Tiro y de allí á Jerusalem, donde fué encarcelado; pero invocando el derecho de ciudadano romano, le trasladaron á Roma con un soldado, á que estaba encadenado segun costumbre: allí convocó á los judíos, y haciéndose sordos á sus clamores, declaró que recibirian los gentiles la palabra de gracia que ellos despreciaban; allí, como en todas partes, aumentó el número de los verdaderos creyentes, y desde allí dirige cartas á las iglesias y á sus amigos, para afirmarlos mas y mas en la fé de Jesucristo.

En ellas funda la verdadera teoría de los poderes, enseñando que Dios es la fuente de toda autoridad; prohíbe el divorcio; elogia la continencia, y cuida de manifestar que no vive á espensas de nadie, sino de su trabajo. Estas cartas revelan la sublimidad de un talento vigoroso y lucido, la sencillez del hombre que recomendaba á Timoteo le llevase con sus libros el manto que habia dejado en Troada, admirándose sobre todo el fuego de aquella caridad que hace esclamar: "Si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles y no tuviese caridad, seria como un metal que suena, ó como una campana que tañe; si tuviese el don de profecía, supiese todos los misterios y las ciencias, y tuviese bastante fé para trasladar los montes de

una parte á otra, sin la caridad nada seria; y si distribuyese á los pobres todos mis bienes, y entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tuviese caridad, nada me aprovecharia. Aunque se hayan de abolir las profecías, cesar las lenguas y destruirse la ciencia, la caridad jamas fenecerá." S. Pedro y S. Pablo fecundizaron con su sangre el árbol del cristianismo, y santificaron con ella aquella tierra mancillada con la de tantas víctimas el 29 de Julio del año 67 de Cristo.

En tanto la luz del Evangelio se difundia por todas partes, haciéndose sentir por las obras de caridad: donde habia lágrimas que enjugar, ignorantes que instruir, miserias que socorrer, almas desfallecidas que animar, allí habia un apóstol, que semejante al ángel de Dios, restituía la calma y desaparecia dejando á los que habia proporcionado consuelo, llenar de bendiciones una religion que, aunque parece se ocupa solo de las cosas del cielo, derrama tanta felicidad sobre la tierra. Nuevos eran absolutamente aquel afan, aquella solicitud por la ínfima clase maldecida, y hollada por los doctos y por los poderosos, aquellos ancianos que iban predicando á todos la palabra santa, aquellos diáconos repartiendo á los que los calumniaban, á los que los maldecian y á los que los apedreaban abundantes limosnas; aquellos hombres piadosos, apresurándose á recoger á los niños abandonados por sus padres,

ó viciosos, ú holgazanes, porque Cristo dijo: "El que recibiese un niño en mi nombre, á mí me recibe."

Así aparecia la nueva religion dirigida por la voz y por el ejemplo, y sus hijos se encontraban siempre dispuestos á sufrir sin proferir una queja, á perdonar á sus enemigos y á devolver bien por mal á sus perseguidores. Su virtud severa aparecia templada por una caridad afectuosa. Juan, el discípulo querido, el evangelista del amor, el desterrado de Patmos, habiendo recogido y entregado á un obispo un jóven, cuando supo que por la demasiada libertad que le diera, se habia precipitado al vicio y entregado á la profesion de bandido, reconviene al prelado, gimé con toda la amargura de su corazon y se dirige al bosque en su busca, le encuentra, pero huye el jóven; Juan le sigue, le suplica que no se esconda de su padre, le ruega, le insta, y no pára hasta que consigue volverlo al sendero de la virtud. Este mismo apóstol en su ancianidad, cuando ni aun podia tenerse en pié, se hacia conducir á la Iglesia y no dejaba de repetir: "hijos míos, amaos unos á otros," y preguntado por qué jamas les decia otra cosa: "Consiste, les responde, en que tal es el mandamiento de Dios, y en que basta con observarle." Todos los primeros fieles, á vista de la debilidad humana, y á imitacion del Salvador, y en presencia de un siglo que tributaba lúbricas adoraciones

á un Diocles afamado por sus impurezas, y donde se hacia alarde de los mas vergonzosos ultrajes contra la naturaleza, proclamaban la pureza y la castidad, considerando la virginidad como el estado mas perfecto. "En las enfermedades y una edad avanzada, decian los viejos, no hay cuidados comparados á los que uno recibe de su esposa y de sus hijos. Amad el alma sin prestar al cuerpo mas atencion que recordar que es una estatua cuya belleza induce á pensar en el Criador."

Tan hermosas doctrinas acompañadas del ejemplo no podian menos de atraer prosélitos, y el número de los cristianos se aumentaba de dia en dia: en sus filas se alistaban los que, desengañados de la nada del mundo, de sus pompas y vanidades, buscaban la felicidad en la tranquilidad de alma, que el mundo niega á sus adoradores, á los tiranos, á los usureros y á los que viven del sudor del pobre: á sus filas acudian los oprimidos por la desgracia y la tiranía; cuantos la miseria aquejaba venian á descansar en los brazos de una religion que proclamaba las penas y trabajos de la vida, como una senda segura que conducia á una felicidad eterna y la cándida vestidura de la hija de Sion, ondulaba sobre la inmensa corrupcion del mundo sin mancillarse, prestándole su vigor, su lozanía, su hermosura; la religion de la víctima del Gólgota se aumentaba, y las doctrinas del pobre galileo encontraban acogida en todas partes á

despecho de la filosofia, de la maledicencia y de la calumnia que se pusieron en juego para aniquilarla; pero en vano las nubes pretenden apagar el fanal que alumbra y vivifica el mundo, y así de en medio de la calumnia, de entre las sombras de la maledicencia, se destacaba en lontananza, como de entre las olas de la tempestad; el bien acondicionado bajel surca los mares y se encamina al puerto á despecho del rayo, del trueno y del huracan que le agitan.

Llenos de indignacion contra los fieles los poderosos del mundo, por todas partes les suscitan enemigos, y no era de estrañar si se considera que el sacerdocio, predicando la doctrina de Jesucristo, se oponia á sus bestiales desenfrenos, y tendiendo á reformar la sociedad, destruia la tiranía que oponia á los patricios de la prostituta Roma en el caso de ser árbitros del mundo y opresores de la humanidad. Los sacerdotes enseñaban que era un deber y no un placer el cuidado de dirigir á los hombres: que aquel que se sienta en el trono tiene que servir á la gran sociedad que gobierna, y no debe envanecerse de su categoría; y al súbdito decian que contemplara en el poderoso al hombre constituido en su provecho, á quien debe amar, obedecer y auxiliar.

Jesucristo habia designado al morir el hombre que despues de su muerte debia hacerse criado de sus criados, fundando así la unidad de gobierno

visible, que habia de acercar cada vez mas á los hombres á su perfeccion, esto es, á la unidad de las creencias y afectos, por lo que establece un gobierno encargado de dirigir las conciencias, á quien corresponde resolver las dudas y determinar las creencias. Este gobierno nada tiene de violento; sus armas son la persuasion, la gracia que invoca y la infalibilidad prometida por el Señor que ora en el cielo para que no falte la fé de Pedro. El poder espiritual no lucha con el terreno, pero propaga doctrinas que deben modificarle, y que han de hallar mucho séquito en el mundo, porque tienden á la perfeccion de la humanidad: desde entonces hay ya dos sociedades; la mundana, compuesta de naciones distintas, y la religiosa, donde solo hay una asamblea universal (la Iglesia católica). Así propagaban la unidad del mundo: veamos cómo establece la igualdad esta Iglesia, este Evangelio, este clero que tanto se escarnece y que se presenta hoy como el enemigo de los pobres, de esos pobres cuyos derechos consigné y defendió aun á costa de su misma sangre.

Para esto no tenemos necesidad de acudir á los santos Padres, ni á los apologistas del cristianismo, ni á los historiadores sagrados, ni usaremos otras prnebas que las siguientes palabras de S. Simón: "El clero católico, dice, ofrece el primer bosquejo de una sociedad establecida sobre la combinacion de fuerzas pacíficas, y en cuyo seno

está prohibido que el hombre esplote al hombre bajo cualquier aspecto que se le considere. Se mejante asociacion no podia menos de ser imperfecta en atencion á las circunstancias que la rodeaban: pero en un siglo habituado á la barbarie, pregona en alta voz su horror á la sangre, y repite: "Demos al César lo que es del César: mi reino no es de este mundo," es decir: dejemos á la tierra mientras está avasallada por la cuchilla. En medio de una sociedad ordenada ante todo por la espada, en que reina una aristocracia fundada por el nacimiento; esta asociacion pacífica huella los privilegios de la nobleza y de la cuna; proclama la igualdad de los hombres ante Dios, la distribucion de los castigos y recompensas celestiales en razon de las obras, y pone su práctica en la gerarquía terrestre un nuevo método para la distribucion de las funciones y de los grados con sujecion al mérito personal, y no al nacimiento. Tenemos un sorprendente testimonio en los papas, que en tiempo de la plenitud del establecimiento católico fueron escogidos entre hombres oscuros, á quienes solo su mérito hacia notables. Aunque la sociedad llamada temporal se negara á imitar á la sociedad espiritual, se hallaba no obstante dominada por el ascendiente moral de esta y por su enseñanza, hasta tal punto, que en medio de los esfuerzos hechos para restringir su poderío, se vió á los gefes de las naciones doblar su frente

ante los gefes del clero y mostrarse gloriosos con el título de hijos de la Iglesia.

En efecto, en cuanto aparece la notable doctrina que iba el clero á introducir en el mundo, se conoce el admirable contraste que forma la vieja sociedad con la naciente, contraste en que aparecen en manifiesta contradiccion la sociedad regida por los papas, y la que tiranizaban los Césares. En ésta la nobleza de raza, dignidad y poderío; en aquella todo proviene del mérito personal sin grados ni privilegios hereditarios; de modo que por mas humilde que sea el nacimiento del hombre, puede por su mérito elevarse á las mitras, á la púrpura, á la tiara y hasta á los altares. Allí la fuerza impone los gobernantes, y sus caprichos los magistrados; aquí el mérito es el título que hace del mas infeliz y pobre un pontífice. Allí ejércitos que avasallan los cuerpos, aquí apóstoles que persuaden al entendimiento y cautivan la voluntad. Allí emperadores que decretan; aquí obispos, diáconos y sacerdotes que instruyen y aconsejan. Allí juicios que castigan, aquí un tribunal en que la propia confesion expía la culpa por la sangre de Jesucristo, y si reincide con la correccion ante testigos, y si escandaliza por la privacion de la comunión de la Iglesia, esto es, escluyéndole de la oracion y del banquete de los hombres honrados. En una palabra, allí la materia, aquí el espíritu; en aquella la coaccion, en esta la conciencia.

La Iglesia propende á quebrantar los hierros y á derribar la tiranía para que el hombre aspire en este mundo á su perfeccion: ante la augusta hija de Sion que cobija con un manto sagrado á todos los mortales, debe desaparecer la bárbara costumbre de oprimirse unos á otros: ante la que nos llamó hijos no debe existir la esclavitud que envilece, y á cuya sombra se desarrolla el vicio en toda su deformidad. Sí, el vicio en su mayor deformidad; porque el decoro huye de aquel lugar donde el hombre puede imponer el vicio como una obligacion á innumerables mujeres sujetas á su capricho, y á multitud de hombres entregados á discrecion de un señor que puede emplearlos en sus venganzas, en sus ambiciones, contra el particular y contra el Estado. En cuanto á la honestidad estaba tan envilecida, que nadie creia profanarla abusando de los esclavos, y exigiendo á los libertos un infame tributo de agradecimiento, como lo dicen estas palabras: *Impudicitia in servo necessitas, in liberto officium, in ingenuo flagitium*. En las mujeres estaba proscrito el pudor; y los desórdenes de Mesalina, el culto de Venus prostituta, el de Adonis, el de Antinoo, el de Drusilla dicen el grado de envilecimiento á que habian llegado. Pero la Iglesia considera el pudor como el mas hermoso adorno del bello sexo, y los sacerdotes cristianos enseñando esta hermosa virtud en un tiempo en que estaba hollada y escarnecida por

las cortesanas, por las esclavas, por las reinas y hasta por las diosas, protegieron la emancipación de la mujer, elevándola para que pueda ejercer sobre el corazón del hombre ese poder mágico, que establece la dulce reciprocidad de bondad y de respeto, única fuente de la ventura que se goza en la vida doméstica.

Sin embargo de esta doctrina civilizadora, sin embargo de estos deseos por destruir la esclavitud, ni la Iglesia ni sus ministros podían romper de un golpe las cadenas, y decir á los esclavos: sois libres, porque esto hubiera sido un error imperdonable: hasta la misma filosofía de nuestro siglo, hasta los mayores entusiastas por la libertad, hasta los amigos más decididos de las reformas y del progreso de las ideas, conocen adónde conducen esos súbitos trastornos, esas mudanzas repentinas, esos trámites violentos, y en nuestros mismos tiempos tenemos pruebas bien tristes de ellos. La doctrina que propaga el clero atiende al bien general; hace reformas, pero se opone á las revoluciones; quiere el triunfo de las ideas, pero en los límites de la sana razón, por eso las enfrena; las dirige al bien, pero las coarta, para que la virtud no degenera en vicio y la libertad en licencia; derrama en los esclavos una semilla que, desarrollándose poco á poco, producirá con el tiempo lo que jamás hubieran conseguido las teorías de los sabios antiguos, y haciendo la revolución

en el alma sin sangre ni violencias, lleva la humanidad á su regeneración social.

Desde entonces, desde esta época feliz la misión del sacerdote es auxiliar al mundo en su progreso civilizador: la misión de los hombres es adelantar y luchar; el viejo y nuevo mundo están en pugna, y si no falla la palabra de Dios, como no puede fallar, se desarrollará y realizará de día en día la ley del amor, de la equidad y de la justicia promulgada por el clero, que sabe que en ella consiste la perfección del orden moral, y de este modo será infalible el progreso, porque habrá venido á ser una necesidad de la humanidad. Llegando á enlazarse las ciencias humanas á la sublime unidad de lo verdadero, que es el principio del cristianismo, no las repudia, sino que las transforma, y las asegura un triunfo completo sobre la tiranía del vicio y del error, que es la peor de todas. La doctrina de Jesucristo enseña el modo de oponerse á la corrupción universal; en medio de la duda el Evangelio sugiere la resolución más honesta y generosa, y así no hay delito que no pueda cometerse desviándose de sus máximas. Esta doctrina verdadera, predicada por el clero, levanta la humanidad de la postración en que la había sumido el gentilismo, y el sacerdote, amigo natural del desgraciado y del pobre, levanta siempre su voz para defenderle, para consolarle, para romper los grillos que le aprisionan, para confun-

dir al señor que le humilla, que le veja, que le maltrata.

Ese clero que tan enemigo quieren hacer de la humanidad, fué y es su mejor, su único protector; ese clero que tan sanguinario se quiere suponer, es y fué el predicador de la paz; ese Evangelio, áncora de la tiranía, segun los apóstoles del siglo los que quieren impugnarle, es el que se opuso á los tiranos, el que los exhortó á mirar como hermanos á todos los hombres; y esos sacerdotes que quieren esponer al desprecio hoy, son y fueron los que diariamente ruegan al Señor por la paz y union de todos los hombres, son los que piden hasta por sus enemigos, son los que llevan el consuelo al pobre y al oprimido, los que predicaron ante los tiranos la igualdad, los que reprendieron los excesos del poder, los que sufrieron persecuciones por amenazar á los poderosos con los castigos eternos si no dejaban de oprimir á sus hermanos; y en una palabra, los que fueron arrojados á las llamas, á los leones, y espiraron entre los mayores tormentos por confesar y publicar la doctrina que habia de quebrantar las cadenas de la esclavitud y echar los cimientos á la verdadera libertad, llamando al esclavo con su dueño ante el Dios de todos para sentarse á una misma mesa, restituyendo así al oprimido su personalidad y su conciencia, y haciéndole responsable de sus obras y pensamientos: ellos, en fin, son los que no han

olvidado aquello de S. Pablo, cuando devolviendo bautizado á Philemon un esclavo que se habia fugado de su casa, le dice: "No le recibas como esclavo, sino como á hermano muy querido. Si me consideras como compañero, acógele como me acogieras á mí mismo." (Epístola ad Philemonem).

Tan hermosa doctrina se propagó cual chispa eléctrica por el mundo, y la voz de los apóstoles se oyó hasta en los confines de la tierra, y bien pronto recibieron el Evangelio Judea, Italia, Grecia, Egipto, las provincias que baña el Eufrates, y que circunda el mar Egeo; edificáronse iglesias en Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Laodicea y Filadelfia. Damasco, Alepo y Antioquía, eran ilustres en Siria, Chipre, Creta: la Tracia y la Macedonia acogieron á los apóstoles que llevaron el Evangelio á las antiguas repúblicas de Corinto, Esparta y Atenas. La gerarquía vigorosa de los magos persas cedió tambien ante los discipulos de Jesus; la Siria y la grande Armenia abrazaron su fe, Santiago la propagó por España, y á las tribus errantes del Cáucaso la llevó una cautiva cristiana. A despecho de los huracanes la nave de S. Pedro bogaba victoriosa el mar proceloso del mundo, sujetando á su poder sus encrespadas olas, y la luz del Evangelio alumbraba las tinieblas del imperio, y caminaba á destruir del todo las tinieblas del gentilismo: en el siglo II,

Frumencio convirtió la Etiopía, donde halló ya traducidos los libros santos, y fundó el obispado de Axo.

En una palabra, el nombre de Jesus y su admirable doctrina volaban por todas partes, absorbían todas las atenciones y dominaban las almas que el vicio no había aún pervertido, y por eso su progreso fué mayor y mas rápido, pudiendo muy bien darse crédito por mas que se oponga la crítica á estas palabras de S. Justino mártir: "No existe pueblo griego ni bárbaro, no hay nacion, cualquiera que sea su nombre y sus costumbres, por ignorante que aparezca en agricultura y artes, ya more bajo tiendas, ya ande errante sobre carros cubiertos, donde no se celebre en nombre de Cristo crucificado al Criador de todas las cosas." Tertuliano afirma: "Que los cymbrios y caledonios invencibles hasta entonces contra los ejércitos romanos, fueron avasallados por Cristo." Y al procónsul de Cartago, que hacia la guerra á los cristianos, afirma que si persiste en ello tendrá que diezmar la ciudad, asegurando que los hallaría de su misma clase, "senadores, matronas y amigos," con lo que se prueba que, no solo entre el pueblo, sino entre la gente principal, hallaba eco el Evangelio.

Tan admirable propagacion fué favorecida en parte por circunstancias humanas. Al principio los cristianos fueron reputados como una secta ju-

daica: el mundo civilizado obedecía un solo Señor, y por consiguiente, los apóstoles no tuvieron que luchar con las rivalidades ni los odios de nacion á nacion, de pueblo á pueblo, de familia á familia. La parte culta del imperio usaba el idioma griego que los apóstoles adoptaron para su predicacion; así se atrajeron hombres ilustrados, que bien pronto espusieron la doctrina de los pescadores galileos en el idioma de Aristóteles y Platon, y formaron un sistema que presentaba en toda su desnudez la pobreza de las demas filosofías, lo raquíptico y mezquino de sus preceptos, y su ineficacia para hacer felices los mortales.

Entre el ruido de los festines y la crápula de las orgías no podían los hombres sofocar aquella voz, aquel grito estimulante de la conciencia que induce á buscar lo que es Dios y lo que es el hombre, qué relaciones existen entre el uno y el otro, cómo el pecador puede ser redimido y qué será despues de su muerte. Doctrinas admirables, cuya solucion no podían dar las religiones paganas, por mas que se multiplicasen las divinidades, por mas que se consultasen los oráculos, se repitiesen los sacrificios y se esportasen como un artículo de comercio, ya la Isis egipciaca, ya el Hércules líbico, ya el Mytrás persa; los oráculos habían perdido su voz, los agüeros su prestigio, los sacerdotes su poder, y para elevar la religion tuvo que suplir la política á las creencias. Augusto, encum-

brado al imperio, reúne á la corona y el cetro del soberano, la toga pretesta y el Titulus del Pontífice, erige altar en el mismo senado á la victoria; y la mano que maneja la espada en los campos de batalla, sacrifica las víctimas expiatorias en las aras de sus dioses.

No era ya la religion la que imperaba en las almas y dominaba en las ideas, sino que era considerada como una razon de Estado; habian perdido su voz los oráculos, los misterios se habian hecho públicos, y cansados los hombres de ver á sus dioses eternamente materiales, hallaban en sus almas un vacío que no podian llenar las religiones gentílicas. En medio de este ateismo, se levanta la religion de Jesucristo con su doctrina sencilla, clara y humanitaria, que espone lo que es y lo que debia ser, la miseria y la concupiscencia, la idea de la perfeccion y el orden, el bien y el mal, las palabras de la sabiduría infinita y los vanos discursos de los hombres, la vigilante alegría del justo, los dolores y los consuelos del arrepentimiento, el espanto ó la imperturbabilidad del malo, y los triunfos de la equidad y de la justicia. El prosélito no era conducido por la iniciacion, sino que al momento se le esponian las sublimes verdades de la Encarnacion, de la Redencion y de la Eucaristía, y esta enseñanza estaba conforme con lo que se predicaba; el misterio con la doctrina exterior, y las ceremonias del culto con

la consumacion del sacrificio; á la opinion, á la duda y al miedo sustituiian los cristianos la fé, la esperanza y la caridad. La idolatría que era alusiones, accidentes naturales ó á lo sumo conmemoraciones patrióticas mezcladas con desórdenes é impurezas, en los cristianos era sustituida con un signo de renacimiento espiritual, principio de su gozo y alegría; allí no conocian la Providencia y consultaban el porvenir; aquí se confiaba en la omnisciencia divina, y exento el espíritu de temor, hallaba el cristiano la esplicacion de la vida en lo que debia acontecer despues de la muerte, y sufría con resignacion y paciencia los trabajos del mundo alentado y esperanzado con el premio venidero.

El pueblo, pues, halló en estas doctrinas el término de su ansiedad, de sus dudas, de sus deseos, y de todas partes vino á engrosar las filas del cristianismo, convirtiéndose cada nuevo adepto en un predicador ardiente y fervoroso del Crucificado. El centurion predicaba á su cohorte, el artesano á los de su oficio, el padre á su familia, el esclavo á sus compañeros y hasta á sus señores, y el nombre de Jesucristo sonaba en las cuevas, en los palacios, en los pórticos, en los circos, en los gimnasios, en el senado y hasta en los burdeles, y siempre con provecho y edificacion, siempre en beneficio del hombre y de la sociedad. En vano al ver el incremento de la nueva religion quisie-

ron los gentiles vestir su culto con los dogmas católicos; la verdad y la mentira nunca pueden hermanarse, y así solo servia la amalgama para poner mas de manifiesto el error y la impostura, y en ellos siempre debia reinar el espíritu hostil que dominaba entre las divinidades que adoraban; y el espíritu de despotismo de la raza conquistadora sobre los vencidos, debia siempre mantener la tiranía: despotismo y tiranía que formaban un asombroso contraste con aquella comunicacion íntima, con aquella union admirable, consolidada entre los cristianos por la unidad de creencias y de esperanza, y tanto admiraba á los gentiles este afecto, esta concordia, esta paz, que al verlos exclamaban entusiasmados: "Miradlos cómo se aman." Espresiones que hacian repetir á Tertuliano: "Están poseidos de asombro los que no saben mas que aborrecerse."

Recuerdan Grecia y Roma sus Leonidas, sus Arístides, sus Brutos y sus Escévolas, pródigos de su sangre por la libertad, y los hijos de aquellos admiran á los cristianos que aman una libertad que no escluye el orden ni se adquiere con la rebeldía, sino aquella libertad que resiste todo atentado contra la independendencia del espíritu y de la conciencia, y por lo que sabian no darse, sino esperar con intrepidez la muerte. Cuando en todas partes se compite sobre quién se envilecerá mas á las plantas de señores envilecidos, enseñan los

cristianos que de solo Dios depende el hombre, y primero perecen en los tormentos mas crueles que faltar á su religion en lo mas mínimo, y prefieren la muerte á quemar incienso al dios del capitolio ó á la impúdica hija de Citeres. Son sus medios de accion la sinceridad y la paciencia, no la fuerza ó la astucia, no la habilidad que transije ó guarda el momento favorable. ¿Pretenden oprimirlos y obligarlos por la fuerza? si son débiles apelan á la fuga, en otro caso padecen, y en padecer encuentran su felicidad: la crueldad duplica la constancia, de manera que escitando el celo de todos, la sangre de los mártires es la semilla de los cristianos; y aunque sus milagros se atribuyen á magia como quieren los historiadores gentiles, antes de convenir en esta idea se admira el mayor, el de haber convertido el mundo á pesar de los infinitos obstáculos que tuvieron que superar, sin mas armas que su constancia, su paciencia y su resignacion.

Sin embargo, tenian que vencer muchas dificultades, tenian que luchar con la costumbre de toda la vida, con las pasiones á que tanto favorecia la religion gentílica, con el prestigio de los sacerdotes, con el poder de los emperadores á quienes no podian adular, con la vanidad, pues mientras la idolatría presentaba sus dioses como héroes, como conquistadores, temidos y victoriosos, los cristianos adoraban un hombre proscrito, pobre,

que habia muerto en un patíbulo, lo que les es-
ponia mas al ludibrio que al respeto, repugnando
al orgullo tener nada de comun con una raza ab-
yecta, con una raza de esclavos y artesanos: de
aquí las burlas respecto á sus misterios, preten-
diendo unos que adoraban al sol, otros una cruz,
otros un cordero; quién afirmaba que una cabeza
de burro, quién que las partes vergonzosas de sus
obispos. . . . En Cartago se puso de manifiesto un
crucifijo con unas orejas muy largas, escitando así
la risa del vulgo que tenia por mas estúpidos que
perversos á los cristianos.

Sus juntas se acriminaron, y sus ritos se inter-
pretaron en el sentido mas siniestro: á las agapas
se las calificó de festines lúbricos, donde reinaba
el desórden y la intemperancia; sus reuniones se
creyeron presididas por la deshonestidad, y en el
silencio de las catacumbas se afirmó que se ultra-
jaban el pudor y la naturaleza; se dijo que se pre-
sentaba al neófito un niño cubierto con harina
para que lo asesinase; y que recogian su sangre
en un cáliz que pasaban de mano en mano mien-
tras se comian su carne; se motejó de indolentes
á los que abandonaban los cargos públicos por se-
guir la nueva religion; llamáronse los milagros
sortilegios, su constancia el resultado de los ma-
leficios, y los cristianos que no tenian templos ni
sacrificios eran llamados ateos, y hasta se les acu-
só de enemigos del género humano, que entre los

romanos equivalia á enemigos del imperio, á ene-
migos del César.

Tambien les opusieron un fuerte obstáculo los
judíos, pues no podian sufrir en paciencia verse
defraudados de sus esperanzas en un Mesías; y si
al principio el cristianismo vivió á su sombra, bien
pronto, rebelados contra el imperio, aunque los
hijos de Jesus no tuvieron parte en la rebelion,
fueron envueltos en el odio y en la proscripcion
por haberlos juzgado como una familia, como una
secta. A esto deben agregarse las herejías. El sa-
maritano Simon creyó los milagros efecto de la
magia, y queriendo penetrar el secreto, se fingió
convertido y procuró tentar á S. Pedro, ofrecién-
dole dinero si le daba la facultad de conferir el
Espíritu Santo por la imposicion de las manos:
rechazado severamente por el apóstol, formó una
religion, mezcla de ideas platónicas, evangélicas y
cabalísticas, y se aplicó á apartar las almas de
Cristo, recorriendo las provincias, oponiendo pres-
tigios á los milagros, y vanagloriándose de volar
por los aires, hacerse invisible, convertir las pie-
dras en pan y traspasar las montañas, y á tanto
llegó su presuncion, que, queriendo en Roma vo-
lar por los aires en presencia del emperader Clau-
dio, cayó y se reventó en la caida.

Por diferente camino Apolonio de Tiana quiso
hacer resucitar el paganismo, fundando su doctri-
na en la antigua tradicion itálica, recorrió diver-

esos puntos del imperio, y consiguió por medio de respuestas sibilinas el nombre de profeta entre los paganos: acusado ante Domiciano, se le mandó comparecer; estuvo, según él, en Roma, Pouzolas y Efeso en un mismo día, sus discípulos lo afirmaban y así adquiría crédito y hacia algunos, aunque pocos, prosélitos, pero que manifiestan y dejan muy bien conocer que semejantes impostores dañarían mucho al cristianismo, pues los que creían se apartaban del conocimiento del verdadero Dios, y los que no creían los consideraban como las verdades del Evangelio y como los milagros de los santos, á quienes trataban de mágicos, impostores y charlatanes como á los verdaderos impostores, confundiendo así la verdad con la impostura. Se multiplicaron los novadores enseñando una gradación de genios entre Dios y el hombre, con quienes se podía comunicar por medio de ayunos y otras mortificaciones, especulando así con las creencias y con los temores, no solo del pueblo, sino de los magnates, y hasta de los emperadores Caracalla y Marco Aurelio, y la malignidad los confundía con los cristianos.

Mas sin embargo de haber vomitado el infierno todas sus furias contra los cristianos, sin embargo del empeño de los poderosos del mundo por destruirlos, Jesucristo habia dicho que su Iglesia duraría hasta la consumacion de los siglos, y así entre las contradicciones se levantaba hermosa, lle-

na de lozanía y vigor, como resucita el Fénix de sus propias cenizas, para llenar con su acento bienhechor el mundo, para levantar la humanidad, y llevar en alas de la caridad la civilizacion á los últimos confines de la tierra; pero esta hermosa obra destruía los planes orgullosos de los magnates que solo sabían oprimir, y el infierno aprovechó sus feroces instintos, animó y exaltó sus pasiones contra los hijos de la cruz, y al fin se decretó su esterminio; pero nada puede el demonio contra Dios, y ya tendremos lugar de admirar el heroísmo de los hijos de Jesucristo, de los sacerdotes del Señor entre los tormentos, y el día de la persecucion de los poderes de la tierra contra los cristianos, de la fuerza bruta contra el poder espiritual, es el día de la prueba, la mas bella página del cristianismo. Preparémonos á ver correr á torrentes la sangre de los hijos del Señor y en particular de los sacerdotes, por civilizar el mundo. Tal será la materia del capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

llos hombres que, no contentos con monopolizar los mandos, las dignidades y hasta la sangre de sus hermanos, sin ninguna responsabilidad y sin quien se lo reprendiese, no podían menos de anatematizar y perseguir aquel clero, aquellos sacerdotes del Señor, que en todas partes levantaban su voz en favor del débil y del que sufría; aquellos sacerdotes que iban por todas partes enseñando que los hombres todos somos hermanos, que debe el superior guardar consideraciones con el inferior, socorrerle y no vejarse, consolarle y no insultarle; y en una palabra, contemplarle como destinado al cielo, y acreedor por sus virtudes á honores que con sus vicios desmerecía el que así le trataba. Los poderosos y privilegiados no podían sufrir esta admirable doctrina, y por todas partes un clamor general se levantó contra ella. Los sabios, según la carne y el mundo, los virtuosos, según el siglo, los grandes, según los privilegios; todos, en fin, se alarmaron contra los cristianos; y mientras los pobres y desvalidos, y mientras los indigentes y necesitados, y algunos hombres honrados de las clases acomodadas los admiraban, ellos no perdonaron medio para ahogar con la sangre del clero las nuevas doctrinas que iban publicando, y debían cambiar la faz del mundo.

La nueva Iglesia, sin mas armas que la persuasión y la constancia, no podía obligar á hombres voluptuosos y rudos conquistadores á cambiar re-

CAPITULO IV.

PERSECUCIONES DE LA IGLESIA.

A medida que vamos avanzando en la historia, vemos al cristianismo aumentarse, y al clero difundir y generalizar en el mundo la doctrina evangélica, pero también vemos á los poderosos de la tierra conjurados para esterminarla. Las máximas que propagaban los discípulos de Jesucristo, no podían menos de concitar contra sí aquellos hombres que vivían entre el luto general, que habían degradado la humanidad y hecho de la esclavitud el escabel de su grandeza; aquellos hombres que se creían señores de vidas y haciendas; que explotaban al hombre y le trataban como de inferior condición, como nacido para servir á sus caprichos, á sus planes, y hasta para divertir su ociosidad derramando su sangre en los circos; aque-

pentinamente sus hábitos inventerados y malignos, sus dañadas inclinaciones; pero al menos camina progresivamente, y al través de todas las contradicciones, de todos los odios, de todas las venganzas, alivia la suerte de los vencidos, ofrece al esclavo, no solo el pan material, sino el del alma, hace resonar diariamente en presencia de los tiranos una protesta contra la opresion, contra la iniquidad inveterada, contra los excesos del mas fuerte, hasta que consigue transformar al esclavo en siervo asociado al trabajo libre, y abolir la horrible costumbre de calcular hasta qué punto aquellas máquinas vivientes pueden funcionar. Con el objeto de hacer aun mejor su suerte, menos dura su condicion, establece ciertos dias destinados al reposo del esclavo, dias santificados por los consuelos de la oracion y la ilustracion que el sacerdote distribuye á todos, constituyendo esta práctica en una obligacion sagrada, de cuyo cumplimiento habemos un dia de dar estrecha cuenta al Juez de vivos y muertos. Para establecerlo hubo que luchar, hubo que sufrir, hubo que padecer; porque á tan sublimes máximas se oponian la fuerza, la costumbre, las preocupaciones, y hasta la índole misma del hombre, que le costaba mucha violencia emanciparse de la corrupcion, y ceder en beneficio de la humanidad los derechos que solo la usurpacion y la fuerza le dieran sobre ella para oprimirla, insultarla y vejlarla.

Sin embargo, en medio de la general corrupcion, en el siglo del orgullo la luz cunde, la verdad se estiende, la caridad se propaga, y las ciudades mas corrompidas doblan su cerviz al yugo del cristianismo, trasformando en virtudes sus vicios, en moderacion sus excesos, en humildad su depravacion, hasta el punto de hacer esclamar de Corinto, la ciudad, en dias no muy lejanos, mas corrompida á S. Clemente: *“Todas vuestras obras han sido ejecutadas, sin escepcion de personas, comunicándoos con ellas, segun la ley de Dios, insinuando á los mancebos la honestidad y la templanza, á las mujeres la pureza, la castidad de la conciencia, el amor á sus maridos, la sumision, la economía doméstica. Humildes, mas prontos á someteros que á someter á los demas, á dar que á recibir, contentos con lo que debéis á Dios, guardando su palabra, reinaba una dulce paz entre vosotros, así como el deseo de hacer bien con una voluntad recta y una santa confianza. Ocupados noche y dia en los intereses de vuestros hermanos, sinceros, inocentes, no conservando resentimiento por las injurias, llorais los errores del prójimo como si fueran vuestros.”*

Tan veloz propagacion hizo lanzar un grito de venganza sobre el cristianismo, que se presentó como enemigo de la sociedad, del orden y del trono, y la persecucion estalló, su nombre fué odiado y envilecido, tratado con el mayor rigor; se le prepararon tormentos, hogueras, ruedas y cuanto

el ingenio del hombre puede discurrir para dañar; pero dirigido por la voz y el ejemplo de los obispos y sacerdotes, se les encontró siempre dispuestos á padecer sin quejarse, como los que sabian que muriendo vencian, y perdiendo una vida caduca y perecedera, se elevaban á la eterna: tenían presente que Jesucristo no habia anunciado riquezas, poder ni placeres, sino austeridades y persecuciones, y jamas, aunque pudieron, se les ocurrió rebelarse, porque no ignoraban que estaba escrito, *que mejor es la obediencia que los sacrificios, y obedeced á las autoridades, y á los príncipes, aun á los discolos*. En medio de sus persecuciones, contentos por sufrir por la doctrina del Salvador, caminaban á los suplicios llenos de envidiable alegría, y morian con la confianza del que ve en la muerte el término de todas las miserias y el principio de la verdadera felicidad; y siempre pidiendo por sus opresores, por sus tiranos, por sus verdugos, llenos de aquella dulce satisfaccion que solo puede abrigar el alma del que muere entre las delicias de la religion, sellando con su sangre su amor al crucificado.

El orgullo y la maledicencia acriminaron la conducta de los cristianos para difamarlos y apartar la compasion de ellos, pero sus virtudes brillaban á través de los dieterios; y mientras más los injuriaban, mientras más los perseguian, más prosélitos hacian, porque nada en el mundo es tan pe-

deroso como la verdad y la justicia. ¿Y qué podian importar los dieterios que contra ellos se vomitaban, cuando su conducta pura atraia la admiracion de todos? Nada, y así oponiendo á sus tiranos su vida, presentaban al mundo su mejor apología. En efecto, tal eran su conducta y sus costumbres, que no podemos resistirnos á dar de ellas una ligera idea á nuestros lectores, si bien no tan lata como quisiéramos por no ser de este lugar, al menos la suficiente para que vean la sinrazon de sus opresores, y se conozca, que no sus excesos, sino su doctrina que tanto elevaba la humanidad y se oponia á la tiranía, fué lo que causó sus persecuciones, esas persecuciones en cuyo crisol el clero se purificó, y con cuyos tormentos libró la humanidad y fundó la verdadera civilizacion, que no hay duda es hija del cristianismo. Oigamos, pues, á un célebre historiador sobre este particular. Dice así:

“Comunmente iban los cristianos vestidos de blanco, con telas ordinarias, sin pliegues talaes, ni lujo de adornos, á fin de que el traje no tuviera mas valor que el hombre. Por la necesidad y no por la sensualidad, regulaban la medida de sus alimentos; nutriánse de mejor gana con pescado que con carne, con manjares crudos que con sustancias sazonadas. Solo hacian una comida al ponerse el sol, ó á lo sumo se desayunaban con un poco de pan por la mañana. Prohibíase á los jó-

venes beber vino: era lícito á los viejos con cierta taza. No se veía rico ajuar entre ellos, ni preciosa vajilla, ni instrumentos de música, ni perfumes. Durante la comida entonaban piadosos himnos, y desterrando las estrepitosas carcajadas, imperaba allí una gravedad modesta. Despues de la cena alababan á Dios, y luego iban á reposar sobre un duro lecho; donde abreviaban el sueño á fin de prolongar la vida, levantándose muy temprano para cantar las alabanzas del Señor. Para ellos Dios no tenia figura ni mas nombres que el de *uno, bueno, criador y padre*. Para rendirle homenaje no necesitaban volverse hácia la montaña de Sion, ni hácia el Capitolio, sino que le hallaban en cualquier lugar y á todas horas, porque residia en su conciencia, y le tributaban veneracion en cada una de sus obras, embebido en tanta grandeza de continuo su pensamiento. No obstante, destinaban algunas horas especialmente á la plegaria, recitando oraciones en pié, vuelto el rostro hácia el Oriente, con la cabeza y las manos levantadas al cielo, y alzando al final un pié, como viajeros prontos á abandonar la tierra."

Tal era el método de vida de esos cristianos que se entregaban á las llamas y á los leones por la imputacion de unos delitos tan enormes como increíbles, y que no eran otra cosa que injustas suposiciones de los que viendo arrebatarse los usurpados privilegios á cuya sombra tiranizaban el

mundo, avocaban contra los cristianos toda clase de impiedades, pero de las que se hubieran justificado si se les hubiera oido, como lo prueban sus mismos enemigos, sus mismos perseguidores, sus mismos tiranos; pues nada puede mas elocuentemente hablar en su favor que la prohibicion de su defensa que en los mismos edictos se envolvía, y que con el mas ciego encono marcaba para oprobio de los perseguidores y loor eterno de los perseguidos la cláusula siguiente de los edictos de persecucion: *No se oigan los cristianos, y su mismo nombre se tenga por manifesto crimen*. Cláusula que manifiesta claramente que solo en ellos se perseguía el nombre cristiano que aparecia al mundo para borrar de él la tiranía, defender la humanidad, enseñar al pobre la conformidad, consolándole en sus desgracias, y al rico la moderacion, poniéndole delante los premios y castigos de la otra vida: doctrina admirable que habia de llevar el mundo á su perfeccion, á despecho de los poderes de la tierra que se conjuraban en su daño.

El pueblo romano, criado entre el estruendo de las armas, nutrido en la sangre de los combates y en el polvo de los circos y anfiteatros, estaba acostumbrado á las escenas de horror, de sangre y de muerte; pero los que perdian la vida de este modo, era ó por espíritu de vanidad, ó porque su profesion así lo requeria, ó porque la vida les era

una carga insoportable; los cristianos al contrario, niños, jóvenes, ancianos y mujeres, morían, no por espíritu de escuela, sino sencillamente y sin ostentación; no por doctrinas muertas, sino por palabras de vida; no por ellos mismos, sino por todo el género humano; y entre los tormentos, en los suplicios y en las llamas, no lanzaban un grito, ni una imprecación, ni una mirada de odio, sino que con la alegría en el semblante, entonando himnos de agradecimiento al Señor que les proporcionaba padeciesen en su nombre, amaban á sus verdugos como á hermanos, compadecían su error, y perdonándolos de todo corazón, pedían al Señor por su felicidad, implorando en su favor la misericordia divina.

La persecución se hizo general, y un grito exterminador resonó por todo el imperio, desde el Támesis al Tiber, desde el Guadalquivir al Danubio, en las elevadas cimas del nevado San Bernardo, y en los abrasados arenales de la Arabia, y la sangre de los fieles se derramó á torrentes; se encarcelaba y se arrastraba á la muerte sin oírlos, y aun sin interrogarlos, á los pontífices, á los sacerdotes y á cuantos profesaban el cristianismo; se despojaban sus iglesias y se incendiaban, consumiendo las llamas á los que en ellas se refugiaban; se les condenaba sin distinción de edad, condición ni sexo, y como eran muchos se les arrojaba á las hogueras, donde morían confun-

didados la tímida doncella, la casta matrona, el celoso sacerdote, el anciano venerable y el robusto joven; el hacha se embotaba de sacrificar víctimas, la tierra rebosaba sangre; se acudió al estremo de arrojarlos al mar con una piedra al cuello, y hasta untados de pez sus cuerpos, sirvieron de fanales alumbrando aquella escena de horror y de muerte las deshonestidades é impurezas de los lúbricos y voluptuosos jardines de Neron, pero siempre la impiedad se estrelló en la constancia de los mártires.

Blandina, aunque de rostro hermoso y delicado cuerpo, caminaba al patíbulo diciendo: Soy cristiana, y entre nosotros no se comete ningún delito. Ignacio, obispo de Antioquía, cuando oye su sentencia de muerte: Gracias te sean dadas, Dios mío, responde: y el corto tiempo de vida que le queda le emplea en exhortar á los fieles que permanezcan firmes en la fé, hasta el momento en que arrojado á las fieras en el anfiteatro, sirvió de diversion al pueblo rey en las fiestas siglarias. Policarpo, obispo de Esmirna, de setenta años de edad, despues de orar por los mismos que le persiguen, cuando el heraldo publica que es cristiano, sin permitir que le atasen las manos como era costumbre, entre los ¡muera! ¡muera! del pueblo, se dirige á las llamas, y como tardasen en consumirle y él no cesase de bendecir al Señor, le degollaron los que remataban las fieras en el circo.

Hipólito muere descuartizado por dos potros cerreles. Precisada Sinforosa y puesta en la dura alternativa de sacrificar á los dioses ó ser sacrificada en sus aras, opta por lo segundo, y conducida al templo de Hércules, abofeteada, colgada por los cabellos, sin desmentir su firmeza, muere despenada en aquellas cascadas tan celebradas por los voluptuosos cantos de Horacio. La magnífica cascada de Pissevache, presencia el sacrificio de la legion Tebea, y aquellos valientes soldados, terror de los enemigos del imperio en las lides, deponen las armas y se entregan á la muerte sin la menor resistencia.

Perpetua y Felicidad se hicieron célebres en Cartago; Justa y Rufina en las fiestas de la diosa Salambona, arrojan y hacen pedazos el ídolo, y conducidas ante el presidente Diogenaino, confiesan que son cristianas; encerradas en una hedionda prision, ni ruegos ni amenazas las hacen desistir, y declaran que en defensa del cristianismo están prontas á derramar su sangre; en vano despedazaron sus cuerpos con garfios, las privaron del alimento y de la bebida, las hicieron caminar descalzas por las asperezas de Sierra-Morena, mas y mas gozosas bendecian al Señor en los trabajos, llamando contra sí el furor del tirano. En este viaje consumó su martirio Justa, y Rufina fué espuesta á un leon furioso en el anfiteatro, que convertido en cordero, depuso su ferocidad á los piés

de la santa, por lo que se la mandó romper el cerebro y el cuello, en cuyo tormento entregó su alma al Señor en Sevilla. Eulalia, niña de trece años, tan luego como oye publicar el edicto de Diocleciano contra los cristianos, abandona de noche la casa de sus padres en compañía de Julia, jóven de su misma edad, y se encaminan á la ciudad, donde, presentándose al gobernador Calpurniano, le echa en cara la impiedad del culto, que él y los demas idólatras daban al demonio, se confiesa cristiana, sin que ni los halagos con que trata seducirla, ni los azotes con que desgarraron su cuerpo, ni el aceite hirviendo con que rociaron sus heridas, ni las hachas encendidas que se aplicaron á sus costados y á su estómago, ni por último, haberla dislocado sus miembros y rasgado su cuerpo con hierros puntiagudos, hiciesen en ella otro efecto que inspirarla alabanzas al Señor, y acciones de gracias, sin dejar de bendecir y alabar á Dios, hasta que cercada de llamas consumó su glorioso sacrificio en Mérida. Justo y Pastor, niños, el primero de siete y el segundo de nueve años, al oír el edicto de persecucion que se habia fulminado contra los cristianos, arrojan las tablas que llevaban á la escuela, y se presentan al tribunal de Daciano, diciendo: que si buscaban cristianos que atormentar, ellos creian en Jesucristo y detestaban los ídolos, por lo que los mandó azotar cruelmente con la esperanza de que se apar-

tarian de la fé; pero los tormentos solo sirvieron para animarlos mas y mas al martirio, por lo cual, irritado el procónsul, los mandó sacar al campo Laudable, donde sin dejar de alabar al Señor y animarse mutuamente al martirio, permanecieron hasta que, siendo decapitados, sobre una piedra entregaron su espíritu al Señor con edificacion de los fieles en Alcalá de Henares. Potamiana, en Egipto, condenada á ser violada por el verdugo, y sumergida en una caldera de pez hirviendo, todo el favor que pide al procónsul, es que la conserve su virginidad, y sufre impávida el tormento. En Autun la madre de Sinforiano le grita desde los baluartes: "Hijo mio, levanta tu corazon al cielo, no te quitan la vida, por otra mejor vas á trocarla." Afra, trasformada de cortesana en mártir, responde al tirano que la echa en cara su vida pasada: "que ha distribuido á los pobres el precio de su prostitucion, y que la habia costado mucho trabajo hacerles recibir aquel dinero de infamia, pero que comprendia bien que Jesucristo habia venido á buscar á los pecadores usando de clemencia con ella, y termina su vida confesando su santo nombre en presencia de la muerte, y pidiendo al Señor misericordia de sus culpas. En Ancira siete vírgenes son entregadas á una turba de libertinos para que insultasen su pureza, pero Tecusa, alzándose el velo, los contiene. En fin, seria nunca acabar, haber de referir los numero-

sos hechos de valor de estos soldados de Cristo. Tantos y tan repetidos actos de heroismo llevaban el nombre del Señor en alas de la fama, por todos los confines del imperio romano, y su ejemplo multiplicaba los fieles de una manera asombrosa. Su paciencia consolaba, su tolerancia los hacia amar hasta de sus tiranos, y aquel constante afan de pedir por sus opresores y devolver bien por mal, convirtió á la fé no pocas veces á sus verdugos mismos.

En fin, la persecucion se declaró con todo su furor, y el rayo exterminador brilló sobre la frente de los hijos de la cruz. En breve se encuentran frente á frente Neron y Domiciano con Pedro y Lino; señores del mundo los primeros, tienen de su parte el prestigio de la corona, el poder y la fuerza, y apoyados en estos elementos gritan en los circos: "Cristianos á las fieras," deseando ahogar con su sangre los principios humanitarios que proclamaban, las doctrinas evangélicas que extendian entre la multitud, y la hermosa luz que introducian en el corazon del hombre, y que haciéndole conocer su dignidad, le llevaba al estado que debia ocupar en el mundo, al convencimiento de su mision, al goce de sus verdaderos derechos. Pobres, desconocidos y calumniados los segundos, propagaban el reino de Dios con la instruccion y el ejemplo, y enseñando á dar al César lo que es del César, pero no el culto al emperador, ni el sa-

crificio de los sentimientos ni de las convicciones; fundaban el imperio de las ideas, consignaban los derechos de la humanidad y hacían frente á la tiranía, sin temor á los tormentos, á las persecuciones, á los suplicios, ni á la muerte.

Tanta fé en los principios, tanto celo por la humanidad, una caridad tan ardiente para consolar al oprimido y confortar al débil, ese valor admirable para presentarse ante los tiranos y reprender sus demasías, el contento que animaba su rostro en las cárceles, entre las cadenas y en los suplicios, irritaba mas y mas contra ellos los poderosos del siglo, acostumbrados hasta entonces á que todos los hombres acatasen hasta sus mas lúbricos y extravagantes caprichos, y el poder, el furor, el espíritu de venganza, animados por el amor propio resentido, por la vanidad humillada, por la soberbia abatida, eran otros tantos estímulos para esterminar del imperio hasta el nombre de los adoradores de Jesus: nada perdonó la tiranía para conseguirlo, se les puso fuera de la ley, se les privó hasta de lo que se concede al criminal, y llevando la animosidad al último término, se mandó estampar en los decretos la cláusula ominosa y sacrílega que dejamos anotada, que es el mas inconcuso argumento de su inocencia, al par que la mas concluyente prueba de la injusticia y maldad de sus tiranos.

Perseguidos los cristianos por el enorme delito

de introducir el bien en la tierra, luchando contra las preocupaciones del siglo y sus corrupciones, solos, aislados, pobres, envilecidos y odiados hasta de los mismos que venían á favorecer, en medio del furor de las persecuciones para conservar el depósito de la religion de Jesucristo y promulgarla, tuvieron necesidad de esconderse, apelaron á las reuniones secretas, encerraron el Viático en cajitas para llevarlo á los enfermos, á los presos y á cuantos no podían salir á la calle, se sirvieron de letras y signos convencionales para reconocerse, y entre el estruendo de las cadenas, en el tránsito de los suplicios y entre las llamas mismas, se veía al clero exhortando, consolando y confortando á sus hermanos, pero sin que de sus labios saliera una palabra que no dijese obediencia á las autoridades y resignacion en los trabajos; y sin embargo, la mayor parte de las veces estos celosos predicadores, estos sacerdotes de paz, estos ungidos del Señor, eran arrastrados á los tribunales sin mas delito que su caridad y ardiente fervor, y allí comparecían intrépidos, desafiaban el orgullo de los jueces, la crueldad de los tiranos, confiando su pura inocencia á aquel gran Dios que multiplicaba en su favor los prodigios, y señalaba los suplicios con milagros, dando con su muerte ejemplo sublime á sus hermanos de padecer por Jesucristo, y humillando con su sufrimiento y con su constancia el soberbio poder de

los tiranos, de sus sanguinarios ministros y despiadados verdugos.

Complace oír exclamar á estos hombres calumniados, á estas víctimas inocentes de la impiedad y de la malicia: "Hubo un tiempo en que amamos los placeres licenciosos, ahora amamos la pureza; practicábamos entonces las artes de la magia, ahora confiamos en la voluntad de Dios; procurábamos adquirir el bien ajeno por todos los medios, aun los mas reprobados, ahora son comunes los nuestros; nos aborrecíamos unos á otros, ahora vivimos en familia y oramos por nuestros enemigos." Así se vengaban de sus opresores, así respondían á la impostura con el testimonio de una vida irreprochable, y con la tranquilidad de una conciencia pura que nada teme, que todo lo espera.

De este modo la religion, fundada por la víctima del Gólgota, se difundía por la tierra, y del fondo de los calabozos, entre los horrores del tormento, del centro mismo de las llamas salía más pura, más hermosa, más llena de lozanía y esplendor para difundirse por el mundo, y caminar por entre los suplicios y el desprecio á sentar su trono sobre las ruinas del de los Césares, y á establecer del capitolio su morada para esparcir desde la cúspide que un día albergó la tiranía y la impiedad, el hermoso fanal destinado á iluminar el mundo, la voz fuerte y sonora, que había

de pregonar las grandezas del Altísimo, el triunfo de la humanidad y los derechos del hombre; pero en tanto llega este día la veremos luchar contra la tiranía, veremos aquellos pontífices santos, aquellos sacerdotes austeros y venerandos, siendo el sostén de sus hermanos débiles y desvalidos, llevando por todas partes el consuelo, confortando á los débiles, socorriendo á los necesitados, reprendiendo los excesos del poder, y á despecho de los tiranos elevar su voz para anatematizar sus crímenes á nombre de aquel Dios que vino á redimirnos y nos ha de juzgar, sin que en su presencia nos valgan otros privilegios, otras dignidades ni otros méritos que nuestras buenas obras.

En vano el furor de la persecucion, la tiranía y la adulacion pusieron en juego todos sus recursos para malquistar á los cristianos y hacerlos odiosos al pueblo; en vano la maledicencia clavó en ellos su diente mordaz; en vano se les quiso presentar como homicidas sacrílegos, incestuosos y magos con el objeto de hacer proceder los milagros que el Señor obraba en su obsequio de la nigromancia, y otras artes reprobadas; ellos clamaban se fijase en las tablillas ó se espresase en las sentencias sus crímenes sin poderlo conseguir; ellos pedían ser oídos ante los tribunales, que no se les negase el consuelo de los criminales con quienes se los confundía. ¡Vanos deseos! ¡Inútiles

plegarias! Sus tiranos los castigaban sin oírlos, y no les quedaba otro consuelo que sufrir por Jesucristo, desmintiendo con sus obras la impiedad de la calumnia, recogiendo los niños que abandonaban unos padres crueles y desnaturalizados, cuidando de su subsistencia y educándolos llenos de caridad para hacerlos útiles al mismo Estado que los perseguía, y pidiendo por los mismos que los atormentaban, empleando los bienes de sus adeptos en obras caritativas; así fué que bien pronto la prostituta Roma vió erigirse en sus muros el primer hospital, producto de los bienes de la cristiana Fabiola, y en él el primer asilo caritativo de la humanidad doliente en contraposición á tantos monumentos de prostitución y matanza como el gentilismo había elevado en la ciudad reina. Así el clero trabajaba por regenerar la sociedad; así cimentaba la doctrina de amor que su divino Maestro les mandó esparcir por el mundo; así llevaban la caridad á su regeneración, y la humanidad á su perfección; así esparcían en el corazón del hombre los verdaderos gérmenes que un día habían de producir la libertad y abolir la esclavitud. Sí, el clero y solo el clero rompió los grillos de la humanidad, porque él solo difundió la doctrina de Jesucristo que vino á libertar al mundo de la dura esclavitud en que yacía, enseñando á los hombres á mirarse y amarse como hermanos.

Semejante al loto de las fábulas indianas, flotando sobre las aguas del diluvio y llevando los gérmenes del porvenir dentro de su seno, aparecía por encima de la inmensa corrupción de Roma una iglesia que predicaba al Dios uno, bueno, muerto en la cruz, y la virtud de la resignación y del perdón. En aquella Roma incestuosa y parricida, almas, que no era digno de poseer el mundo, vivían en otra vida, huyendo de la persecución en el fondo de las cavernas hasta la hora en que eran llamadas á fecundizar con su sangre el árbol de la regeneración. En el Lacio, en las cercanías de las ciudades de Ostia, Velletri, Tibur, Prenestra y Palestrina, á lo largo de los sinuosos valles que desembocan en la llanura del Lacio, y al lado de las cuevas donde por las noches encerraban los señores á centenares de esclavos, abandonados allí á la promiscuidad y á la blasfemia, se encontraban otros antros donde la humanidad se regeneraba en medio de sollozos; antros hendidos en las mismas rocas que suministraban materiales para voluptuosas moradas se escogían por los fieles para entregarse á la oración y ofrecer al Eterno el sacrificio de sus corazones. Dilatábanse serpenteando las catacumbas llamadas de Calígula por debajo de tierra, á una distancia de siete millas. Allí era donde los cristianos enterraban á sus muertos en nichos que tapiaban en seguida, encerrando allí los instrumentos de su suplicio,

una ampolla con su sangre, insignias de su dignidad, y coronas para las vírgenes; también á veces se escribía el nombre del difunto. Llamaban á aquellos asilos cementerios, es decir, *dormitorios*; espresion reveladora de una conciencia pura, consolada por la certidumbre de haber de despertar en otra vida.

En las vísperas de las solemnidades acudían alternativamente los piadosos levitas, para cantar las alabanzas del Señor, á aquellos subterráneos lugares durante toda la noche. Servía de norte aquella melodía sagrada á los fieles, que ocultándose de la ciudad y del *ergastulum* de inhumanos señores, acudían en secreto á buscar á sus hermanos, ya mutilados en el martirio, á obispos libertados milagrosamente de la hoguera, á filósofos transformados en apóstoles, que habiendo encontrado al fin la solución de todas las dudas y de todos los problemas, se consagraban á llevar la verdad á las naciones rodeadas con la sombra de la muerte, y á testificarla sacrificando por ella su vida.

Hilaria, Flavia, Severina, Fermina, Justa, Ciriaca, tres Piscilas, diversas Lucinas y otras tantas viudas transformadas en diaconisas, pasaban los días enteros orando sobre las sepulturas de los mártires que adornaban con la solicitud y secreto, empleado por otras en sus lascivos gabinetes. Ma-

dres venerables, santas vírgenes, expiaban la culpa de las que se prostituían en obsequio de las diosas, rogando á Dios asiduamente y pidiéndole su perdón, socorriendo á los pobres y á cuantos experimentaban padecimientos. Cuando ya no encontraba Vesta sacerdotisas que quisieran sacrificar su virginidad, una multitud de doncellas se brindaban á porfía á la custodia de las sagradas osamentas.

Así la mujer salió también de su ultrajante nulidad; igual al hombre por su origen, aunque sometida á él por la diferencia de sus ocupaciones y por sus destinos, veíase arrostrar el furor de la persecución. Mujeres seguían á los apóstoles como las Magdalenas y las Marías á Jesucristo; unas daban de mamar á sus hijos, ejercían la hospitalidad, lavaban los pies á los viajeros, consolaban á los afligidos y se mostraban siempre castas, sobrias, fieles y hacendosas, teniendo siempre á la vista la descripción que hace el libro de la *Sabiduría* de la buena mujer; otras visitaban los mártires, besaban sus heridas, recogían su sangre y sus huesos cuando exhalaban su último suspiro, luego comparecían intrépidas ante los jueces y tribunales, desafiaban el orgullo de sus perseguidores y la ingeniosa crueldad de sus tiranos, confiando su pureza y su inocencia á aquel gran Dios que multiplicaba los milagros en favor suyo: allí, entre los tormentos, en medio de las llamas, des-

mentian esa debilidad de que nuestro siglo forma su mas bello atributo, y poniéndose al nivel del hombre por la constancia y firmeza en los padecimientos, merecian gozar los mismos derechos, y así preparaban su sexo para la igualdad que la estaba reservada en los siglos ilustrados.

Presidían la asamblea el obispo y el mas anciano de los sacerdotes; mientras roía el egoísmo á la sociedad antigua mortalmente, sobraba lozanía en la nueva, donde se derivaba el amor del inagotable manantial de la fé. Para sus miembros la vida era un combate; la muerte un premio de que debían hacerse merecedores. En los lugares dedicados al Señor desaparecian las inhumanas distinciones del siglo. Asentábase el rico junto al pobre, á quien nutria con sus beneficios. Vírgenes de la condicion mas humilde, cubiertas la cabeza con velos de blanco lino, llevando al cuello la imagen del Cordero que borra los pecados del mundo, cantaban y oraban con las matronas y las viudas de los senadores y de los procónsules, que despues de haber entregado todas sus riquezas á la asamblea de los fieles, distribuían, á falta de dinero, los socorros de la caridad. Todo el ornamento de aquel sitio consistía en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, en algunos vasos de madera, en un corto número de antorcha ó de lámparas para leer el Evangelio. Allí no se dis-

tinguían el obispo, el diácono, el criado, sino por una virtud mas eminente, por su mayor caridad y ciencia, á fin de poder consolar y sufrir mejor, restablecer la paz, compadecer y divulgar la palabra.

Unidos en la misma moral, en la misma religion, en la misma esperanza, se reducía su conjuracion á orar á Dios en comunidad, á pedirle por todos y á leer las Santas Escrituras. Todo el que podía llevaba un poco de dinero para alimentar y dar sepultura á los pobres, para prestar socorro á los huérfanos, á los náufragos, á los desterrados, á los condenados á la última pena. Como hermanos se hallaban dispuestos á morir unos por otros; todo era comun, á escepcion de las mujeres: llamábanse obras de caridad sus comidas [*Agapes*]; sentados á la mesa hacían circular los cálices de la sangre divina; luego consumaban la comida á gloria del que la dá, amenizándola con el júbilo del perdon y del sacrificio en el seno de un amor afectuoso.

Diez persecuciones sufrió la Iglesia, y en ellas la sangre de los mártires fecundizó el imperio, brotando por todas partes adoradores de la cruz; inútilmente se esforzaron los Césares en arrancar de sus dominios la hermosa planta del cristianismo, que por todas partes regeneraba la vieja sociedad, que opuesto á los vicios, hacia brillar las

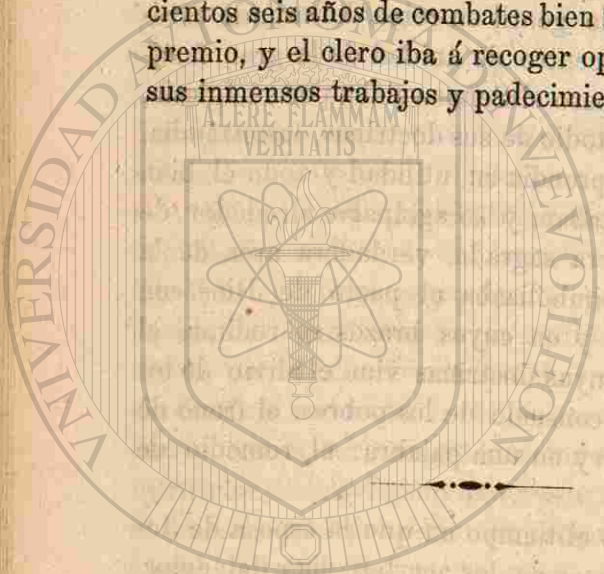
virtudes en medio del caos general de maldades que presentaba el mundo, viéndose ante los discípulos de Jesucristo con sus verdaderos coloridos las deshonestidades de Mesalina, la crueldad lúbrica de Neron, las atrocidades de Domiciano, el desenfreno de Decio, la impiedad de Juliano, los escesos de Eliogábalo, la maldad de Vero y los desordenados vicios de Diocleciano. Monstruos horrendos que odiaban el nombre de Cristo y querían esterminar del mundo una religion santa, humanitaria, cuyo objeto era la caridad, que se oponía á sus crímenes, reprochando sus escesos, que hacían triste contraste con la santidad de los pontífices, con el celo bondadoso de los obispos, con los deberes humanitarios de los sacerdotes y levitas, y con la caridad de cuantos abrazaban las doctrinas de la religion, que desde luego tomó la defensa de los oprimidos sin temor de ninguna clase, y enseñando á los tiranos á ver en el hombre un hermano.

Sin embargo de tantas contradicciones, y en medio de la persecucion, el nombre de Cristo era conocido en todo el imperio, el número de sus adoradores se habia aumentado considerablemente, y la sociedad cristiana se presentaba llena de vida y lozanía, cobrando de dia en dia mayores incrementos, mas vigor; y así por todas partes fructificaron los esfuerzos del clero y se acercaba el momento de la regeneracion social, que debía

levantar la humanidad del envilecimiento en que la sumieran los tiranos. Estos se afanaban por cortar el vuelo de aquella águila hermosa que sobre la cruz del Hijo de Dios habia de convertir la Señora del mundo gentil en reina del mundo católico, siendo el centro de unidad de la gran familia de Adam; pero el Señor velaba por su Iglesia, y el clero, custodio de sus doctrinas, las estendia, el pueblo comprendia su utilidad y todo el bien que les reportaban, y se agolpaba alrededor de la cruz, bandera sagrada, verdadera arca de la alianza que simbolizaba el pacto de Dios con sus criaturas, y en cuyos brazos se redimió el mundo, con cuyas doctrinas vino el alivio de los oprimidos, el consuelo de los pobres, el freno de los poderosos; y en una palabra, el remedio de todos.

Era llegado el tiempo en que la esposa de Jesucristo, despues de los acerbos dias del dolor, gustase las delicias de la paz, y en su regazo recogiese el fruto de tantas angustias, de tantos tormentos, de tanta sangre: era llegado el tiempo en que los emperadores, convertidos en hijos de la Iglesia, la dispensasen su proteccion, y en el que aquellos pontífices, aquellos sacerdotes, recogiesen el fruto de sus afanes, y desde el desprecio se elevasen á los honores, de las cárceles á los palacios, de las hogueras y los circos al capitolio, era consumado el cáliz del dolor y del oprobio, y una

nueva era se preparaba para la Iglesia de prosperidad y ventura, pero en la que el clero no debía dejar su tarea, y aunque por distintos sendos conducir la humanidad á su perfeccion. Trescientos seis años de combates bien merecian algun premio, y el clero iba á recoger opimos frutos de sus inmensos trabajos y padecimientos.



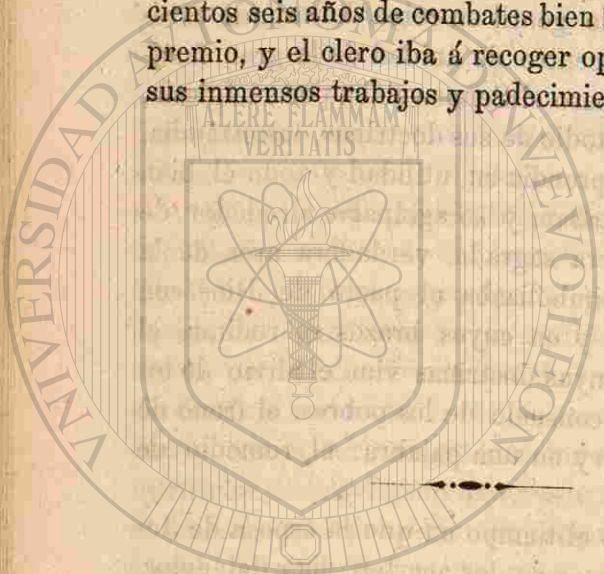
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

ACUSACIONES CONTRA EL CRISTIANISMO Y SU REFUTACION.

Las persecuciones habian aumentado el número de los fieles, y la sangre de los mártires solo habia servido para fecundizar la hermosa planta del cristianismo; los tiranos habian agotado sus fuerzas, fatigado su imaginacion en inventar suplicios; se habian cansado inútilmente, y defraudadas sus esperanzas de esterminio, habian abandonado el hacha por la pluma; y en vez de hogueras y tormentos, ensañaron sus lenguas maldicientes contra los hijos de la cruz. La calumnia y la indiferencia tomaron de su cuenta llevar el dolor y la amargura allí donde no habian alcanzado ni las ruedas, ni los potros, ni las cárceles, ni las cadenas.

nueva era se preparaba para la Iglesia de prosperidad y ventura, pero en la que el clero no debía dejar su tarea, y aunque por distintos sendos conducir la humanidad á su perfeccion. Trescientos seis años de combates bien merecian algun premio, y el clero iba á recoger opimos frutos de sus inmensos trabajos y padecimientos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

ACUSACIONES CONTRA EL CRISTIANISMO Y SU REFUTACION.

Las persecuciones habian aumentado el número de los fieles, y la sangre de los mártires solo habia servido para fecundizar la hermosa planta del cristianismo; los tiranos habian agotado sus fuerzas, fatigado su imaginacion en inventar suplicios; se habian cansado inútilmente, y defraudadas sus esperanzas de esterminio, habian abandonado el hacha por la pluma; y en vez de hogueras y tormentos, ensañaron sus lenguas maldicientes contra los hijos de la cruz. La calumnia y la indiferencia tomaron de su cuenta llevar el dolor y la amargura allí donde no habian alcanzado ni las ruedas, ni los potros, ni las cárceles, ni las cadenas.

fusion de los soberbios y oprobio de los maldicientes.

El primero que se lanzó á la palestra fué Arístides Quadrato, obispo de Atenas, presentando su apología al emperador Adriano cuando se hallaba en aquella ciudad para ser iniciado en los misterios de Eleusis: movido por esto el emperador y por las justas reflexiones de Suetonio Granicano, procónsul del Asia, así como Marco Aurelio por las representaciones de los obispos Militenes de Sarda y Apolinario de Gerapolis, mitigaron el furor de las persecuciones mandando que se examinasen los procesos contra los cristianos y se les hiciese justicia cuando se les acusara de quebrantar las leyes, ordenando además castigar á los calumniadores.

Abandonando la idolatría por el cristianismo Justino de Sichem en Samaria, dirige su apología al emperador Adriano, á Vero y Lucio, al senado y al pueblo romano, y se queja de que se toleren tantas religiones absurdas y que solo se castigue á los cristianos; que se les impute á crimen no seguir los ritos gentiles cuando estos no están de acuerdo todavía, y no saben cuál de los animales es el Dios, y cuál la víctima; les dice que el reinado que aguardan los cristianos no es de este mundo, y que por eso van tranquilos á la muerte que los une á Dios, para esto obran el bien, se abstienen del mal, guardan continencia,

y si se casan no esponen sus hijos como hacen los gentiles. "Creemos, dice, que solo los hombres perezosos abandonan á sus hijos, ante todo porque observamos que la mayor parte no los educan mas que para prostituirlos, pues en todas las naciones se ven millares de niños destinados á malos usos y que se les cria como otros tantos rebaños. Sacan de esto un tributo en vez de estirparlo en el imperio, y los que abusan de aquellos infelices, además de cometer un pecado, pueden ser conducidos casualmente á abusar de sus hijos."

¡Tan depravadas eran las costumbres del pueblo rey, bajo el cetro de uno de sus mas sabios emperadores! Pero aun no se detiene aquí Justino, pues revela el secreto de sus asambleas y sus ceremonias, explicándoles el bautismo y la Eucaristía. "Ahora, prosigue, daremos á conocer cómo somos consagrados á Dios y renovados en Jesucristo, á fin de que no se piense que lo tenemos oculto con malicia. Aquellos que se convencen con nuestra doctrina y prometen hacer una vida arreglada á lo que ella prescribe, están obligados por nosotros á ayunar, á orar, á pedir á Dios la remision de sus pasadas culpas, y nosotros ayudamos y oramos con ellos. En seguida les conducimos á un sitio donde hay agua, allí son regenerados cual nosotros lo hemos sido; para esto se necesita ser lavado en el agua en nombre de Dios, padre de todas las cosas y de nuestro Señor Je-

sucristo, crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y del Espíritu Santo que predijo por boca de los profetas todo lo referente á Jesucristo. Llamamos á este baño iluminacion, porque en él se iluminan las almas.

Admitido, como hemos dicho, el nuevo fiel despues del bautismo, es conducido por los otros hermanos al lugar de nuestra asamblea para orar en comun con recogimiento, tanto por ellos como por el iluminado, y por todos los demas fieles, cualquiera que sea el pais donde se hallen; á fin de que, habiendo conocido la verdad, nos sea dado alcanzar la salvacion eterna, con ayuda de las buenas costumbres y de la observancia de los mandamientos. Terminadas las oraciones nos saludamos con un ósculo: luego se presenta al que preside la junta pan y una copa de agua, lo toma, alaba y glorifica al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y les rinde acciones de gracias por los dones recibidos de ellos. Concluidas las oraciones y las acciones de gracias dicen en alta voz todos los asistentes, Amen, lo cual quiere decir en hebreo *así sea*. Posteriormente aquellos á quienes se llaman diáconos, distribuyen el pan, el vino y el agua que han sido consagrados, y se lo llevan á los ausentes.

“Este alimento se denomina entre nosotros Eucaristía; no puede acercarse á él quien no cree en la verdad de nuestra doctrina, ni ha sido lavado

para la remision de los pecados, ni vive segun los preceptos de Jesucristo; pues no le tomamos como el pan, ni como una bebida ordinaria, sino que así como por la palabra de Dios se encarnó Jesucristo, y por nuestra salvacion se hizo carne y sangre, del mismo modo este alimento santificado por la oracion de su Verbo, se convierte en la carne y la sangre de Jesucristo encarnado, y vendrá á ser nuestra carne y nuestra sangre por la trasformacion que se opera. Esto es lo que acontece entre nosotros. Además, los que pueden socorren á los pobres; así estamos siempre unidos, y á cada una de nuestras ofrendas bendecimos al Criador en su Hijo y en el Espíritu Santo.”

Prosigue manifestando, que consagran el domingo á la oracion, á la lectura de los escritos de los apóstoles y de los profetas, al sermón, á la accion de gracias, que los ricos socorren á los que no lo son, y contribuyen con limosnas que se depositan en un fondo y se distribuyen á los huérfanos, á las viudas, á los pobres, á los necesitados, á los enfermos, á los extranjeros y á los encarcelados. Declara que se reúnen los domingos en conmemoracion de que aquel día empezó la creacion del mundo, se verificó la resurreccion de Jesucristo y se apareció á sus discípulos para enseñarlos lo que os esponemos, y concluye: “Si nuestros usos os parecen razonables, respetadlos; si os parecen inconvenientes, despreciadlos; pero no

condeneis por esto á muerte á personas que no causan ningun daño; porque os afirmamos que no escaparéis del juicio de Dios perseverando en semejante injusticia, y por nuestra parte os diremos únicamente: ¡Cúmplase la voluntad de Dios!”

El prefecto Urbicio condena á muerte á Tolomeo, acusado de haber convertido á una mujer; Lucio reconviene al prefecto por su injusticia, Urbicio le pregunta si es cristiano tambien, y su respuesta afirmativa le lleva al suplicio, y Lucio le dá gracias porque le liberta de obedecer á malos soberanos; sobreviene un tercero que, confesándose tambien cristiano, sufre la misma suerte; y esto motiva la segunda apología de S. Justino, en que declama contra los procesos donde, con ayuda de horribles torturas, se arrancaba la confesion de supuestos delitos á mujeres, niños y esclavos, y pide que se le permita publicar las doctrinas cristianas, para que el mundo vea su hermosura y superioridad sobre las demas filosofías; y por último, sin producir la paz de la Iglesia la sella con su sangre.

Siguió la de Atenágoras motivada porque á los cristianos no se les concedia la tolerancia que á los demas. “No se contentan, dice, los perseguidores con arrebatarnos nuestros bienes, sabiendo que los renunciamos de buen grado; nos atacan en nuestra existencia con acusaciones que convienen

mejor á los que nos las oponen. Convéznannos del menor desafuero y no rehusaremos el mayor castigo. Pero todo lo que se nos ha imputado hasta ahora es simplemente un rumor vago; jamas ha sido convicto de crimen ningun cristiano, y entre ellos no hay mas perversos que los hipócritas.”

Luego, sabiendo que se les atacaba principalmente por ateos, incestuosos, y que se les acusaba de comer carne humana, dirige sus razones á justificarlos de estos tres delitos, y lo hace con estas palabras: “Hallaréis entre nosotros hombres de trabajo, mujeres honradas, que no podrian demostraros con palabras la verdad de nuestras doctrinas, sino con obras; la utilidad práctica de sus sentimientos, su alma no les inspira razones, pero dan cima á buenas obras; se les maltrata y no lanzan ni un suspiro; aman á los demas como á sí mismos. ¿Nos esmerariamos tanto en ser buenos si no estuviéramos persuadidos de que Dios nos mira, y que despues de la vida mortal nos aguarda mas hermosa existencia? Nuestra esperanza en la otra vida nos induce á despreciar ésta y á detestar hasta el pensamiento del pecado. Segun la diferencia de edades, consideramos á los demas hombres como hijos, y como hermanos y hermanas, y como padres y madres. Preservando la pureza de aquellos á quienes tenemos por deudos, nos besamos con gran recato como los que satisfacen

un acto religioso, y si éste fuera manchado con el mas mínimo deseo, nos privaria de la vida eterna. Cada uno de nosotros se casa para tener descendientes, é imita así al agricultor que, despues de esparcir la semilla en su campo aguarda con paciencia el fruto. Hay algunos que envejecen en el celibato con la esperanza de unirse así á Dios mas estrechamente. No nos es lícito oponernos al que nos ofende de obra, ni dejar de bendecir al que nos maldice, porque en vez de contentarnos con la justicia que refrena, debemos mostrarnos buenos y pacientes. ¡Y cómo puede creerse que comemos hombres! Tenemos criados que ven todo lo que hacemos, y ninguno ha depuesto contra nosotros. ¿Cómo era posible que nosotros comiéramos hombres, cuando ni aun podemos tolerar la vista de acusaciones justas, ni soportamos como vosotros á los gladiadores y á las fieras en los espectáculos del pueblo, ni creemos que exista diferencia entre el que asiste á la matanza y el que la comete, y tratamos de homicidios el aborto y la esposicion de los niños?"

Luego Minucio Félix defiende la religion en un célebre diálogo en que introduce á Cecilio, adorador de los ídolos que espone la ciencia, defiende la idolatría contra el cristianismo, á cuyos adoradores llama gente nueva mancillada con toda clase de infamias, y perseguida, apurando todas las razones que aducian contra los cristianos los filó-

sofos, y los que vejando el pueblo estaban bien avenidos con una religion que les autorizaba para vivir á costa de su sudor y de sus lágrimas; pero todas estas imposturas son desvanecidas por Octavio, gentil recién convertido, y por el mismo Minucio victoriosamente, de tal modo que acaba por declararse derrotado y convertido Cecilio.

Quinto Septimio Florente Tertuliano toma á su cuenta defender á los cristianos en vista de la persecucion que se les hacia en Africa. Su vasta erudicion y su incomparable elocuencia le aseguran un triunfo completo; en todo el curso de su apología brilla una elegancia de estilo, y hermana tan bien la elevacion con la claridad, que le colocan sobre los primeros escritores de la antigüedad, dotado de una firmeza de carácter admirable; arrastrado por la impetuosidad de su genio se deja llevar, como impelido de una fuerza irresistible, de modo que á la par que defiende el cristianismo echa en cara á sus detractores los delitos que le imputan, demuestra la injusticia que hay en castigar á los cristianos solo por su nombre sin permitirles defensa, ni llenar las formalidades de la ley, y á propósito de esto dice: "Así procedis contra nosotros de una manera inusitada. Interrogais á los demas para saber si son delinquentes, y á nosotros para hacernos negar que lo somos. Un hombre dice: soy cristiano, y lo dice con verdad: tomais asiento en el tribunal para ar-

rancar la verdad de boca de los culpables, y solo á nosotros queréis hacernos proferir lo que es mentira. Este método inverso del método ordinario debería, no obstante, haceros sospechar, que solo una fuerza secreta puede impeleros á obrar contra las leyes y contra los usos que donde quiera rigen en el foro. Cerca de los tiranos sirven para castigar los tormentos, y cerca de vosotros se emplean cuando se dice la verdad. Si la confesion tiene lugar antes de que se apele á los tormentos, no se debe recurrir á ellos: basta pronunciar la sentencia. Os figurais que un cristiano se halla mancillado con toda clase de culpas, que es enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las buenas costumbres, de la naturaleza, y solo le pedís una retractacion para declararle inocente. Esto es proceder contra las leyes."

Luego clama á vista de la multitud de inocentes que deben ser castigados, hace ver que los cristianos son en número considerable, que las cárceles no bastarian á contenerlos, y en presencia de tanta sangre, de tanto suplicio, de tantos tormentos, de tanta muerte, horrorizado esclama: "¿Qué haréis de millares de hombres, de mujeres de todas edades, condiciones y estados, que tienden los brazos á vuestras cadenas? ¿Cuántas hogueras y cuchillas no necesitaréis para su castigo? ¿Diezmaréis á Cartago?" Despues de esta exclamacion examina el origen de la autoridad, hace ver

que las leyes unas se suceden á otras: vindica al cristianismo de la acusacion que se le hace de comerse los niños, y lanza sobre la frente de sus detractores la acusacion, echándoles en cara que ellos los sacrificaron y aun los sacrifican secretamente á Saturno, que los galos inmolaban hombres á Mercurio, y los mismos romanos hacian correr sangre humana en honor de Júpiter. Para refutar la acusacion de sacrílegos, presenta el culto pagano en toda su deformidad, y el de los cristianos para que brille mas la hermosura de éste, y arrebatado de entusiasmo esclama espresándose de este modo: "Adoramos á un solo Dios que por su palabra, su espíritu y su poder, sacó de la nada este universo con todo lo que le compone, es decir, con los elementos, los cuerpos y los espíritus, para que fuesen ornamento de su grandeza. ¿Queréis conocerle en sus obras? Teneis el testimonio de vuestra alma, que á despecho de la mala educacion, de las pasiones y de la sujecion á los falsos dioses, cada vez que despierta le llama con el solo nombre de Dios, diciendo: ¡Oh gran Dios! ¡Oh buen Dios! ¡Lo que á Dios plazca! ¡Dios lo quiere! ¡Le encomiendo á Dios! ¡Dios me lo concederá! Esta es una confesion del alma que no se dirige al capitolio sino al cielo. A fin de que tuviéramos de él y de su voluntad un conocimiento mas perfecto, nos ha dado el socorro de las Santas Escrituras; porque en un principio

Juvenal los mira padecer con la indiferencia de quien contempla la muerte de un fanático. Tácito los acusa de secta odiosa y de cloaca de inmundicias que infestaba á Roma. Plinio el Joven, si no los cree delincuentes, los castiga. Plinio el Viejo, Plutarco, Séneca, Quintiliano y Dion Casio, ni aun los nombran en sus escritos; la *Historia Augusta*, sin embargo de su difusión, les dedica muy pocas líneas. Celio acusa de ignorantes á los predicadores, y dice: "que no querían altercar con los doctos, y buscaban como mas frágiles y dispuestos á la seducción y al error, mujeres, niños y esclavos que engañar, aconsejándoles que no se debe oír á los padres, á los esposos, á los señores, ni á los pedagogos que dicen disparates, y no conocen, ni aun aprecian la verdad, alientan á los niños á huir de la casa paterna, y acudir al gineceo, á la tienda del lavandero ó del zapatero para aprender la perfección. Y es digno de notarse el tono satírico y burlón con que los trata Luciano en el siguiente diálogo de su *Philopatoti*:

Critias. Iba yo por una callejuela de la ciudad, cuando oí una porción de gentes que se hablaban al oído: fijé mi vista en ellos por si encontraba algún conocido, y distinguí al político Craton, con quien me une la mas estrecha amistad desde la infancia.

Trifon. No sé de quién hablas. ¿Es por ven-

tura aquel que dirige el reparto de los impuestos? Y bien, ¿qué sucedió?

Critias. Rompiendo por medio de la muchedumbre, me puse á su lado, y despues de dirigirle algunas palabras, ví á un anciano de poca estatura, llamado Cariceno, quien con voz débil y gangosa se esplicó de este modo, no sin toser y escupir antes: "El que te he dicho pagará lo restante de los tributos, satisfará todas mis deudas públicas y privadas, y recibirá sin informarse de su profesion á todas las personas." Cariceno añadió otras futilidades igualmente aplaudidas por los asistentes atentos en virtud de la novedad de las cosas. Otro hermano llamado Clevochasmo, descalzo y sin sombrero, con un manto remendado, murmuraba entre dientes: Me le enseñó un hombre de usado traje, que venia de las montañas y traía rapada la cabeza. Entonces uno de los asistentes de torva mirada me tiró del manto, creyendo que yo era de la congregación y me invitó por mi desgracia á asistir á la asamblea de aquellos hechiceros. Ya habíamos traspuesto *el umbral de bronce y las puertas de hierro*, como dice el poeta, cuando despues de haber trepado á lo alto de una casa por una tortuosa escalera, llegamos á un salon de Menelao, resplandeciente de marfil y oro, aunque situado en una hedionda buhardilla. Allí ví rostros pálidos, macerados, inclinados al suelo, que apenas nos descubrieron se

tornaron alegres, preguntándome si era portador de alguna siniestra noticia. Parecia como si aquellas gentes desearan acontecimientos terribles y se recrearan en la narracion de desastres. Hablándose al oido se informaron de quién era yo, y de dónde venia. . . . En seguida, como gentes que moran en los aires, me pidieron nuevas de la ciudad y del mundo. Cuando les respondí: *Todo el pueblo rebosa en alegría, y rebosará en lo venidero*, frunciéron las cejas y replicaron que eso no seria cierto; que se preparaban grandes calamidades, y en breve descargaría la nube. Entonces comenzaron á perorar sobre lo que les ocurriria, manifestando que cambiarían de faz los negocios, y Roma seria turbada por las facciones, y veria nuestros ejércitos en derrota. No pudiendo aguantar mas tiempo, dije fuera de mí:—¡Ah miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que profetizais, ya que tan poco amor teneis á la patria!

Trifon. ¿Y qué respondieron los que tienen el gefe rapado y tambien el espíritu?

Critias. Me oyeron con calma, y recurrieron á sus habituales subterfugios, pretendiendo ver aquellas cosas en sueños, despues de haber ayudado diez soles y de pasar la noche entonando himnos. . . . Entonces se levantaron de los miserables lechos en que estaban reclinados, vagando en sus labios una falsa sonrisa, &c.

Tales fueron las nuevas armas, tal el campo que eligió la impiedad para destruir el cristianismo, pero estos sarcasmos, estas burlas son los indicios de la desesperacion que asoman á los labios en risa para ocultar el dolor que le devora el alma: entre estos sarcasmos y entre estas burlas es muy digno de notarse algunas palabras que prueban lo dispuestos que estaban los cristianos á padecer, y su santidad que movia al Señor á revelarles los futuros. La impiedad eligió este venerando principio como objeto de su sátira, pero al cambiar el hacha y las hogueras por la pluma se precipitó en su ruina: no era en verdad mejor el terreno elegido que el abandonado, porque la verdad es una, y como el sol á traves de las nubes brilla mas ostentando entre sus negras manchas la hermosura de su colorido, así entre los sarcasmos, las risas y las maledicencias, camina triunfante la verdad á elevar su trono de luz sobre las ruinas del error y de la impostura, y así una vez trasladada la cuestion al campo del debate, probaba que los tiranos creian poderoso su partido, pues no fiándose de la fuerza para oprimirlos y ahogar sus doctrinas, acudian á la razon, y aquí en este terreno pudieron muy bien los cristianos entonar el himno de la victoria, seguros que la verdad que hicieron triunfar y atestiguaron con su sangre los mártires, se haria oír victoriosa, aterradora por boca de sus apologistas para con-

envió á la tierra hombres dignos por su santidad y su justicia de conocerle, y de hacer que por los demas fuera conocido. Llenos de su espíritu proclamaron que no hay mas que un Dios que crió todas las cosas; formó al hombre de la tierra, reguló el curso del mundo, dió preceptos, cuya observancia fué un medio de serle grato, preceptos que vosotros ignorais ó habeis echado en olvido, un Dios que al fin del mundo juzgará á los que le sirven para darles en premio la vida eterna, y condenará al fuego eterno á los impíos, despues de hacer resucitar á los muertos. En un tiempo nos reimos de estas doctrinas y fuimos de vuestro partido; los hombres no nacen cristianos, llegan á serlo."

Para vindicarlos de la acusacion de lesa majestad, pone de manifiesto que los cristianos no hacen bajezas, ni adulan, pero oran por los emperadores al Dios verdadero pidiendo por su salud, por la tranquilidad de su reino, por su prosperidad y la de sus súbditos, que le conceda un senado fiel, un ejército valiente, un pueblo virtuoso y una paz estable. "Se honra, dice, poco al príncipe, estableciendo lares y aderezando masas en público, corriendo en medio de las calles, y convirtiendo en taberna la ciudad toda. ¿No es posible dar muestras del público regocijo, sino por medio de la venganza pública? ¿Seremos delincuentes porque consumamos los votos que hacemos en favor

del emperador, con castidad, sobriedad y modestia, porque no cubrimos nuestras puertas con ramas de laurel, y porque nos abstenemos de encender lámparas á la luz del dia como se hace para señalar los sitios infames?"

"Perseguidos obedecen los cristianos hasta cuando el pueblo se anticipa á las órdenes supremas, quitándoles la vida, y violando hasta sus cadáveres. No albergan ningun pensamiento de venganza; y sin embargo, nacidos ayer, ocupan las islas, las ciudades, las plazas fuertes, los campos, el palacio, el foro, no os dejamos mas que vuestros templos. Siendo tan poderosos podemos hacer la guerra al gobierno ó abandonarle; pero nuestra creencia nos aparta de la ambicion y del derramamiento de sangre. No es verdad que por esto permanezcamos inactivos; al revés, nos dedicamos al comercio, á la navegacion, á las artes, á la agricultura; pagamos los impuestos, y si no enriquecemos los templos, ni á mujeres perdidas, ni á astrólogos, tampoco damos quehacer á los tribunales."

"Bien sé que nuestras modestas comidas de la noche gozan de mala fama, no solo como culpables, sino tambien por ser demasiado esquisitas; y sin embargo, nada se dice de los banquetes de tantas congregaciones paganas. Nuestra cena indica de dónde trae su origen en su nombre *ágape*, que significa en griego *caridad*; es un alivio

que brindamos á los pobres. Allí no se ven desórdenes ni vilezas. Sin haber orado al Señor, nadie se sienta á la mesa; se come lo que se necesita, y no se bebe mas que lo conveniente sin ofender la pureza. Se toma un alimento mesurado, como gentes que deben orar hasta la noche, y se habla como entre gentes que saben que Dios las mira. Despues de haberse lavado las manos y encendido las lámparas, todos son invitados á cantar las alabanzas de Dios, sacadas de los libros sagrados ó compuestas por alguno de nosotros. Con la oración termina el banquete. Por último, nos separamos con modestia y recato. Tales son las asambleas de los cristianos; somos los mismos juntos que separados; nadie es ofendido ni molestado por nosotros."

"Deberíase decir mas bien el nombre de facciosos á los que conspiran contra los cristianos, bajo el vano pretexto de que son causa de todos los desastres públicos. Si el Tiber sale de madre, si el Nilo no se desborda, si hay falta de agua, si tiembla la tierra, si sobreviene una carestía, una peste, se clama al pueblo: ¡cristianos á los leones! Díganme por favor si no habia semejantes y mas numerosos males antes del reinado de Tiberio y de la venida de Jesucristo. Estos son efectos de la cólera de Dios, justamente irritado contra los hombres culpables é ingratos. Y no obstante, cuando la sequía hace temer la esterilidad sacri-

ficais á Júpiter, frecuentando los baños, las hospederías y demas sitios de libertinaje. Nosotros procuramos ablandar al cielo con el auxilio de la continencia, de la frugalidad, de los ayunos, vistiéndonos con un saco, cubriendo de ceniza nuestras cabezas y rendimos homenaje á Dios, despues de haber alcanzado misericordia. Pero no nos abaten estas desgracias, porque solo abrigamos en este mundo el deseo de abandonarle lo mas pronto que nos sea posible."

Luego habló contra los teatros, de su origen idólatra, de los peligros que en ellos hay para la virtud, habla de la idolatría y de sus clases, del tocado de las mujeres, del martirio, del bautismo y de la penitencia, de la oracion, reprobando siempre los abusos y las supersticiones. Combate en su libro de las prescripciones los herejes como incompetentes para discutir sobre las Santas Escrituras que no conocen, y los anonada recordando que han nacido ayer cuando la Iglesia es la misma que fué fundada por Jesucristo y estendida por sus apóstoles. Y sin embargo, este atleta de la religion se extravió despues en sus principios de la Iglesia hasta el extremo de ponerse en duda su salvacion.

Tambien produjo Cartago á Cecilio Cipriano, tan instruido como Tertuliano, tan vehemente como él, tan apasionado aunque mas comedido; sus obras, que son muchas, están llenas de gracia

y hermosura; dotado de un juicio recto separó la fé del exámen, la revelacion del raciocinio, cuya mezcla produce el anonadamiento ó el error del entendimiento, mientras que su distincion abre al espíritu humano un campo infinito haciéndole pasar del símbolo á la realidad. Impugna el antiguo culto y los cismas, y establece la unidad de fé en la unidad de la cátedra romana. "San Pablo, dice, echa los cimientos de la unidad de la Iglesia con estas palabras: Trabajando con esmero en conservar la unidad de un espíritu con el vínculo de la paz, no sois todos mas que un espíritu y un cuerpo, así como todos habeis sido llamados á una misma esperanza. No hay mas que un Señor, una fé, un bautismo, un Dios padre de todos que es superior á todos, que á todos hace estensiva la Providencia y que en todos reside. Tal es el principio de unidad á que debemos adherirnos inviolablemente y con especialidad nosotros los obispos que tenemos el honor de presidir la Iglesia."

"Como no hay mas que un solo Jesucristo, así como no hay mas que una sola Iglesia, una sola cátedra fundada por San Pedro por la misma palabra de Jesucristo, desde entonces no hay mas que un mismo altar, un solo sacerdote, no deben contarse dos en ningun caso, ni existir otro que sea diferente. Solo una criminal demencia y una impiedad sacrílega pueden tener desdén de violar el orden establecido por Dios mismo."

Llevado de este mismo espíritu de unidad y de autoridad cuando sabe que el pontífice quiere hacer concesiones al cismático Felicísimo, le escribe estas palabras: "Carísimo hermano: un obispo puede ser muerto, no vencido. Abrazo pues tiernamente al que manifiesta arrepentimiento; pero si alguno piensa hacerme abrir las puertas por el terror, sepa que el campamento de Cristo no se toma con amenazas." Vehemente en sus argumentos, generoso é inflexible, es el Demóstenes de los primeros tiempos del cristianismo, su genio y su impetuosidad le condujeron al error, pero borró esta mancha con un generoso martirio.

Africano, como los dos precedentes, Arnobio, nacido en el paganismo, nutrido en sus errores, sostenedor acérrimo de ellos, con una elocuente erudicion fué mucho tiempo el enemigo de los cristianos, pero la gracia iluminando su alma, venciendo su corazon, le rindió á la Iglesia, y de impugnador se convirtió en defensor; aquella elocuencia, aquel heroismo, aquella instruccion empleada en defender el error, lució mas esplendente en defensa de la verdad, y en sus siete libros á los *gentiles* que dirige á los hombres ilustrados, hizo del paganismo la mas completa refutacion; aunque difuso como diestro retórico, citando rara vez el viejo Testamento, nunca el nuevo; sin embargo, emplea toda su energía en confundir los que pretenden que, "desde el cris-

tianismo había perecido el mundo, y que el género humano había sido presa de todos los males."

Discípulo de Arnobio, Lactancio, maestro de Crispo, hijo del emperador Constantino, indignado al ver que dos filósofos se levantaban contra el cristianismo, se propuso en sus *instituciones divinas* impugnar no solo á estos, sino á todos cuantos se declarasen contra la religion cristiana; es notable por lo selecto de la espresion que le coloca al frente de los autores eclesiásticos latinos, no se indigna como Julio Firmico contra la idolatría, ni reclama contra los idólatras el rigor de las leyes; y por el contrario, establece el principio de que "nada es tan libre y tan voluntario como la religion;" y dejándose llevar de estas ideas que le inspiraba su natural dulce y benéfico, y el íntimo pensamiento de que todo lo violento es odioso, y por lo mismo que no es lo mas á propósito para arraigar en el corazon las creencias, "Lejos de nosotros, esclama, la idea de vengarnos de nuestros perseguidores, quede para Dios este cuidado. La sangre de los cristianos caerá gota á gota sobre la cabeza de los que la han vertido."

La escuela de Alejandría produjo á Clemente que en su *pedagogo* dá reglas de moral cristiana, descendiendo á tratar del vestido y de la vida de los catecúmenos: en sus *Estromatos* habla de his-

toria, de lógica, de reglas de argumentacion, pesa filosóficamente la doctrina evangélica y la certidumbre de los conocimientos humanos, pero su obra principal es su exhortacion á los gentiles; en ella sostiene que la unidad y las verdades mas capitales profesadas por los poetas y filósofos, han sido sacadas del pueblo hebreo. Es elocuentísimo cuando fulmina su invectiva contra el paganismo. "Desgarrad, dice, el velo que cubre vuestros misterios, y haré conocer á los contempladores de la verdad los prestigios ocultos en vuestros secretos ritos.... ¡Qué esceso de impudencia!.... Hubo un tiempo en que la noche escondia entre sus sombras los deleites de los hombres moderados; ahora, consagrada á la incontinencia, revela las infamias de los iniciados y las antorchas fulminan la pasion y el vicio..... Cántanos, Homero, tu magnífico himno *Los amorosos hurtos de Marte y Venus*. Pero no enmudece, no es magnífico el canto que enseña la idolatría. No queremos que se mancillen nuestros oidos escuchando palabras de fornicacion y de adulterio. Vuestros dioses crueles é implacables, respecto de los hombres, no solo oscurecen su espíritu, sino que se complacen en ver correr su sangre en las feroces luchas del circo y de la arena, en las batallas mortíferas donde se invoca su nombre, en los sacrificios que exigen de las ciudades y de los pueblos. Aristómenes inmola en la Mesenia una triple hecatombe de

hombres al Júpiter de Itoma, y entre el número de las víctimas se cuenta Teopompo, rey de Lacedemonia. Los habitantes del Chersoneso Táurico inmolan á su Diana todos los náufragos que abordan á sus playas y en una tragedia de Eurípides son celebrados estos sacrificios. Mónimo cuenta, que en Palla de Tesalia se sacrificaba un agheo á Pileo y á Chiron; Antides y Doridas dicen, que los Licios oriundos de Creta ofrecían á Júpiter víctimas humanas; los Lesbios á Baco, los Focidios á Diana Taurica. Erechteo de Atenas y el romano Mario degüellan á sus propias hijas, uno á Diana y otro á los dioses Averrumios. De este modo hacen ver los demonios cuánto aman á los hombres. ¡Y no se aperciben de que estos no son holocaustos, sino homicidios; de que ni el lugar, ni el nombre, pueden alterar la esencia de las cosas; de que inmolar á Diana ó á Júpiter es lo mismo que inmolar á la cólera, á la avaricia, á la venganza y á otros demonios de la misma especie; de que es completamente igual matar á un hombre sobre el ara ó en la encrucijada de su camino!"

En este mismo estilo demuestra el quietismo del paganismo amenazado por el progreso civilizador del cristianismo, que defiende con igual vehemencia y fuerza de raciocinio, siendo dignas de notarse estas palabras: "¿Diréis, acaso, que no es lícito destruir los usos recibidos de nuestros ma-

yóres? ¿Y por qué no tornais á vuestro primer alimento, á la leche á que os acostumbraron vuestras nodrizas cuando acabábais de nacer? ¿Por qué aumentais ó disminuís los bienes paternos, en vez de conservarlos tales como se nos han transmitido? ¿Por qué hemos renunciado á las cosas que hacíamos en la infancia? Nos hemos corregido nosotros mismos sin necesidad de maestros. Pero si en lo concerniente á esta vida pasajera no os mostrais celosos observadores de las instituciones paternales, ¿por qué no habeis de renunciar á una costumbre que seria mortal en lo mas importante que existe? Habeis encanecido en el culto de las falsas divinidades, llegad ahora á rejuveneceros en el del Dios verdadero. Es un magnífico himno que el hombre entona á su Criador, cuando consume obras de justicia, y en el que resuenan todas las palabras de la verdad. Siga el ateniense las leyes de Solon, el argio las de Foroneo, el espartano las de Licurgo; pero si eres cristiano, el cielo es tu patria, y Dios tu legislador. ¡Salud oh luz bajada del cielo, más pura que la del sol, más amable que lo mas dulce que hay en la vida! . . . Quien la sigue corrige sus errores, ama á Dios y al prójimo, cumple la ley y alcanza recompensas. El Evangelio es la trompeta de Cristo, la ha llenado con su soplo, y nosotros hemos escuchado su sonido; y cubriéndonos con la coraza de la justicia, con el escudo de la fé, estamos dispuestos á combatir el pecado."

En su tratado *¿Qué rico se ha salvado?* explica el precepto evangélico de la pobreza con estas palabras: "Se cumple el precepto cuando se convierten las riquezas en materia é instrumento de buenas obras. Indiferentes por su índole, no conviene censurarlas ni desacreditarlas sin motivo. Todo depende del uso que de ellas se hace. Tampoco hay por qué imputarlas los males que ocasionan, sino á las pasiones, á las inclinaciones viciosas que desnaturalizan los dones del Criador apartándolos de su uso, y que emplean en el mal, lo que puede convertirse para nosotros en un manantial de méritos."

El mártir Apolonio hizo la apología de la religion, y defendió en un discurso elegantísimo la fé en presencia del senado. Dionisio, obispo de Corintio, combatió fuertemente la herejía, y explicó la doctrina cristiana en varias epístolas. Taciano de Asiria, discípulo de S. Justino, escribió contra los paganos, demostrando la vanidad de sus estudios y la contradicción de su filosofía, oponiéndoles la doctrina católica sobre la naturaleza de Dios y el libre albedrío; su impugnación es vigorosa y fuerte, tiene inspiraciones felices, y en medio de una dicción correcta pueden notarse muy buenos rasgos retóricos, y satiriza, y cuando combate las esterioridades de los maestros de la filosofía, esclama: "Cuando algunos cínicos, cuyo único mérito estriba en ofrecer á los ojos una espal-

compar el pecado

da descuidadamente cubierta, cabellos erizados, barba y uñas largas, y dicen que no necesitan de nada, reciben de pension hasta doscientas monedas de oro, ¿se pretenderá obligar á los cristianos á seguir la costumbre de los gentiles?" Luego prueba que la virtud y la idolatría son incompatibles, que los monumentos erigidos á las prostitutas y á la deshonestidad, y el teatro con sus formas lúbricas é indecentes, desdican de la moral severa y de la honradez; que los atletas, los gladiadores con sus escenas de sangre y muerte se oponen á la humanidad y á la filantropía; defiende á los cristianos contra los que les escarnecen porque se dirijan á los niños y á las mujeres, y en una palabra, tiende á convertir al cristianismo toda la filosofía pagana; pero se extravió por un exceso de rigor.

Hermias combatió la filosofía griega en su tratado *Irrision de los filósofos gentiles*; S. Ireneo los errores de los sabios; S. Dionisio Areopagita representa la filosofía oriental trasformada por el cristianismo, y explica en cuanto puede el hombre explicar la generación del Verbo y de las ideas en sus libros de la *Gerarquía* y de los *Nombres divinos*. Pero entre tantas ilustres lumbreras del mundo cristiano, el que descuella como un gigante es Orígenes, hijo del mártir Leonidas; si como su padre no consiguió el martirio, aspiró á él; impávido en medio de la persecución visitaba los

presos, los acompañaba al suplicio, los confortaba y animaba sin temer al pueblo ni á los magistrados: para guardar la pureza y por no dar lugar á mas ligeras interpretaciones, ni á murmuracion de ningun género, teniendo frecuentemente que tratar con mujeres, se castró; fué encarcelado y puesto en tortura, pero siempre ocupado en defender la religion, era tal su facundia, que notaba siete escribientes á la vez y distintas materias; escribió su *Exhortacion al martirio*, los Exaplos, coleccionó los libros santos separando los auténticos de los apócrifos, compuso veinticinco libros sobre el Evangelio de S. Mateo; y en fin, fué tanto lo que escribió, que S. Gerónimo esclama: ¿Quién de nosotros podrá leer cuanto él escribió? Esto sin contar la correspondencia que diariamente tenia, ya para disculparse, ya para dar consejos, ora para dirigir consultas al emperador Filipo, ora para reanimar el espíritu de los fieles, y exhortarlos á que asistan los viernes y domingos á la lectura de los santos libros, y á la esplicacion del testo sagrado; pero donde mas lució su talento y elocuencia fué en su impugnacion al *Discurso sobre la verdad* del epicúreo Celso, que despues copiaron los enciclopedistas franceses del siglo pasado. Orígenes defendió la religion mas con hechos que con palabras, discutiendo sobre las profecías y los milagros de Jesucristo, y sobre los que diariamente obraba en su Iglesia, oponiendo

á los incrédulos, especialmente, el cambio de las costumbres, la continencia y el celo por la conversion ajena. Tambien se escurrió del dogma en su tratado de los principios; pero aquel hombre austero, de una conducta irreprochable, que siempre creyó en la potestad de la razon, aquel Leibnitz de los primeros siglos del cristianismo, fué considerado por un contemporáneo como el Platon de la Iglesia, y S. Gerónimo no duda llamarle el gran maestro de la Iglesia despues de los apóstoles diciendo: "Que estaria pronto á tomar sobre sí los errores que le imputaban, con tal que poseyera su sabiduría."

En lo que dejamos espuesto aparece una diferencia notable entre los padres griegos y los latinos, y el origen de esta diferencia se conoce con poco que examinemos la clase de enemigos que unos y otros tenian que combatir, los primeros se dirigian al pueblo griego, amigo de la discusion y de la sutileza, los segundos al romano, para quien la religion y el Estado era una misma cosa; estos combaten el cristianismo declarándole enemigo del género humano, y decretan y matan sin discutir, aquellos reclaman con avidez á lo que les brinda un nuevo pasto, un alimento vital: los magistrados de Roma enviaban á la muerte, los sabios de Grecia examinaban y discutian, aquel era el pueblo del sable, éste el del racionio, de aquí que los apologistas latinos, oponiendo rigor á ri-

nuevas persecuciones, no ya producidas por los Césares, ni por los sofistas paganos, sino por hijos bastardos, que á manera de víboras ponzoñosas habian de despedazar las entrañas de su madre la Iglesia, dividiendo sus hijos, alzando los unos contra los otros, y dispersando el rebaño del buen Pastor, para que el lobo carnívoro se ensañase en él, saciando su rabia y su furor en la estraviada grey.

El Oriente y Occidente se disputaban el campo del pensamiento. Los orientales, de imaginacion mas vehemente, mas amigos del raciocinio que de la violencia, discutian mas y arruinaban menos, y por esto el cristianismo se difundió con mas rapidez en aquella parte del mundo; pero tambien nacieron las dudas, las innovaciones y aquellas ideas que brotan siempre de la verdad desde el momento que se trata de sembrar entre los hombres, y así como se comunica por la palabra ó por la escritura, del mismo modo la palabra y la escritura sirven muchas veces para ofuscarla y oscurecerla, porque la inteligencia humana con el sentimiento de su alta dignidad, se llena de orgullo, y poseída de un vértigo fatal se indigna cuando se la manda creer lo que juzga que puede comprender con sus propias fuerzas, vanagloriándose de ser bastante á separar la luz de las tinieblas, y el bien del mal por su libre juicio.

CAPITULO VI.

PRIMERAS HEREJÍAS, ORIGEN DE LA TEOLOGÍA, LITERATURA CRISTIANA, BELLAS ARTES.

Habian triunfado los mártires del hacha del verdugo, y los apologistas de las plumas de los filósofos y de la mordacidad de los detractores: el furor y la maledicencia habian sucumbido ante la constancia y ante la verdad, y la barca de S. Pedro triunfante de las olas encrespadas de la persecucion, aparecia en el mar del mundo llena de vigor desafiando los elementos encontrados del vicio y del error, como el esforzado atleta acostumbrado á vencer en la lucha, espera nuevos contrarios con quienes combatir y de quienes obtener nuevos triunfos. Sin embargo, nuevos combates esperaban á la hija del Altísimo; nuevos enemigos tanto mas formidables cuanto menos esperados,

De aquí las trabas puestas á toda verdad, de aquí, que el cristianismo, que no se dedicaba á un tiempo, á una nacion, ni á un pueblo, sino que miraba como objeto la educacion universal, encontrase las mayores resistencias fuera, y las mas graves agitaciones en su seno mismo, agitaciones que aun duran, y que mas de una vez han enrojado con sangre las blancas vestiduras de la hija de Sion; pero que por lo mismo han suscitado cuestiones que se han llevado al terreno de la discusion, y por lo mismo han contribuido eficazísimamente á la ilustracion del mundo y á la civilizacion. Los enemigos interiores de la Iglesia unos han atacado las doctrinas y otros las formas: pero como todo cambio esencial en la doctrina debe producirlo en la forma, así se confundieron unos con otros, y por eso las disidencias, aunque se manifestaron bajo diversas fases fueron una misma cosa en la esencia. Tendremos cuidado de dar conocimiento de las diferentes herejías que han surgido en la Iglesia porque representan la serie de ideas que en diez y ocho siglos han comunicado movimiento á la humanidad y han dado ocupacion á los ingenios sirviendo como de estímulo al progreso intelectual y de aliciente para descubrir la verdad. Dividiremos, pues, las especulaciones filosóficas en dos clases; unas que adoptando el símbolo cristiano someten la razon á la fé, y otras que oponiéndose á él sujetan la fé á la razon.

Tomemos, pues, las cosas desde su origen. No muy bien el cristianismo empezó á extenderse por la Judea, cuando se levantaron los pseudo-apóstoles predicando doctrinas diferentes de las de la Iglesia y casi al mismo tiempo que los hebreos recién convertidos, en quienes se refundieron, teniendo presente que Jesucristo se habia sometido á la ley de Moisés, que los primeros obispos de Jerusalem habian sido circuncisos; y viendo que el resto de los creyentes miraba la Iglesia de Judea como la principal, hasta que se fundaron las de Antioquía, Corinto, Efeso, Alejandría y Roma, quisieron conservar muchas prácticas y ceremonias de la sinagoga, é imponer como ley á la Iglesia católica lo que tan solo habia sido tolerado: esto motivó el primer disturbio, y la primera separacion de la Iglesia, porque reprobada su práctica por los Padres, queriendo sostenerla, se retiraron los disidentes á Pella de Tesalia, donde vivieron en sus prácticas judaizantes, hasta que para sustraerse de la proscripcion de Adriano, á ejemplo de su obispo Marcos, abjuraron los ritos mosaicos y abrazaron el cristianismo, quedando, sin embargo, un corto número que fundó una Iglesia particular en Berea, como la de Alepo en Siria, tomando el nombre de *Ebionitas* (esto es, pobres), no sabemos si de esta palabra Ebion, que significa pobre, ó de un sectario llamado así. Estos fueron repudiados por los judíos y por los cris-

tianos, por estos como herejes, y por aquellos como apóstatas. Rechazaban á S. Pablo como de origen gentil y apóstata de la ley mosaica, y propagaban en nombre de S. Pedro, que Dios habia dividido el imperio de las cosas dando á Cristo el de la eternidad, y al demonio el del siglo; que Cristo, humanamente nacido, se habia hecho por sus virtudes acreedor á ser Hijo de Dios; que para salvarse era preciso, además de creer en él, observar la ley de Moisés; y finalmente, que todos estaban obligados á casarse, y que era lícita la poligamia.

Muerto Simon Mago, como queda dicho, se puso al frente de sus discípulos Menandro, que bautizaba por sí mismo y ofrecia la inmortalidad. Menos orgulloso Cerinto, ni se creyó emanacion de Dios, ni profeta, concretándose á asegurar que sabia por revelacion de los ángeles que el mundo no era obra de Dios, aunque sí de un poder supremo distinto. Que Cristo, ni habia nacido, ni padecido, pero sí Jesus, en quien habia morado algun tiempo; y hermanando las preocupaciones nacionales y las esperanzas de los hebreos, aseguró que habria un reinado terrestre de mil años, en el que todos los deseos de la carne serian satisfechos, doctrina que, adoptada por algunos ortodoxos, dió origen al error de los milenarios. A estos siguieron los gnósticos, que refundieron todo el dogma con las doctrinas anteriores, sacando de esta

amalgama una doctrina enteramente nueva, que asociando la de Persia, Asia, Egipto y cuantos sistemas tenian aceptacion en el mundo, sustituye ó asocia á la revelacion auténtica del cristianismo, revelaciones parciales y hasta cierto punto naturales; aspira á alcanzar con sus propias fuerzas una altura inaccesible á la razon y no revelada á la fé: pretende dar el carácter y la autoridad de la inspiracion á sus investigaciones místicas, con cuyo auxilio resuelve los problemas mas elevados, como el origen del mal, la creacion, la redencion y las relaciones entre el mundo intelectual y el mundo moral; doctrinas que se reprodujeron despues en Asia y Europa, ya en las escuelas renovadas de Pitágoras y Platon, ya en las trascendentales del siglo XVI que asociaban la alquimia, la astrología y la magia.

Eran en lo general, los gnósticos, gentes acomodadas é instruidas de la Siria y el Egipto, que guiados por un espíritu de amor propio, se imaginaban superiores al vulgo, y abandonaban á éste la práctica sencilla del Evangelio, mientras reservaban para sí el conocimiento íntimo de los misterios, pretendiendo superar en profundidad mística al cristianismo. Distinguian un mundo de luz pura y de inmortal ventura, y otro de tinieblas, de horror y de muerte. Creian en un sér infinito é invisible como el Brama indio y el Pironis egipcio que se esparció en emanaciones que

distinguen gradualmente en *Eones*: que á medida que se alejan de su origen disminuyen en perfeccion, y que reunidos forman el *Pleromo* ó plenitud de la inteligencia. Sujetas las almas al capricho de su criador *Demiurgos*, mezcla de luz y de tinieblas, de debilidad y de fuerza que formó este mundo vicioso y corrompido, y oprimidos por él, hubo necesidad de que una potencia sublime del *Pleromo*, el entendimiento, viniese á regenerarlas, y esta potestad es Cristo, que reforma la concepcion defectuosa del *Demiurgos*, y aniquila su creacion, tomando las apariencias de la materia y explicando en su Evangelio la inteligencia del padre desconocido, oponiéndole á la religion natural y á la mosaica, que son las obras del *Demiurgos* imperfecto.

Conforme con esta doctrina la humanidad habia seguido la ley de *Demiurgos* en su primera época, y en la segunda la de Dios; dividian los hombres en *ulicos* cuyo principio es la materia y están subordinados al mundo inferior, en *pneumáticos* que aspiran al *Pleromo*, y en *psíquicos* que se elevan hasta el *Demiurgos* por el alma que ni es espíritu ni materia. A esta clase pertenecen los hebreos, son *ulicos* los paganos, y *pneumáticos* los cristianos. En todos estos puntos concuerdan los *gnósticos*, pero sin embargo, están divididos en mas de cincuenta sectas, teniendo cada una sus obispos, sus asambleas, sus doctores, sus milagros, sus

evangelios, porque si bien es verdad que el hombre puede elevarse á la unidad y existencia de Dios, tambien lo es que al meditar sobre su naturaleza y atributos, sobre la creacion, los espíritus, las causas, los efectos y las ideas, y trasformando las cosas se presentan á sus ojos mil cuestiones, de donde provino esa subdivision monstruosa que libró la Iglesia de tantas ficciones metafísicas, mezcla absurda de mitología y la teología poética de los indios, persas y cabalistas. Pueden clasificarse todas las escuelas gnósticas en *panteistas* y *dualistas*, sin embargo, daremos una ligera idea de las principales emanaciones de estas dos fuentes, empezando por los dualistas.

Saturnino, que vivió en Antioquía en tiempo de Adriano, fué el primero que consideró coeternos á Dios y á Satanás principios del mal espíritu y materia, pero como uno tenia que ser anterior al otro necesariamente, Bardasano de Efeso se encargó de resolver la duda afirmando que la materia constituye el elemento primitivo del mal, y que Satanás es una manifestacion espiritual de él. Así como la inteligencia engendró el bien y sus emanaciones, así la materia engendró á Satanás, y sus emanaciones en hostilidad armónica con las del bien, de manera que segun estos principios, el universo es el producto de dos seres desconocidos: dotado de una alma fuerte, sostuvo su doctrina sin intimidarse por las amenazas de Ve-

ro. Compuso ciento cincuenta himnos llenos de bellezas poéticas y dulce melodía, merced á cuyas dotes se insinuaba con facilidad en los corazones; se ocupó particularmente del destino, y aunque no creyó á Dios autor del mundo, le llamó su padre y decia: "Todo puede hacerse con el beneplácito de Dios, nada de lo que quiere puede ser evitado, atendido que nadie podria luchar contra su voluntad. Si alguno puede resistirle es por efecto de su bondad, que concede á cada uno lo que es adecuado á su índole, y á su voluntad independiente." ¡Así procuraba hermanar el destino con el libre albedrío!

Sucedióle Basílides Siro como el que residió en Alejandría y sostuvo la eternidad de los dos principios, añadiendo que las emanaciones de las tinieblas enamoradas de la luz se elevan hasta el seno del *Pleromo*, y en esto se diferencia de otros gnósticos que afirman que el *Pleromo* se precipita en las tinieblas, se esfuerza por coordinar el bien y el mal, la coexistencia del mal moral con un Dios bueno. Su *Pleromo* es por el estilo del egipcio, explicando sus inteligencias, con la palabra *abrasas* que adoptó como símbolo y señal de reconocimiento entre sus discípulos. No exageraba los males de la vida, veía en ellos una manifestación de las ideas divinas, y decia de la Providencia: "Haré cualquiera cosa mas bien que acusar á la Providencia;" la designaba como la fa-

cultad que impele todas las cosas á desenvolver las fuerzas que encierran naturalmente, considera la redencion como un medio empleado por ella para dirigir el género humano á un estado mas perfecto que el que podria conseguir por sí solo, considera los males del mundo como una prueba, como una expiacion, y afirma que las dudas suscitadas en el mundo contra la justicia de Dios se desvanecerian si descubriésemos concordancia entre las causas y los efectos. Se vale de la metempsícosis como la entendian los gnósticos para explicar el estado de civilizacion, y la hace extensiva á todas las naciones.

Constituye, pues, el dualismo las formas del ser bueno y del ser malo, y torna al panteismo donde va á parar Valentin, que contempla la materia como una emanacion grosera, una forma del espíritu ó una ilusion. Este reconocia los *aones*, el primero de los que permaneciendo desconocido con Eunoía engendró la inteligencia que tenia por hermana la verdad, y de aquí forma un cuadro, base de todas las cosas, figuradas en el Verbo, la vida, el hombre y la sociedad, su *Pleromo* está formado por Cristo y el Espíritu Santo, que vieron nacer con ellos una serie de ángeles: hacen depender del espíritu la materia que no es mas que una forma del alma: el mal una falsa direccion del bien que se confunde en la importancia de lograrlo, y así enseña á sus discípulos:

“Sois desde el principio **inmortales**, sois hijos de la vida eterna, os habeis **atraído** la muerte para vencerla, destruirla, **aniquilarla** en vosotros mismos; pero si os **desprendeis** del mundo, de la materia sin dejaros arrastrar por él, sois señores de la creacion y dominais sobre todo lo perecedero.” Su idea fundamental es la redencion del cristianismo, y enseña que el **orden** actual de las cosas cesará cuando el objeto de la redencion esté cumplido enteramente. De esta secta nacieron los ofitas, los cainitas y otras.

Marcos, fingiéndose inspirado de un demonio familiar, seducia particularmente las mujeres, lisonjeando su vanidad y exaltando su imaginacion de modo que nada le negaban en recompensa del don de profecía que decia proporcionarlas. S. Ireneo pone este discurso en sus labios: “Quiero que participes de mi gracia por cuanto el padre de todos ve siempre mi ángel. Mas el lugar de su grandeza está en nosotros: conviene, pues, que nos juntemos. Toma primero de mí y por mí la gracia. Adáptate como la esposa que sostiene su esposo, para que seas lo que yo y yo lo que tú. Acuérdate en tu lecho. . . . Ya desciende en tí la gracia, abre tu boca y profetiza.” Carpocrato de Alejandría enseñó el desprecio de las leyes, la comunidad de bienes y de mujeres, asegurando que Dios habia dado las pasiones para satisfacerlas á toda costa, medio único de merecer la vida eter-

na. Nicolás, uno de los diáconos de Jerusalem, dió tal ensanche á la comunidad de las cosas, que minaba la sociedad, la propiedad y las familias. Otros se inclinaban al rigorismo, entre ellos Montano reprobaba todo placer, todo adorno, así en artes como en filosofia; menos dotado de talento que de imaginacion, enemigo de la ciencia, creia en la inspiracion y decia que podia el hombre hacerse rey y profeta hasta que volviendo de su éxtasis ingresaba en las filas del pueblo, se servia de prodigios como los de la Pitonisa; austero en su exterior engañó á Tertuliano. Los valerianos y origenistas llevaban el rigor al extremo de mutilarse para dominar los sentidos.

Marcion, habiendo seducido á una jóven y negándole la penitencia, profesó los dos principios, y admitió austeridades demasiado rigurosas para destruir el mal principio. Se apartó de la senda que seguian los demas gnósticos, separó el Evangelio de las escuelas gentílicas, pero rechazó los de S. Marcos, S. Mateo y S. Juan, y modificando el de S. Lucas lo adoptó con otro compuesto por él; del mismo modo corrigió los demas libros sagrados y llenó el Egipto de otros apócrifos, repudió el antiguo Testamento como obra del mal genio, y demostró la superioridad del Nuevo, señalando en aquel errores que aun en el siglo pasado fueron proclamados, é hizo ver que el Mesías prometido por el *Demiurgos* era inferior á Cristo, cu-

ya doctrina es toda perfeccion. Tambien los priscilianistas admitieron los dos principios: segun estos el alma criada por el buen genio fué buena, pero mancillada por el malo descende á la tierra donde se purifica y torna á la luz: las estrellas ejercen grande influjo en las almas. Algunos hicieron estensiva la dualidad á la encarnacion del Verbo, y como anteriormente se habia dividido la unidad sustancial del Criador, Nestorio descompuso la unidad personal del Redentor en dos personas. Para esta descomposicion se apartó de las doctrinas dualistas, y supuso el contraste de dos voluntades, de dos naturalezas divina y humana imposibles de combinar en la persona de Jesucristo.

Scitiano, sarraceno de origen, de la escuela de Aristóteles, escribió cuatro libros en contra del cristianismo, y á su muerte se los dejó con todo su dinero á Terebinto, que no pudiendo propagar el error por Palestina, pasó á Persia donde tomó el nombre de Boudha; pero contrariado por los sacerdotes de Mitras, se unió con una viuda y murió de una caída que dió de lo alto de la casa. La viuda, dueña de este modo de sus libros y su dinero, compró un esclavo egipcio llamado Cubrico, le adoptó é hizo instruir; cuando ella murió tomó éste el nombre de Manés, que significa dialéctica, en cuyo arte sobresalia mucho. Habiendo encontrado el cristianismo sectarios, allí

donde se creia en los dos principios, procuró ingerir su religion en la nueva, aplicó á Cristo las obras de Mithras, esplicó los misterios del Evangelio para los dogmas del Sabeismo, se vanagloriaba de ser el Paracleto y hacer milagros, escribió un Evangelio que él mismo publicó: mandado desollar por el rey de Persia con puntas de una caña y espuesto á las fieras para que lo despedazaran, doce apóstoles continuaron predicando su doctrina que se apoya en la distincion de los dos principios, la luz, materia sutil y pura á que preside una divinidad bienhechora, y la materia grosera é indigna, colocada bajo el imperio de un mal genio. De aquí procedieron los maniqueos.

Se dividian estos en elegidos y oyentes; observaban los primeros la pobreza y una abstinencia rigorosa, y podian poseer los segundos, pero todos se privaban del vino, la carne, los huevos y el queso: tenian su Iglesia presidida por un vicario de Cristo, bajo cuya autoridad habia doce apóstoles llamados maestros; setenta y dos obispos consagrados por ellos, consagraban á su vez los sacerdotes y diáconos: sus doctrinas eran una mezcla de las de Zoroastro y del gnosticismo, pero su dualismo se diferenciaba del de Zoroastro, y decian que el bien y el mal se mezclaron porque los espíritus de las tinieblas tuvieron capricho de unirse á los de la luz: á la duda de cómo se unieron

si desde la eternidad estaban separados? responde Manés, de manera, que se deduce claramente la preponderancia del buen principio, supuesto que el mismo mal empujó los séres malos hácia el bien. El fué el primero que afirmó que la ciencia divina se mancilló en las almas emanadas de ella, que la voluntad humana fluctúa entre la doble accion de Dios y de la materia, deduciendo que en la redencion Dios se regeneró á sí mismo.

De lo espuesto se ve, que si la sabiduría orgullosa de los gnósticos no era comprendida del pueblo, los maniqueos ejercian mucha influencia en las masas por la esplicacion poética é inteligible que daban de la coexistencia del mal y de un Dios bueno, y por la habilidad con que señalaban los males de esta vida; así es que se difundieron mas que ninguna secta y vivieron bastante para agitar la Italia y la Francia bajo el nombre de patarinos y albigenses, conservándose aun en nuestros dias en algunos valles de los Alpes. A estas sectas estendió el dualismo su influencia, mientras siguieron el panteismo Eutiques, negando la realidad de la naturaleza humana en Cristo, y queriendo que la carne hubiera sido en él solo apariencia; y Sabelio, que hace emanar de la unidad silenciosa, tranquila, absoluta de Dios el alma de Jesucristo, del Espíritu Santo; y por último, el alma del hombre y todo el universo moral. Tam-

bien puede considerarse el arrianismo como una emanacion de esta secta gnóstica.

En cuanto á la moral, los gnósticos la hacian consistir en suministrar al cuerpo lo necesario con exclusion de lo supérfluo, y en nutrir el espíritu de cuanto sirve para ilustrarle, fortificarle y hacerle semejante á Dios, de quien emana. Nada de salvacion para los hombres carnales, pero los espirituales ni aun necesitaban de las buenas obras, porque siendo perfectos por su origen, nunca pierden la gracia. Hubo, no obstante, entre ellos, hombres virtuosos; pero si la legislacion moral basta al filósofo religioso, jamas es un freno para la muchedumbre que se desborda cuando la quitan los obstáculos que oponen al mal un dique, y así sucedia que los gnósticos de la plebe no habia mala accion, ni infamia que no creyeran lícita, comian las viandas consagradas á los ídolos, asistían á los sacrificios, á los juegos, al teatro, se entregaban á todos los placeres, y desaprobaban el martirio diciendo, que Cristo habia muerto ya por todos, y que Dios, que mira con horror la sangre de los toros, no puede mirar con predileccion la de los mártires. . . .

De este modo, aunque parezca que ciertas máximas propendian á la perfeccion moral del hombre, le llevaban íntimamente á la inmoralidad; porque á la verdad, suponiendo con el panteista que Dios opera en todas las cosas, ¿qué di-

ferencia real queda entre la virtud y el vicio? Si nos adherimos á los dualistas y á su doble principio, arrancamos al hombre la libertad y con ella todo lo que es virtud; admitiendo que la creacion es la obra de un ser imperfecto, debemos convenir que la moral es imperfecta, y por consiguiente, podemos emanciparnos de ella: la revelacion debe comprender dos partes correspondientes á los dos principios, uno que prescribe los actos exteriores y otro espiritual que produce la libertad de los hijos de Dios: los verdaderos gnósticos se elevan á la revelacion espiritual, los imperfectos al exterior; para aquellos la distincion aparente de los actos buenos ó males, desaparece entre los torrentes de luz del *Pleroma*. Aplicadas estas doctrinas á la sociedad, deben crear la unidad absoluta, aboliendo la propiedad y el matrimonio, ó suponiéndolos en nuevo origen, clasificando los hombres en inferiores y superiores, engendrando en el primer caso la anarquía, y en el segundo la servidumbre, y declarándolas como leyes necesarias en la sociedad humana.

Así la herejía propendia á destruir la religion y la sociedad, hiriéndolas en el corazon mismo; pero á este movimiento intelectual, á esta persecucion, á este grito de guerra lanzado por el infierno en el lleno de su furor contra la humanidad y la religion, respondió el clero con energía, aprestó sus armas y levitas, diáconos, sacerdotes, obis-

pos, todos acudieron á la lid, y el combate se empeñó en el terreno mismo que el enemigo habia escogido; porque sabian que la verdad es una y no puede faltar por mas que las pasiones traten de oscurecerla, minarla y destruirla, puesto que el Señor vela por ella, y él ha dicho: pasarán las generaciones, faltarán los siglos, pero no dejarán de cumplirse mis promesas.

Tau luego, pues, como aparecen las herejías, aparecen los impugnadores, y el Evangelio de S. Lucas, lleno de dignidad y pureza, fué escrito contra los pseudo-apóstoles que impugnaban la doctrina que predicaba S. Pablo. El de S. Juan, escrito en un estilo patético y dulce, combate á Ebion, Cerinto y otros herejes; S. Pablo impugna en su epístola 1.^a á los tesalonicenses, á los pseudo-apóstoles que negaban la resurreccion; en la que escribió desde Efeso á los gálatas, les enseña que los gentiles convertidos á la fé no deben guardar los preceptos legales como algunos pseudo-apóstoles enseñaban. En la segunda á los corintios contesta á las diatribas que los pseudo-apóstoles le dirigian. En la que escribió á los romanos, resuelve la cuestion suscitada entre gentiles y judíos, conteniendo estos que por la observancia de la ley de Moisés y aquellos que por la de la ley natural habian llegado al conocimiento de Cristo y obtenido la justificacion, probando á unos y otros que estaban llenos de pecados

cuando se anunció el Evangelio, y por consiguiente, que la justificación es un don gratuito que se les dá por los méritos y la fé de Cristo. En la que escribió desde su prision de Roma á los filipenses les exhorta á no seguir la doctrina de los pseudo-apóstoles, á los que llama *perros enemigos de la cruz de Cristo*, enseñando que la verdadera justicia emanaba no de la ley, sino de la fé de Cristo. En la de los colosenses impugna las doctrinas simonianas exhortándolos á aborrecerlas, manifiesta que las observaciones de los judíos y filósofos, debían despreciarse por los cristianos. Enseña á los hebreos, en la que les dirige que el sacerdocio de Cristo es superior al de Leví, y los consuela y exhorta á perseverar en la fé. Y en la que escribió á Tito se opone á los judaizantes. El apóstol Santiago escribió la suya contra los que turbaban entonces la Iglesia (herejes), y en ella enseña la modestia, y que la fé sin obras no aprovecha para la salvacion. En su epístola segunda y tercera, S. Juan impugna á Basíldes y sus sectarios, dá gracias á Electa y sus hijas porque no los habian oido, y prohíbe toda comunicacion social con ellos. Y en la tercera aconseja á Gayo que no imite á Diotrephen.

Este laudable camino siguieron los discípulos de los apóstoles, creciendo su fervor, su celo y su elocuencia á medida que los herejes apuraban la suya para introducir sus errores: Simeon, Ignacio,

Policarpo y Papiás los impugnaron; Teófilo Antioqueno en sus libros primero y segundo á Autolico, Hermias en el que tituló *Irrision de los gentiles*, Atenágoras en su libro *De la resurreccion de la carne* y Máximo manifestaron la verdad de nuestra religion con argumentos sacados de la misma naturaleza. Claudio Apolinar disertó sobre el origen del mal y la creacion de la materia, y lo mismo Milciades y Tertuliano. Este en el libro de las Prescripciones, escrito antes que incurriese en el error; S. Justino y S. Ireneo en su libro contra los herejes y otros impugnaron sus doctrinas manifestando que sus errores se oponian á la autoridad, á la tradicion y á la razon. Otros interpretaron los libros sagrados en aquellos lugares que eran á propósito para confirmar la religion y conciliaron los testos que parecían repugnantes á primera vista; tales fueron Heráclito, Cándido, Apion Rodon, Judas, Panteno, el dicho Clemente de Alejandría, Teófilo y Taciano.

Este movimiento intelectual debia influir necesariamente en la sociedad, y este influjo tenia que reflejar con precision en las ciencias, en la literatura y en las artes; nuevas eran las ideas que agitaban el mundo y tenian que abrir un nuevo sendero de progreso que le condujeran á la perfeccion, y cuyos guías debían ser los padres de la nueva Iglesia, que constituidos en doctores y maestros de los hombres habian de dirigir con sus

escritos y doctrinas los corazones y encaminarlos á la virtud. Para esto tuvieron necesidad de organizar un cuerpo de doctrinas, con un método de argumentacion á propósito para combatir el error. Dos escuelas se disputaban el mundo intelectual á la sazón: la oriental y la itálica; y los Padres, según el enemigo, adoptaron la escuela en que debían combatirle, y adaptaron á ella las doctrinas de la Iglesia, tomando por punto de partida los libros santos, la revelacion y la tradicion, y de estas fuentes resultó la teología. En efecto, admitida la revelacion todos los dogmas lógicos quedan ilustrados. Dios y la religion con el mundo y el hombre son el objeto del espiritualismo, y todas estas ideas nos conducen á la unidad sustanciada esplicada en la Escritura por aquellas palabras: "Yo soy el que soy;" por esto no tenemos inteligencia sino en cuanto conocemos á Dios. Y así los Padres combatían el panteísmo como un sistema que destruyendo la unidad del Ser Supremo, destruye su noción propia. Impugnaban el dualismo manifestando á sus sectarios, que atribuir la eternidad á la materia era arrebatár á Dios sus caracteres incomunicables, y que admitir la coexistencia del mal era limitar el poder, el saber y el amor de Dios. La recta razon les suministraba pruebas abundantes para sostener estas doctrinas, y la revelacion las daba también para el conocimiento y esplicacion de los misterios y de la crea-

cion, y en fuerza de estudiar cómo estas ideas subsisten en Dios, reconocieron el Verbo, que no debía ser una misma cosa con Dios, y por consiguiente, que el Verbo forma la parte inteligible que ilumina á todo el que viene al mundo.

En cuanto al método de los Padres, es preciso distinguir los libros en que establecen ó esponen los dogmas, de aquellos en que refutan los de los contrarios, ya sean gentiles, ya herejes. En los primeros proceden por las demostraciones, en los segundos usan el método de Aristóteles ó Platon, el silogismo, la induccion, el absurdo, combatiendo al enemigo en sus trincheras y con sus propias armas. Para esponer el dogma empiezan por algun pasaje ó testo de la Escritura, luego definen la proposicion que tratan de interpretar, citan en seguida todos los pasajes que demuestran este dogma, sosteniendo y apoyando unos con otros, hasta que establecen la evidencia racional y demuestran la oscuridad del principio contrario. Y cuando el paganismo espirante invocaba la sabiduría antigua á los dioses, los Padres la agobiaban bajo el peso de las tradiciones del género humano, sirviéndose de todas las ciencias para probar la verdad. Y así la virtud, en vez de ser una cosa de convencion, se redujo á la práctica de la verdad arreglada por un juicio recto, siendo la virtud una buena cualidad del espíritu, de la que no es posible abusar, y consintiendo el pecado en

preferir el bien propio al supremo, y lo subjetivo á lo objetivo.

El cristianismo era una doctrina de redencion, y por eso consideró como el mayor mérito la práctica de la caridad, llevada hasta el extremo de sacrificar en sus aras la vida en obsequio del prójimo; el amor á los hombres fué una consecuencia de la necesidad de reconocerlos como hermanos, circunstancia que la oponia al paganismo, que en su idea de decadencia progresiva, contemplaba el mal y la desigualdad entre los hombres como una necesidad, y así padecian y hacian padecer. Esta doctrina produjo la libertad, porque el derecho sucedió al hecho; libremente sometidos á Dios, el pensamiento y la conciencia humana, quisieron solo depender de Dios, único soberano por quien fué investido Cristo del poder supremo, de aquí viene á los hombres el derecho de mandar. La potencia, pues, es Dios; pero es necesario no atribuirle la voluntad del hombre que ejerce este poder y el uso que hace de él. El hombre se halla subordinado á la ley suprema, de que la Iglesia es intérprete infalible; así la obediencia nace de la persuasion y no envilece al hombre sujetándole al capricho del hombre, á propósito de lo que afirma S. Gregorio Magno en el libro 21 sobre Job: "Que el hombre tiene derecho de mandar al bruto; pero solo Dios tiene el de mandar al hombre." El príncipe es el ministro de Dios, para el bien, y

á cargo de los gobiernos está, que la justicia esté bien administrada; pero, ni el poder del uno ni la accion del otro, pueden penetrar en la mente, ni en las conciencias; y como toda autoridad emana de Dios, el que sustituye al derecho eterno, que es la voluntad de Dios, su voluntad es un usurpador que no debe ser obedecido. De este modo la ciencia, el deber, la filosofia, la religion, la moral y la política, como emanaciones de un mismo principio, se encontraron en él reconciliadas y practicadas, segun la autoridad que dijo: "Si practicais mi palabra encontraréis la verdad."

Los Padres no se erigian en fundadores de escuelas, sino que aseguraban que la doctrina que enseñaban no era suya sino de Dios, y en su propagacion jamas se apartaban de la autoridad de la Iglesia; redujeron la regeneracion intelectual á la moral que todo lo encamina á la salvacion de las almas; empezaron por estirpar la duda, apoyando en la fé las ciencias incontestables; remediaron el desórden moral destruyendo el dualismo, y el panteismo sus mayores enemigos; y estas doctrinas, enseñadas, no á los sabios sino á todo el mundo, armonizaron las leyes de la inteligencia con las de la voluntad, y fueron el escudo de la humanidad y el áncora donde se salvó de las borrascas que por todas partes la combatian; para esto enseñaron una moral apoyada en la voluntad de Dios, esplicada por la razon y la revela-

cion, y en la obligacion para el hombre de obedecer, proclamando preceptos severos, y de estremada pureza, recomendando la sinceridad, la paciencia, la templanza, y sobre todo, el amor al prójimo y la caridad; para practicar estas virtudes tuvieron que escribir, tuvieron que ejercitar las artes y la industria, tuvieron que inventar y progresar: de aquí el origen de la literatura cristiana, y la influencia del cristianismo en las artes.

La literatura siguió el derrotero á que la impelia el viento bonancible de las nuevas ideas, teniendo por fuente los setenta y dos libros canónicos; de estos, unos se refieren á la revelacion de la eterna palabra de vida, y otros á establecer la divina comunión de los fieles, mostrándonos la formacion de la Iglesia y su organizacion; lo que en el antiguo Testamento era figura, fué explicado en el nuevo, la vision y profecía de aquel se cumplieron en éste, la sublimidad del primero se cambió en la ternura afectuosa del segundo, y el leon de Judá se convierte en el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. El nuevo Testamento se distingue por su expresion vulgar y sencilla, que oculta una sublimidad admirable; para hacerle inteligible del pueblo la alegoría se transforma en parábola, que espone las verdades prácticas con formas sencillas, y que como éste sirve de modelo á numerosas leyendas, produccion exclusiva de la moderna literatura.

El primer Evangelio fué escrito por S. Mateo el año 39 de Cristo; su narracion abundante en hechos, preceptos morales y verdades locales, es la de un hombre que cuenta lo que habia visto ú oido de boca de testigos oculares. El 43 escribió el suyo S. Márcos tal cual lo habia oido contar á S. Pablo ó leído en S. Mateo; es un narrador preciso y compendioso. S. Lúcas dió á luz el suyo de mandato de S. Pablo el año 56 contra los pseudo-apóstoles; es un narrador analítico regular, conocedor de la sociedad que habia frecuentado y de los hombres, y trasmite lo que habia oido de los apóstoles, en particular al mismo S. Pablo. Siguióles S. Juan que publicó el suyo el año 96 á ruego de los obispos de Asia. Para oponerse á los herejes que negaban la divinidad de Jesucristo, habia tomado parte en la redencion; filósofo, teólogo, mártir y poeta, penetró mejor que nadie el pensamiento de su divino Maestro. S. Epifanio, explicando el diferente carácter de los cuatro evangelistas, dice que Dios atribuyó á cada uno una cosa particular, aunque concordando todos en los puntos principales, de suerte que pudiera siempre conocerse la fuente de donde emanan sus doctrinas, refiriendo cada cual algo que los otros habian descuidado.

Las epístolas son tratados, escritos á iglesias ó compañeros celosos, con elogios, censuras, consejos, exhortaciones y preceptos de conducta, si-

guen el estilo epistolar, y cada una abraza varias materias. Pedro deja conocer en las suyas el gefe que dirige por el poder de la unidad á la Iglesia. Pablo ve y pesa las ideas de los diferentes pueblos, y Juan, custodio de las tradiciones, contempla desde el punto mas elevado el vínculo por el que se juntan todos los fenómenos y todas las ideas de que se compone el movimiento del universo. En su destierro de Patmos escribió su Apocalipsis dirigido á las siete iglesias de Asia. En esta obra revela misteriosamente los arcanos que se desarrollan á su vista, predice el triunfo de la Iglesia, sus persecuciones, las vicisitudes, la union mística del Cordero con su celeste esposo, la destruccion del mundo, los goces de la eterna Jerusalem, tanto mas perfectos, cuanto que se habian ya renovado los cielos y la tierra. Su estilo poético y enigmático ha dado lugar á muchas controversias.

S. Lucas escribió los Hechos de los apóstoles, historia sublime y sencilla, cuya lectura encanta, en la que están redactados los sucesos con tan dulce ingenuidad, que ni las luchas sostenidas con los judíos y los gentiles han podido variar. Es la historia de humildes pescadores que en nombre de Dios marchan á la conquista del mundo. Hermas, contemporáneo de los apóstoles, escribió el libro del *Pastor*, dividido en visiones que él mismo habia tenido, y refiere en preceptos y similitudes

con que conforta los débiles y sostiene los fuertes; lleno de sencillez y de ternura en su esposicion se tuvo algun tiempo por canónico.

Estas obras escitaron la curiosidad del pueblo sobre algunos puntos, y varios cristianos para satisfacerla compusieron tratados sobre la vida de Cristo, de los apóstoles, de la Virgen y de cuantos figuraron en tiempo de Cristo é intervinieron en su pasion, tales como el Evangelio de la vida del Redentor, que trata de los milagros que hizo cuando niño, otros relatos de la Magdalena, los apóstoles, el libro de la muerte de la Virgen María, la historia de Marta, hermana de Lázaro, arrojada á la Inglaterra y domando el monstruo Tarasca. La de Longinos convertido en predicador despues de traspasar el costado de Jesus y anhelando el martirio por mas que los soldados que le persiguen rehusen prenderle. La mujer que enjuga el rostro del Señor operando con el lienzo milagros por las inmediaciones de Jerusalem. La de la esposa de Pilato animándole, acompañándole en el destierro, y por último convirtiéndole á la fé. La de José Arimatea anunciando el Evangelio en las islas de Occidente, fundando iglesias y consagrando obispos en Inglaterra, llevando consigo la copa en que el Señor consagró el vino en la última cena y en la que recogió despues la sangre del Redentor, copa que proferia oráculos escritos en sus bordes, y conservaba en perpetua

juventud al que la poseía; y para su custodia fundó una orden de caballería que concluyó á su muerte. Hasta la maldición echada al pueblo hebreo fué representada en el Judío Errante. Aschevero es personificación de aquel pueblo deici-da, que vaga sin patria, sin domicilio, que no permanece en parte alguna, arrastrando una vida sin fin ni reposo. Este personaje proporcionó asunto al conde de Tresaw en el siglo pasado para una novela burlona: á Edgard Quinet para un poema filosófico, en el que Aschevero es una fórmula filosófico-histórica. Y últimamente se ha servido de él Eugenio Süe para la pésima é inmoral novela que lleva este título. Los mártires, los anacoretas ofrecieron asimismo un manantial inagotable á las plumas, y este género de literatura, caracterizado por su sencillez y moral, cultivado con el frenesí de imaginaciones exaltadas, se difundió extraordinariamente y vino á ser el gusto de la época, y la literatura del siglo.

La piedad llevada al terreno de la preocupación, mezcló lo verdadero con lo falso, y la malicia heresiarca se valió del gusto dominante para tener su Evangelio propio, que prestase apoyo á sus errores, hechos y palabras, por lo que la iglesia tuvo que acudir á remediar este mal, separando los escritos apócrifos de los verdaderos, y las preocupaciones del vulgo, y las intrigas de la herejía, de las obras que emanaban verdaderamen-

te de los apóstoles. Para satisfacer la piedad curiosa de los fieles fué desde entonces traducido el Nuevo Testamento en diferentes idiomas, pues no todos comprendían el latín y el griego, únicas lenguas á la sazón; sobre estas versiones desplegaron su celo y sutileza los comentadores, y se dió á las Escrituras dos sentidos: literal el uno, el otro oculto; hasta que S. Ireneo enseñó que la interpretación debía conformarse con la tradición.

Además de las materias referidas, abrazó la literatura eclesiástica, la apología, la controversia, la esposición dogmática, la moral, la elocuencia y la historia sagrada: la luz superior del Evangelio, unió en una sola esfera de acción la inteligencia artística y la sutileza filosófica, al conocimiento práctico de los hechos y al sentimiento profético; y el talento literario y el brillo de la elocuencia, vinieron en auxilio de la palabra, apoyando su autoridad y haciendo comprender claramente su concisión. Hubo empeño en refutar vigorosamente el error, en sostener con método la verdad, pero nada nos ha quedado que lo demuestre, ni tenemos esposición de fé alguna anterior á la de Gregorio Taumaturgo; con todo, el Catecismo de Cirilo, obispo de Jerusalem, aventajó á todos los que le habían precedido. Tertuliano fué el primero que armonizó las costumbres con el cristianismo; hasta su tiempo los cristianos pensaron más en practicar la moral, que en darla preceptos; Orí-

genes y otros griegos se consagraron al misticismo, pero todos distinguieron los consejos de los preceptos.

Tal es la literatura cristiana de los primeros tiempos, cuyo norte es la caridad; en toda ella, aun en los libros apócrifos, brilla este signo místico y el amor á los hombres, y esa ternura afectuosa, hija del Evangelio, es el sello que los distingue de la literatura clásica gentil, sello que se imprimió en todas las obras de los cristianos, y que reflejando en las artes vino en su auxilio para iluminar los artistas; la literatura les prestó tipos; las pinturas y esculturas se sacaron de los libros, que suministraron ideas á los pintores y escultores, para perfeccionar sus obras como lo veremos; la caridad pues y el amor á los hombres, preceptuado en el Evangelio, dieron impulso á las artes como se lo habían dado á la literatura, y así la literatura y las artes debieron su nuevo impulso al cristianismo.

Segun la caridad, el hombre no debía esplotar al hombre, y por lo mismo se vió en el caso de esplotar la naturaleza, siguiéndose de aquí el progreso en la industria, la agricultura y las artes; y como el cristianismo no limitaba sus privilegios á ninguna familia, tribu, ni nacion, sino que estendia á todos sus derechos, todos tuvieron que contribuir á la prosperidad social, resultando así de este concurso de las ciencias, literatura y artes,

que animaba la nueva iglesia la civilizacion del mundo, que bajo su influencia se rejuveneció. El que solo considere en las artes las formas no verá en ellas el influjo del cristianismo, pero el que considere su espíritu, no podrá menos de verlas en el camino progresivo en que la religion cristiana las puso, renovando el arte como habia renovado todas las demas cosas. En la antigüedad el arte estaba dedicado á la materia y á los sentidos, á reproducir el ídolo ó el monarca identificado así con el Dios, y este uso no pudo menos de horrorizar á los cristianos. Sin embargo, desde su origen se les ve cultivando las artes, adornando los sepulcros con esculturas en hueco que representan palmas, corazones, triángulos, viñas, peces, cruces, el monograma de Cristo y el nombre del difunto; primero se trazaron con el cincel, luego se llenaban los huecos con minio para indicar el triunfo, no del cuerpo, sino del alma; no de orgullosos guerreros, sino de humildes gentes que alcanzaron más alta, más sublime victoria.

Obligados los cristianos á buscar su seguridad en el olvido y la oscuridad, hicieron de las catacumbas el punto de su reunion y el sepulcro de sus hermanos; estos subterráneos eran su único templo, y aquellas oscuras galerías fueron veneradas como teatro de piadosas ceremonias, en las que honrando la memoria de los muertos se preparaban á seguirlos, y los fieles pedian ser sepul-

tados al lado de los santos para ser partícipes de su gloria: allí con este motivo se refugió el arte, y allí es donde nos suministra monumentos que atestiguan su estado. El famoso museo del Vaticano se compone de objetos estraidos de estos subterráneos, que en su mayor parte son anaglifos, con algunos bajorelieves y muchos mosaicos. En los anillos llevaban los cristianos por sello la paloma, el pez, la barca con vela, el buen Pastor, S. Pedro con el gallo, el candelabro con los siete sellos, el *oranos*, esto es, una figura humana de pié vueltos los ojos al cielo, y estendidas las manos.

Tambien tenían varias esculturas alegóricas y geroglíficas, entre las cuales ocupaba el primer lugar la cruz, al principio griega, y despues en el siglo III cuando se la puso el crucifijo prolongado latina. Habia ademas otros como la mano para indicar al Padre, el pez y mas generalmente el cordero para manifestar la segunda persona, y el Espíritu Santo figurado en una paloma. Otros signos señalaban el tránsito de la iniciacion de los cultos antiguos á la realidad y á la historia. Tambien hay imágenes históricas sacadas del Testamento, de los autores paganos, y de la sabiduría tradicional; á esta clase pertenecen el buen Pastor, el Orfeo considerado como el profeta de verdades reveladas, las sibilas, las musas y las escenas de las vendimias, que representaban para el

piadoso artista una vida madura, que puede expresar un jugo espiritual. La serpiente, atributo de Higia y de Esculapio para los griegos, que la consideraban indicio de salvacion, lo mismo que los hebreos á quienes recordaba la figura de bronce del desierto, fué para los cristianos símbolo del espíritu maligno, y se representó vencida al pié de la cruz, y mas tarde al de la santísima Virgen. Tambien se le representó por el cuervo, y en la edad media se le dió la figura que hoy tiene de hombre y de bruto.

La fuerza material se significó por el leon, símbolo de Arimanes en los persas, blason del estandarte de Judá, se colocó fuera de las iglesias un cordero ó un niño en las fauces; otras veces, símbolo de la fuerza moral, se le ve sostener la cátedra episcopal ó el cirio Pascual. Para figurar la muerte que los griegos representaban por genios de graciosa tristeza sosteniendo una antorcha caída, introdujeron los gnósticos la figura de esqueleto. Otras veces está sobre un monumento en un carro tirado por leones corriendo á todo escape, pisando montones de cadáveres. Los emblemas de las catacumbas son cifras de Jesucristo, la paloma posando sobre una rama de palmera con una estrella en el pico, ó bebiendo en el cáliz, ciervos sedientos corriendo á la fuente: un gallo que anuncia la mañana de la segunda vida: el delfin, símbolo de la emigracion de las almas, el aurora de

la esperanza, un ramo de oliva, dos manos y dos piés enlazados á la cruz, y á veces un corazon. En las esculturas de los primeros tiempos no se encuentra ni el crucifijo ni el cáliz de que mas tarde se hizo salir media hostia, que fué puesta en las manos del desterrado de Patmos con la serpiente, y despues entre dos cirios se adoptó como signo por templarios y sanjuanistas.

De este modo el cristianismo rejuvenecia todo el mundo gentil, y la caridad cristiana inspirando, y la piedad ejecutando reformaron las artes, imprimiendo en ellas ese carácter, distintivo precioso de una religion salvadora, sublime, que en alas de su amor camina al dominio del mundo, no por la fuerza, sino por la persuasion, no arruinando ciudades y sobre cadáveres, sino inspirando horror al incendio, al robo, á la muerte, y preparando el camino que ha de librar á la afligida humanidad del terrible y cruel azote de las guerras, llevando así los pueblos y las naciones á esa unidad perfecta que solo proclama la religion de Jesucristo cuando nos inspira el sentimiento de caridad que nos dice que todos somos hermanos.

El clero, pues, guiado por ese sentimiento de amor á sus hermanos, inspiró á los hombres apego al trabajo, apartándolos del deseo de dominar y esplotar á sus semejantes; y haciéndonos conocer que debemos vivir del sudor de nuestra frente, escitó en nuestros pechos el deseo de sobresa-

lir en las artes, medio el mas honroso de ganar el sustento necesario; santificó el trabajo, haciéndonosle mirar como un medio de conseguir la felicidad eterna, y de este modo sembró en nuestros corazones el deseo de consagrarnos á él, deseo que mas que á nada debe el mundo la perfeccion de las ciencias, la industria, la agricultura y las artes; porque llevando el entusiasmo al alma, la hace concebir y publicar esas obras, cuya sola vista admira, y que por una gradacion progresiva llevan el mundo á su perfeccion social y sacan la civilizacion del caos en que el gentilismo la tenia estacionada, haciéndola tanto mas perfecta cuanto mas perfecto es el fin que la señala. Ya tendremos lugar de ver la constancia con que el clero ha seguido conduciendo al mundo por medio de la caridad, al estado en que hoy se encuentra, y el influjo que ha ejercido en las artes y las ciencias, debido todo á ese amor á los hombres tan encargado en el Evangelio, y que segun S. Pablo, es el principio, el origen, la ciencia de toda virtud, y por decirlo de una vez, el lema del cristianismo.

Los epitafios fueron en extremo sencillos: *martiri in pace Alexander mortuus non est, sed vivit* y otros semejantes, en los cuales las palabras santo, inocente, dulcísimo, atestiguan el afecto, y mas á menudo el *in pace* esplica esa confianza religiosa, que hace menos tristes las tumbas. Allí están con

frecuencia representadas las parábolas del Evangelio, las del Apocalipsis, el libro de los siete sellos, los cuatro ángeles de los cuatro vientos, los veinticuatro ancianos, la balanza, la mujer perseguida por el dragon. El genio griego estendió estos emblemas, y se vió á Jesucristo en el traje de orador ateniense, como un maestro que instruye el mundo, unas veces con un papiro ó libro en la mano, otras bendiciendo con tres dedos de la mano derecha levantados. Cuando adoptaron la religion los senadores y personas de fortuna, introdujeron los sarcófagos en las catacumbas, teniéndose por el mas antiguo el de la villa Pamphilli; es de arquitectura corintia y representa pórticos bajo los cuales están quince personas alrededor de Jesucristo, que hermoso de rostro, con cabellos separados y caidos, se sienta en una silla curul revestido de la toga: es apenas anterior en dos años á la muerte de Constantino.

En los siglos posteriores se pusieron en estos sarcófagos escenas del Evangelio, como la adoracion de los reyes, Cristo con los pequeñuelos; tambien se ven reminiscencias mitológicas y paganas; allí están Jonás y Noé como Jason y Deucalion, las ágapes como banquetes paganos; pero cuando la Iglesia acabó de esconderse, esplanó su genio progresivo y substituyó la historia á la alegoría. El retrato del Salvador no es sino el tipo del judío oriental, rostro oblongo, ojos rasgados y á flor

de la cabeza, cráneo ovalado, labios un poco gruesos, circunstancias que desmienten y acusan de fábula la leyenda del rey Abgaro de Siria: la historia añadió á estos caracteres el traje, la edad y la espresion de aquella bondad que no tuvo ni tendrá semejante, de aquella mansedumbre llena de dignidad, de aquella calma que le hace llorar sobre el sepulcro de un amigo, y por los peligros de la patria. Así se formaron los primeros simulacros que sirvieron de modelo á los demas, y por eso tienen todos la misma semejanza sin que sean una copia real de la naturaleza. Igualmente parece fabuloso que S. Lucas, que ni fué pintor, ni escultor, ni se convirtió hasta cincuenta años despues de nuestra éra, retratase á la Virgen.

Hasta el siglo III no se representó á Jesucristo en la cruz; y es con la mitra pontifical ó la diadema real; despues se le representó como el hombre de los dolores, si bien con los piés separados, censurándose los herejes porque le ponian uno sobre otro; ni se le pintó con la corona de espinas ni con la lanzada, aunque algunos tenian la inscripcion INRI. En el siglo VII ya se pusieron las escenas de la pasion entre las Mariás con el sol y la luna á cada lado, aunque cubierto con una larga vestidura, que poco á poco se le fué acortando. Si bien Gregorio de Tours dice, que en el VI siglo se le representó desnudo en la catedral de Narbona, y que su obispo le mandó cubrir. En el

V siglo se introdujo la figura del niño Dios en los brazos de su madre, cuando los herejes impugnaron la maternidad divina, y entonces tambien se añadió al *Ave María* la segunda parte como protesta contra el error.

Los ángeles, querubines y serafines, se representaban con facciones juveniles, llenas de devocion, con alas ya en la cabeza, ya en los piés, ya sirviéndoles de brazos, pero cubiertos con una larga túnica, mirándose mas como obras de la devocion que del arte; tambien se ven querubines con cuatro alas, ó bien cabezas solas con cuatro manos, los ángeles llevan muchas veces la varilla como mensajeros de Dios: lo que dejamos dicho de los retratos de la Virgen y de Jesucristo, puede entenderse de los apóstoles; se les representa descalzos ó con unas ligeras sandalias, á S. Pedro con las llaves, y á S. Pablo con la espada, sin que el estar generalmente este apóstol á la derecha aun en las bulas pontificias, indique preeminencia. Los evangelistas, desde el principio, se simbolizaron en los cuatro animales sosteniendo un libro, y la aureola que ponemos alrededor de la cabeza de los santos, proviene del uso de colocar una especie de mano detrás del retrato de una persona ilustre aun viva.

CAPITULO VII.

PAZ, GERARQUÍA Y ORGANIZACION DE LA IGLESIA.

La esposa de Jesucristo, enrojecidas sus blancas vestiduras con la sangre de sus hijos, atravesaba por las encrespadas olas de la persecucion, y entre el huracan de la impiedad caminaba victoriosa triunfando como empavesada nave de los vientos de la tribulacion y del furor de las pasiones para establecer su trono eterno, rejuveneciéndose en los tormentos y saliendo de entre las llamas más hermosa, más enérgica, más fuerte, más dispuesta á combatir, y allí donde los tiranos y la impiedad pensaron aniquilarla, allí la dieron nueva y mas enérgica vida; así el fénix renace de sus propias cenizas, y su cántico de muerte es el grito de su victoria. Tantos años de persecuciones

V siglo se introdujo la figura del niño Dios en los brazos de su madre, cuando los herejes impugnaron la maternidad divina, y entonces tambien se añadió al *Ave María* la segunda parte como protesta contra el error.

Los ángeles, querubines y serafines, se representaban con facciones juveniles, llenas de devocion, con alas ya en la cabeza, ya en los piés, ya sirviéndoles de brazos, pero cubiertos con una larga túnica, mirándose mas como obras de la devocion que del arte; tambien se ven querubines con cuatro alas, ó bien cabezas solas con cuatro manos, los ángeles llevan muchas veces la varilla como mensajeros de Dios: lo que dejamos dicho de los retratos de la Virgen y de Jesucristo, puede entenderse de los apóstoles; se les representa descalzos ó con unas ligeras sandalias, á S. Pedro con las llaves, y á S. Pablo con la espada, sin que el estar generalmente este apóstol á la derecha aun en las bulas pontificias, indique preeminencia. Los evangelistas, desde el principio, se simbolizaron en los cuatro animales sosteniendo un libro, y la aureola que ponemos alrededor de la cabeza de los santos, proviene del uso de colocar una especie de mano detrás del retrato de una persona ilustre aun viva.

CAPITULO VII.

PAZ, GERARQUÍA Y ORGANIZACION DE LA IGLESIA.

La esposa de Jesucristo, enrojecidas sus blancas vestiduras con la sangre de sus hijos, atravesaba por las encrespadas olas de la persecucion, y entre el huracan de la impiedad caminaba victoriosa triunfando como empavesada nave de los vientos de la tribulacion y del furor de las pasiones para establecer su trono eterno, rejuveneciéndose en los tormentos y saliendo de entre las llamas más hermosa, más enérgica, más fuerte, más dispuesta á combatir, y allí donde los tiranos y la impiedad pensaron aniquilarla, allí la dieron nueva y mas enérgica vida; así el fénix renace de sus propias cenizas, y su cántico de muerte es el grito de su victoria. Tantos años de persecuciones

y amargas bien merecian un reposo, y tanto valor y tanta constancia la aureola del triunfo.

El Eterno con su dedo omnipotente habia señalado el dia de la paz y de la alegría para su hija predilecta, y el tiempo se acercaba. La enfermedad de Galerio fué el iris de paz para la Iglesia, y así es que muy luego volvió la calma á los fieles el siguiente edicto dado por él y Constantino. "Entre el número de las mas asiduas solicitudes que hemos dedicado al público, contamos la de restablecer las cosas conforme á la antigua disciplina romana, y la de atraer á los cristianos que despreciando presuntuosamente las prácticas de la antigüedad, habian abandonado la religion de nuestros padres, y obstinándose en ciertas ideas se daban leyes á su capricho, y se reunian en lugares diferentes. En ejecucion de uno de nuestros edictos, que intimaba á todos á no apartarse de las reglas de sus padres, han padecido muchos de ellos y otros han fallecido. Viendo no obstante, que la mayor parte persisten en su opinion obstinadamente, de manera que no quieren rendir á los dioses el culto que les es debido; por un efecto de nuestra clemencia y de la costumbre que siempre hemos tenido de hacer gracias á todos, les permitimos profesar libremente sus opiniones particulares y congregarse en sus conventículos, sin miedo de que se les perturbe con tal de que conserven el debido respeto á las leyes y

al gobierno establecido. Esperamos que nuestra indulgencia impulsará á los cristianos á rogar á Dios por nuestra prosperidad y salud, y por la de la república."

El documento que acabamos de copiar, si bien manifiesta duda hácia la religion, la promete tolerancia, y tal fué la impresion que hizo en los cristianos, que á su publicacion salieron los confesores de los calabozos y las minas, los delinquentes hacen penitencia, los fugitivos vuelven á sus hogares y todos pueden libremente ejercer su culto y profesar su fé. Sin embargo, los paganos de Antioquía instigaron á Maximino, y restringió la libertad á los cristianos, los persiguió con tormentos y los afligió con imposturas, publicando blasfemias de Cristo y de los fieles, llevando la persecucion hasta la muerte.

Al revés Constantino, admitió las ideas tanto tiempo combatidas; y aunque despues de su victoria sobre los francos rinde gracias á Apolo, y delibera sobre el dios que escogeria, su fé vacilante se fija con el milagro del *Lábaro* y envia á buscar doctores cristianos que le instruyan; á lo que contribuiria no poco el ejemplo de la piadosa Elena, su madre, y el de su padre, que si bien no permitió á los cristianos el culto público, los toleró y los brindó un asilo en los dias de la tribulacion. Además, que en su política debia entrar tambien la idea de atraerse los cristianos y for-

mar con ellos su partido, puesto que sus rivales se granjeaban el de los gentiles, y tanto mas, cuanto la nueva sociedad, llena de vida y energía, debía arrastrar en su ímpetu reformador la inercia pagana; y como conocia bien los cristianos, no creia, ni en la ambicion, ni en los delitos que les imputaban los que, inspirados por la maledicencia y la ira, los juzgaban sin conocerlos ni oírlos, acabando de decidirle el modo milagroso como fué curado de la lepra, y la lucha que sostuvo contra Licinio, que acreditó sus juicios, respecto á los cristianos, con su triunfo, é hizo brillar sobre la cruz la aureola de la victoria.

Entonces salieron los sacerdotes de la noche de las catacumbas, para celebrar en medio del dia los ritos de la nueva alianza: los obispos solemnizaron la memoria de los mártires, consagraron iglesias, los escritores publicaron panegíricos, y las virtudes tanto tiempo escondidas en el silencio de las tumbas, y entre las sombras de los subterráneos, salieron al público para edificar el mundo; reconociéndose los fieles en seguridad, se abrazaron, y la cena de la conmemoracion perpetua los afirmó en el sentimiento de la caridad en medio de himnos al Señor, que promete el fin de las tempestades.

El paganismo tenia en su favor las clases elevadas, los sacerdotes, los generales, las municipalidades y aquella Roma, centro glorioso de la re-

ligion, á que vivian enlazados los arúspices, los pontífices, los libertos, los esclavos; aquella Roma, sentina de corrupcion y supersticiones, donde acudia la flor de la juventud de todo el imperio; y que en los templos, en los teatros, en las escuelas adquiria odio y aversion al nombre cristiano y la religion que refrenaba sus corrompidas costumbres; aquella Roma, en fin, que con sus juegos y con las ceremonias de su culto entretenia la ociosidad de su pueblo, y adormeciéndole entre los gritos del circo y del anfiteatro, envileciéndole, le quitaba su energía y su vida, y le hacia dócil instrumento de los caprichos del que mas distraccion le proporcionaba. Y sin embargo de estos obstáculos la religion era ya tolerada, gozaba de la misma libertad que el antiguo culto, y Constantino, descuidando los ritos nacionales, no celebrando los juegos seculares, burlándose de los capitolinos, eximiendo los sacerdotes cristianos de las cargas municipales como lo estaban los gentiles, prohibiendo el trabajo en los dias del Señor á los ciudadanos, y mandando á los jueces que solo en ellos se ocupasen de la emancipacion de los niños y de los esclavos, preparaba el camino para llevar todos los hombres al conocimiento de un mismo Dios, y lo hacia, valiéndome de su propia espresion, *sin meter mucho ruido*. Pero libre de sus colegas, victorioso de sus rivales, cuando trasladó su corte á Bizancio en el lleno de su poder

se dedicó sin obstáculos á consumar su pensamiento, favoreciendo públicamente los cristianos, colmando de donativos la Iglesia, asistiendo de pié á la predicacion de los obispos, presidiendo los concilios, tomando parte en las discusiones y creando una ley prohibiendo el culto de los ídolos en lo concerniente á los desórdenes y á los sacrificios en las casas particulares. Entonces echó los cimientos al hermoso edificio que su nieto Arcadio habia de levantar con el reconocimiento oficial del cristianismo, como religion única dominante del Estado (Cód. Teod. XVI, 10, XIX), y que habia de llevarse á su perfeccion por Honorio (Cód. Teod. XVI, 10, XIII, XIV, XV, XVI).

Entonces, sin embargo, se adelantó mucho. Constantino cerró los templos, derribó los altares, quitó á las vestales y á los sacerdotes paganos privilegios que dió á los obispos y al clero á mas de palacios y riquezas; quitó á los magistrados seculares parte de su autoridad y se la concedió á los obispos, atribuyendo á sus decisiones tanta fuerza como á la suya propia, tremoló la cruz sobre los edificios públicos, el Lábaro flotó en los estandartes legionarios, hubo en el campamento capilla con sacerdotes, tuvo cada legion su altar y sus ministros, y en los combates fué invocado el Dios de las victorias. Convertida así la Iglesia de perseguida en dominadora, corrieron á ella los paganos impulsados en su mayor parte, no por la con-

vicción y buena fé, sino por el mas vil egoismo y la mas grosera ambicion, por conservar sus destinos, por adulacion y por obtener los privilegios y riquezas del sacerdocio, de lo que resultó que las costumbres se corrompieron, y que en la nueva religion conservaron los vicios antiguos. Las herejías, tomando un carácter serio, llegaron á turbar la paz del Estado. Donato acusa á Cecilio de haber obtenido subrepticamente el obispado de Cartago, y entregado los libros santos á los magistrados; un concilio condena al obispo, otros le absuelven. Constantino los hace venir á Roma, el papa Melquiades rodeado de obispos en S. Juan de Letran, confunde á Donato, vuelven los dos competidores á Cartago, y el fuego crece; acuden segunda vez al emperador, que hace convocar un nuevo concilio para Arlés, que absuelve al obispo y compromete á Constantino á reducir por la fuerza los disidentes, que en efecto mandó detener, y abocando así el asunto lo resolvió en un consejo privado á favor del obispo. Los donatistas en vez de pacificarse se apoderaron de la Iglesia de Cirtha y el emperador fundó otra para los cristianos, y los exhortó á la paciencia y á considerar como un martirio sus persecuciones. Al fin quitó á los disidentes el lugar de sus reuniones, y sin embargo, muchos obispos obstinándose en no comunicar con Cecilio, se precipitaron desde el cisma á la herejía. Algunos de estos sectarios,

tomando el nombre de circoncisiones, se entregaron á enormes escesos así en doctrinas como en hechos.

Interpretado el Evangelio segun la letra que mata, no segun el espíritu que vivifica, pretendiendo realizar la igualdad sobre la tierra, daban libertad á los esclavos, los hacian partícipes de los bienes de sus amos, absolvian los deudores y mataban los acreedores, no con el hierro porque Cristo lo habia prohibido á S. Pedro, sino con palos nudosos que llamaban los azotes de Israel. A las órdenes de sus *capitanes de los santos* cometian violencias y venganzas al grito de *¡Gloria á Dios!* Si las leyes los castigaban, se suicidaban considerando el suicidio como un martirio, que buscaban con frecuencia y sufrían con solemnidad. Y tuvieron que ser reprimidos con grande efusion de sangre. Tambien los judíos vinieron á la mano con los fieles, y Constantino declaró libres á los cristianos que fueran sus esclavos y les prohibió la compra de los hombres, así como obligar á un cristiano que recibiera la circuncision so pena de ser castigados en sus personas y bienes.

Las herejías de los primeros siglos habian sucedido á una nueva, más sencilla, más metódica, más peligrosa, y cuyas consecuencias fueron más duraderas y de las que hablaremos en el siguiente capítulo con toda latitud. Esta fué la de Arrio: sacerdote y rector de una iglesia de Alejandría

pensó poner de acuerdo los católicos y los gnósticos, llamando á Jesus la primera de las criaturas, no emanada de Dios, sino criada por su pura voluntad antes del tiempo y de los ángeles. Conociendo Alejandro, obispo de Antioquía, el veneno de esta proposicion, y sabiendo que la elocuencia y dialéctica del autor le adquirian muchos prosélitos, pasa de las amonestaciones al castigo, y de acuerdo con otros obispos degradó al innovador y dictó remedios contra la herejía; pero Arrio siguió sus predicaciones, y arrastró en su error los obispos del Africa y Palestina, y como en el cristianismo todas las cuestiones se hacen prácticas, tomó parte en ella el pueblo y resultaron mil disturbios que llenaron de satisfaccion á los gentiles.

Noticioso Constantino de lo que sucedia por el obispo de Nicomedia, sectario de Arrio, escribió á este y al de Alejandría: "Que su diferencia era una vana disputa de palabras, nacida de la ociosidad para el ejercicio del espíritu: que vista la imposibilidad de comprender cosas tan árduas y sublimes, adoptaran el partido de reconciliarse." A primera vista se conoce que el emperador no se fijó en la cuestion cuando no comprendió su trascendencia, y que tratándose de cómo se debe creer y cómo obrar, se trataba de la humanidad misma, cuya causa es el primer deber de los soberanos, y así los católicos, custodios de la pure-

za de la fé y propagadores de la caridad, siguieron oponiéndose á los arrianos empeñados en sostener su doctrina; de modo que la cuestion tomó unas proporciones colosales, y Constantino tuvo que convocar un concilio general en Nicea de Bitinia donde se dirimiera la contienda, y al cual asistieran católicos y disidentes. Para proporcionar su reunion y facilitarla no perdonó medio alguno el emperador dando órdenes, poniendo á disposicion de los obispos todos los caballos de las postas, y proveyendo durante tres meses á los gastos de trescientos diez y ocho obispos, sacerdotes y acólitos que concurren. El papa mandó sus legados, los seglares apoyaron con su saber una y otra causa, y hasta los filósofos paganos se dirigieron á Nicea, ya por su aficion á las disputas literarias, ya por burlarse de la Iglesia que había derrocado sus creencias y que veían combatida por sus mismos hijos.

Esta asamblea presentó á la faz del mundo un espectáculo sorprendente, los representantes elegidos por todos los pueblos sin otra recomendacion que su ciencia y virtud, congregados para decir lo mas interesante al hombre, lo que ha de creer y lo que ha de obrar. Algunos ennoblecidos con las cicatrices del martirio, venian á defender con su talento lo que habian sostenido á costa de su vida, otros eran eminentes en ciencias, santidad y aun milagros; de una parte des-

collaba Arrio, elocuente, gran dialéctico, hábil, fecundo en sutilezas; de la otra brillaba S. Atanasio, modesto, afable; aunque simple diácono, dió á conocer aquellas dotes que le designaban como el campeón de la ortodoxia.

De todas partes surgen memorias en pro de una y otra causa, y el emperador las quema sin leerlas, diciendo: "No deben ser juzgados por los hombres los que tienen facultad de Dios para juzgar á los demas," y les encarga remitirse á Dios y reunirse para deliberar en lo concerniente á la fé. Hubo muchas discusiones secretas hasta que se abrieron las públicas el 6 de Junio, á las que asistió el emperador con toda la pompa que tan ilustre asamblea merecia. Entonces empezó la lucha literaria, que dió por resultado la palabra *omousion* para espresar la consustancialidad del Padre y del Hijo en el misterio de la Santísima Trinidad, la redaccion del Símbolo que se canta en la misa, encomendada á nuestro ilustre compatriota el gran obispo cordobés Osio, y el anatema de Arrio y los suyos. Tambien se fijó el dia en que debia celebrarse la pascua en el domingo despues del plenilunio mas próximo á la primavera, se escluyeron del sacerdocio á los que se hacian eunucos, con lo que se condenó la secta de los Valesios, se prohibió á los eclesiásticos cohabitar con las mujeres, aunque autorizaron los usos particulares de las iglesias; pero encargando á todos una

estremada severidad de costumbres. Debieron ser instituidos los obispos por tres de su provincia y confirmados por el metropolitano.

Las decisiones del concilio fueron notificadas á todo el imperio, y recomendadas por Constantino en innumerables cartas: Arrio fué desterrado, pero fué indultado á los cuatro años á instancias de Constancia, quien le recomendó á S. Atanasio, ya obispo de Alejandría, para que le admitiese en su Iglesia; no pudo conseguirlo, y entonces los arrianos desplegaron esa energía admirable para perder los católicos poniendo en juego la calumnia y cuantos medios les sugeria su malicia por reprobados que fuesen. Atanasio, acusado de impudicidad, de violencias, de homicidio, fué citado ante el concilio de Tiro; pero se libra de este lazo marchando á Constantinopla; y presentándose al emperador, que si bien se disgusta con el prelado, cuando le oye, le permite esponer lo que contra él se fraguaba en el concilio; pero la nueva acusacion de haber detenido los buques destinados para abastecer la capital, fulminada contra él por los padres del concilio, si no vulnera la inocencia de Atanasio para con el emperador, le hace remitirle á Tréveris.

Entonces se desencadena el furor arriano contra la palabra *omousion*, trata de presuncion querer definir cosas tan elevadas, sustenta sus opiniones en los concilios, y sorprende al emperador

hasta arrancarle una órden para que el obispo de Constantinopla reciba en la comunión de la Iglesia á Arrio; pero cuando éste se dirige á profanar con su presencia la casa del Señor, muere atacado por unos fuertes dolores de entrañas, no sabemos si por milagro ó casualidad. No concluyó con su muerte la herejía, sino que se desarrolló con mas violencia. Y sus tramas las publica Hilario, obispo de Poitiers, con estas palabras: "Es deplorable, dice, y no menos peligroso, que haya tantos símbolos como opiniones entre los hombres, tantas doctrinas como inclinaciones, tantas fuentes de blasfemias como imperfecciones hay entre nosotros; porque hacemos símbolos á medida de nuestro antojo y los esplicamos segun nuestro capricho. Diferentes sínodos han desechado, admitido é interpretado la palabra *omousion*: dispútase donde quiera sobre la igualdad parcial ó total del Padre y del Hijo, y cada año, ó mas bien cada mes, aparecen nuevas formas para esplicar nuevos misterios. Nos arrepentimos de lo que se ha hecho, defendemos al que se arrepiente, reprobamos lo que habíamos defendido primero, condenamos en nosotros mismos la doctrina ajena, la nuestra en otros, y desgarrándonos mutuamente hemos sido causa de una recíproca ruina."

Sin embargo, Constantino contempORIZABA con el paganismo, conservando el título de Pontífice, estableciendo como tal el modo como debian con-

sultarse los arúspices cuando caía un rayo en un edificio público, mandando cerrar los templos cerca del Líbano, y en Heliópolis de Siria, convertidos en foco de libertinaje, poniendo en su vigor la ley de las doce tablas respecto á los augures secretos, prohibiendo las prácticas religiosas que no se hacen á la luz del día, exhortando á cumplir los ritos solemnes: confirmó los flamines y decemviros en la exención de cierto cargo, permitió su representación en las medallas con títulos de idolatría é imágenes de los ídolos, y á su muerte, según costumbre, se hicieron sacrificios, y se le colocó en el número de los dioses.

Circunstancias que prueban lo arraigado que estaba el paganismo, y que justifican la tardanza del triunfo de la nueva Iglesia, y los obstáculos que tuvo que vencer para ceñirse el inmarcesible laurel de su eterna victoria; así es que á pesar de todo, y viéndose ya en terreno igual frente á frente del error se aprestó á combatirle con mas energía, decidida con mas entusiasmo y fervor que nunca, á triunfar de la doble resistencia que la oponían la política en Occidente, y las doctrinas en Oriente. El cristianismo contestó á la ampuliosidad de las teorías con la sencillez de los dogmas, se proponía por objeto cambiar la condición moral, gobernar la voluntad y la existencia. El paganismo se aplica á investigar la verdad, el cristianismo á practicarla; aquel obra sobre la opinión con

ayuda de la sociedad, este sobre la sociedad misma penetrando en las creencias y en las leyes; así se introduce en el hogar doméstico, pasa á las familias, analiza la sociedad, afirma los lazos del gobierno con los gobernados, y cambia sus resortes; en una palabra, conoce á fondo el estado social del mundo, ve los enemigos y las resistencias que ha de superar, y halla un orden establecido que derrocar, afectos que combatir, costumbres que desarraigar, juicios que el tiempo ha santificado, que eliminar, y se dedica á convencer los entendimientos, y hacer rectos los corazones, y aunque no presenta teorías sociales á los sucesores de Constantino, ellos encuentran en el Evangelio y en la Iglesia con que mejorar la moral de las leyes, establecer la indisolubilidad del matrimonio, restringir la autoridad de padres y esposos, y así ponen toda su atención en el gobierno; protegen la caridad y suavizan la condición de los esclavos; pero con todo, la administración continuó gentil, al par que la legislación se hizo cristiana, el soberano continuó en la ilimitada autoridad que aseguraba el desenfreno é inmunidad de sus vicios, reinaron las malas costumbres en la corte, se cruzaron las intrigas de eunucos y cortesanas, y así falsearon el Evangelio por su misma base; añádase á esto el apego á las antiguas creencias en unos, en otros el que tenían á las formas gubernativas, las vicisitudes que aquejaron el imperio,

las disidencias en la misma Iglesia, y se conocerá la lentitud de su triunfo. Todo esto hizo al clero conocer la necesidad de constituirse, y desde entonces este fué su pensamiento culminante, y su norte era la unidad; y como la Iglesia diseminada por todo el imperio la necesitaba, la conocieron indispensable en el sacerdocio, para que las diversas comunidades civiles se uniesen en una sola asociación espiritual, que diese por resultado la civilización universal, tanto de hecho, como de nombre. De este modo la autoridad eclesiástica y la civil subsisten sin que una amenace la otra, porque no formando la sociedad espiritual sino un solo cuerpo, sus miembros se vigilan y sostienen mutuamente, siempre que se trata de arrebatárles sus derechos, y si en una nación el ruido ó la fuerza los hacen ceder, al momento se levantan en todas partes, y proclamando las tradiciones primitivas los robustecen, los vigorizan, fortifican las conciencias y oponen á la fuerza la única resistencia que la reduce á reinar sobre los cuerpos y respetar la libertad del alma sometiendo las conciencias á una autoridad que no envilece, puesto que ni obliga ni fuerza.

Desde el principio la Iglesia tuvo sus sacerdotes que sustituyeron y perfeccionaron el sacerdocio de Leví, y los tuvo subordinados á una cabeza, que fué S. Pedro: estos sacerdotes recibían su misión y dignidad de los obispos por la imposi-

ción de las manos, y aquí es superior la gerarquía eclesiástica, que debió tener un origen muy antiguo puesto que S. Ireneo exhorta á los de Magnesia á obrar en unión de su obispo, con los sacerdotes y diáconos. Cada comunidad tenía un solo obispo, sucesor de los apóstoles y depositario de la pureza de doctrina y de la plenitud del sacerdocio, y como dice S. Agustin: "cristianos para ellos, obispos para los demas." Al principio ningún distintivo revelaba su categoría, vivían frugalmente ganándose el sustento con el trabajo de sus manos, presidiendo los ritos y la enseñanza, terminando las discordias entre los fieles, consolando, socorriendo y protegiendo á los pobres y oprimidos, á los que lloran y padecen, haciendo en fin, todos los oficios, y llenando todos los deberes que la religion impone á los que eleva, y hace de este modo criados de sus criados.

En el principio no habia diferencia entre los obispos, y solo dependían de Roma, pero las persecuciones hicieron conocer á los cristianos que debían reunirse las poblaciones del campo á las de la ciudad, y de esta unión resultaron los metropolitanos, que se distinguieron por el *palio*, teniendo el derecho de convocar los obispos de su provincia á los concilios, y por esto se llamaron sufragáneos éstos á quienes consagraba el metropolitano, que además velaba por la fé y la disciplina (Concilio Antioqueno de 264, cán. 9). Al

principio hubo cuatro metropolitanos, el de Roma á quien obedecian las dos provincias suburbicarias, al de Alejandría los obispos del Egipto y Libia, el Oriente tiene su metropolitano en Antioquía, y el Asia menor en Efeso.

A la muerte de un sufragáneo designaba el metropolitano al sacerdote que administrase la sede vacante, y señalaba el dia en que se reuniesen los obispos de las demas diócesis. En dia determinado proponia el clero un sucesor, y la asamblea de los notables y del pueblo elegia, pero este nombramiento necesitaba la aprobacion de los sufragáneos y la confirmacion del metropolitano. Así conservó la Iglesia las elecciones populares cuando el estado civil las habia perdido. El obispo debia ser natural y educado en la diócesis, y de este modo las ovejas conocian su pastor y el pastor sus ovejas, no se atendia á la condicion del elegido, sino á que fuera hombre de bien, y á la necesidad de la Iglesia, y así los requisitos que S. Pablo juzgó oportunos en el obispo, la Iglesia, en el cap. 1º del 4º concilio de Cartago, celebrado en 436, hizo necesarios, debiendo por consiguiente ser sabio y elocuente para las ciudades, sencillo y afable para el campo, y hasta guerrero para las diócesis amenazadas por el enemigo, ser prudente, dócil, recatado, casto, que no hubiera tenido mas que una mujer, humilde, afable, misericordioso, atento á sus obligaciones, instruido

en las letras y en la ley de Dios, versado en el sentido de las santas Escrituras, ejercitado en los dogmas eclesiásticos, sabiendo profesar la fé en un lenguaje claro. En aquellos tiempos de humildad pocos pretendian el episcopado, y habia hombres que se declaraban indignos de ejercerle, otros se escondian en las grutas y hasta se refugiaban y huian al desierto, y los hubo que morian de pesar viéndose obligados á aceptarle.

La autoridad no se mezclaba en las elecciones, y solo despues lo hizo en las ciudades donde el príncipe residia. El nuevo obispo hacia saber su nombramiento á sus cofrades por medio de pastorales, que contenian su profesion de fé, luego se trasmitian unos á otros la lista de los escomulgados; daban recomendaciones á los fieles que enviaban á viajes, y de este modo la sociedad cristiana estendia sus relaciones y propagaba la civilizacion. A esto contribuia mucho la Iglesia de Roma fundada por el mas insigne de los apóstoles en la primera ciudad del mundo, regada con su sangre y la de S. Pablo, y considerado su obispo como el gefe de la gerarquía, de modo que por mas que algunos patriarcas le hayan disputado la supremacía, los disidentes se la niegan y algunos católicos la restrinjan, siempre será cierto que los Padres y los concilios se la conceden, siendo el de Sardica el primero que en sus cánones 3º, 4º, y 5º, copia la doctrina del sabio español Osio,

ya en el 4º la del obispo Gandencio que permite á los prelados apelar de la sentencia sinodal al obispo de Roma, supremacía que si en un principio no fué lo que hoy, con el tiempo fué desarrollándose por actos legítimos emanados de la potestad eclesiástica y confirmados por la civil, ordenando Graciano y Valentiniano que se hiciese el recurso al pontífice de las sentencias de los metropolitanos, despues Valentiniano III los obliga á someterse al fallo del prelado de la ciudad eterna: el concilio de Calcedonia pide á S. Leon la confirmacion de sus decretos, los obispos de Oriente declaran al papa Simmaco que Cristo confió al sucesor de S. Pedro el cuidado espiritual de todo el mundo. Los de Epira solicitan de Hormidas la aprobacion de un obispo que acababan de elegir. Este papa redacta un formulario que debian transmitir firmado los obispos á los metropolitanos, estos á los patriarcas, y estos al pontífice como símbolo de la union de las iglesias de Oriente que reconocen la comunión de la sede apostólica, en la que reside la verdadera y entera solidez de la religion cristiana.

Habia ademas en los tres primeros siglos los patriarcas de Alejandría y Antioquía, que con el de Roma están sentados en una misma cátedra, ejercen una supremacía que han heredado de S. Pedro y de la Iglesia de Cristo fundada en la unidad, dando un gefe único para presidir las tres

ciudades principales del imperio, á fin de que enlazasen las demas iglesias con el gefe divinamente instruido para ser la cima de la unidad entera. Estos patriarcas dependian del de Roma en atencion á que S. Pedro ordenó á los santos Evodio é Ignacio, patriarcas primeros de Antioquía, y S. Márcos fué asimismo enviado por él para fundar la iglesia de Alejandría; ejercian su autoridad sobre los metropolitanos y sobre los obispos de toda la provincia, segun afirma en su epístola primera á Alejandro, patriarca de Antioquía, el pontífice Inocencio I, los ordenaban, recibian la apelacion de sus sentencias, convocaban los sínodos y fallaban las causas importantes. Mas adelante se estableció patriarca en Jerusalem, que á la destruccion de la ciudad se trasladó á Cesarea y tornó á Jerusalem en tiempo del concilio de Calcedonia, y tenia bajo su jurisdiccion la Arabia Petrea y las tres palestinas. Despues se erigieron los de Constantinopla y Aquilea, que con el tiempo se trasladó al obispo de Venecia.

En Oriente habia los católicos que gobernaban las iglesias de Armenia, Persia y Abisinia, y tenian su sede en Sis, Seleucia y Axo, recibian su investidura de los patriarcas de Antioquía ó Alejandría; pero una vez instruidos tenian la misma jurisdiccion que ellos. Tambien enviaban los papas vicarios apostólicos ó legados, para mantener y restablecer el órden y la union de la Iglesia,

instruir obispos y monasterios en los países recién convertidos. Con iguales atribuciones mandaban los patriarcas y católicos, los exarcas, y donde estos no existían los suplían los primados que tenían bajo sus órdenes los metropolitanos de un reino. El primero de estos fué el de Arlés, instituido en 417 por el papa Zozimo, y luego cada reino y aun provincia quiso tener el suyo, contándose ocho en Francia, tres en España, y en Inglaterra, Escocia, Irlanda, Germania, Polonia, Suecia, Dinamarca, en cada una el suyo, y en Italia además del de Roma el de Milan.

Los sacerdotes fueron en un principio ancianos encargados por los obispos de vigilar las buenas costumbres y de administrar los bienes temporales; mas con el tiempo vinieron á ser sus ayudantes y consejeros, y ordenados dirigían sus oraciones, celebraban el santo sacrificio, y cuando los obispos no podían, bautizaban, imponían penitencia en los casos urgentes, y aun predicaban. Antes de haber comunicado los apóstoles el sacerdocio, nombraron en Jerusalem siete diáconos que propagaban la verdad, recibían y distribuían las limosnas, llevaban los mensajes de una iglesia á otra y regulaban la disciplina; la ordenación no se pedía como el bautismo y la penitencia, sino que el pueblo la reclamaba para los que la merecían ó eran elegidos por el obispo con asentimiento de los fieles y hasta contra la voluntad del ele-

gido, á propósito de lo cual dice S. Cipriano en su epístola 67: "que el pueblo tenga facultad de elegir sacerdotes dignos y recusar los indignos." Constituida la Iglesia, completó su gerarquía instituyendo los subdiáconos, acólitos, lectores, exorcistas y heraldos, que si bien no fueron como ahora grados necesarios, tenían diversas tareas en la casa del Señor, y permanecían en su puesto á voluntad del obispo. Siguiendo la gerarquía eclesiástica, la complicada organización de la imperial, se multiplicaron hasta el exceso los clérigos inferiores, de modo, que pasaban en Alejandría de seis mil *parabolanos* para visitar los enfermos, y había en Constantinopla mil ciento *copiatos* para abrir las sepulturas. También se establecieron los arciprestes, archidiáconos, cartularios, notarios y sincilos, cuya elevación era gradual, teniendo cada cual su traje y tonsura, siendo de precisa obligación y estándoles prohibidos ciertos oficios y ocupaciones seculares.

Quando se estendió la Iglesia, cesó la comunidad de bienes, y los fieles pudieron retener sus propiedades y aumentarlos por medio de la industria, el negocio y las sucesiones, sin mas obligación que socorrer los necesitados y acudir á las necesidades del culto y sus ministros, y para obras pías, por medio de ofrendas voluntarias en las asambleas; y era tal la piedad de entonces, que una cuestión produjo en Cartago 100.000 sester-

cios para rescatar los cristianos Numidas que habían reducido á esclavitud los bárbaros del desierto. Recogía el dinero el obispo y lo distribuía por medio de los diáconos, según las necesidades; pero la Iglesia no poseyó bienes raíces hasta el siglo III, porque tenía que obedecer la ley que prohibía á las corporaciones y colegios poseer sin licencia del emperador ó del senado.

La limosna se dividía, por lo general, en tres partes, una para el obispo y el clero, otra para el culto y las ágapes, y la otra para los pobres, viajeros, esclavos, presos, niños espósitos, y para los que padecían ó habían padecido por la justicia, para esto no era óbice la distancia ni la diversidad de naciones, ni creencias, la caridad todo lo allanaba, á todo atendía, por esto censuraba Juliano el apóstata á los suyos en su epístola 49 á Luciano Peregrin, diciéndoles: "que no imitaban á los cristianos que socorrian á los pobres aunque fuesen gentiles.

Esta sociedad pacífica é inerte, en medio de un mundo armado castigaba sus miembros, excluyéndolos de su seno, y así el escandaloso, el apóstata, el homicida y el hereje, eran privados de las oblações de los fieles y de sus oraciones, no se comunicaba con ellos hasta que expiaban sus culpas por la penitencia, haciéndose mejores y sirviendo de ejemplo á los demás. Al principio denunciaban los obispos á los excomulgados, luego

se rodeó esta ceremonia de un aparato imponente; doce sacerdotes, cada uno con un cirio encendido, lo arrojaban al suelo y le hollaban con sus piés; en seguida despojaban el altar de sus ornamentos, tendían en tierra la cruz, pronunciaba el obispo la excomunión, se doblaba á difunto y se proferían los anatemas. Si un excomulgado entraba en el templo, se suspendían los divinos oficios, y si no quería salir abandonaba el altar el sacerdote.

Los penitentes se presentaban el primer día de cuaresma en el dintel de la iglesia vestidos modestamente, y el sacerdote rociaba su frente con ceniza, se dividían en llorosos, que permanecían llorando junto al umbral, oyentes que podían colocarse en el fondo de la iglesia al ofertorio, y los prosternados y consistentes que asistían á la lectura y sermón, fueron admitidos después al sacrificio, pero no á la comunión, y todos permanecían separados tocando la tierra con la frente, vestidos de luto, desaliñado el cabello, cubiertos de ceniza, absteniéndose de baños, perfumes y festines, viviendo en la oración y el ayuno y usando el cilicio. Podía el obispo minorar, aunque no eximir de la penitencia, y variaba su duración según las iglesias. Solía ser de dos años por el robo, siete por la fornicación, once por el perjurio, quince por el adulterio, veinte por el homicidio, y el apóstata solo era absuelto en el artículo de la muerte.

Cumplida la penitencia ó reducida por las indulgencias, el mérito de los mártires ó la oracion de los hermanos, se presentaba el pecador en la iglesia, y saliendo el obispo, acompañado de doce sacerdotes, le preguntaba si queria someterse á la penitencia católica, y despues de confesar su pecado, implorando la compasion y prometiendo enmedarse, rezaba el obispo los siete salmos penitenciales, tocándole algunas veces con la vara, le absolvía y volvía al seno de sus hermanos.

Hubo penitentes voluntarios, mártires de sí mismos; tales fueron los monjes: tuvieron su principio en Oriente, y se dividian en *cenobitas*, que vivian en comun, comian y hacian sus ejercicios piadosos, en *ermitaños* que vivían separados en ermitas y cabañas, en *anacoretas* que habitaban los desiertos, y en mendicantes que vagaban de pueblo en pueblo distribuyendo signos de devocion, instrumentos de martirio, y mas tarde reliquias, gentes que indignadas de la corrupcion del siglo, se separaban de los demas oponiendo pasiones austeras á pasiones impuras; pero como el cristianismo tenia sus tendencias á insinuarse en la sociedad, los solitarios salian de vez en cuando para enseñar y para corregir con su ejemplo los vicios del siglo. Desprendidos del mundo, solo buscaban la salvacion del alma, mortificando su cuerpo para añadir claridad á las luces espiritua-

les y alcanzar la perfeccion. Los desiertos de la Tebaida estaban llenos de aquellos mártires voluntarios, ni pedian ni rehusaban limosnas; entregados al trabajo y á la meditacion, afables y caritativos con todos, conservaban algunos un pequeño campo para no estar á merced de otros; tenian cada comunidad su abad, y muchas juntas obedecian á un archimandrita. Allí vivió Pablo, allí se retiró Antonio, y allí le siguieron muchos de sus amigos encantados de la pintura que les hizo de los bienes celestiales, y allí comenaron los numerosos monasterios que gobernó como padre, y que Pacomio, convertido de soldado de Constantino, en soldado de Cristo, perfeccionó reuniéndolos en casas comunes, ó estableciéndolos en lugares aislados, ó rodeándolos de una clausura y destinando algunos para mujeres. Así la poblacion corrompida del Egipto fué reemplazada por otra de penitentes. Entre ellos vivió el escita Juan Casiano 37 años, reputando su nombramiento para obispo de Panefisis como una expulsion de aquella reunion santa, á la que se creia indigno de pertenecer. Este, tomando la piel de cabra y el báculo, guió á sus hermanos á través de los desiertos, y en los antiguos trogloditos en los sepulcros de la Tebaida encontró una poblacion piadosa y tan austera, que queriendo obsequiarle le pusieron una salsa de sal y aceite, tres aceitunas, cinco guisantes, dos ciruelas y un higo por cabeza.

Se congregaban á orar por la tarde y por la noche, recitaban cada vez dos salmos, que dos ángeles bajados á su seno para entonar la salmodia les habian enseñado, seguian en todo la direccion del que presidia sus ejercicios. Los convocaba á la oracion el sonido de un cuerno, y uno observaba las estrellas para dividir las horas de las vigiliass prescritas. De dia solo se reunian el domingo á orar, y el sábado á comulgar; el tiempo restante lo pasaban en sus celdas ocupados en hacer obras manuales, como medio de ahuyentar la ociosidad y ganar el sustento. Cinco mil habitaban el monte Calzimos, quinientos un solo monasterio, mil otro de la Tebaida, dos mil las inmediaciones de Antinópolis; en Oxirinca eran mas numerosos que los ciudadanos, veinte mil vírgenes y mil monjes entonaban allí noche y dia alabanzas al Señor, ejercian la hospitalidad y se dedicaban á la caridad. Mil cuatrocientos monjes formaban parte de la Tabenna en la Tebaida superior, y cuando se reunian en la pascua, llegaba su número á cincuenta mil. Lo restante del tiempo estaba dividido cada monasterio en diferentes casas de veinte á cuarenta monjes cada una, cada casa estaba designada con una letra del alfabeto, que llevaban en la túnica los monjes que la habitaban; así estos hombres apartados del mundo con el espíritu y con el corazon se asemejaban á aquellas plantas que desenvuelven y esparcen

un hermoso verdor sobre áridas y escarpadas rocas, ó como aquel árbol que sin profundizar sus raices en la tierra prospera con solo el rocío del cielo.

La vida monástica se propaga del Egipto á la Siria y á toda la cristiandad; S. Basilio y S. Agustin la dieron reglas sin sujetarla á votos, pero S. Benito la redujo á una disciplina mas rígida. No se consideró á los monjes como parte del clero en un principio, pero despues se entregaron á la predicacion y recibieron las órdenes sagradas, lo que desagradó al clero secular, hasta que por fin el concilio de Nicea en 787 dando á los abades el derecho de conferir órdenes inferiores, aseguró á los monjes la dignidad eclesiástica.

En la reunion tenida por los apóstoles en Jerusalem para fijar el símbolo de la fé comun se encuentran ya las formas de sínodo, convocando los cinco apóstoles que se pudieron reunir, y discutiendo los fieles sobre si los nuevos convertidos estaban ó no obligados á la circuncision y demas creencias judaicas. Presidió S. Pedro sentando las cuestiones, émitiendo el primero su parecer, fundada la decision en las santas Escrituras y en el asentimiento general, fué espresada con esta fórmula: "Pareciendo así al Espíritu Santo y á nos," y enviada despues á las demas iglesias para que fuese adoptada, y así este concilio sirvió de tipo á los sucesivos: no confiando los obispos en sí pro-

pios llamaban á sus hermanos, y decidiendo en comun, nadie se negaba á ejecutar lo que todos habian deliberado. Algunas veces sin hacer mencion del voto del clero inferior se adoptaba el de todos los fieles, particularmente en asuntos de interes general como las ordenaciones, &c. En Grecia y Asia, donde aun vivia el recuerdo de los Aúficiones y del Panionio, se reunieron los primeros concilios que despues se convocaron en épocas fijas bajo la presidencia del metropolitano; y así como la Inglaterra en los primeros tiempos de su revolucion clamaba por la reunion de sus parlamentos, así la Iglesia deseaba dos concilios al año, no separándose el primero sin fijar la época y lugar donde el otro deberia reunirse, así mantenía la union entre los sacerdotes y se consolidaba la disciplina; en tiempo de las persecuciones los suplían con cartas, reforzados con los cánones de los concilios por el asentimiento de los obispos, sostenidos por los fieles y apoyados por el derecho divino, tenían fuerza de ley en toda la provincia.

Se celebraron, pues, varios concilios; el primero fué en Antioquía (si bien se considera supuesto), el segundo el de Pérgamo, el tercero el de Hierápolis contra las herejías de Valentin de Montano y de Teodoto. Con motivo de celebrarse la Pascua en Asia á los catorce dias de la luna de Marzo segun lo practicaron los apóstoles S. Juan y S. Felipe, y en Roma el domingo despues del

plenilunio de este mes, segun la celebraba S. Pedro y S. Pablo, se suscitó una controversia que motivó la reunion de varios concilios, y la comunión de Policrato, obispo de Efeso, por el papa Víctor, si bien S. Ireneo la indujo á no romper por tan poco la comunión, y cada Iglesia prosiguió conforme á su tradicion; hacemos mencion del tercer concilio celebrado en Cartago bajo la presidencia de S. Cipriano, y al que concurrieron sesenta y seis obispos y decidieron administrar el bautismo; el de Arlés, que estableció que el hereje bautizado canónicamente cuando volvía al gremio de la Iglesia no debía volverse á bautizar, y solo bastaba imponerle las manos: el de Ancira, que declaró que el diácono que al imponerle las manos declarase que no podía guardar el celibato pudiese casarse sin despojarle de sus funciones. Aquellas asambleas son dignas de la historia, porque dan á conocer las costumbres y la disciplina de la época, y en ella se ve al pueblo llamado á discutir sus propias creencias, y se ve en la Iglesia tan admirablemente constituida, que permaneciendo inmutable en cuanto al dogma, se adopta en la disciplina á las necesidades de los tiempos y á las variaciones de la sociedad.

El concilio de Elvira merece alguna detencion: ochenta y un cánones de disciplina se hicieron allí á presencia del pueblo: los primeros concernientes á la idolatría proveen los casos numerosos que

multiplicaban los hábitos de la vida, imponen penitencias á los que dan espectáculos, á los que proporcionan vestidos para fiestas mundanas; el ama que mata una esclava está sujeta á siete años de penitencia, el delator solo en el artículo de la muerte obtendrá la comunión, el adúltero solo será perdonado al fin de su vida, lo mismo el cómplice en la deshonor de su esposa, el que ayuda á cometer un aborto, ó abusa de mancebos, ó impele sus hijas al mal camino. Se prohíbe el divorcio y que las cristianas casen con gentiles ó judíos. Se veda ordenar en una provincia al que ha nacido ó sido bautizado en otra, lo mismo que á los libertos de amos paganos. Se prohíbe el matrimonio á los obispos, sacerdotes y diáconos, ni tener en su compañía sino sus propias hermanas ó doncellas consagradas á Dios; tampoco deben abandonar su residencia para ir á los mercados; obligan á la cortesana, al cochero del circo y al músico á renunciar sus oficios para ser bautizados. Se prohíbe á las mujeres pasar la noche orando en los cementerios para no dar lugar á desórdenes. No debe haber pinturas en las iglesias, y el diácono que cometió algún pecado secreto de la ordenación, si lo declara será reducido á tres años de penitencia, y si otro le denuncia á cinco, y esto nos prueba que los clérigos estaban sujetos á la penitencia pública, cuando mas tarde se necesitó que fueran degradados.

Los emperadores otorgaron privilegios al clero y las iglesias, y Constantino desde luego las dotó espléndidamente; solo á una regaló un tabernáculo de 2,025 libras de plata, y una cruz de 125 piés de altura, y el apostolado tambien de plata, de 90 libras cada apóstol, tasado todo en millon y medio, sin contar ochenta mil francos de renta en bienes raices, y las concedió así como al clero el derecho de adquisicion. Baronio en sus Anales eclesiásticos, año 324, números 58, 65, 70 y 71, refiere las rentas de las casas, tierras, tiendas y jardines de las iglesias de S. Pedro, de S. Pablo y de S. Juan de Letran, ascendiendo todas al valor de veintidos mil monedas de oro, á lo que se debe añadir el aceite, lienzo, papel, aromas y frutos, y así no fué su único recurso la limosna: los donativos y mandas bastaron para el culto, para socorrer los pobres y mantener los ministros del Señor; á los que se prohibió disponer de los bienes adquiridos, y enajenar los eclesiásticos. Encerrando la Iglesia en su seno lo mas selecto por el nacimiento, por la habilidad, por el talento, la experiencia y la virtud, quiso dar á sus ministros aquel brillo que no aumenta el valor del hombre, pero sí su consideracion elevándole al nivel de los grandes de la tierra, y así el sacrificio que se consumaba en particular en la prision de los mártires, ó sobre los sepulcros y hasta en las celdas por el obispo ó el sacerdote sin otro asistente que

el diácono, se celebró solemnemente con todos los obispos ó sacerdotes, y el clero que fué posible reunir, y entonces para mayor pompa se introdujeron los vasos de oro y plata, y los ornamentos de lujo.

Sin embargo, los pontífices continuaban su vida humilde, deseando solo dar ejemplo de constante virtud, sin aspirar á las grandezas humanas. Los primeros, despues de conservar la pureza de la fé y alentar á los que la profesaban, la sellaron con su propia sangre. Tales fueron Pedro, Lino, Clemente, compañero de S. Pablo, de quien nos queda una epístola á los de Corinto; Evaristo, Adriano, Sixto, que introdujo el ayuno cuadragesimal, Telésforo el *Gloria in excelsis*. Higinio, Pio, Aniceto, Sotero, Eleuterio, que dicen envió misiones á Bretaña; Víctor que tuvo diferencias con los obispos de Asia sobre el dia que debia celebrarse la pascua. Calisto que mandó disponer el cementerio de la via Apia; Urbano, Ponciano, Antero, Fabian, Cornelio, Lucio, Estéban, que tuvo contestaciones con S. Cipriano; Sixto II, Dionisio, de cuyas obras nos quedan fragmentos; Félix, Eutiquio, Cayo, Marcelino, Marcelo, cuya severidad y contradicciones cantó S. Dámaso, Eusebio, Melquiades y Silvestre.

Por este breve relato se ve, que á la primera dignidad de la Iglesia tenian acceso todos los hombres, cualquiera que fuese su origen ó patria, y

que las virtudes y la ciencia eran el único escabel que los encumbraba. Su eleccion se hizo de varios modos, y tuvo diversas alteraciones como todas las cosas, cuya ejecucion está encomendada á los hombres; y para no volver á tocar este punto, nos parece oportuno indicarlás en este lugar. Jesucristo nombró á S. Pedro; desde el sucesor de éste, S. Lino, hasta Simplicio en 468, se hizo la eleccion por el clero y el pueblo: desde Félix III en 483, hasta S. Nicolás en 858, por los reyes conquistadores: volvió á hacerse por el clero y el pueblo, desde Adriano II en 867, hasta Agapito en 946: desde Juan XII en 956, hasta el antipapa Silvestre en 1102, por los tiranos de Italia y los emperadores: volvió á hacerse por el clero y el pueblo, desde Gelasio II en 1118, hasta el antipapa Víctor en 1138. Luego desde Celestino II en 1143, hasta Gregorio X en 1271, por los cardenales; y desde Inocencio V en 1726, hasta el dia, por el cónclave. Tampoco es indispensable la variacion de nombre, cuya innovacion atribuyen unos á Sergio II, otros á Adriano III, otros á Juan XII, y otros, por fin, á Sergio IV; pues en el siglo XVI Adriano VI y Marcelo II, al subir al pontificado, conservaron el que recibieron en el bautismo.

Al principio los eclesiásticos no tuvieron traje distintivo, y su ropa, como la de todos los cristianos, era el manto filosófico sobre la túnica; el pue-

blo, en el curso de los siglos, varió este traje, que con muy poca diferencia conserva el clero, y así llegó á vestirse de un modo diferente de los demás. En el siglo IV ya se cubrían los obispos en el ejercicio de sus funciones la cabeza con un gorro ó mitra semejante al de los sacerdotes egipcios y griegos; pero la mitra de doble punta no se usó hasta el siglo VIII en que se la concedió el papa como un favor especial. Hasta el siglo X los pontífices gastaron la tiara sencilla y unida, el XII Alejandro III la ciñó una corona, el XIV añadió otra Bonifacio VIII, y Urbano V aumentó la tercera. Así crecieron los signos entre los cristianos.

El anillo de los caballeros romanos se adoptó como signo de dignidad eclesiástica; el báculo fué de madera ó en forma de muleta como hoy le llevan los sacerdotes griegos, ó corvo por arriba, pulido en medio y puntiagudo abajo; el palio, que era una especie de casulla, fué signo de los arzobispos y reducido á una banda, sobre la cual hay trazadas varias cruces; quizá la estola represente el sobretodo llamado así ó el *orarium*; el pañuelo blanco que se ciñeron al cuello para no manchar con sudor las vestiduras, se ha convertido hoy en el amito, y en el manípulo la servilleta que llevaba al brazo el que servía la santa mesa; la dalmática es la *pænula* con una especie de bolsillo cuadrado, era cerrada y redonda; fué al prin-

cipio de lino, y cuando por las labores, el oro y las piedras se hizo pesada, la sostenía el sacerdote en el brazo; se abrió luego y formó la casulla, y el uso que hoy subsiste de sostenerla, cuando alza el sacerdote, es un resto del servicio que prestaba antes el acólito. Hoy, sin embargo, tienen todas las vestiduras un significado místico que la Iglesia les ha dado, y la piedad ha admitido con el entusiasmo de la religion.

Tenemos, pues, á la Iglesia constituida como una monarquía electiva y representativa, que une á la obediencia debida al gefe que se dá el pueblo, la verdadera libertad y la igualdad, y siendo el modelo de los nuevos gobiernos representativos, por mas que la quieran presentar á los ojos de los ignorantes ó sencillos como el foco de un despotismo que condena, y de una esclavitud cuyas cadenas, nadie mas que ella, y sola ella, rompió. Ningun culto supo crear en el mundo una monarquía que pudiera desarrollarse indefinidamente, permaneciendo sumisa una magistratura suprema é infalible, de hecho y de derecho. Príncipe y súbditos, asambleas é individuos, solo obedecen á la ley de Dios interpretada por la Iglesia, á la que dijo Cristo: "El que os oye, me oye: apacentad mis ovejas: lo que desatareis será desatado, y lo que atareis atado: y así la autoridad y la obediencia están santificadas." La potestad moral del pontífice, tan eficaz en la edad media, se re-

dujo á una negacion protectora bastante para impedir que sean holladas la moral y la justicia. El pontífice, magistrado pacífico, pronuncia como pretor con arreglo á equidad en las diferencias suscitadas por el interés, ó la ambicion; como censor, reconviene á los injustos y violentos, y como tribuno, defiende los oprimidos.

Sus ministros, diferentes en un todo de los del órden temporal, están obligados á enseñar una doctrina conocida de todos, espuestos á las miradas del sacerdote, del lego, del incrédulo, lo que rechaza tanto la esclusion de castas de los orientales como las fluctuaciones de los modernos. Acercándose al soberano el sacerdote le recuerda los principios de igualdad y la preferencia que merecen los pobres; hablando al pueblo le predica la sumision razonada. Con el celibato se preparó la Iglesia una milicia dispuesta á llevar la verdad á los confines del mundo, á esponerse al contagio, á velar en el lecho del moribundo, y en la tarima del preso, sin contenerle el sentimiento del amor conyugal y de la paternidad. La suerte de la esposa no le detiene, la voz de los hijos no le hace vacilar, y desprendido así de esos lazos del amor no es su esclavo. La idea de asegurar á su familia un porvenir en la autoridad y en los beneficios eclesiásticos, no pueden inducirle aun en los tiempos mas bárbaros, á sustituir, haciéndolos hereditarios las castas orientales á la unidad cris-

tiana: á no ser por el celibato el mundo entero seria hoy esclavo de los sacerdotes, si los sacerdotes, apartándose de su mision, fueran capaces de dar en su corazon asilo á la ambicion y al despotismo que siempre han rechazado; mas por esta medida previsora se ha salvado, ha podido el cristianismo regenerar el hombre y la sociedad, y el sacerdote, libre de los lazos del siglo, todo espiritual, en medio del materialismo del mundo, puede muy bien decir: "Mi patria es el universo, mi madre la religion, mis hijos los pobres y los necesitados, mi esposa la caridad, y mis obligaciones el bien de la humanidad." ¡Adoptad vosotros igual lema, filósofos del dia! . . . ¡Decantados protectores de la humanidad, proclamad y probad que seguís estos principios. . . . no. . . . enmudeced. . . .

UNIVERSIDAD ALFONSO DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS



de otros, como el error, los filósofos y los déspotas la habian combatido, pobre y sin auxilio humano, con las armas de la fé y la proteccion del Altísimo habia triunfado; sus hijos habitaban las ciudades; su morada no era ya las catacumbas, sus altares se alzaban sobre los de la idolatría, y la cruz del Gólgota flotaba sobre el palacio de los Césares y conducia á la victoria las temibles legiones, á cuyo frente triunfaron los Camilos, Escipiones y Augustos.

CAPITULO VIII.

REACCION PAGANA, HEREJÍAS, CISMAS.

Nuevas amarguras amenazaban á la Iglesia, el infierno, envidioso de su gloria, meditó oscurecerla, y aquella planta frondosa llena de lozanía y fragancia debia marchitarse al impulso del soplo abrasador de nuevas persecuciones, para salir de entre ellas más hermosa, más llena de vida y esplendor. Así la palma del desierto, despues de triunfar del furioso Simun muestra su hermosa copa, y protege al pasajero convidándole á gustar sus sazonados y deliciosos frutos. Ante su heroismo se habian embotado las hachas de los verdugos, ante su virtud habia enmudecido el furor del sarcasmo y la maledicencia, ante la verdad habia desaparecido la impostura, y en todos los terre-

nos que el error, los filósofos y los déspotas la habian combatido, pobre y sin auxilio humano, con las armas de la fé y la proteccion del Altísimo habia triunfado; sus hijos habitaban las ciudades; su morada no era ya las catacumbas, sus altares se alzaban sobre los de la idolatría, y la cruz del Gólgota flotaba sobre el palacio de los Césares y conducia á la victoria las temibles legiones, á cuyo frente triunfaron los Camilos, Escipiones y Augustos.

Habian muerto Arrio y Constancio, y nada parecia que en lo sucesivo turbaria con su sombra su paz ni entorpeceria su progreso, cuando levantando los galos sobre el pavés á Juliano, fué proclamado Augusto. Descendiente de la familia imperial, preservado del estermínio con su hermano Galo, envuelto despues en la desgracia de éste, supo despues librarse del peligro á fuerza de hipocresía; desterrado á Atenas se dedica al estudio y vive y viste á lo filósofo; pero Eusebia, mujer de Constancio, que le salvó del peligro que le amenazaba, supo aprovechar una ocasion favorable; le ganó la gracia del emperador, que á pesar de su natural suspicacia le declaró César, le casó con su hermana Elena y le dió el gobierno de los paises situados á este lado de los Alpes, y mereció ser recibido por los soldados en Milan con el mayor entusiasmo. Las trabas que le impusiera Constancio le impidieron hacer con el ejército las

liberalidades de costumbre, y al despojarse de su barba de filósofo para vestir las insignias de César, fué objeto de las burlas de los cortesanos; mas como la desgracia y la lectura le habian enseñado la templanza, la continencia, la afición al trabajo y el desprecio al lujo, y como era su norte el disimulo, aparentó aquella serenidad que guarda en el corazón el veneno de la venganza. Ya veremos el furor con que se desencadenó.

Repetidas victorias y el cuidado de hacerse querer de los soldados, cuyos trabajos compartia, le abrian paso al trono. Pequeño de cuerpo, su cabeza agitada por frecuentes é involuntarios movimientos, sostenida por un cuello abultado, se hundia en sus anchos hombros; sus ojos vivos y divergentes, su barba erizada y puntiaguda desfiguraba un rostro sin belleza ni dignidad, pero era activo, osado, de buena memoria y claro ingenio, afable en su trato é intrépido en los peligros; su primer maestro fué el eunuco Mardonio, á quien sucedió el arriano Eusebio, obispo de Nicomedia, y últimamente en Macella, se encargaron de su educación científica, artística y religiosa muy buenos profesores: segun su aserto, fué cristiano hasta los veinte años, aunque todo su hipócrita disimulo no fué bastante para que su discípulo S. Basilio en Atenas no predijera que seria funesto á la Iglesia.

Disimulado por necesidad en sus tiernos años,

creció en medio de la desconfianza, se nutrió en Atenas con las sutilezas filosóficas y vivió despues en la abyeccion y el desprecio, tanto que hasta las dignidades fueron para él una mortificación, de manera que en su corazón habia solo una pasión, un deseo, un atractivo, la venganza y el odio, odio y venganza que asomaba en sus labios y se desprendia de ellos en sarcasmos, mientras la necesidad le obligó á resignarse, pero que dueño del cetro, en el apogeo de la grandeza se manifestó con su verdadero carácter. Las humillaciones y sufrimientos, los disgustos y amarguras que Constancio le hizo sufrir los vengó en el cristianismo que éste protegió, y puso todo su conato en restablecer la idolatría; para esto abre los templos de los ídolos, empiezan los sacrificios que él mismo ofrece como gran pontífice hasta el extremo de atraerse el nombre de carnicero del imperio, é inaugura una persecucion de nueva especie contra la Iglesia del Señor.

Por un decreto permite á los judíos que reedifiquen el templo de Jerusalem, y él mismo les presta su poderoso apoyo con el fin de contradecir las profecías, pero Dios con estupendos prodigios frustra sus planes: con un maquiavelismo diabólico fomenta las divisiones entre los cristianos, los trata con desprecio, los ridiculiza, y aunque escribe á Artabio: "¡Por los dioses! no quiero que se envíe á los galileos á la muerte, sino que los

adoradores de los dioses sean favorecidos. Nada ha faltado para que todo fuera arrastrado á su pérdida por tu locura. Si los dioses inmortales nos han salvado, justo y bueno es honrarles y distinguir á los hombres y á las ciudades que los respetan." Sin embargo de esta confesion, dicta contra ellos algunas providencias severas. Los priva enseñar las letras humanas porque no encaminen la juventud al conocimiento de las verdades evangélicas, les prohíbe el estudio de los clásicos paganos pretextando que no deben estudiar sus libros los que no siguen su religion. Persuade á los gentiles que imiten en la fraternidad y el amor á los cristianos, pero no lo consigue, aunque sí que una parte del ejército se pervierta; con todo, hubo muchos oficiales que prefirieron la religion á su fortuna y á los cargos públicos, y á despecho de la orden que les prohibia obtenerlos confesaron al Dios verdadero, por lo que irritado Juliano los manda decapitar: ansiosos del martirio se disputan los fieles la preferencia, y llenos de alegría como el que busca la deseada felicidad, se encaminan al lugar de la ejecucion entonando himnos al Dios verdadero, lo que sabido por el tirano los perdona, porque dice: "no quiero proporcionarles la gloria del martirio," pero no siempre obró lo mismo, y la sangre de los mártires corrió en la Mesia, la Frigia, la Galacia, la Capadocia y otros puntos, siendo una de las víc-

timas Marco, obispo de Aretusa, condenado á los mas atroces tormentos, á pesar de ser el mismo que salvó á Juliano de las manos de sus asesinos.

Ademas ordenó que los cristianos reedificasen á sus espensas los templos de los ídolos, echando abajo las iglesias que en su lugar se habian edificado, y como se negasen á hacerlo los trató como insolventes, se les encarceló, se les quitó la administracion de los bienes que asignaron al culto Constantino y su hijo, y se puso á cargo de los sacerdotes paganos: al querer extraer los huesos de S. Babilas del templo que fué de Daphne, amanece éste y el coloso reducidos á cenizas; los cristianos lo atribuyen á milagro, y por esto los manda al tormento. Los partidarios de Arrio insultan á los valentinianos y confisca los bienes de la Iglesia diciendo: "Deben darme gracias los galileos puesto que su maravillosa ley promete á los pobres el reino de los cielos."

Fué, pues, su tolerancia simulada, y como lo es siempre la de los tiranos mientras no hallan resistencia, pero se convirtió en crueldad el dia que no fué obedecido: cuando los cristianos destruyeron los altares que le edificaban con lujo, cuando no le entregaron los bienes de la Iglesia para dotar con ellos los templos de los paganos, entonces lleno de ira castigó á los opositores, que veneraron como mártires los fieles y se prepararon para la resistencia. Temiendo que se encendiera una

guerra civil, dejó la espada por la pluma, y declaró al cristianismo otra clase de guerra mas terrible, y en *Los Césares* y en los *Siete libros contra los cristianos* y en el *Misopogon*, vomitó su lengua cuantos sarcasmos, cuantas burlas, cuantos dictorios é imposturas habian vertido contra el cristianismo sus anteriores enemigos, quiso sustituir los poemas de Homero al Evangelio y reformar el paganismo, introduciendo en él sentimientos que nunca existieron. Confiesa la unidad de Dios, publica las revelaciones que el sol le hacia, y por decirlo de una vez, apenas hay un dogma cristiano, una máxima, una práctica, que no trate de inocular en el paganismo, teniendo que lamentar lo infructuoso de sus tareas por no haberse convencido que en un tronco podrido hasta la savia mas fecunda se esteriliza.

Su persecucion fué de las mas crueles, pues dotado de un talento precoz nada perdonó, todo lo puso en juego para hacer odioso el nombre cristiano y para destruir la Iglesia de Dios: él permite todas las sectas; el arriano, el donatista y el ortodoxo, le son iguales y sirven á sus miras siniestras; pues alzándose unos contra otros y en completa libertad para obrar, era seguro que las pasiones se encenderian, que la division se aumentaria y la discordia romperia esa unidad, base fundamental del cristianismo: protege á los judíos, revoca los privilegios de los eclesiásticos y

de la Iglesia, edifica los templos paganos, y en una palabra, manda como emperador, argumenta como filósofo, y maneja la sátira y el ridículo como sofista; pero sin embargo de su estilo burlesco, que le llevaba hasta escarnecerse á sí mismo y á sus aduladores, como cuando esclama al conseguir una victoria: ¡Qué digna ocupacion de un filósofo! ó al subir á la brecha de Magoamalca: "He suministrado tarea al sofista de Antioquía," no puede contenerse y tributa al cristianismo elogios involuntarios envueltos en sus mismos dictorios, como cuando en la epístola 68 dice: "Cuando los pontífices no se cuidaron de los pobres, estos abominables galileos, que se apercibieron de tamaña falta, se aplicaron á obras de caridad: de este modo establecieron y fortificaron sus perniciosos errores con auxilio de estas pruebas de bondad aparente. De aquí sus ágapes, sus banquetes hospitalarios, las mesas servidas para los pobres, cosas ordinarias entre ellos, y en virtud de las cuales empezaron y siguieron inspirando á los fieles desprecio á la impiedad y á los dioses." S. Cirilo, de Alejandría, impugnó sus escritos victoriosamente, y S. Gregorio Nacienceno y Apolinario de Laodicea, que sin acudir á las santas Escrituras, le refuta con las armas de la simple razon y del buen sentido. Juliano vió este escrito y dijo: "He leído, comprendido y despreciado:" á lo que un obispo respondió: "Has leído; no has comprendi-

do; si hubieras comprendido no hubieras despreciado;" pero el que refuta completamente sus escritos fué Eusebio, en su preparacion evangélica. El tiempo era llegado y todos los esfuerzos del filósofo coronado, de Temiscio Libanio, Eunapio y demas filósofos de su escuela y aduladores de sus delirantes escritos, no pudieron reanimar el yerto cadáver del paganismo. La religion de Cristo habia proclamado la caridad, consignando al hombre derechos que hasta entonces no se le habian concedido, y la sociedad era en su curso cristiana, la causa de la humanidad estaba personificada en el cristianismo, y por mas que los impugnadores se esforzasen en alucinar el pueblo, sus tiros se embotaban siempre en la doctrina que propagaban los Padres, y los sofismas, mejor combinados, desaparecian ante la hermosa luz de la verdad, como el humo que arrebatara el viento, ó como desaparece la débil paja ante el embravecido Aquilon.

Otros enemigos mas encarnizados y terribles agitaron á la Iglesia por este tiempo, la herejía y el cisma; pero de los que tambien triunfó, subiendo por entre sus escollos y oposiciones al apogeo de su grandeza, por mas que se presentasen amenazando destruir cuantos dogmas la sirven de fundamento. Habian ya atacado la persona del padre los gnósticos, que se dividieron en varias sectas, de las cuales la mas terrible fué la de los mani-

queos: S. Agustin incurre en sus errores; pero reconocido los impugna y se dedica á convertir los sectarios por medio de escritos y conferencias públicas y privadas: desterrados de Roma, perseguidos en Africa y Persia, renacen en España y en Francia bajo el nombre de Priscilianistas, y condenados por el concilio de Zaragoza, son sentenciados á muerte por el emperador Máximo, atrayéndose el odio de S. Martin y los obispos de Gاليا su acusador Itacio, que muerto el emperador es depuesto y excomulgado por un concilio de esta provincia y otro de Milan. Los Priscilianistas de España abjuraron, el concilio de Toledo los trata con benignidad el año 400. Algunos obispos españoles llevan á mal la reposicion del clero disidente, el papa Inocencio los reprende, santo Toribio de Astorga impugna sus errores, y el papa S. Leon le responde con prudencia acerca del castigo y muerte de ellos, refuta sólidamente sus errores, y manda reunir un concilio nacional para convertirlos.

Así vencida la herejía en la persona del padre, el infierno suscitó enemigos al hijo, y bien pronto Arrio tremoló la bandera de la impiedad afirmando que la segunda persona de la Santísima Trinidad no es verdadero Dios, sino una criatura verdadera, aunque la mas perfecta; los concilios le condenan en Alejandría, pero se retira á Palestina; varios obispos le dan su apoyo, el error

se difunde al clero, pasa al pueblo y toma tal incremento, que Constantino envia llamar á Osio, obispo de Córdoba; para apaciguar la Iglesia convoca un concilio en Alejandría, preside el de Nicea, los dos condenan los errores y el heresiarca, sin que este rigor baste á contenerle, el mal cunde, el imperio se conmueve, y la Iglesia y el Estado aparecen despedazados entre los horrores de la discordia civil. Divídense los herejes, Fotino niega la distincion de las tres divinas personas, los arrianos puros ni aun quieren semejanza entre el Padre y el Hijo, y los semi-arrianos admiten semejanza pero niegan consustancialidad. Los arrianos puros triunfan en el concilio de Rímini, los semi-arrianos en el de Seleucia, el emperador abraza la fé de Rímini que confirma un concilio de Constantinopla, y la Iglesia del Señor, cual desolada madre, llora la pérdida de millares de hijos que abandonan sus banderas: en medio del caos general, entre los embates de la persecucion los hijos verdaderos de la Iglesia, los celosos pastores, los obispos, toman á su cargo la defensa de la fé y de la humanidad, y sin temor al destierro ni á la muerte, refutan la herejía, animan los débiles y procuran por todos los medios de caridad y amor atraer los disidentes. Entre estos celosos atletas descuella como un gigante S. Atanasio.

Elevado por su mérito á la silla episcopal de Alejandría, en cuarenta y cinco años que la ocu-

pó no vaciló ante la herejía, ni le deslumbraron las sutilezas filosóficas, ni le intimidó el poder imperial; en su silla episcopal, en el destierro, desde el fondo de los desiertos, que le daba asilo contra sus enemigos y perseguidores, se dejaba oír su voz contra el error, y su pluma hacia temblar á los enemigos de la Iglesia. De pequeña, aunque de majestuosa estatura, en su semblante reflejaba la tranquilidad de su alma, su elocuencia vigorosa estaba llena de brillantes rasgos, y llegaba al fin, con notable precision. De espíritu recto, sentimientos generosos y valor sereno, jamas obraba por arrojo sino racionalmente por la reflexion y con una noble sencillez, haciéndose respetar por sus costumbres severas y amar por la afabilidad y dulzura de su trato. Instruido en las ciencias sagradas y profanas, en la esperiencia y conocimiento de los negocios, la adversidad le suministraba recursos en las circunstancias mas críticas. Acostumbrado al trabajo, impávido en la fortuna y en la adversidad, conocia á los hombres y sus inclinaciones con cuanto les hace obrar; igual en la soledad de la Tebaida y en los palacios de Constantinopla, resistió los halagos, hizo frente á la persecucion, sin que ni el temor ni las promesas tuviesen cabida en su alma, ni fuesen bastante para impedirle llevar en persona á la mayor parte de las provincias del imperio los testimonios de su fé, de su doctrina y de su celo.

Anciano admirable que uniendo la sencilla persuasión de los apóstoles á la sagacidad política, sabe cómo se dirige y hace vivir un gran partido, conoce que lo necesita el suyo y no aspira al martirio sino á la victoria; se retira si ruge la tormenta, pero se presenta de nuevo con más vigor, con esa fortaleza y energía que dan la soledad y la persecucion, para combatir los paganos, los herejes á obispos celosos de su gloria, y á emperadores ofendidos de su evangélica independencia, concluyendo sin mas autoridad que la palabra, ni otras armas que su inocencia por triunfar de los anatemas de los concilios, de los decretos imperiales, de las intrigas de los herejes, de las emboscadas de los sicarios, de los motines populares, y hasta del abandono de sus amigos, ganando á la verdad los pueblos, los obispos y los soberanos, muriendo, en fin, venerado de todos en la sede de que habia espulsado cinco veces, con la gloria de haber sido, en tan calamitosos tiempos, el campeón mas illustre de la fé, el impugnador de todos los errores; y en una palabra, la personificación de la verdadera doctrina de la Iglesia.

No es solo Atanasio la víctima del furor de los arrianos. Constantinopla, Antioquía y Edesa, y las iglesias de la Galacia y el Ponto, se tificen con la sangre de nuevos mártires, que unidos á los Basilio, Gregorios Naciancenos, Ambrosios y de-

mas Padres de este tiempo hacen triunfar el estandarte de la fé, y si no estinguen del todo el error le encadenan y sujetan, condenándole al silencio; pero atacada la Trinidad en sus personas primera y segunda, y vencida la herejía, el infierno suscita un nuevo enemigo á la Iglesia que elige por blanco de ataque la tercera; Macedonio niega la divinidad del Espíritu Santo, pero le combate S. Milecio, obispo de Antioquía, tan victoriosamente, que la fé triunfa, y la herejía calla abatida y humillada.

Entonces nuevos enemigos se levantan, atacando el misterio de la Encarnacion. Apolinar, hombre despejado, estudioso y de arreglada vida, tremola la bandera de la herejía negando que Jesucristo tuviese verdadera alma humana, y reconoce en él solo cuerpo y alma sensitiva, figurándose que por ser el alma humana el origen del pecado no debió tomarla el Salvador, y que en él la dignidad suplía por la mente humana, con otros errores que surgian de éste. Bien pronto se vieron sectarios que abrazaron su herejía, y S. Dámaso convoca contra ellos el concilio de Roma de 376, que los condena al mismo tiempo que Gregorio Nacianceno y Ambrosio impugnan vigorosamente sus doctrinas.

Siguióse Nestorio, monje de Antioquía y electo patriarca de Constantinopla, que de celoso impugnador de las herejías se convirtió en sectario,

asegurando que en Cristo hay dos hijos, y negando la maternidad de la Santísima Virgen, contra él se declara Eusebio, simple lego, despues obispo de Dorilea; un clamor universal se levanta contra el heresiarca, cunden sus sermones, S. Cirilo le impugna y le escribe; mas cuando contesta al santo quiere sorprender al pontífice, éste á instancias de Cirilo convoca un concilio en Roma que examinando las cartas y escritos del obispo, y los de Nestorio, condena á éste y comisiona á aquel para ejecutar la sentencia; pero ni los ruegos de Juan, patriarca de Alejandría, ni la energía de Cirilo, ni los doce célebres anatematismos formulados contra Nestorio en el concilio de Alejandría, ni finalmente la condena del sínodo de Efeso son bastantes á retraerle del error, sino por el contrario, se forma en Oriente un partido poderoso que á su vez condena á S. Cirilo, quien por último se justifica; y si bien el patriarca de Antioquía y algunos obispos se convencen de su inocencia, varios acuden al papa en 433; mas al año siguiente se reconcilian con el Teodoreto, y otros, aunque declarando el obispo que salva la pureza de la fé, y que esto es solo por un acto de caridad. Por último, Teodosio el jóven publica una ley contra los sectarios llamándolos *simoniacos* el año 435, y destierra á Nestorio el 436 con otros obispos hasta el número de 15 que no quieren unirse á Cirilo.

En este mismo año, poco mas ó menos, tuvo principio la disputa de los tres capítulos sobre los escritos de Teodoro de Mampuesta que pasaba por maestro de Nestorio, disputa que tuvo su origen en la Cilicia, y llenó de luto años despues la Iglesia del Señor: tambien se hicieron cuestionables los escritos de Teodoreto, impugnador de S. Cirilo, quien hizo una confesion de fé muy clara, y la carta del obispo de Edesa Ibas, dirigida al persa Moris, que contenia una acusacion de apolinarista contra S. Cirilo, y sin embargo, los impugnadores mas celosos de estos tres obispos por desgracia yacian en las tinieblas del error, y eran los mas acérrimos eutiquianos, error no menos lamentable que el de Nestorio, y que aunque por opuesto rumbo despedazaba el dogma, y habia de herir la esposa de Jesucristo con nuevas divisiones, rompiendo su manto sagrado al empuje de nuevas discordias siempre perjudiciales y opuestas al espíritu de esa unidad que la anima.

Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, impugnador acérrimo de Nestorio, rasga las entrañas de su madre la Iglesia negando las dos naturalezas en Jesucristo; el concilio de Constantinopla de 448 le condena, y halla en S. Flabiano, obispo de Antioquía, un digno competidor; apoyado por la corte acude al papa para que revoque su deposicion, pero allí le sigue Flabiano y se confirma el decreto del concilio; sus amigos

logran del emperador la convocacion de otro sínodo en Efeso, que dominado por el influjo de la corte le absuelve en 449 y depone á Flabiano y otros obispos, pero el pontífice S. Leon declara nulo cuanto hizo aquel conciliábulo y despliega en sus escritos un celo santo para remediar el escándalo. S. Pedro Crisólogo, consultado por el hereje le confunde con su respuesta, median cartas entre los emperadores de Oriente y Occidente manifestando éste que debe dejarse el negocio en manos del obispo de Roma, en tanto suben al solio oriental Pulqueria y Marciano y se celebra el concilio Calcedonense de 451 que condena el error. Marciano muere el 57, los eutiquianos trastornan la iglesia de Alejandría, declaman contra el concilio de Calcedonia, el papa confirma sus actas y aviva el celo de Anatolio contra los herejes que son espelidos de las sillas de Alejandría y Antioquía, hasta que protegidos por Basilisco en 475 tiene ocasion el cisma de Zenon y Acacio que publicaron el Henotico. El papa S. Félix envía sus legados á Constantinopla, pero vuelven maltratados, y los reprende severamente, condena á Acacio, escribe al emperador con la mayor energía, pero todo su celo no puede cortar el mal: el desórden crece en Oriente, el emperador Anastasio so pretexto de la paz protege los acéfalos ó severianos, y destierra á Macedonio, patriarca de Constantinopla: las iglesias se acogen á la protec-

cion del papa, los pueblos se conmueven, el emperador engaña al de Constantinopla con una fingida humillacion y persigue los obispos de Antioquía y Jerusalem. Luego por temor de Vitaliano Anastasio, finge reconciliarse con el papa, quien anima á los obispos de Iliria, reprende á Doroteo y envia legados al emperador Anastasio, que no pudiendo corromperlos les prohíbe la entrada en la corte; pero en 518 sube al solio Justino, y con él recobra la Iglesia la paz que celebran con entusiasmo los pueblos; sin embargo, aun dominaban los errores de Eutiques en Alejandría, si bien sus sectarios militaban bajo dos banderas rivales, los corruptícolas y los fantasiastas, banderas que influyeron poderosamente en su mútua destruccion: desde entonces aquella furiosa hidra perdió su vigor, y postró su orgulloso ímpetu á los piés de la hija de Sion.

Mas no por esto habia llegado para la Iglesia el dia de la alegría; el infierno obstinado en perseguirla, por mas que sus puertas no hayan de prevalecer contra ella, no escarmentando en sus derrotas, ni atemorizándose con tan repetidos y gloriosos triunfos, siempre inventando escándalos, suscita á Joviniano contra la gracia de Jesucristo y las máximas morales de la Iglesia, trueca su vida austera en disipacion, y publica que no hay diferencia entre abstenerse de los placeres de la mesa ó usarlos con agradecimiento, que los bau-

tizados no pueden ser vencidos por el demonio y que la virginidad no es preferible al matrimonio; el pontífice S. Siricio le excomulga en 390, hace le destierren de Roma, y S. Gerónimo y S. Agustín le impugnan vigorosamente; mas ¿qué importa? surgen al momento los marcelianos vertiendo máximas mucho mas corruptoras sobre las costumbres en el error de que el bautismo de nada servia, y en un cierto fanatismo de oracion, S. Flabiano se opone á este torrente, refuta los errores y condena los herejes, haciéndolos desterrar á la Siria. A S. Gerónimo cupo el honor de refutar victoriosamente á Vigilancio que proclamaba el desprecio á la continencia, tratando de idolatría el culto de las reliquias de los santos y de supersticion el uso de encender luces en su honor.

Con todo, el demonio no duerme, y un error mucho mas perjudicial se propaga por la cristiandad y viene á infestar el cuerpo místico de la Iglesia en 405. Pelagio y Celestio se declaran contra la gracia, y S. Agustín aparece en la arena para sostener la pureza del dogma. Pelagio, en su carta á Demetirade, daba á entender que no reconocia el pecado original y que no creia necesaria la gracia de Jesucristo para obrar bien. A pesar de los esfuerzos de S. Agustín, de sus disputas y escritos, el error toma incremento, se agita la Palestina, Pelagio se finge católico, el concilio de

Diospoli le absuelve y su crédito se aumenta de un modo extraordinario en Oriente. Los concilios de Cartago y Milevo le condenan en 416 y participan su condenacion al pontífice S. Inocencio, que se declara contra el error; pero muerto éste, Celestio va á Roma y sorprende á su sucesor Zozimo, que sin absolverle de la excomunion, escribe á los concilios de Africa recomendándoles tanto á él como á su compañero Pelagio: los obispos suplican al pontífice, celebran varios concilios que condenan el error y renuevan la sentencia de S. Inocencio, hasta que convencido el papa los condena tambien, avisándoselo á los prelados africanos y á las demas iglesias de la cristiandad, siendo en todas partes bien recibida, menos por Juliano, obispo de Eclana, y otros diez y siete que fueron depuestos y apelaron de la sentencia del pontífice ante el concilio general.

Entretanto S. Agustín no cesa en su trabajo, y á fuerza de fatigas y desvelos, consigue descubrir los engaños de Pelagio; su penetracion y celo rasga el velo que los cela; entonces le impugna con mas eficacia, desvanece sus argumentos, pone en evidencia sus calumnias y las de Juliano, hace ver que no es necesario el concilio general, instruye y sosiega los monjes de Adrumeto, convierte á Leporio, propone á Vital doce artículos importantes é impugna los semi-pelagianos. El pontífice S. Celestino recomienda la doctrina de este va-

ron admirable, se publica el escrito "Autoridades de la silla apostólica sobre la gracia de Dios." El concilio de Efeso condena los pelagianos, S. German convierte los de la Gran Bretaña; y el celo de los papas siguientes, los decretos del concilio de Orange de 529 y la erudición de varios autores católicos, bastan á contener los progresos de una herejía que tanto lisonjea las pasiones y protege la corrupción de las costumbres.

Tenemos, pues, á la Iglesia triunfante de los esfuerzos de Juliano y de los herejes, y adornando su triunfo con los rotos estandartes de los ídolos y de las herejías, y no podemos prescindir de reseñar sus trabajos y sus victorias sobre los cismáticos: describiremos con la brevedad posible, los esfuerzos que sus enemigos hicieron por romper su unidad, ese lazo místico que en vano la malicia y el infierno intentan destruir, y que lleva la Iglesia de Dios en su progreso continuo al imperio universal y al cumplimiento de las promesas de su Esposo divino que tiene escrito: "Todos los reyes se postrarán en su presencia y las naciones de la tierra la servirán."

Los novacianos son los defensores de este nuevo estandarte, y su cisma no concluye con las persecuciones; en vano el concilio de Nicea procura su reunión y ordena que sean recibidos á la comunión los que se conviertan de corazón, hasta que perseguidos por los arrianos en Constantino-

pla, y con motivo de la disputa sobre la celebración de la pascua en 392, entibiándose su odio á los católicos, concluyeron por unirse á la Iglesia. Tambien el sínodo de Nicea procura inútilmente la union de los melecianos que se habian separado de la Iglesia de Alejandría, porque su obispo S. Pedro habia depuesto al de Licópolis Melecio, hasta que, confundido con los arrianos, concluyó el cisma; pero en Mesopotamia suscita otro nuevo Audio, hombre de costumbres arregladas y de un celo escesivo por la virtud; no sabiendo sufrir la sospecha mas leve de avaricia y lujo en los eclesiásticos, se separa de la Iglesia arrastrando en pos de sí no pocos que forman el cisma de los audianos, cuya moral severa obliga á los presbíteros, y aun á los obispos, á vivir del trabajo de sus manos como los legos mas pobres. Desterrado á la Escitia, establece allí monasterios bien ordenados, introduce la vida de las vírgenes cristianas y de los ascetas, sin que despues del siglo IV tengamos noticia de esta secta, pero sí de la de los luciferanos: hijo este cisma de un escesivo rigor como el antecedente, Lucifero de Caller, su autor, y los demas que le siguen, no quieren comunicar con los que suscribieron el concilio de Rimini, por mas esfuerzos ni pruebas que den de su fé, pasando de este principio á separarse tambien de los que comunicaban con ellos, y así de toda la Iglesia, quedándonos bastantes noticias de esta

separacion lamentable en los memoriales que presentaron á los emperadores dos de sus afiliados Marcelino y Faustino.

A estos cismas siguió otro mucho mas terrible, de peores y mas trascendentales consecuencias, y que por tanto merece que le tratemos con mas detenimiento; hablamos del de los donatistas. Tuvo su origen en la eleccion de Ceciliano para la silla de Cartago, hecha por los obispos de esta provincia á la muerte de Misurio: aceptada por el pueblo la eleccion y consagrado Ceciliano, aunque simple diácono, por Félix, obispo de Aptunga, un partido poderoso se declara contra ella, animado por medios infames y lisonjeando la vanidad de otros prelados africanos, logra reunir en Cartago hasta setenta eclesiásticos que, resentidos de no haber sido invitados á la eleccion la declaran nula, pretestando que el consagrante habia sido traidor en tiempo de la persecucion; pero los verdaderos católicos desmienten las calumnias, sosteniendo ademas, que dado caso que fuera cierta, no por eso serian nulas ni la eleccion ni la consagracion. Constantino hace venir la causa á Roma, el pontífice declara la validez de la eleccion y castiga á Donato, obispo de Casas Negras, autor de la discordia, y cuyo nombre tomaron los sectarios, que no por esto se corrigen, sino por el contrario conmueven el Africa, precisando al emperador á juntar el concilio de Arlés, que declara

válida la eleccion é inocente á Ceciliano; pero mas ciegos en su error los donatistas apelan á Constantino, quien oyéndolos en el consistorio confirma las declaraciones del pontífice y del concilio; con todo, mas y mas tenaces adquieren mas prosélitos, y su obstinacion mas incremento, pasando en 329 á tanto, que reunidos eligieron obispo de Cartago otro Donato, si no mas á propósito para crear y fomentar el cisma, por lo menos muy al caso para secundarle y sostenerle.

Era este muy versado en las ciencias humanas, desinteresado y de costumbres arregladas, afeando estas cualidades con los negros matices de soberbio, atrevido é insolente: pero á pesar de ellas era un gefe muy á propósito para levantar y animar un partido; los donatistas bajo su direccion adquirieron mayores bríos, él comunicaba á todos su ardor, su intrepidez y su insolencia, de modo que á su ejemplo, los obispos que le secundaban se creian infalibles é impecables, y esta soberbia, y tanto orgullo como un miasma corrosivo se comunicaba á los particulares, infestaba la sociedad y despedazaba la Iglesia, porque descaminados los pastores, el rebaño en vez de un alimento de vida se apacentaba con el manjar de la muerte, tomando por virtud el vicio, por bondad el crimen, y por religion la impiedad. De aquí, de este lamentable fanatismo como de cenagosa fuente nace una nueva secta, el furor de los circuncelio-

nes, que causan infinitos estragos á la Iglesia. En el reinado de Constante se debilita el cisma, en el de Juliano crece, el sofista Parmeniano le defiende, S. Optato le impugna encomiando á la Iglesia de Roma; mas á pesar de todo, una gran parte de la grey del Señor sigue los caminos de la perdición, y tantos, que por los años 390 al 400, podian los donatistas gloriarse de tener solo en Africa mas de cuatrocientos obispos; pero esto mismo contribuyó á su ruina, pues creciendo entre ellos la soberbia, origen de todo error, estalló la division, los partidos se declararon, y de su pugna resultó la evidencia, el desengaño de todos y el triunfo completo de la fé, contribuyendo á él poderosamente S. Agustin, con sus sermones, sus cartas, sus conferencias y escritos, y muy particularmente con una cancion popular, compuesta ex profeso para atacar y refutar el cisma, que por otro lado procuraban cortar el papa y los concilios de Africa, convidando á los cismáticos á conferencias amistosas, sin que se pudiera obtener un arreglo hasta que el concilio de Cartago de 404 y el emperador, dictaron contra los donatistas leyes rigurosas, en fuerza de las que muchos se convirtieron. Con todo, en 410 se celebró una conferencia general en Cartago, entre cismáticos y católicos; S. Agustin los convence, muchos obispos vuelven al camino de la fé, otros, mas enfurecidos con la derrota, calumnian al presidente

Marcelino, que halla en el doctor de Hiponia un fuerte apoyo, y el cisma subsiste hasta que los mahometanos le sepultan confundido con la verdadera Iglesia, bajo las plantas de sus briosos corceles en la desolacion general del Africa.

Tales fueron los enemigos con quien tuvo que luchar la religion, enemigos que al par que despedazaban el manto sagrado de la Iglesia y teñian sus pedazos con la púrpura de sus mártires, turbaban la paz del Estado, y entre el vendaval de civiles discordias llevaban la guerra mas cruel al seno mismo de las familias, y desgarraban la sociedad conmoviéndola desde sus cimientos, convirtiendo el mundo en un caos de horrores, de miserias y de muerte, donde el hombre, á merced de su capricho, despreciando cuanto hay santo y venerable en el cielo y en la tierra, sin mas norte que su desenfrenado amor propio caminaba á su perdicion envolviendo en su ruina á la afligida humanidad. Pero dispuesto siempre el clero á sacrificar su vida y su reposo por la religion cuyo depósito se le habia encargado, y por sus hermanos cuya direccion le estaba cometida, se levanta contra la herejía, su voz poderosa truena en todas partes contra el error, y una serie no interrumpida de sabios, empezando en S. Atanasio y concluyendo en S. Agustin, hace resplandecer la verdad sacándola de las sombras del error mas pura y hermosa, y encadena el monstruo de la

mentira á los piés de la esposa de Jesucristo, sometiendo á la unidad católica el cisma, á la Iglesia la herejía, á la cruz los ídolos, y salvando la religion y la sociedad del abismo en que el genio del mal intentó precipitarla.

Los ministros de la religion católica, centinelas avanzados de la casa del Señor, custodios de su grey y depositarios de la verdadera doctrina, alimentan los fieles con el pasto espiritual, y sin perdonar medios ni fatigas, procuran atraer los disidentes, los ilusos y los descaminados, al redil del buen pastor, buscan por todas partes las ovejas descarriadas, y en alas de su celo se les ve multiplicarse; ningun medio perdona la Iglesia para salvar sus hijos; ruegos, argumentos, todo se pone en práctica por los obispos, en los púlpitos amenaza su voz, convence en las cátedras y condena en los concilios; pero sin echar mano de la espada del castigo hasta haber apurado todos los medios de la conviccion y de la caridad, amonestaciones y ruegos privados, amenazas públicas, decisiones conciliares, todo se emplea, la dulzura y el amor son desatendidos, y entonces, para cortar el mal, para impedir que la gangrena inficione todo el cuerpo místico de la Iglesia, echan mano de los castigos; y la esposa de Jesucristo, la hija de Sion, llora el error de sus hijos, cambia sus blancas vestiduras por el luto, el anatema truena, los emperadores hacen leyes represivas

contra los herejes y cismáticos, y la espada de la ley y de la justicia brilla sobre sus cabezas fulminando el estermínio y la muerte.

El clero entonces acude á conjurar la tormenta; y aquellos obispos tan celosos de la fé, tan prontos á combatir el error, tan dispuestos á convencer á sus hermanos obcecados, vuelan en alas de su caridad á los piés del trono á implorar clemencia y perdon contra los transgresores de la ley y los profanadores del templo.

CAPITULO IX.

ESTADO DEL MUNDO.—ULTIMOS PAGANOS ILUSTRES.
—PONTÍFICES.—SANTOS PADRES DE ORIENTE.

Aun no reconocia al Dios verdadero todo el imperio, ni era venerado Jesucristo por todos los súbditos de los Césares, ni las herejías habian sucumbido completamente; aun quedaban restos del paganismo, y los disidentes tenian prosélitos y los sectarios discípulos; por eso será bueno hacer una ligera reseña del estado del mundo para que se conozcan los obstáculos que tuvo que superar la Iglesia, los enemigos que tuvo que vencer y las causas que retardaron su triunfo, y para esto empezaremos desde el principio del imperio.

En decadencia la religion á fines de la república, fueron inútiles todos los esfuerzos de Augusto

para restaurarla como elemento de orden. La religion que tiene por base la creencia de un solo Dios, como reconoce un punto fijo de partida, si bien puede estraviarse, tambien vuelve á su vigor, y se levanta con mas brío y hermosura; no así el politeismo ni la idolatría, fundados sobre fábulas absurdas y sobre la admiracion, el temor y aun el agradecimiento; su poder y su influjo duran lo que la ilusion que produce su nacimiento; en contradicción con la razon y con las necesidades del espíritu no podian dominar sino momentáneamente, y de aquí provino ese cúmulo de dioses que amontonaron los romanos en sus templos, de que se burlaron Ciceron y casi todos los hombres ilustrados que produjo la ciudad reina, y que no contribuyeron poco al desconcepto de su religion, pues una vez en derrota no pudo recobrar su esplendor, aunque los Antoninos introdujeron en ella el estoicismo, que es cierto produjo ilustres príncipes y enérgicos magistrados, pero que no pudo hacerse popular, elemento acaso el mas poderoso de subsistencia en toda religion, puesto que la asegura el imperio en todos los corazones.

Pero el cristianismo aparece, sus doctrinas se propagan y son recibidas con ansiedad; llevan en sí mismas la savia que ha de vivificar el inanimado cadáver social, y como no se anuncia solo para los romanos como el Paladion y los escudos de Anco, sino para todo el mundo, que acoge con

gico; así subsistía el culto pagano, sin que fueran bastante á cortarle las discusiones de los concilios de Letran, Arlés y Nantes, ni la renuncia solemne que de él hicieron á principios del siglo IV los jefes de la nacion reunidos en asamblea, habiendo necesidad todavía á mediados del siglo VI, de que Childeverto promulgase un decreto contra las prácticas del paganismo aun vigentes en Paris. La Germania olvidaba su dios Odino, pero habia aceptado algunos dioses del Olimpo y se obstinaba en su adoracion respecto á las potestades naturales, y fué tal su apego, que tanto en los valles de los Alpes, como en las selvas de la Germania, aun duraban en el siglo VIII las prácticas idólatras, y fué necesario para estirparlas todo el celo de los nuevos apóstoles y las victorias de Carlo-Magno. La España, á pesar de la predicacion de Santiago el Mayor, otros discípulos de los apóstoles y el centurion Cornelio, seguia el culto pelásgico mezclado con el fenicio y cartaginés, sin que el poder romano hubiera sido bastante á reducirlos á la unidad, y en sus altares aun se quemaba incienso á Rauvcana, Bendiar ó Bandua, Barieco, Navi, Idnovio, Lutunnio, Viaco, Ipsisto, dii Lugores, Togotís, Salambon, Neton, Neci ó Netace y Endovelico, y en el arte adivinitario gozaba tal crédito entre los vascos, que el concilio de Elvira nos dá testimonio de muchas apostasías, teniendo que fulminar el anatema con los que

aceptasen las dignidades del paganismo, asistiesen á sus fiestas, diesen trajes ó flores para las solemnidades y dinero para las imágenes, siguiendo, á pesar de todo, con tal entereza, que todavía en 589 el tercer concilio de Toledo ordena á los sacerdotes, jueces y señores, buscar los paganos y reprenderlos; "porque el sacrilegio de la idolatría estaba muy divulgado en España y en la Narvonense."

En Africa seguia el culto de las divinidades del país y de las cartaginesas; y á pesar de los sabios doctores que allí produjo el cristianismo, á pesar de los esfuerzos de los Ciprianos, Agustinos y tantos otros, aun se ofrecian sacrificios á Hércules, y Diana tenia aras, y las supersticiones gentílicas hallaban acogida y tenian prosélitos no solo en el vulgo, sino en la clase acomodada y en las personas instruidas que las miraban como el símbolo de la civilizacion, como lo prueban las quejas de Máximo Gramático de Medaura á S. Agustin, en que llevando á mal la preferencia que daban los cristianos á oscuros mártires sobre los antiguos dioses del mundo, queriendo dar una idea racional del politeismo, dice: "Existe un Dios supremo sin principio ni fin, como Padre Omnipotente de la naturaleza; ¿y hay alguno tan desprovisto de razon y tan ciego, que no pueda reconocerle con certidumbre? Ahora bien, las virtudes de este Dios derramadas en las obras de la creacion, son

invocadas por nosotros bajo diferentes nombres, porque ignoramos los que le convienen verdaderamente."

Y no era solo este filósofo el que así se explicaba; aun nos conserva S. Agustín un diálogo tenido con un devoto, que probablemente seria algun sacerdote, á quien el santo pregunta sobre sus creencias que con una veneracion tímida las hace remontar á Trismegisto y Orfeo, diciendo que su doctrina no consiste en aproximarse á Dios exaltando y purificando su alma. Segun su modo de comprender, la piedad, la pureza y la justicia, se elevan bajo la proteccion de dioses secundarios al Dios universal é inefable, cuyas virtudes son denominadas ángeles por los cristianos. Y por último, vemos que en esta parte del mundo los fieles eran llamados romanos, como si quisieran confundir los naturales la causa de la religion con la de la nacionalidad, y cuyo nombre solo los horrorizaba por recordarles su actual dependencia y su humillacion.

Aunque en Oriente tenia la aristocracia menos poder que en Roma, y estaba menos enlazada con las instituciones, seguia el politeismo, y el Egipto quemaba incienso al buey Apis, y tributaba sus homenajes al Nilo para que fecundizase los campos; y S. Basilio nos dice, que la Persia aun mantenía el fuego sagrado, y que pululaban por Levante infinidad de magos, que sin libros ni doc-

tores vivian aislados de los demas hombres, con sus usos particulares, horrorizando con matar animales, y considerando como Dios al fuego, y como el fundador de su nacion á Zernova.

Tal era el estado religioso del mundo entonces conocido; pero el decrepito politeismo tan dividido, tan gastado, sin cohesion, ¿podria triunfar del cristianismo, sociedad jóven, llena de vigor y animacion, que se presentaba con toda la fuerza del convencimiento, rebosando vida en el fervor de las obras y de los escritos, cuando los paganos sin fé ni unidad hablan y obran sin energía publicando en su inercia que sus dioses son mas que realidad verdaderos cadáveres, y que la sociedad que habian pintado como viva es solo una sombra fugaz y miserable? Ciertamente que no. Sin embargo, aun conservaba la antigua creencia hombres ilustres que la defendiesen en las escuelas y en la sociedad. Entre estos campeones descuella Uretio Agorio Pretestato, gefe de la piedad pagana, que puso todo su conato en hacer resucitar el paganismo; fué diputado cerca de Valentiniano para obtener que cesara de perseguir los augures, y gozó de tal estimacion en vida de aquel, que despues de muerto fué generalmente sentido.

Estuvo en correspondencia con Simmaco, discípulo de Libanio, y que en union de éste pensó restablecer el paganismo, diferenciándose sin embargo los dos en que mientras el retórico de An-

tioquía miraba la creencia antigua como superior en belleza á la moderna, y engendradora de hechos magnánimos é ideas sublimes; el romano Simmaco la miraba por el lado político, y veía en ella la única esperanza del Estado: aquel ejercía una especie de apostolado, y sus escritos y sus discípulos se estendian por todas partes, ambicionando prosélitos cuando éste circunscrito solo á Roma sin cuidarse del resto del imperio cuanto podia hacer por el paganismo se limitaba al senado y á la ciudad. El ser gentil no fué óbice para que fuera prefecto en Roma, pontífice, cuestor y pretor; tambien gobernó la Campania y el Bruzo, figuró como procónsul de Africa, y últimamente como prefecto y cónsul en Roma: siguió el partido de Máximo, y en la derrota de éste se acogió á la Iglesia de aquellos cristianos que habia combatido, y debió su perdon á la intercesion del papa Liberio; asociado despues á sus pontífices, no se entibió su celo, y habla de la religion y de la patria como si nunca se hubiera tratado de abolirlas, escribiendo á Pretextato: "¡Cuán afligido estoy que despues de multiplicados sacrificios no se haya expiado aún públicamente el funesto presagio de Espoleto! Apenas se ha mostrado propicio Júpiter á la cuarta mactacion; y no nos ha sido posible ni aun á la undécima satisfacer á la fortuna pública. ¡Piensa en qué pais estamos! se trata ahora de reunir á nuestros colegas en asam-

blea, y te informaré con oportunidad si llego á encontrar algun remedio divino." Pide á los dioses perdonen á los que descuidan las ceremonias, á las vestales que conserven su disciplina, el castigo para una que violó su voto; y por último, hace cuantos esfuerzos puede por conservar al paganismo en importancia política.

Los defensores del paganismo, en Occidente, no se cuidaban, como en Atenas, de mantener en sus iniciados la fé y las doctrinas teúrgicas, asociadas al neoplatonismo. Solo los maestros de Roma, Milan, Burdeos, Treves, Tolosa y Narvona, divulgaban aún las fábulas paganas é inculcaban las bellezas de los autores antiguos; y cuando Eugenio llegó al trono, por un capricho de la fortuna, acudió á socorrer la idolatría, reedificó el altar de la Victoria, colocó la estatua de Júpiter Olímpico en el paso de los Alpes Julios, y enarboló la imagen de Hércules al frente de sus legiones. Todo esto nos prueba que el cristianismo no manchó su triunfo con las persecuciones, y su tolerancia se manifiesta con solo contemplar á Pretextato y Simmaco en las primeras dignidades, á Libanio y sus discípulos, profesando y defendiendo públicamente el gentilismo, á Eunapio y Zozimo escribiendo historias hostiles al cristianismo, á los sofistas de todas partes haciendo resonar sus quejellas contra la fé; pero en tanto el partido de los fieles se habia acrecentado, y en el número de sus

adeptos se contaban individuos de todas las clases del Estado. Hasta la misma persecucion de Juliano contribuyó á su crédito y poder, y el fácil triunfo del cristianismo sobre la reaparicion de los ídolos de la Grecia aumentó la potestad de los obispos, á quienes se les vió dispuestos como otros tantos capitanes, á combatir el politeismo y á demandar que la sociedad rompiera definitivamente los vínculos que la encadenaban á la idolatría.

Con todo, las herejías no habian dejado de turbar la paz de la Iglesia, y sus pastores se vieron mas de una vez en oposicion manifiesta, lanzándose unos contra otros los anatemas, siendo el ludibrio de los gentiles y el tormento de los pontífices, cuya autoridad, ni la de los concilios, fué en muchas ocasiones bastante á cortar el mal. Sin embargo, como la fé de Pedro subsiste en el gefe de la Iglesia, sucesor en su asiento y en dignidad, cabeza de la unidad cristiana, que lo será un dia del mundo entero, habremos de poner á continuacion la série de los pontífices encargados de dirigir y gobernar la Iglesia de Dios, porque en ellos está personificada la verdadera doctrina, y así tendremos un conocimiento mas preciso de los esfuerzos que hacia la sociedad que dirigian para triunfar completamente y llevar el mundo á su regeneracion.

Veinte años vivió Silvestre despues que vió

concedida la paz á la Iglesia, ejercitando su celo en honra de Dios; le sucedió Márcos, cuyo ardor se habia inflamado en el suyo, y á éste el romano Julio que acogió y proclamó la inocencia de S. Atanasio. En pos de estos viene Liberio que se sometió al destierro por no suscribir la condenacion de Atanasio, y que adoptando luego una fórmula arriana, tanto ha dado que hablar á los herejes, que para ser justos debieron referir igualmente su arrepentimiento y el modo espontáneo como volvió á la verdad. Mientras su destierro el clero de Roma eligió en su lugar al diácono Félix que á su vez fué espulsado.

El español Dámaso tuvo por contendiente á Ursicino: sostenidos ambos por facciones poderosas, llegó la hostilidad hasta la efusion de sangre con dolor de los fieles y mofa de los paganos, que veian deslizarse la ambicion en el seno mismo del santuario. Pero arrojado por dos veces Ursicino de Roma y desterrado á las Galias, Dámaso gobernó la Iglesia. Amigo particular de S. Gerónimo, á quien tuvo por secretario, escribió con elegancia en prosa y en verso, dedicándose particularmente á componer epitafios á los mártires. Instituyó en las provincias remotas los vicarios de la sede apostólica, á quienes perteneció entre los obispos la primera categoría; se les dirigian los asuntos que debian resolverse en Roma, y los trasmitian con su dictámen sobre la cuestion que

justicia y caridad, sustituyendo el amor de la humanidad al sentimiento estrecho y limitado del egoísta patriotismo de los antiguos, muy en breve vió dentro del santuario refugiadas todas las virtudes públicas y privadas del imperio. Los rígidos solitarios del desierto, los celosos sacerdotes, los austeros cristianos, muy lejos de proteger los sueños delirantes del orgullo patricio, ni de sostener el decadente edificio del paganismo, desean un mundo joven lleno de vigor, nuevas formas, nuevos dogmas, austeras y regeneradoras doctrinas. Ellos empujan á su ruina la antigua sociedad y precipitan su disolucion, porque cuando una sociedad se disuelve es porque abriga dentro de sí otra cuya fermentacion descompone los elementos constitutivos de la antigua, para formar nuevas combinaciones. Sin embargo, esta operacion no podia conseguirse sin oposicion, porque la nueva religion, al establecerse, tenia que luchar con el poder de clases privilegiadas y poderosas que bien halladas en su egoísmo, rechazaban toda idea de reforma por útil y necesaria que fuese. Así las persecuciones solo sirvieron de anudar mas y mas los lazos del cristianismo, que considera como enemigo un gobierno que ponía trabas á la cosa mas libre é independiente que existe; la religion, pues, radicando en el corazon, convencido el entendimiento, es la expresion de la voluntad, cuya libertad nadie en el mundo puede comprimir; y

así cuanto mas oprimia el gobierno á los adoradores de la cruz, más se apartaban de su influjo y se unian entre sí, con detrimento del gobierno que perdía la cooperacion de los que juzgaban mas heroico morir que auxiliar los enemigos de su Dios y de su conciencia, como lo espresa Orígenes en estas notables palabras.

“Si se vive bajo un gobierno incómodo, y si no hay manera hábil de sustraerse á su autoridad recurriendo á las emigraciones, resulta de esto que los que se encuentran unidos por un mismo interes espiritual se agrupan entre ellos con el fin de atender á la defensa de este interes contra las leyes existentes. De esta suerte fué como los cristianos se aliaron estrechamente bajo un imperio pagano, cuya constitucion es sin ponderacion mucho mas insensata que la de los escitas; pero teniendo su union por objeto la verdad, aun cuando fuera contraria á las leyes, no lo es al derecho moral, ni á la razon.”

De esto aparece una resistencia pasiva, pero que debilita el cuerpo moral, privando al Estado de muchos servidores, de magistrados ilustres que luchando con la legalidad y su conciencia, seguian ésta; y así en tan continua é incesante pugna el triunfo fué del cristianismo porque dominó en el corazon. Con todo, aun quedaban muchos apegados á las antiguas creencias, pero ya enarbolara el Lábaro triunfante Constantino, ya abriera los

templos de los falsos dioses Juliano, cada revolución religiosa refluía en pro del cristianismo, que de cada obstáculo nuevo, de cada nueva lucha aparecía mas fuerte y se presentaba cada vez mas numeroso y compacto, adquiriendo de dia en dia nuevos prosélitos en todas las clases del Estado desde la mas humilde hasta la mas poderosa, permaneciendo sin embargo la sociedad nueva y la vieja en tanta pugna cuanto eran distintos su origen y su esencia, sin que hubiera un príncipe dotado de bastante energía y talento para crear una organización nueva en conformidad con las verdaderas nociones de Dios y del hombre; y por eso aunque el cristianismo aumentaba el número de sus afiliados, y estendía sus ramas, no había podido aniquilar completamente la idolatría, y á ello contribuyeron las causas siguientes.

La Iglesia había triunfado en las persecuciones y respiraba el aura benéfica de la paz; pero tanto Constantino, como sus primeros sucesores, habían dejado subsistir el antiguo culto por contemplaciones á la clase privilegiada, por no crearse nuevos enemigos, y porque las revoluciones que cambian la faz del mundo no se operan de un solo golpe. Los ritos paganos se consideraban, ó al menos se denominaban nacionales, los pontífices sacrificaban en nombre del género humano, y en los discursos dirigidos á los emperadores se hacían alusiones, invocaciones y votos á las antiguas

deidades. Aun se elevaba en medio de la Curia Julia el altar de la Victoria, adornada por Augusto con los despojos del Egipto, y los senadores, antes de entrar en sesión, quemaban incienso delante de ella, jurando fidelidad al emperador, y aun en tiempo de Alarico se invocaron las antiguas divinidades para salvar de su cólera la ciudad, y mas tarde Gregorio Magno fulminó anatemas contra los ídolos, y sin embargo, los árboles profanos subsistieron en Terracina, siendo necesario todo el celo de los papas para estirpar las ceremonias idólatras.

Las provincias, dirigidas mas bien por el hábito que por el raciocinio, obedecían mas á las impresiones que á las creencias, y permanecían adheridas al antiguo culto como lo acreditan infinitas inscripciones. En Italia se encuentran muchos vestigios de esta persistencia. En Córcega y Cerdeña, y en las demas islas, se conservaban entre los aldeanos, y mas en las Galias, donde el culto de los druidas se mezclaba á las religiones germánicas y á las que habían sido importadas de la Grecia, y tanto, que sin que sepamos la causa, es lo cierto que aun en el siglo V se hizo célebre el archidruida Merlin, con sus profecías en las selvas de la Armórica y de la Bretaña, hasta el extremo de ser considerado despues de su muerte como un ser misterioso, como un profeta, figurando en las novelas de la edad media como un má-

se ventilaba, y en caso necesario hasta podían congregar los obispos de su vicariato.

Muerto Dámaso volvió á figurar Ursicino en la lista de los candidatos, pero también fué derrotado por el romano Siricio. De este pontífice es la primera decretal auténtica, su fecha 11 de Febrero de 385: en ella fija la edad para la admisión á los órdenes sagrados, y los intervalos de ordenación á ordenación: treinta años marca para el subdiaconado, y conocida la capacidad del aspirante, hecho voto de castidad, puede ascender á diácono; pasados dos años de ejercicios puede ser hecho sacerdote y dos despues obispo. Luego viene Anastasio, hombre insigne segun espresion de S. Gerónimo, de vida santa, rico de pobreza, dotado de una solicitud apostólica, á quien al poco tiempo siguió el albano Inocencio, defensor de S. Juan Crisóstomo, y celoso conservador del dogma y de la disciplina, que ejerció su caridad, é interpuso su pacífica mediación entre la ferocidad y la cobardía y en beneficio de la humanidad en la invasión de Alarico. Le sucedió el griego Zozimo, que engañado primeramente por los pelagianos, los condenó despues y exigió del emperador un rescripto que los desterraba de Roma. En lo que va espuesto aparece una prueba del espíritu de igualdad que anima y animó siempre á la Iglesia, y que nos parece oportuno indicar, y es que el pontificado no era el patrimonio de ningu-

na nacion ni clase, y que indistintamente subían á él de todos los países, cualquiera que fuera su origen y la condicion en que hubieran nacido, buscándose para esta dignidad los méritos personales y sus cualidades propias, sin que para nada se contase con sus ascendientes, ni menos con el lustre de su familia, teniéndose solo en cuenta el único mérito que existe real en el mundo, las virtudes, la sabiduría y la *santidad*.

Cuando fué elevado al pontificado Bonifacio, el archidiacono Eulalio que aspiraba á la dignidad ocupó á S. Juan de Letran, apoyado por el prefecto Simmaco, y se hizo ordenar por un escaso número de obispos y sacerdotes; pero confirmando el emperador la eleccion del primero, éste sostuvo sus derechos contra las opuestas pretensiones. Celestino ocupó luego el solio por diez años, y tanto él como su sucesor Sixto III reprimieron los pelagianos y nestorianos poniendo este término al cisma que habia estallado en Oriente.

Mereció el título de *magno* Leon por sus talentos y acciones, dedicado en las Galias á reconciliar á Accio y Albino; cuando fué elegido tuvo despues mucha intervencion en los negocios del Estado. Alcanzó de Attila el perdon de Roma, y si no fué tan feliz con Genserico, al menos evitó el incendio de la ciudad eterna. Es el primer pontífice de quien se recogieron los escritos. Sus noventa y seis sermones, aunque abundan en antite-

sis, respiran una elocuencia dulce y sentimental; y sus trescientas setenta y tres cartas prueban su celo por conservar la pureza de la doctrina y la paz de la Iglesia combatiendo sin tregua ni descanso las herejías. Tuvo por sucesor á Hilario, que en el concilio de Efeso acreditó mucha actividad, aunque sin conseguir ponerse á cubierto de las asechanzas de los innovadores. Estableció las dos primeras bibliotecas del bautisterio de S. Juan de Letran, y en su epístola á Leoncio, obispo de Arlés, da el nombre de monarquía á la supremacía papal. Elevado á la silla Simplicio de Tíboli, vió desmoronarse la dominacion romana, teniendo que dedicarse despues de la caída del imperio de Occidente á defender la unidad de la Iglesia combatida por Acacio, patriarca de Constantinopla.

Al par que tan celosos pontífices, tuvo el cristianismo hombres eminentes en santidad y letras, que con sus virtudes y sus escritos contribuyeron poderosamente á su exaltacion: al lado y en oposicion con los sabios gentiles, en cuyas escuelas habian aprendido, se les ve destruyendo el error y haciendo brillar mas y mas la verdad, celosos campeones de la milicia de Cristo: si los historiadores profanos encomian sus héroes y sus conquistadores, parándose aun en los detalles mas minuciosos, con mucha mas razon habremos, nosotros, de hablar de estos ilustres capitanes que

llevaron la paz á las naciones, al seno mismo de las familias, al corazon de los individuos, y que con sus talentos al frente de la sociedad condujeron el mundo á la civilizacion, consignando al hombre sus verdaderos derechos.

En S. Atanasio empieza esta série de hombres esclarecidos, que imprimieron un movimiento prodigioso á los espíritus y á las opiniones en todo el mundo romano; por sus esfuerzos se eleva en Occidente un poder nuevo sin el elemento militar, con solo la fuerza de la palabra, que al par que se dirige á los poderosos, no para adularlos, sino para humanizarlos, se dirige al pueblo, no para sublevarle, no para escitar sus pasiones ni para lisonjear su orgullo, sino para enseñarle la verdad y encaminalo al bien por medio de la práctica de las virtudes, enseñándole al mismo tiempo el conocimiento de su propia conciencia y de su dignidad, la obediencia que debe á sus superiores, contra quienes no le es permitido rebelarse.

Elevado, pues, Atanasio por sus propios méritos á la silla de Constantinopla, fué reconocido como campeón de las doctrinas ortodoxas. Dotado de energía y de un celo santo, supo animar los fieles y defender la pureza de la fé: sabiendo el modo de sostener un gran partido y conducirle al triunfo, aunque perseguido y expulsado como hemos dicho, hasta cinco veces de su silla, su

voz tronaba cuando la necesidad lo pedia y sus escritos circundaban entre los fieles, y desde las grutas que le ocultaban á los sicarios y le guarecian de los verdugos, acudia donde la necesidad le llamaba. Hombre prodigioso, por cuya conservacion todos los cristianos esponian su vida, era el alma de su siglo, el oráculo de los fieles y el terror de los gentiles y herejes. El haber hablado en el capítulo antecedente de él, y tal vez no ser la última que tengamos que hacerlo, nos impide estendernos mas en este momento, sintiendo solo que el tiempo y las revoluciones nos hayan privado de aquellos escritos, de aquellas epístolas prodigiosas que rebosaban caridad y uncion evangélica, y con las que supo mantener la pureza de la fé, animar los hijos verdaderos de la cruz, estremecer sus enemigos y confundir los herejes.

Rivalizó con él en celo Juan Crisóstomo: hijo de padres ilustres, lo fué mas por su elocuencia que le ha merecido el sobrenombre del *Demóstenes del Cristianismo*, y de la que dijo su maestro Libanio admirando sus talentos oratorios: "A él hubiera yo encomendado mi escuela, si no nos le hubieran arrebatado los cristianos." Hasiado de las escuelas retóricas y del foro, se dedicó á las letras y á la vida solitaria, de la que no pudo separarle todo el cariño materno espresado con la vehemencia del amor, que tan bien pinta el santo con estas admirables palabras: "Cuando mi ma-

dre supo, dice, que habia yo resuelto retirarme del mundo, me cogió por la mano, me condujo á su aposento; y habiéndome hecho sentar sobre el lecho en que me habia dado la vida, se puso á llorar, y luego me dijo cosas mas tristes que las lágrimas, exclamando: "Hijo mio, en medio de estas miserias, mi único consuelo fué verte continuamente y contemplar en tus facciones la fiel imágen de mi pobre marido. Este consuelo empezó para mí desde tu mas tierna edad, cuando apenas sabias deletrear las palabras con que regocujan los niños el corazon de sus padres. No he disminuido tu herencia como acontece á muchos huérfanos; sin embargo, nada he descuidado de cuanto convenia á tu condicion, poniendo hasta de lo mio. No lo digo para echártelo en cara, sino para que no me desampares en otra nueva viudez, es gracia que te pido. Queda á los jóvenes la esperanza de llegar á una edad avanzada; pero los viejos no podemos esperar mas que la muerte. Aguarda á lo menos, hijo mio, el dia de mi muerte, que no está muy lejano. Luego que me sepultes, uniendo mis cenizas á las de tu padre, puedes emprender largos viajes, y hasta cruzar los mares, nadie te lo estorbará entonces. Pero mientras yo respiro tolera mi presencia, no te fastidie vivir en mi compañía, ni provoques la indignacion de Dios haciéndome infortunada, á mí que en nada te he ofendido."

Una voz más imperiosa le apartaba de los afectos humanos, llamándole á los combates del Señor, y se retiró á las soledades de las inmediaciones de Antioquía, donde escribió una defensa de los solitarios, sosteniendo que un monje con su filosofía cristiana es superior á un príncipe rodeado del fausto y vanidad de su poder. Creyéndose indigno del sacerdocio, y sabiendo que se le quería ordenar como á su mas caro amigo Basilio, se ocultó sin comunicárselo, por no disuadirle; y para disculparse de esta falta, escribió su tratado del Sacerdocio. Es digna de notarse la conducta de los ortodoxos en este tiempo; pues mientras los disidentes intrigaban, formaban parcialidades y adulaban los grandes señores para satisfacer su ambición de bienes y honores; los católicos, llenos de humildad, rehusaban hasta el sacerdocio, siendo forzados á recibirle entre otros, Ambrosio, Basilio, Agustín, y habiendo necesidad de amenazar con excomunion á Gaudencio, para que aceptase el obispado de Brescia. En Africa se mutilaban los solitarios por no recibirle, y hubo, en fin, que amenazar con castigos á los clérigos en todas partes para que se ordenasen.

Ya hemos anotado que Juan también se ocultó por no ser ordenado; pero á pesar de todo no lo evitó, y desde entonces la luz de su elocuencia brilló admirablemente: consagrado á la predicación, incoó la carrera de sus ilustres trabajos que

nos ha legado sus numerosos discursos sobre la moral, ó contra los herejes, los en que alaba y los en que consuela. Predicaba por las mañanas antes de los divinos oficios, y aun antes del alba, para no distraer el pueblo de sus ocupaciones; por las cuaresmas lo hacia de noche, y á ellos acudían no solo los cristianos, sino los herejes y hasta los judíos y gentiles, en tan numeroso tropel, que él mismo asegura en su homilía 59, que tiene á veces cien mil oyentes, de lo que se lamenta, no menos que de los aplausos que le prodigaban á cada momento en el siguiente pasaje.

“Me estendia, dice, con una prolijidad desmesurada y acaso sin ejemplo, no pudiendo dominar el fervor de mi alma, cuyos ímpetus acompañaban mis palabras. Pero vuestra es la culpa, que con vuestros aplausos y vuestras exclamaciones extraordinarias me obligais á estraviarme. Así como la llama del horno no es en un principio viva y luminosa, pero inmediatamente se abre paso á través de las materias combustibles, se eleva, huye y brilla fulgurante, de igual manera aumentando el celo con la afluencia y la ansiedad creciente de continuo en mis oyentes, escedió á todo límite, y el agrado de que dabais testimonio atendiendo á mis palabras, fué causa de que me abandonase á la riqueza del asunto.”

Instado para hablar contra los paganos, responde: “No lo haré hasta que no queden cristianos

que convertir." En sus palabras brilla un amor ardiente y desinteresado hácia los fieles. "Haréis para mí, esclama en la homilía tercera *in acta*, oficios de padres, hermanas, hijos, para mí lo sois todo: no experimento gozo ni pesar sino por lo que os atañe. Aun cuando no tuviera que dar cuenta de vuestras almas, no me desconsolaría menos veros perdidos: así como un padre no puede consolarse de la pérdida de un hijo con el pensamiento de haber hecho todo lo posible por salvarle. El objeto mas vivo de mis solicitudes y de mis temores no es verme justificado un día, ó aparecer como un delincuente ante el tribunal temible, sino estar cierto de que todos os habeis salvado, todos sin escepcion ninguna, y de que sois felices para siempre. Esto es necesario, esto basta para mi ventura. Acúseme la justicia divina de no haber desempeñado mi ministerio como debía, con tal de que nada tenga que echarme en cara mi conciencia. Dado que os salveis, ¿qué importa el remedio? El que se sorprendiera oyéndome hablar de este modo, probaría que ignoraba lo que significa ser padre."

Decía á los ricos: "¿Por qué teneis tan alta opinion de vosotros y creéis hacernos un favor cuando venís á este lugar á oír lo que aprovecha á vuestra salvacion? ¿Acaso porque teneis riquezas y traje de seda? ¿No sabeis que esa seda ha sido hilada por gusanos, tejida por bárbaros y traída

por ladrones, sacrílegos y cortesanos? Dad tregua á esa arrogancia, considerad la bajeza de vuestra naturaleza; sois polvo, ceniza y humo, mandais á muchos, pero sois esclavos de vuestras pasiones."

Recomienda un celo activo á los sacerdotes; que no frecuenten las mesas de los poderosos, ni tengan mujeres bajo el pretesto de mantenerlas si son pobres, ó dirigiélas si son ricas. Exhorta á las vírgenes á que no cuiden solo de evitar las culpas groseras, sino que renuncien á vivir en el mundo, y á las viudas que ayunen y se abstengan de los baños y superfluidades, y contraigan segundas nupcias mejor que vivir ociosas sin ocupacion entregadas á la curiosidad y á las bachillerías. Hubiera deseado que cada individuo tuviera un hospital en su casa, y que los cristianos de Constantinopla hubieran reunido su dinero y empleándolo en el socorro de los pobres de la ciudad como medio seguro de que no quedara un solo pagano. Reprobaba la aficion al circo y al anfiteatro y en Antioquía clamaba contra el lujo, los palacios de cedro y pórfito, la comitiva de esclavos y eunucos que llevaban las damas. Predicaba contra el ceño y vestidos de los filósofos, contra la supersticion que inclinaba á los convertidos á consultar los augures y adivinos, á llevar amuletos y á conservar miles de esclavos, de quienes abusaban sin piedad segun el antiguo uso, procurando enderezar aquella sed de placeres á la caridad,

que mira como un puerto que acoge á los náufragos de cualquier país que procedan, apeteciendo que se imitase á Abraham, que dió hospitalidad á los tres viajeros sin preguntar sus nombres ni otra recomendacion que la del infortunio, enseñándonos á honrar en el infortunado su naturaleza de hombre, no el escrito de sus acciones y de su fé. Llamado tan celoso campeon á la sede de Constantinopla, reformó las iglesias de su demarcacion, y se esforzó por atraer los disidentes á las doctrinas ortodoxas.

Gregorio Nacianceno, hijo del obispo de esta ciudad ó diocesarea, se dedicó desde su infancia al estudio, y fué enviado á Cesarea y Alejandría para aprender retórica, y por último á Atenas para perfeccionarse. Aquí conoció á Basilio, el primogénito de diez hermanos, de los que uno era Pedro, obispo de Sebaste, y otro Gregorio, obispo de Nisa. Su familia se salvó de las persecuciones en el Ponto, y desde allí fué enviado á estudiar á Cesarea y Constantinopla, y por último á Atenas, donde manifestó una madurez viril reprobando la ligereza licenciosa de los ciudadanos, las querellas de los estudiantes, que con el calor de la juventud buscaban la verdad con desasosiego, la defendian con fanatismo, y combatian en favor de sus maestros como los fieles en el de sus preladados, y el pueblo en el de los cocheros del circo.

Con este motivo hace una descripcion de este

movimiento tumultuoso de Atenas el doctor de Nacianzo, que nos parece oportuno trasladar, porque nos revela con la elegante sencillez de la verdad las costumbres de aquella época y nos prueba cuánto tuvieron que trabajar estos hombres ilustres para regular la moral é introducir la civilizacion. "En Atenas, dice, se parecen las escuelas á ruidosos anfiteatros, donde veis á los espectadores agitarse sobre sus sillas en medio de una nube de polvo, seguir con sus gestos los movimientos de los cocheros, aturdir los aires con sus gritos, alargar los dedos como para prolongar el aliento de los corceles, y aunque permanecen á distancia, realzar á éste, deprimir á aquel, cambiar escuderos y límites, y directores de la liza. ¿Y quién hace todo esto? Una turba de ociosos que no tiene con que vivir un solo dia. Tales son los estudiantes de Atenas con sus maestros y con los émulos de estos. Una vez que han adoptado una escuela afanosos por aumentar el número de discípulos, y las utilidades del maestro en virtud de los medios mas contrarios á la razon y al decoro, ocupan las puertas, las calles, los campos, todos los caminos por donde se llega de la provincia, y apenas pone el pié en el Atica un mancebo, está á discrecion del primero que se apodera de su persona."

Sigue refiriendo el modo como conducen al reciénvenido á la casa del sofista favorito, donde

tiene que sufrir mil pruebas entre ridículas y serias para acreditar su talento y su carácter, que ofenden ó asustan al que no tiene antecedentes, al par que divierten al que está prevenido; luego se le conduce al baño pasándole por la plaza pública entre dos filas de los asociados, que al llegar al umbral, prorumpen en un grito espantoso, deteniéndose como poseidos de furor, golpeando luego la puerta para asustarle, dejándole en libertad cuando entran; considerándole al salir como iniciado, y tomando luego entre sus condiscípulos el lugar que le corresponde.

Gregorio preservó á Basilio de tan ridícula escena, y de que aquí nació aquella amistad que tan bien describe el Nacianceno en la oracion fúnebre y en el poema sobre la vida de S. Basilio, con estas palabras: "Llevados á Atenas por Dios, por el deseo de la ciencia, como dos rios que se reunen despues de un largo curso, continuamos con igual ardor un objeto altamente envidiado entre los hombres, la sabiduría; pero nos era desconocida la envidia. Nos disputábamos, no el honor de obtener la preeminencia sino el de renunciarla. Cual si no hubiéramos tenido mas que un alma en dos cuerpos, nuestra ocupacion comun era cultivar la virtud y vivir para las eternas esperanzas, aislándonos en la tierra antes de abandonarla. Confundidos en medio de una multitud de jóvenes impelidos á los excesos por la edad y por

las inclinaciones, pasábamos dias tranquilos. Semejantes á aquel manantial que, segun se dice, conserva la pureza de sus aguas en medio de las saladas olas, nos aplicábamos de mejor grado á las ciencias útiles que á las de recreo, porque de aquí provienen las virtudes ó el libertinaje de los jóvenes. No conocíamos mas que dos horas, la de la Iglesia y la de los maestros."

Basilio progresó admirablemente en gramática, elocuencia, filosofia especulativa y práctica, en las sutilezas de la dialéctica, en astronomía, geometría, aritmética y medicina. Pero llegó el momento de separarse, para los dos tan amargo, y descrito con las mas sentidas frases, y Basilio regresó á su patria, donde empezó á meditar sobre la eleccion de estado. Encantado por la soledad, se inclinaba como Juan y Elías al desierto; pero esto no le pareció á propósito para las divinas enseñanzas. "Aquellos que se consagran á la vida activa, son útiles para los demas, inútiles para sí mismos, se arrojan á mil dificultades y turba la dulzura de su reposo una agitacion continua. Los que se segregan completamente de la sociedad, viven mas tranquilos y pueden dirigir mas libremente á la contemplacion su espíritu exento de cuidados; mas no son buenos mas que para sí mismos, y su vida es mas triste que penosa. Escogí, pues, la vida intermedia, consagrándome á meditar con los unos, y á ser útil con los otros."

De este modo une la contemplacion al trabajo, y la vida ascética á la de movimiento, llevado del deseo de ser útil á sí y á sus semejantes.

Habiendo defendido varias causas, impulsado por la filosofía cristiana, se hizo voluntariamente pobre y visitó los santos solitarios del Egipto, la Siria y la Mesopotamia. Ya habia su hermana Macrina reunido en Ibora del Ponto piadosas mujeres que vivian en comunidad de alimentos y pobreza, meditando sobre las cosas del cielo y cantando las alabanzas del Redentor que habian elegido por esposo. Y allí eligió Basilio un sitio silvestre que describe con una elegancia encantadora á su amigo S. Gregorio, y que prueba toda la sencillez de un alma libre de las seducciones del mundo.

“Después de haber perdido, le escribe, las esperanzas, ó mas bien, los sueños que acariciaba respecto de mi persona, porque la esperanza es el sueño del hombre despierto, me he dirigido al Ponto para buscar una existencia conveniente, y Dios ha permitido que halle un asilo en conformidad con mis inclinaciones. Me ha sido otorgado en realidad lo que imaginábamos á veces juntos. Es una alta montaña, cubierta de espesos bosques y regada al Norte por límpidos y frescos manantiales. A la falda se estiende una llanura fecundada por las aguas que allí descenden, y protegida por la selva con árboles de todas clases plantados al

acaso. Por mucho que haya encomiado Homero la isla de Calipso, entiendo que seria muy poca cosa al lado de esta llanura. Divídese este lugar en dos valles, y despeñándose el rio por un lado de las rocas, forma con su curso una barrera continua que seria difícil superar; por el otro cierra todo paso la cordillera de montañas que se comunica con el valle por tortuosos senderos. Somos dueños de la única entrada. Mi habitacion está sobre la punta mas avanzada de un altísimo peñasco, de manera que todo el valle se desarrolla y puedo contemplar desde allí el curso del rio, mas grato para mí que el Estrimon para los habitantes de Anfipolis..... ¿Qué podria decirse de las exhalaciones de la tierra y de la frescura que sube del rio? Otro admiraria la variedad de las flores, el canto de las aves; mas yo no tengo espacio para fijar la atencion en esto. Lo que mas me encanta es, que este lugar, con la abundancia de todas las cosas, me brinda la tranquilidad, el mas dulce de todos los bienes. No solo está exento del bullicio de las ciudades, sino que ni aun recibe viajeros, á escepcion de cuando llega á reunírnos algun cazador extraviado; porque hay caza, no de osos y de lobos como en nuestras montañas, sino de rebaños de ciervos, de cabras montesas, de liebres y otros animales semejantes. Perdóname haber buscado un refugio en este asilo. Tambien Alcmeon se detuvo cuando halló las is-

las Equinadas." Allí introdujo y fijó reglas á la vida cenobítica, allí se le reunieron Gregorio y otros muchos, á quienes daba lecciones y ejemplos de piedad.

En este tiempo ruge la persecucion de Juliano, y necesitando la Iglesia sacerdotes del templo de Basilio y Gregorio, fueron contra su voluntad elevados al sacerdocio, si bien durante la vida de su tirano y apóstata condiscípulo permanecieron ocultos, más por temor á sus halagos que á sus tormentos, pues no ignoraban la sagacidad con que quiso apartar de la fé á Cesáreo, hermano de Gregorio, á quien no sacrificó por no proporcionarle, como él decia, los honores del martirio.

Las virtudes y el talento de Basilio se hubieran consumido en la oscuridad de su monasterio, si la caridad no le hiciera admitir el obispado de Cesarea; pero á pesar de la corrupcion que infestaba al clero, este celoso pastor conservó en su elevada posicion la pobreza, consagrándose en todo á los que padecian, inflexible en la fé, infatigable en la beneficencia; abrió un grande hospicio para extranjeros y menesterosos, hizo fábricas y escuelas, hermoseó á Cesarea, y mientras se mantenía de pan y legumbres, sobrellevando valerosamente las fatigas del púlpito y de las visitas pastorales con una tolerancia que no amortiguaba su celo, estendía su caridad á todos, sin dis-

tincion de creencias, mereciendo el renombre del apóstol de la limosna, y que su muerte fuese llorada de judíos, gentiles y cristianos que le miraban como el padre comun, siendo tal la concurrencia que asistió á sus funerales, que muchos murieron ahogados.

Gregorio, elevado desde el obispado de Sasima que habia recibido con repugnancia, al de Nacianzo, y luego al de Constantinopla, combatió el arrianismo oponiéndole no solo la fuerza de la doctrina, sino el ejemplo de su austeridad, de su humildad y de su pobreza, por lo que pusieron los sectarios cuantos medios estuvieron á su alcance para impedir que los ortodoxos se reunieran en una capilla particular, invadiéndola con violencia y llevando el insulto hasta el asesinato; pero á la voz de Gregorio los fieles quitan una por una las piedras de la iglesia profanada, y la reedifican á la orilla opuesta del Bósforo, de donde cuando renació la paz las volvieron al mismo sitio, reedificando con ellas la Iglesia que llamaron Atanasia ó Resucitada.

Entonces fueron entregadas las cien iglesias de Constantinopla á los católicos, y Gregorio conducido en triunfo á Santa Sofia: aunque escoltado por guardas, asistió al segundo concilio constantinopolitano, donde se aceptó el símbolo de Nicea, si bien desarrollando mas ciertos puntos de él, y conservó en la silla patriarcal la misma mo-

destia, frecuentando el trato de los poderosos para implorar su caridad, molestándole en la mesa del emperador el ceremonial de etiqueta que tanto contrastaba con sus modales sencillos y afectuosos, libró su pueblo de los castigos que le amenazaban á consecuencia de una sedicion, y no pudiendo sustraerse á la envidia por no ser motivo de disturbios, abdicó voluntariamente convocando su grey á quien reveló las intrigas y ambiciones de sus enemigos, y las reconvenciones de los que le imputaban á delito no dar banquetes ni vestirse con el lujo de los cónsules y generales, concluyendo su despedida con estas tiernas palabras:

“Adios, exclamaba, iglesia de Atanasio, que recibiste tu nombre de la piedad, trofeo de nuestra comun victoria: nuevo asilo donde reposó primeramente el arca santa despues de andar errante por espacio de 40 años en el desierto. Adios, templo famoso, nuestra reciente conquista, que llena á la sazón Cristo de tan inmensa muchedumbre, aldea de Jebus, de que hemos hecho otra Jerusalem. Adios, santas moradas, que abarcais los diversos barrios de esta metrópoli, y sois como el lazo y el punto de reunion de ella. Adios, apóstoles santos, colonia celeste, que me habeis servido de modelo en los combates. Adios, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, ornato con las virtudes

y con la edad de los sacerdotes. Adios, vosotros todos, ministros del Señor á la santa mesa, que os acercáis á Dios cuando baja entre nosotros. Adios, delicia de los cristianos, coro de nazarenos, dulzura de las salmodias, piadosas veladas, castas vírgenes, mujeres modestas, asambleas de huérfanos y viudas, pobres que levantais vuestros ojos hácia Dios y hácia mí. Adios, casas hospitalarias, amigas de Cristo y socorredoras de mi enfermedad. Adios, vosotros que amais mis discursos, multitud diligente en medio de la cual veia brillar los furtivos punzones que trascibian mis palabras. Adios, barras de esta tribuna, forzadas con tanta frecuencia por el número de los que se precipitaban en tropel para oír mis discursos. Adios, reyes de la tierra, palacios de los reyes, servidores y cortesanos suyos, fieles, quiero creerlo así, á vuestros soberanos, pero infieles por lo comun á Dios. Aplaudid, elevad al cielo el nuevo orador: queda muda la voz que os desagradaba.... Adios, ciudad soberana y amiga de Cristo, este es un testimonio que la rindo, aunque su celo no sea siempre arreglado á la ciencia.... Acercaos á la verdad, acreditad enmienda por mas que parezca tardía. Adios, Oriente y Occidente por los que he peleado y fui oprimido. Pero adios, especialmente vosotros ángeles custodios de esta iglesia, que protegísteis mi presencia y protegeriais mi destierro. Y tú, santa Trinidad, mi pensamiento y mi

gloria, convence y conserva á mi pueblo, compréndate á fin de que yo sepa que crece en virtud y en saber cotidianamente. ¡Hijos míos, guardadme el depósito sagrado, acordaos de mi apedreamiento!"

Así dejó Gregorio á Constantinopla entre el llanto de sus hijos, y volvió á su laborioso retiro, trocando los palacios de la corte con sus pompas y vanidades por un jardín, un cristalino manantial y la sombra de algunos árboles: allí ayunaba, oraba, dormía sobre una vieja estera y cubría su cuerpo con un tosco sayal, con los pies desnudos, sin fuego ni otra compañía que los brutos del campo, pero sin poder dominar su carne enteramente, lo que le hacía decir en su avanzada edad: "Que vírgen de cuerpo no podía llamarse tal de pensamiento." Así lo espresa en los versos con que amenizaba su soledad, y cuya composición miraba como una penitencia por el trabajo que experimentaba al hacerlos, resto de su vida, y en esta soledad murió monajenarío el año 391 de Cristo.

Contemporáneo, aunque inferior en ciencia á los precedentes, Gregorio, obispo de Nisa, y hermano de S. Basilio, amaba la soledad y se complacía en el estudio; escribió sobre el destino del alma, y con motivo de ciertas dudas que le propuso su hermana Macrina sobre la resurrección con motivo de la muerte de Basilio, trató también

de este particular. Dotado de un fervor evangélico sostuvo la unidad de la Iglesia contra los herejes y cismáticos, pacificó las iglesias de la Palestina y Arabia, dirigió el segundo concilio Ecuménico y murió con el título de Padre de los pobres.

Otros muchos obispos ayudaron en Oriente á los referidos, y sostuvieron la causa de la Iglesia contra los novadores, pero que omitimos porque los mencionados son como los gefes que conducían el ejército ortodoxo á la victoria, y que de una en otra le llevaron al triunfo, porque de referirlos individualmente sería prolongar hasta el infinito nuestra obra y salirnos del objeto de ella, que es referir aquellos que la Iglesia reconoce como mas ilustres, y cuya autoridad es de todos respetada, que fueron el martillo de los enemigos de la fé que arrancaron á la idolatría su imperio, disputaron al error su triunfo y al infierno su presa, colocando la humanidad en la verdadera senda del progreso intelectual que conduce á la civilización, empujando al mundo á la revolución social y espiritual que se empezó en la cruz.

Tan ilustres campeones tuvieron las buenas doctrinas en Oriente, y tan buenos defensores la Iglesia, y bien los necesitaba en un tiempo en que el furor habia desencadenado todas las pasiones, y el infierno todos sus elementos para anegar la barquilla de S. Pedro y sumergirla en el proce-

loso mar de la tribulacion para anegarla entre sus tumultuosas olas, pero merced á la proteccion del Altísimo que sabe en los dias del mal suscitar ilustres y esclarecidos defensores y pilotos diestros de quien se vale para llevar á cabo sus fines, el acongojado bajel de la Iglesia, dirigido por tan eminentes prelados, pudo triunfar de tan contrarios y furiosos huracanes y alcanzar al fin el ansiado puerto á que aspiraba. ¿Y cómo no si el favor del cielo estaba de su parte? Aprended, enemigos de la religion á respetarla, y no olvideis nunca que si Dios está de su parte, de nada puede servir vuestro encono, porque al fin triunfará con su auxilio, y hará impotentes vuestros esfuerzos como hizo los de los enemigos que la combatieron en estos tiempos.

CAPITULO X.

SANTOS PADRES DE OCCIDENTE.—TRIUNFO DEL CATOLICISMO.

No menos enérgicos se mostraban los obispos en Occidente, y en sus deseos se les veia infatigables, se les admiraba incansables para defender como buenos soldados de la cruz la religion que en el Gólgota fué fecundizada con la sangre de su divino fundador y cuyo depósito les fué encomendado. Centinelas de la casa del Señor y pastores de su grey, velaban por su seguridad y se consagraban á su defensa combatiendo la herejía donde se presentaba, esgrimiendo las armas del raciocinio, buscando el error en todas partes para desenmascararle y presentarle en toda su deformidad al desprecio y aversion del mundo, y

loso mar de la tribulacion para anegarla entre sus tumultuosas olas, pero merced á la proteccion del Altísimo que sabe en los dias del mal suscitar ilustres y esclarecidos defensores y pilotos diestros de quien se vale para llevar á cabo sus fines, el acongojado bajel de la Iglesia, dirigido por tan eminentes prelados, pudo triunfar de tan contrarios y furiosos huracanes y alcanzar al fin el ansiado puerto á que aspiraba. ¿Y cómo no si el favor del cielo estaba de su parte? Aprended, enemigos de la religion á respetarla, y no olvideis nunca que si Dios está de su parte, de nada puede servir vuestro encono, porque al fin triunfará con su auxilio, y hará impotentes vuestros esfuerzos como hizo los de los enemigos que la combatieron en estos tiempos.

CAPITULO X.

SANTOS PADRES DE OCCIDENTE.—TRIUNFO DEL CATOLICISMO.

No menos enérgicos se mostraban los obispos en Occidente, y en sus deseos se les veia infatigables, se les admiraba incansables para defender como buenos soldados de la cruz la religion que en el Gólgota fué fecundizada con la sangre de su divino fundador y cuyo depósito les fué encomendado. Centinelas de la casa del Señor y pastores de su grey, velaban por su seguridad y se consagraban á su defensa combatiendo la herejía donde se presentaba, esgrimiendo las armas del raciocinio, buscando el error en todas partes para desenmascararle y presentarle en toda su deformidad al desprecio y aversion del mundo, y

haciendo triunfar la verdad en todos los terrenos en que la impostura los citó al combate: su voz elocuente resonaba en los púlpitos, confundía en las cátedras, é infatigables en sus penosas tareas, se les veía acudir allí donde el peligro arreciaba, allí donde el error se mostraba mas pujante y formidable, sin perdonar ni aun su propia vida para confortar los débiles, confirmar los fuertes y robustecerlos, y sentar sobre bases indestructibles los sólidos principios de aquella religion divina que ha de conducir todos los pueblos, todas las naciones, todos los hombres á los piés de la cruz del que dijo por boca de sus profetas: "¡Oh Señor! todas las naciones vendrán y te adorarán." Profecía admirable que solo tendrá complemento el dia que los ministros del cristianismo hayan hecho comprender á los hombres la mision humanitaria y divina de la religion de Jesucristo en el mundo.

Así, pues, vemos que con no menos brío se disputaba en Occidente, y al lado de los Padres de Oriente bien merecen un lugar los romanos: émulos de aquellos en virtud, saber y santidad, contribuyeron, como ellos, á elevar la hija del Altísimo y á establecer su imperio universal: S. Gerónimo es el lazo (permítaseme esta espresion) que une los Padres occidentales y orientales: nacido en Dalmacia y educado en Roma, se empapó en la corrupcion de la gran ciudad, y tanto, que

la disolucion le causó tal hastío, que abrazó el cristianismo. Consagrado al estudio, se formó una biblioteca por su propia mano, sin perdonar hasta los mas largos viajes para enriquecerla. En vista de las disensiones que agitaban el Oriente, cuando lo visitó se retiró á un desierto en los confines de Siria y Arabia. Allí, mortificando su carne y pasando de la oracion al estudio, saboreaba los placeres de la soledad, embellecida, segun su espresion, "por las flores de Cristo, lejos de la humada cárcel de las ciudades."

Su vida penitente, estudiosa, amortiguada, no podia templar los vuelos de su fogosa imaginacion; y en medio del desierto, con el sayal de ermitaño, aquel cuerpo estenuado, ocultaba un alma de fuego, cuya luz brilla en sus escritos hasta el punto de arrancar á su pluma esta sentida confesion: "¡Cuántas veces en el desierto, en medio de aquellas soledades abrasadas por el sol, creí asistir á las delicias de Roma! Sentado á solas, con el alma inundada de amargura, abatida la carne y sin fuerzas, cubierto con un grosero sayal, con el rostro bronceado como un etiope, lloré y gemí todo el dia; y si á pesar mio me cogia el sueño, mi cuerpo iba á tropezar sobre la tierra desnuda. Y no obstante, yo que por miedo del infierno me habia condenado á aquella cárcel, habitada por serpientes y tigres, me sentia mentalmente trasladado al seno de las danzas de las doncellas romanas.

Enjuto el rostro por el ayuno, mi cuerpo estaba abrasado de deseos, y en mis helados miembros, en mi carne muerta antes de tiempo, se inflamaba el fuego de las pasiones. Privado entonces de socorro, me prosternaba á los piés de Cristo, bañándolos con mis lágrimas; más de una vez pasé todo el día y toda la noche dándome golpes de pecho hasta que Dios daba paz á mi alma. Hasta el asilo de mi celda me inspiraba espanto, pareciéndome cómplice de mis pensamientos. Irritado contra mí mismo me engolfaba en el desierto y me prosternaba en oracion donde veia un valle mas profundo, una roca mas escarpada. Frecuentemente, y á Dios pongo por testigo, despues de haber vertido lágrimas abundantes, despues de haber levantado por largo espacio mis ojos al cielo, me hallaba trasladado al coro de los ángeles, y exclamaba: ¡subimos hácia tí atraidos por el incienso de la oracion!"

No menos le atormentaba su aficion á la literatura profana: educado para idolatrar la forma con detrimento de la esencia, se nutria en aquellos libros adquiridos con tanto trabajo, y cuando dejaba de leer á Homero y Platon, á Ciceron y á Virgilio, para embeberse en los profetas ásperos, y descuidados de los ornamentos artificiales, y tanto que en una enfermedad, creyéndose en presencia del Juez supremo, le pareció que argüia de mas ciceroniano que cristiano, alegoría que reve-

la la lucha del genio con la imaginacion que tanto prolongó la agonía del paganismo.

Aquel retiro convenia poco con su actividad, y bien pronto se trasladó á Antioquía, donde fué ordenado sacerdote por Paulino; luego pasó á Constantinopla, y á pesar de sus cincuenta años estudió exegesis sagrada con Gregorio Nancianceno, y tradujo la crónica de Eusebio y las homilias de Orígenes; de allí marchó á Roma, donde el pontífice S. Dámaso le empleó en varios trabajos literarios, entre otros el de la revision de la Biblia latina. Allí conoció y contrajo amistad con las viudas Melania y Marcela; con las jóvenes Principia y Asela, con Albina, Paula, Lea y Fabiola, y otras mujeres piadosas é ilustres que, lanzándose á la austeridad y penitencia, al camino de la virtud, protestaban sus obras contra la debilidad, y socorriendo las miserias de un siglo en que tanto abundaban, oponiendo á los lupanares asilos de religion, á los circos y anfiteatros hospitales y hospicios, contribuian poderosamente á la reforma del mundo y al lustre y esplendor de aquella religion divina que llevaba la humanidad á la conquista de sus derechos y á la civilizacion. Contribuyendo estas piadosas mujeres á levantar aquel cuadro que con motivo de la conversion del pontífice Albino, padre de Leta, traza Gerónimo, y que prueba lo bien que conocia el porvenir que se acercaba, y que comprendia los medios de ace-

lerarlo. Así habla, pues, el santo doctor con este motivo: "Este (Albino) es ya un candidato de la fé, que se halla rodeado de una multitud cristiana de hijos y de nietos. El hombre no nace cristiano, llega á serlo. El capitolio, cubierto de oro, se empaña bajo el polvo, la araña cubre con sus telas los templos de Roma; la ciudad sale de sus cimientos; oleadas de pueblo pasan por delante de los edificios derribados, consagrados en otro tiempo á los dioses, dirigiéndose á los sepulcros de los mártires."

Así minado el paganismo, Gerónimo apareció como un enemigo formidable para los gentiles que no perdonaron medio por vencerle, dirigiéndole ataques de toda especie, al mismo tiempo que el clero corrompido, á quien también reprendía por su traje elegante, sus cabellos rizados y perfumados, sus dedos llenos de anillos, su modo de andar mundano, y por insinuarse en las casas buscando regalos y testamentos, ponía en juego todo el furor del rencor y de la maledicencia para perseguir al santo, cuya vida era un tormento de la suya, cuyas virtudes reprendían su corrupción, y cuya santidad tanto resaltaba entre sus desarreglos, y llevando su rencor hasta calumniar su amistad espiritual: disgustado de esto, después de justificarse ante los magistrados, regresó á Alejandría seguido de Eustoquion, Paula y otras mujeres santas, donde oyó al gramático divino, y des-

pues de admirar los anacoretas de la Nitria pasó á Palestina, donde organizó un monasterio de hombres, al par que Paula fundó otro de mujeres. Allí se consagró tanto al trabajo, que á más de explicar la Biblia á sus anacoretas, enseñar á los niños los primeros rudimentos de lectura y ojear aquellos autores paganos que encantaron su juventud, escribía mil renglones diarios. Su ciencia brilló por todas partes, y hombres piadosos y mujeres llenas de fé, acudían á sus luces como al iris que debía calmar las borrascas de su espíritu. Edibia de Bayeux le dirige para su resolución doce cuestiones. Algarrio de Cahors le consulta sobre la Biblia, desde la Bretaña viene un sacerdote sin más objeto que traerle una carta y llevar la respuesta; aquel desierto encerraba un oráculo que todos deseaban consultar y que hacía olvidar los bosques de Dodona. Y sin embargo, no pudo ocultarle el furor de sus enemigos, y en él se vió asaltado por una turba de semipelagianos que incendió las tranquilas celdas de los monjes y de las hermanas, pudiendo el santo escaparse con mucho trabajo, para morir al poco tiempo nonagenario. En las disputas con su antiguo amigo Rufino, fué acusado por éste de amar demasiado la literatura profana, atribuyéndoselo como un delito. ¡Tal era entonces el espíritu dominante!

Casi al mismo tiempo el poeta Paulino, casado

con una española sumamente rica, ilustre por las dignidades que habia obtenido y mucho mas por la ciencia, sentia en su alma los destellos de la gracia que le llamaban á la religion cristiana. Agobiado de amarguras implora al cielo para que le libre de sus dolores, de su mujer y de sus hijos. Resignado luego con la voluntad de Dios, acepta una vida de angustias y resignacion, y se retira del mundo mirando á su mujer como una hermana, y encaminándose á Roma recibe el bautismo; es ordenado sacerdote de Barcelona á peticion del pueblo, á quien da una parte de sus bienes, y el querido de las musas gentiles repudia su hermoso ornato y se abraza con la cándida sencillez de la musa cristiana.

En vano mientras los cristianos se regocijaban y los obispos daban públicas acciones de gracias por esta conversion, se indignaban los gentiles, la luz de la verdad habia penetrado en su alma, y todo el poder de las tinieblas no servia sino para hacerla brillar mas. Despreciado de sus deudos y amigos, desobedecido de sus clientes, libertos y esclavos, el poeta Amonio tomó á su cargo volverle al paganismo; pero ni sus quejas, ni sus consejos, ni el recuerdo de su antigua amistad y de sus comunes estudios, ni sus maldiciones, ni, finalmente, la invocacion á las musas griegas, pudieron restituir su poeta querido á las del Lacio, pues Paulino contestó: "Que cesara de im-

plorar las musas que habia repudiado, porque consagrado su corazon al culto de un solo Dios, no tenia ya lugar para ellas ni para Apolo."

Habiendo vuelto á Italia se inflamó tanto con las pláticas de S. Ambrosio, que se retiró con su mujer á una soledad cerca de Nola, donde en diez y seis años que vivió hizo renacer los portentos de la Tebaida. Allí edificó una iglesia á S. Félix que adornó con pinturas del antiguo Testamento, cuya vista encantaba tanto á los aldeanos que hasta se olvidaban de comer. Allí, absorto en esa paz que no arrebatava el mundo, vivia sin temor á los bárbaros ni á sus incursiones, y todos los años el dia del santo componia un himno en su honor, y aunque los amigos de la forma pretenden que escribia mejor de pagano que convertido, el mismo Amonio dice: "Que sus versos eran suaves y cadenciosos, y S. Agustin encomiaba su *piEDAD PLAÑIDERA*."

Elevado al episcopado, entabló correspondencia con Asia, Africa é Italia, con Ambrosio, Gerónimo y Agustin, de que resultó un cambio completo de ideas, consejos y aclaraciones. Hablaba al pueblo con esa sencillez encantadora que tanto ensalza el cristianismo, y en aquel tono familiar que tan bien comprende el pueblo y que está en la esencia de la religion. De este modo encabeza su discurso sobre la elocuencia: "Mis queridos amigos: no sin causa se pone el pesebre de los

animales; no solo se hace por el placer de los ojos. Es una especie de mesa para uso de los animales desprovistos de razon, preparada por la razon del hombre, á fin de que los cuadrúpedos puedan tener alimento. Si los que han construido el pesebre descuidan poner allí heno, no tardarán los animales en ser devorados por el hambre: si no comen, el hambre los comerá. Advertidos por este ejemplo, guardemos de descuidar la mesa que Dios colocó en la iglesia. . . .”

Mientras así Paulino brillaba en Italia, desplegaba toda su energía en la Galia Narbonense S. Hilario. Hijo de una ilustre familia, consagrado al estudio, se encaminó paso á paso á la verdad renunciando á los placeres y meditando sobre la divinidad, para pasar de la creencia en Dios á la de la inmortalidad del alma, y de aquí á un mediador divino. Hecho sacerdote y luego obispo de Poitiers, sostuvo á S. Atanasio; confinado á Oriente, conoció los grandes doctores, y su trato le infundió nueva energía. En Constantinopla presentó una demanda para que su doctrina fuera tolerada, y se prestó á defenderla contra los arrianos; pero no fué oído, y lleno de celo prorumpió contra el soberano del imperio en estas palabras:

“¡No estamos aún en los tiempos de Neron y Diocleciano! Combatiremos al descubierto y con confianza contra sicarios y verdugos, y tu pueblo viendo la persecucion pública, nos seguirá como

caudillos. Actualmente peleamos contra un perseguidor que disimula; contra un enemigo que prodiga caricias; contra el Antecristo Constancio, que no hiere sino que halaga; que no proscribe nuestras cabezas, sino que nos enriquece para corrompernos; que no nos empuja á la libertad cristiana por el camino de los calabozos, sino que nos honra en su palacio para avasallarnos. . . . No pelea porque teme quedar vencido, y para dominar lisonjea. Confiesa á Cristo únicamente para negarle; busca la unidad para estorbar la paz; comprime las herejías para que no haya mas cristianos; honra los sacerdotes para que sean degradados los obispos; construye iglesias para destruir la fé. Te digo, Constancio, lo que Neron, Decio y Máximo hubieran oído de mi boca. Combates contra Dios; te encarnizas contra la Iglesia; persigues á los santos; detestas á los predicadores de Cristo; destruyes la religion; eres tirano, no de las cosas humanas, sino de las divinas; acreditas un cristianismo engañoso; eres el nuevo enemigo de Cristo; el precursor del Antecristo cuyos misterios de iniquidad comienzas; fabricas una profesion de fé, y vives contra la fé misma; perturbas lo antiguo y mancillas lo nuevo.”

En lo que acabo de copiar se conoce aquella elocuencia que S. Gerónimo caracterizó con la imágen atrevida, pero comprensiva, de su dialéctica vigorosa de *Ródano de la elocuencia latina*;

elocuencia que unia á un modo vivo é insinuante de raciocinar una locucion brillante y fecunda. Su tratado de la Trinidad y el de los Sínodos, son lo mas acabado que se ha escrito sobre la materia, así como varias obras dirigidas á los emperadores, siendo digna de notarse la respuesta que da al emperador Constancio con motivo de haber éste dicho: "No quiero que se use de espresiones desconocidas á la Escritura." El santo le reponde: "¿Quién eres tú para imponer preceptos á los obispos y para privarlos del derecho de predicar á su albedrío la doctrina apostólica? Eso es como si alguno dijera: hé aquí nuevos venenos, no quiero nuevos antídotos." Respuesta digna de un obispo que comprende sus deberes, lo elevado de su dignidad, y que sostiene sus derechos y los de la Iglesia contra las intrusaciones de los poderosos de la tierra que le están subordinados espiritualmente, de un obispo que tiene á la vista y no ha olvidado que los obispos están puestos para regir y gobernar la Iglesia de Dios.

Restituido á su iglesia por Valentiniano, denunció al obispo de Milan, Ausencio, que en tiempo de los príncipes arrianos habia profesado sus doctrinas, y éste lo hizo condenar por el emperador como perturbador de la paz de la Iglesia. Entonces Hilario hizo una defensa elocuente, en la que "deploramos, dice, nuestros aciagos dias, gimamos por las locuras de un tiempo en que se cree

que Dios necesita de la proteccion de los hombres, y que conviene defender á Cristo con ayuda de las intrigas del mundo. ¡Oh obispos que os creéis tales, respondedme en vuestra fé! ¿De qué apoyos humanos se valieron los apóstoles para predicar el Evangelio y convertir las naciones consagradas á la idolatría? ¿Aspiraban á ganarse el favor de la corte, cuando cantaban himnos al Señor desde el fondo de los calabozos, hallándose cargados de cadenas y despues de sufrir el tormento? Pablo, ofrecido en espectáculo, ¿recurrió á los edictos del príncipe para formar una iglesia á Jesucristo? ¿Era para él, por ventura, el apoyo de los príncipes un medio de defensa, ó fué mas bien su odio el que hizo florecer el Evangelio? Cuando los apóstoles vivian del trabajo de sus manos y recorrian las ciudades, las aldeas y los paisos remotos, á despecho de los reyes y del senado, ¿creéis que no poseyeran las llaves del cielo? Al reves, la virtud de Dios se manifestó entonces, á pesar de la envidia de los hombres; y cuanto mas prohibido era el Evangelio, mas fervorosamente lo pregonaban por todas partes. Pero actualmente, ¡oh dolor! protecciones humanas recomiendan la fé divina; Cristo parece despojado de su virtud, al par que se intriga en su nombre; se amenaza la Iglesia con destierros y encarcelamientos; se quiere hacer que se crea en ella por fuerza, cuando en otros tiempos era creida á pesar del destierro

y de las cadenas." También murió de una edad avanzada.

Cuando así resplandecía el obispo francés, la Italia puede gloriarse de tener un Cenon, obispo de Verona, que concluyó con la idolatría y el arrianismo en su Iglesia, y nos ha dejado setenta y siete discursos de un estilo elegante, aunque no eran nuevas sus ideas. Ascendido al obispado de Verceli, Eusebio, natural de Cerdeña, introdujo el primero en su clero la vida regular, y en el concilio de Milan se opuso con tanta energía á las pretensiones del emperador, que llegó la cólera de éste hasta llevar la mano al pomo de su espada. Desterrado de su sede, se hallaba en la Tebaida, cuando el edicto de Juliano le permitió regresar á su obispado. Defendió constantemente á Atanasio, luego fué enviado á pacificar la iglesia de Antioquía; y no pudiendo conseguirlo, regresó á su silla, donde murió. Tuvo por amigo á Lucifer, obispo de Cagliari, uno de los mas ardientes impugnadores del arrianismo y los cismas, y que desde su destierro dirigió al emperador un escrito lleno de aquel fervor que le impelia á prohibir á sus ovejas toda comunicacion con los herejes. No menos era el celo fervoroso con que su amigo, el diácono Hilario, impugnaba á los arrianos, llegando hasta el extremo de pretender que se volviesen á bautizar, si volvian al seno de la Iglesia; lo que hizo á S. Gerónimo llamarle "el Deucalion del mundo."

Pero quien brilla entre todos con mayores resplandores es S. Ambrosio: nacido en Tréveris, nombrado gobernador de la Liguria y la Emilia, residia en Milan, cuando murió el obispo arriano Ausencio. Cuando se trató de elegirle sucesor, previendo que la eleccion seria tumultuosa, se presenta en la asamblea, apenas le ven entrar, gritan todos: "Sé tú obispo." Para eludir aquel nombramiento, apela á la fuga, y hasta asiste á un tribunal, en que se trata de imponer la pena de muerte; pero como nada lograrse, se sometió á la voluntad de Dios, que ya no podia desconocer, y se dejó bautizar, ordenar, ser sacerdote, y luego obispo. Entonces distribuye á los pobres su dinero, dá sus propiedades á la Iglesia, salvo el usufructo que reservó á su hermana Marcelina, confia la administracion de su casa á Satiro, tambien hermano suyo, y se consagra enteramente á su santo ministerio.

Dedicado al estudio de la Escritura y santos Padres, que ni aun conocia, tanto aprovechó, que no tardó en ser llamado el primero de los doctores de Occidente. Dotado de aquella actividad que dá la energía, es mas sublime en las obras que en los escritos; su vida, que nos ha transmitido su secretario Paulino, se absorbía en los mas diferentes cuidados, ya juzgaba los asuntos que le sometian los fieles, ya administraba los hospitales, ya socorria los pobres, á todos acogia be-

nignamente, de nada se esquivaba, ¡y aun meditaba y componía! Se le confiaban los asuntos y misiones mas delicadas: Valentiniano le encomendó al morir sus hijos; apartó de entrar en Italia á Máximo, quien luego se querelló de haber sido engañado; muerto Graciano, reclamó su cadáver, y Teodosio, á quien reprendía y esponía la verdad, francamente decia: "no conozco mas que Ambrosio que lleve dignamente el nombre de obispo."

Instituyó obispos para iglesias que nunca los tuvieron, visitaba y alentaba á sus hermanos, los reunía en concilios, intercedía en favor de los reos de Estado, vendía hasta los vasos sagrados para rescatar los prisioneros hechos por los bárbaros; en una palabra, ejercía con dignidad y amor el tribunado eclesiástico que sustituyó en nombre de Cristo al tribunado pagano, acudiendo en ayuda del pueblo con obras y palabras, invocando la justicia ó la clemencia de los príncipes, y haciendo valer en favor de los desgraciados las doctrinas de la pobreza, de la igualdad y de la redención del hombre por la sangre de Jesucristo. Poseía el arte de ganar y dirigir las almas, conocía el corazón humano, y se aprovechaba de las circunstancias sin que le abatiera la adversidad. Predicaba con tanto fervor la virginidad, que aun los jóvenes mas corrompidos se la consagraban á Dios en sus manos, y los padres de familia encerraban á sus

hijas para que no oyeran sus exhortaciones. Envió á su hermana Marcelina sus discursos sobre esta virtud, y despues un tratado sobre los deberes de las viudas.

Su fama vuela por todas partes, atraídos de ella dejan la Persia dos magnates, y vienen solo por escucharle. Fritigila, reina de los marcomanos, abrazó el cristianismo al solo relato de sus virtudes, y le pidió sus instrucciones: sabiendo los príncipes bárbaros en un banquete que era su amigo el conde Arboganto, le dijeron: "ya no nos sorprende que seas tan venturoso en los combates puesto que tienes relaciones familiares con un santo cuya palabra haría que el sol parara su curso." Habiendo publicado un edicto Graciano, para que cada cual honrase la divinidad como juzgara conveniente, menos los maniqueos y potinios, eunomios, Ambrosio se le presenta, le hace mudar de parecer, y por último, le persuade que descargue el último golpe sobre la antigua creencia, decretando que fuese quitada del senado la imágen de la victoria, incorporando al erario los bienes afectos á los templos, pontífices y sacrificios, aboliendo los privilegios de las vestales, y prohibiendo á los sacerdotes aceptar otras mandas que las de bienes muebles.

En vano el senado, la nobleza romana, y cuantos se llamaban la mejor parte del género humano le rogaron suspendiese la ejecucion de estos

decretos; en vano para conmoverle le mostraron el ropaje del sumo pontífice, que conservaban cuidadosamente, y que habían vestido sus antecesores como símbolo del poder supremo en la tierra, y de los honores divinos en el cielo: Graciano solo respondió: "que semejante ornamento no convenia á un cristiano." Así quedó sin pontífice la antigua religion, y el sacerdocio privado de los bienes que tan ambicionado le hacian aun despues de haber perdido sus privilegios; sin que la súplica dirigida despues sobre el mismo asunto á Valentiniano II, ni los esfuerzos de Simmaco pudiesen retractar los decretos porque Ambrosio opuso racionios á racionios é hizo abortar las esperanzas de sus adversarios, que se desahogaron en murmullos, protestas públicas, y quizá motivaron la rebelion en que Graciano perdió la vida.

No menos enérgico se mostró Ambrosio en combatir el arrianismo, á quien protegía la emperatriz Justina; desechando la peticion de esta princesa para que cediera una iglesia en Milan á los arrianos, la hizo concebir la idea de obtenerla por la fuerza, y empezó por imponer á los mercaderes un tributo de doscientas libras de oro, encarcelando á los que no quisieron ó no pudieron pagarlo, y resuelta á celebrar la pascua segun el rito arriano, citó al santo obispo ante su consejo; pero el pueblo, cuyo amor se habia conquistado,

le sigue espontáneamente en tropel hasta el palacio, y llenos de temor los ministros imperiales, tuvieron que suplicarle que calmara la muchedumbre, y prometerle que la religion no seria víctima de ningun atentado, si bien no cumplieron esta promesa, pues en la semana santa los dependientes del palacio se trasladaron á la Basílica Porciana, y luego á la nueva para disponerlo todo, á fin de recibir allí al emperador y á su madre. Sabedor el pueblo de esto se amotina, logrando los guardias, á duras penas, defender las avenidas de los templos, teniendo un sacerdote arriano que acudir á la proteccion de Ambrosio, para salvar su vida. En tanto, firme el obispo, declaraba que no estaba obligado á ceder el templo, porque las cosas divinas no están sujetas al emperador, que está dentro y no sobre la Iglesia, hablándole de este modo: "¿Queréis cuanto poseo? ¿tierras? ¿dinero? Os lo daré de buen grado, aunque mis propiedades pertenecen á los pobres; pero las cosas de Dios no están sometidas al emperador. ¿Queréis cargarme de cadenas?... ¿Arrastrarme á la muerte? Será para mí asunto de alegría, no me abrigaré detrás de la muchedumbre del pueblo; no me abrazaré á los altares implorando la vida; me será dulce caer inmolado por su defensa." Y desde la cátedra de la verdad decía que es lícito resistir á la injusticia, aunque sin emplear la fuerza, y rogaba á Dios no permitiera

se derramase sangre por su Iglesia. Congregaba los fieles en las dos Basílicas, los detenía orando, y haciendo que alternaran con él en los salmos, ó predicándoles continuamente "que la tiranía del sacerdote es su debilidad."

Así venció la obstinación de la emperatriz, y las cárceles se abrieron, las guardias se relevaron, inspirando el poder de su elocuencia este sencillo y sublime panegírico al mismo emperador Valentiniano. "Si lo mandara Ambrosio, decía á sus oficiales, me entregaríais á él con las manos atadas." Pero con todo, poco después le opuso un doctor arriano, y un edicto permitió á los heresiarcas celebrar sus asambleas conminando con la pena de muerte á los que osaran perturbarlas. Entonces recurre Ambrosio á la oración, á los cantos sagrados y á la predicación, y la iglesia se llena día y noche de fieles, por lo que temiendo los gobernantes se abstuvieron de la violencia. Poco después representó en el concilio de Aquilea el primer papel, puso de manifiesto la fé de los prelados de Occidente y pudo asegurar que nada quedaba del arrianismo hasta las márgenes del Océano. Así sostuvo Ambrosio su laborioso ministerio y por espacio de 22 años tremoló puro el estandarte de la fé, muriendo en el Señor el de 397, á los 57 de su edad.

Entre todas las glorias de Ambrosio, entre todas sus conversiones, la más útil á la Iglesia sin

duda fué la de S. Agustín. Nacido en Numidia el 364, se dejó arrastrar por el deleite á pesar de lo esmerado de su educación. Mónica, su madre, no perdonaba medio para apartarle de la secta de los maniqueos y del camino de los vicios, oraba por él á Dios, le aconsejaba y hacía aconsejar por personas piadosas que al ver sus lágrimas y aflicción cuando sus consejos eran desoídos, la consolaban diciendo: "Es imposible que esté reservado para la perdición el hijo de tantas lágrimas." Las obras de Hortensio y de Cicerón le indujeron á la filosofía académica, y las categorías de Aristóteles le parecieron á propósito para establecer un sistema adecuado al reposo de la inteligencia. Como á pesar de su despejo é instrucción no podía comprender la coexistencia del principio bueno y malo, recurrió para salir de sus dudas á la astrología, á la magia y hasta á los éxtasis, con los que creían los platónicos degenerados llegar á las concepciones sublimes; pero como nada fuese suficiente para conseguir su intento, se abandonó al escepticismo y dejó la filosofía por la retórica.

Llamado por el prefecto Simmaco á Milan para enseñar elocuencia, fué recibido benévolamente por S. Ambrosio; asistiendo por curiosidad á sus predicaciones se despertaron sus dudas filosóficas y conoció que su alma solo se aplacaría en la verdad que conocía la autoridad y la fé: así los atractivos de lo bello le condujeron á lo verdade-

ro. Avida su alma de este bien y del amor ideal, no podia satisfacerse con los goces terrenos. El servilismo universal y la humillacion de las ciencias le disgustaban, al paso que le complacian las especulaciones sublimes y reinar sobre los corazones. Los espíritus vulgares se abaten cuando la patria, la libertad y cuanto en el mundo eleva al hombre á lo bello, perece, las almas grandes nada hallan digno de ellas en el mundo, y se elevan al cielo guiadas por otro órden de cosas, tanto mas halagüeño á sus ojos, cuanto mas abatido y humillado á los del mundo. Habiéndose, pues, vuelto á consagrar Agustin al estudio de las cosas espirituales, adquiria ideas mas luminosas sobre la naturaleza de Dios, sobre la naturaleza espiritual, sobre el origen del mal, y pareció encontrar una concordancia entre el platonismo y el cristianismo.

Estas disposiciones, fomentadas en su corazon con el estudio y el retiro, le impeliéron á refutar los académicos entregados al escepticismo y se dedicó á compenar diálogos, que interrumpia para recitar medio volúmen de Virgilio! Un pasaje de S. Pablo que condena el libertinaje y que casualmente leyó cuando vacilaba, le hizo conocer que la virtud nos conduce á la verdad; entonces se hizo bautizar por S. Ambrosio, y deseando servir mejor á Dios regresó al Africa, junto á un hijo natural que tenia y juntó á su madre Mónica,

cuyo postrer suspiro recogió muy en breve, y tanto allí como en Roma se dedicó á impugnar los herejes, con cuyos errores estuvo contaminado, mostrando en sus dos libros las costumbres de los católicos y de los maniqueos, la bondad real de aquellos y la apariencia de éstos, patentizando que los tres sellos, de la boca, de la mano y del pecho, así como las abstinencias que practican los herejes estaban llenas de prácticas supersticiosas.

Hecho sacerdote y despues obispo de Hipona, seducia la imaginacion de los africanos con su elocuencia, aunque incorrecta, hasta el extremo de hacerlos abandonar sus ritos por sus predicaciones. Discutia en presencia de innumerables oyentes con sus adversarios, y hacia que se anotasen las objeciones y las respuestas. Ademas de la palabra hizo publicar contra los donatistas varios edictos imperiales, aunque oponiéndose á que se les impusiera la pena de muerte. Moderaba el celo de los cristianos que querian destruir los templos, los ídolos y los bosques sagrados; á pesar de haber asesinado los idólatras en Suffeta setenta cristianos, que derribaron la estatua de Hércules, respondia á las preguntas que le dirigian, descendia á la educacion de los niños, vendia los vasos sagrados para rescatar los cautivos ó mejorar su condicion, y mantenia correspondencia con todos los cristianos del Africa, exhortándolos á la caridad y á la armonía. Decia que mas le gustaba

y de las cadenas." También murió de una edad avanzada.

Cuando así resplandecía el obispo francés, la Italia puede gloriarse de tener un Cenon, obispo de Verona, que concluyó con la idolatría y el arrianismo en su Iglesia, y nos ha dejado setenta y siete discursos de un estilo elegante, aunque no eran nuevas sus ideas. Ascendido al obispado de Verceli, Eusebio, natural de Cerdeña, introdujo el primero en su clero la vida regular, y en el concilio de Milan se opuso con tanta energía á las pretensiones del emperador, que llegó la cólera de éste hasta llevar la mano al pomo de su espada. Desterrado de su sede, se hallaba en la Tebaida, cuando el edicto de Juliano le permitió regresar á su obispado. Defendió constantemente á Atanasio, luego fué enviado á pacificar la iglesia de Antioquía; y no pudiendo conseguirlo, regresó á su silla, donde murió. Tuvo por amigo á Lucifer, obispo de Cagliari, uno de los mas ardientes impugnadores del arrianismo y los cismas, y que desde su destierro dirigió al emperador un escrito lleno de aquel fervor que le impelia á prohibir á sus ovejas toda comunicacion con los herejes. No menos era el celo fervoroso con que su amigo, el diácono Hilario, impugnaba á los arrianos, llegando hasta el extremo de pretender que se volviesen á bautizar, si volvian al seno de la Iglesia; lo que hizo á S. Gerónimo llamarle "el Deucalion del mundo."

Pero quien brilla entre todos con mayores resplandores es S. Ambrosio: nacido en Tréveris, nombrado gobernador de la Liguria y la Emilia, residia en Milan, cuando murió el obispo arriano Ausencio. Cuando se trató de elegirle sucesor, previendo que la eleccion seria tumultuosa, se presenta en la asamblea, apenas le ven entrar, gritan todos: "Sé tú obispo." Para eludir aquel nombramiento, apela á la fuga, y hasta asiste á un tribunal, en que se trata de imponer la pena de muerte; pero como nada lograrse, se sometió á la voluntad de Dios, que ya no podia desconocer, y se dejó bautizar, ordenar, ser sacerdote, y luego obispo. Entonces distribuye á los pobres su dinero, dá sus propiedades á la Iglesia, salvo el usufructo que reservó á su hermana Marcelina, confia la administracion de su casa á Satiro, tambien hermano suyo, y se consagra enteramente á su santo ministerio.

Dedicado al estudio de la Escritura y santos Padres, que ni aun conocia, tanto aprovechó, que no tardó en ser llamado el primero de los doctores de Occidente. Dotado de aquella actividad que dá la energía, es mas sublime en las obras que en los escritos; su vida, que nos ha transmitido su secretario Paulino, se absorbia en los mas diferentes cuidados, ya juzgaba los asuntos que le sometian los fieles, ya administraba los hospitales, ya socorria los pobres, á todos acogia be-

nignamente, de nada se esquivaba, ¡y aun meditaba y componía! Se le confiaban los asuntos y misiones mas delicados: Valentiniano le encomendó al morir sus hijos; apartó de entrar en Italia á Máximo, quien luego se querelló de haber sido engañado; muerto Graciano, reclamó su cadáver, y Teodosio, á quien reprendía y esponía la verdad, francamente decia: "no conozco mas que Ambrosio que lleve dignamente el nombre de obispo."

Instituyó obispos para iglesias que nunca los tuvieron, visitaba y alentaba á sus hermanos, los reunía en concilios, intercedía en favor de los reos de Estado, vendía hasta los vasos sagrados para rescatar los prisioneros hechos por los bárbaros; en una palabra, ejercía con dignidad y amor el tribunado eclesiástico que sustituyó en nombre de Cristo al tribunado pagano, acudiendo en ayuda del pueblo con obras y palabras, invocando la justicia ó la clemencia de los príncipes, y haciendo valer en favor de los desgraciados las doctrinas de la pobreza, de la igualdad y de la redención del hombre por la sangre de Jesucristo. Poseía el arte de ganar y dirigir las almas, conocía el corazón humano, y se aprovechaba de las circunstancias sin que le abatiera la adversidad. Predicaba con tanto fervor la virginidad, que aun los jóvenes mas corrompidos se la consagraban á Dios en sus manos, y los padres de familia encerraban á sus

hijas para que no oyeran sus exhortaciones. Envió á su hermana Marcelina sus discursos sobre esta virtud, y despues un tratado sobre los deberes de las viudas.

Su fama vuela por todas partes, atraídos de ella dejan la Persia dos magnates, y vienen solo por escucharle. Fritigila, reina de los marcomanos, abrazó el cristianismo al solo relato de sus virtudes, y le pidió sus instrucciones: sabiendo los príncipes bárbaros en un banquete que era su amigo el conde Arboganto, le dijeron: "ya no nos sorprende que seas tan venturoso en los combates puesto que tienes relaciones familiares con un santo cuya palabra haría que el sol parara su curso." Habiendo publicado un edicto Graciano, para que cada cual honrase la divinidad como juzgara conveniente, menos los maniqueos y potinios, eunomios, Ambrosio se le presenta, le hace mudar de parecer, y por último, le persuade que descargue el último golpe sobre la antigua creencia, decretando que fuese quitada del senado la imágen de la victoria, incorporando al erario los bienes afectos á los templos, pontífices y sacrificios, aboliendo los privilegios de las vestales, y prohibiendo á los sacerdotes aceptar otras mandas que las de bienes muebles.

En vano el senado, la nobleza romana, y cuantos se llamaban la mejor parte del género humano le rogaron suspendiese la ejecucion de estos

decretos; en vano para conmoverle le mostraron el ropaje del sumo pontífice, que conservaban cuidadosamente, y que habían vestido sus antecesores como símbolo del poder supremo en la tierra, y de los honores divinos en el cielo: Graciano solo respondió: "que semejante ornamento no convenia á un cristiano." Así quedó sin pontífice la antigua religion, y el sacerdocio privado de los bienes que tan ambicionado le hacian aun despues de haber perdido sus privilegios; sin que la súplica dirigida despues sobre el mismo asunto á Valentiniano II, ni los esfuerzos de Simmaco pudiesen retractar los decretos porque Ambrosio opuso racionios á racionios é hizo abortar las esperanzas de sus adversarios, que se desahogaron en murmullos, protestas públicas, y quizá motivaron la rebelion en que Graciano perdió la vida.

No menos enérgico se mostró Ambrosio en combatir el arrianismo, á quien protegía la emperatriz Justina; desechando la peticion de esta princesa para que cediera una iglesia en Milan á los arrianos, la hizo concebir la idea de obtenerla por la fuerza, y empezó por imponer á los mercaderes un tributo de doscientas libras de oro, encarcelando á los que no quisieron ó no pudieron pagarlo, y resuelta á celebrar la pascua segun el rito arriano, citó al santo obispo ante su consejo; pero el pueblo, cuyo amor se habia conquistado,

le sigue espontáneamente en tropel hasta el palacio, y llenos de temor los ministros imperiales, tuvieron que suplicarle que calmara la muchedumbre, y prometerle que la religion no seria víctima de ningun atentado, si bien no cumplieron esta promesa, pues en la semana santa los dependientes del palacio se trasladaron á la Basílica Porciana, y luego á la nueva para disponerlo todo, á fin de recibir allí al emperador y á su madre. Sabedor el pueblo de esto se amotina, logrando los guardias, á duras penas, defender las avenidas de los templos, teniendo un sacerdote arriano que acudir á la proteccion de Ambrosio, para salvar su vida. En tanto, firme el obispo, declaraba que no estaba obligado á ceder el templo, porque las cosas divinas no están sujetas al emperador, que está dentro y no sobre la Iglesia, hablándole de este modo: "¿Queréis cuanto poseo? ¿tierras? ¿dinero? Os lo daré de buen grado, aunque mis propiedades pertenecen á los pobres; pero las cosas de Dios no están sometidas al emperador. ¿Queréis cargarme de cadenas?... ¿Arrastrarme á la muerte? Será para mí asunto de alegría, no me abrigaré detrás de la muchedumbre del pueblo; no me abrazaré á los altares implorando la vida; me será dulce caer inmolado por su defensa." Y desde la cátedra de la verdad decía que es lícito resistir á la injusticia, aunque sin emplear la fuerza, y rogaba á Dios no permitiera

se derramase sangre por su Iglesia. Congregaba los fieles en las dos Basílicas, los detenía orando, y haciendo que alternaran con él en los salmos, ó predicándoles continuamente "que la tiranía del sacerdote es su debilidad."

Así venció la obstinación de la emperatriz, y las cárceles se abrieron, las guardias se relevaron, inspirando el poder de su elocuencia este sencillo y sublime panegírico al mismo emperador Valentiniano. "Si lo mandara Ambrosio, decía á sus oficiales, me entregaríais á él con las manos atadas." Pero con todo, poco después le opuso un doctor arriano, y un edicto permitió á los heresiarcas celebrar sus asambleas conminando con la pena de muerte á los que osaran perturbarlas. Entonces recurre Ambrosio á la oración, á los cantos sagrados y á la predicación, y la iglesia se llena día y noche de fieles, por lo que temiendo los gobernantes se abstuvieron de la violencia. Poco después representó en el concilio de Aquilea el primer papel, puso de manifiesto la fé de los prelados de Occidente y pudo asegurar que nada quedaba del arrianismo hasta las márgenes del Océano. Así sostuvo Ambrosio su laborioso ministerio y por espacio de 22 años tremoló puro el estandarte de la fé, muriendo en el Señor el de 397, á los 57 de su edad.

Entre todas las glorias de Ambrosio, entre todas sus conversiones, la más útil á la Iglesia sin

duda fué la de S. Agustín. Nacido en Numidia el 364, se dejó arrastrar por el deleite á pesar de lo esmerado de su educación. Mónica, su madre, no perdonaba medio para apartarle de la secta de los maniqueos y del camino de los vicios, oraba por él á Dios, le aconsejaba y hacía aconsejar por personas piadosas que al ver sus lágrimas y aflicción cuando sus consejos eran desoídos, la consolaban diciendo: "Es imposible que esté reservado para la perdición el hijo de tantas lágrimas." Las obras de Hortensio y de Cicerón le indujeron á la filosofía académica, y las categorías de Aristóteles le parecieron á propósito para establecer un sistema adecuado al reposo de la inteligencia. Como á pesar de su despejo é instrucción no podía comprender la coexistencia del principio bueno y malo, recurrió para salir de sus dudas á la astrología, á la magia y hasta á los éxtasis, con los que creían los platónicos degenerados llegar á las concepciones sublimes; pero como nada fuese suficiente para conseguir su intento, se abandonó al escepticismo y dejó la filosofía por la retórica.

Llamado por el prefecto Simmaco á Milan para enseñar elocuencia, fué recibido benévolamente por S. Ambrosio; asistiendo por curiosidad á sus predicaciones se despertaron sus dudas filosóficas y conoció que su alma solo se aplacaría en la verdad que conocía la autoridad y la fé: así los atractivos de lo bello le condujeron á lo verdade-

ro. Avida su alma de este bien y del amor ideal, no podia satisfacerse con los goces terrenos. El servilismo universal y la humillacion de las ciencias le disgustaban, al paso que le complacian las especulaciones sublimes y reinar sobre los corazones. Los espíritus vulgares se abaten cuando la patria, la libertad y cuanto en el mundo eleva al hombre á lo bello, perece, las almas grandes nada hallan digno de ellas en el mundo, y se elevan al cielo guiadas por otro órden de cosas, tanto mas halagüeño á sus ojos, cuanto mas abatido y humillado á los del mundo. Habiéndose, pues, vuelto á consagrar Agustin al estudio de las cosas espirituales, adquiria ideas mas luminosas sobre la naturaleza de Dios, sobre la naturaleza espiritual, sobre el origen del mal, y pareció encontrar una concordancia entre el platonismo y el cristianismo.

Estas disposiciones, fomentadas en su corazon con el estudio y el retiro, le impeliéron á refutar los académicos entregados al escepticismo y se dedicó á compenar diálogos, que interrumpia para recitar medio volúmen de Virgilio! Un pasaje de S. Pablo que condena el libertinaje y que casualmente leyó cuando vacilaba, le hizo conocer que la virtud nos conduce á la verdad; entonces se hizo bautizar por S. Ambrosio, y deseando servir mejor á Dios regresó al Africa, junto á un hijo natural que tenia y juntó á su madre Mónica,

cuyo postrer suspiro recogió muy en breve, y tanto allí como en Roma se dedicó á impugnar los herejes, con cuyos errores estuvo contaminado, mostrando en sus dos libros las costumbres de los católicos y de los maniqueos, la bondad real de aquellos y la apariencia de éstos, patentizando que los tres sellos, de la boca, de la mano y del pecho, así como las abstinencias que practican los herejes estaban llenas de prácticas supersticiosas.

Hecho sacerdote y despues obispo de Hipona, seducia la imaginacion de los africanos con su elocuencia, aunque incorrecta, hasta el extremo de hacerlos abandonar sus ritos por sus predicaciones. Discutia en presencia de innumerables oyentes con sus adversarios, y hacia que se anotasen las objeciones y las respuestas. Ademas de la palabra hizo publicar contra los donatistas varios edictos imperiales, aunque oponiéndose á que se les impusiera la pena de muerte. Moderaba el celo de los cristianos que querian destruir los templos, los ídolos y los bosques sagrados; á pesar de haber asesinado los idólatras en Suffeta setenta cristianos, que derribaron la estatua de Hércules, respondia á las preguntas que le dirigian, descendia á la educacion de los niños, vendia los vasos sagrados para rescatar los cautivos ó mejorar su condicion, y mantenia correspondencia con todos los cristianos del Africa, exhortándolos á la caridad y á la armonía. Decia que mas le gustaba

hablar á los estraños que á los propios, porque entre los primeros podia ganar algun amigo y se esponia á perderlo entre los segundos. No queria mezclarse en los matrimonios, pedir empleos para otros, ni asistir á los convites; modesto en todas las cosas de su uso se servia de vajilla de barro ó madera, y dos versos escritos en la mesa prohibian hablar mal de los ausentes. A su mesa comia todo su clero, y eran los alimentos y los gastos comunes segun la regla que al efecto estableció. Hizo una fundacion para vestir los pobres y un hospicio para los viajeros, sin distincion alguna.

A imitacion de su regla se multiplicaron los conventos admirablemente, pero queria que los monjes fuesen activos, y llevaba á mal verlos con una túnica grosera recorriendo los pueblos sin morada fija con algunas reliquias, demandando y aun exigiendo donativos que subvienen una pobreza que les hacia ricos, recompensando una virtud en que entraba por mucho la hipocresía. Tales son los héroes del cristianismo que en hombres de sus virtudes elevaron la Iglesia sobre las ruinas del error, del cisma y de la idolatría: estos, acompañados como en Oriente de todos los obispos y prelados, destruyeron en Occidente el imperio de la mentira, y á sus esfuerzos debió su completo triunfo la esposa de Jesucristo. Ellos, proclamando con las palabras y el ejemplo la doctrina del Salvador, la grabaron en el corazon del

pueblo y concluyeron por hacerla adorar de los magnates, de los cónsules, de los emperadores, y la súplica de Simmaco es el último suspiro de la agonizante idolatría.

El antiguo partido, el partido de los privilegios, el que se adheria tenazmente á lo pasado, desapareció del todo ante el partido del porvenir y de la humanidad. Su última hora sonó en el momento en que subió al trono Teodosio, aquel célebre español que debió el renombre de *Grande* á la conviccion y al valor con que puso término á la prolongada lucha de las dos religiones. Al principio de su reinado toleró los ritos gentílicos, pero atacado por una grave enfermedad que le puso á las puertas de la muerte, quiso hacerse bautizar por el obispo Acolio, cuya fé le inspiraba entera confianza, y á sugestion suya publicó el 28 de Febrero de 380 el siguiente decreto:

“Es nuestra voluntad que todas las naciones gobernadas por nuestra moderacion y nuestra clemencia, se adhieran constantemente á la religion que fué enseñada por S. Pedro á los romanos, que se ha conservado por tradicion fiel, y es profesada actualmente por el pontífice Dámaso, y por Pedro, obispo de Alejandría, varon de santidad apostólica. Segun la enseñanza de los apóstoles y la doctrina del Evangelio, creemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, son una divinidad sola, bajo una majestad igual y una Trinidad

santa. Autorizamos á los que siguen esta doctrina á tomar carta de los católicos; y en atencion á que consideramos los demas como insensatos, á que les notamos con el infame nombre de herejes, prohibimos que sus conventículos usurpen por mas tiempo el nombre de iglesias. Sin hablar de la justicia divina teman las penas severas que nuestra autoridad ha de creer oportuno imponerles, guiándonos la sabiduría celeste."

Teodosio recobró la salud, volvió al ejercicio de las armas, y luego desterró al obispo arriano de Constantinopla, Demofilo, y entregó á los católicos las cien iglesias de la capital, acompañando al Nacianceno hasta santa Sofía, donde le puso en posesion del arzobispado desplegando un aparato militar pasmoso; asimismo desterró cuantos eclesiásticos y obispos no quisieron abjurar el arrianismo, y la fé ortodoxa quedó dominante en Oriente, reuniéndose el segundo concilio constantinopolitano, que mantuvo íntegro el símbolo de Nicea, con lo que el triunfo de la Iglesia fué completo ¹.

¹ Cuéntase que Anfilocuo, obispo de Icona, se presentó un día al emperador, en el momento en que con toda majestad se hallaba sentado en su trono con su hijo Arcadio, á quien acababa de nombrar Augusto, y que despues de haberse inclinado ante Teodosio, con el respeto que le era debido, saludó á su hijo familiarmente, cual si se tratara de un niño ordinario. Irritado Teodosio, mandó arrojar de su presencia aquel atrevido,

El cánón mas célebre de este concilio, es el que atribuye al obispo de Constantinopla la precedencia sobre el de Roma, fundándose en la traslacion de la corte á Bizancio: como se quiso hacer estensivo á la jurisdiccion lo que solo era de honor, resultaron escándalos y disputas, que no fueron bastante á cortar las penas corporales ni las censuras espirituales.

En seguida fulminó Teodosio otras leyes, prohibiendo la celebracion de los sacrificios, la inmolacion de las víctimas y conservacion de los simulacros: luego vedó á los magistrados entrar en los templos; prohibió, bajo la pena de confiscacion, los actos de idolatría, y bajo la de muerte, sacrificar á los dioses. El día del Señor se declaró sagrado, los juegos y espectáculos quedaron prohibidos en los domingos, y el calendario jurídico se arregló á las prescripciones cristianas, y todas las leyes de este grande emperador, prueban su celo en favor del cristianismo y el triunfo completo de la religion católica ¹. Con todo, parece que los ritos antiguos no habian cesado tan completamente, y no era tan absoluto el triunfo de la Iglesia,

y el prelado exclamó entonces: "Del mismo modo espulsará Dios á los que, adorando al Padre, niegan al Hijo igual homenaje."

Esta parábola agradó á Teodosio, y la refiere Sozomeno en el lib. VIII, cap. 6, y Teodoreto en el XV, cap. 16.

¹ Todas estas leyes se encuentran en el código Teodosia-

ni su dominio en todas las almas, puesto que le vemos decretar en el año 381, que los cristianos que volvieran á la idolatría, no podrian disponer de sus bienes por testamento; ley que estendió luego á los catecúmenos, declarando infames los apóstatas. Los concilios reprodujeron estas leyes, y los escritores eclesiásticos declamaban contra las ceremonias paganas que aun se conservaban en las fiestas, en las saturnales y aun en los juegos.

Con todo, los templos y los lugares consagrados fueron cerrados por los magistrados; y no contentos los monjes y los obispos, impulsaron á los cristianos á demolerlos. Entonces abandonaron sus celdas los anacoretas del Egipto, para derribar los santuarios de las dos religiones que habian sobrevivido, y para colocar bajo la custodia de piadosos solitarios las reliquias de los santos en

no, lib. XVI, línea 11, id. 16, 7, X, id. XI, id. XII. Todos los dias son jurídicos escepto los de vacaciones.

En verano para la cosecha.....	30 dias.
En invierno id.....	30 id.
Calendas de Enero.....	3 id.
Aniversario de la fundacion de Roma.....	1 id.
Id. de la de Constantinopla.....	1 id.
Fiestas de pascua.....	13 id.
Otros domingos.....	41 id.
Aniversario de los emperadores.....	4 id.

Total..... 123

los templos de Anubis y Serapis: el que este dios tenia en Alejandría, considerado como el mas espacioso y magnífico, despues del capitolio, fué convertido por el obispo Teófilo en Iglesia cristiana: los egipcios, que atribuian á este dios la prosperidad de su suelo, vieron continuar al Nilo derramando sobre las tierras sus benéficas aguas. En Apamea derribó el templo de Júpiter el obispo S. Marcelo, al frente de una multitud de gladiadores; y aunque los idólatras resistian á veces con las armas esta destruccion, los cristianos, dirigidos por su obispo, no dejaban de continuarla.

Uno de los que mas fervor mostraron en esta obra fué Martin, obispo de Tours. Luego que llegó á Francia desde su patria Pannonia, fundó cerca de Poitiers un monasterio que se tiene por el mas antiguo de Occidente, y se declaró contra la idolatría, ganando las almas, derribando ídolos y altares, interrumpiendo los sacrificios y devastando los bosques sagrados. Nombrado contra su voluntad para la silla de Tours, á despecho de los que le rechazaban por sus modales rústicos, sus desaliñados cabellos y su traje tosco, no se apartó de la sencillez monacal. Tan celoso defensor de la Iglesia, como impugnador de la idolatría, se oponia á los errores que se introducian en la Iglesia, y á las violencias con que algunos pretendian ahogar en sangre la herejía.

Siendo nuestro objeto esponer en este trabajo la parte que el sacerdocio ha tenido en la civilizacion del mundo, y estando ésta representada en los hombres que, con sus escritos, por su ciencia, por sus virtudes y por los puestos que han ocupado en la sociedad, han sido considerados como sus guías, como sus gefes; y en una palabra, como la personificacion de la época en que vivieron, y del mundo que animaron, no parecerá estraño, que nos háyamos detenido tanto, hablando de ellos, pues desde luego se comprende que darlos á conocer es presentar de relieve la condicion de la sociedad; y haciendo la historia de los hombres ilustres del paganismo y de la cristiandad, presentamos las condiciones de la sociedad nueva, y de la vieja que ellos representaban, y damos una idea del cáncer que devoraba ésta, y del vigor que animaba aquella, presentando la lucha que unos y otros sostenian, los elementos favorables y adversos con que combatian, las causas que influyeron en la derrota de la una, y en el triunfo de la otra; y en una palabra, los esfuerzos que los Padres tuvieron que hacer contra sí mismos y contra el mundo, para no doblegarse á los halagos del siglo, ni prostituirse entre el lodo de la abyeccion comun.

Nuestro intento es dar á conocer al hombre, y por eso presentamos los hombres; nuestro pensamiento es la civilizacion, y como esta se atrasa y

aun se destruye con las armas, y florece y progresa con las ciencias, presentamos el bosquejo, no de conquistadores, sino de sabios; tomamos por terreno los corazones en vez de los campos de batalla, y en lugar de las lanzas las plumas, sin que creamos mas valientes á los que destruyen que á los que edifican, á los que blanden el acero que á los que manejan la pluma, á los que cubiertos de armas y al frente de legiones combaten, que á los que solos y humildes presentan su cuello al verdugo y su cuerpo á los tormentos, y arrostran las persecuciones por la humanidad. Los que ambicionen campos de batalla, donde el hombre muere, y conquistadores que le atormenten en los calabozos y le impongan la esclavitud física y moral dominando su cuerpo y utilizándole su provecho, tiranos que esclavicen sus ideas y le priven de toda libertad, reduciéndole á la mísera condicion de los animales, esplotándole en todos sentidos y en todos los terrenos, pueden acudir á la historia, que hartos ejemplos nos suministra por desgracia; para esos no escribimos; pero los que le consideran dotado de libertad y como la obra mas perfecta del Criador, esos verán con gusto la historia de estos hombres eminentes que continuando la obra incoada en el Calvario por el Hijo de Dios, han marchado al frente de la civilizacion y guiado la humanidad en su curso progresivo, á su perfeccion, arrostrando por ella los

trabajos, los tormentos y la muerte, sin esperar recompensa alguna humana mas que la dulce satisfaccion que resulta al hombre de haber obrado el bien de sus semejantes y el premio que á sus dolores prepara el Salvador en la mansion celestial que con su muerte abrió á los buenos. Por eso nos hemos detenido al hablar de estos hombres, para nosotros y para cuantos estimen al hombre en lo que vale, mil veces mas ilustres que los guerreros que tanto han oprimido y trabajado la humanidad embruteciendo los espíritus y avasallando los cuerpos, circundándose así de una gloria que si el mundo diviniza el cielo reprueba, y que en la otra vida ha de ser tenida en lo que vale y recompensada con los castigos eternos como contraria al espíritu del que dijo: "Ante Dios no hay acepcion de personas. El que desprecia al prójimo peca, pero el que se compadeciese del pobre será bienaventurado (Prov., cap. 14, v. 21)."

CAPITULO XI.

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACION.

Desde su nacimiento en el Gólgota la Iglesia de Jesucristo y sus ministros, no han dado un solo paso que no haya sido para civilizar el mundo y levantar al hombre al conocimiento de su ser y á la dignidad que representa: entre las cadenas y en las tinieblas de las Catacumbas, en los calabozos y en el palacio del emperador, se la ve, y á sus ministros, siempre solícitos del bien de los mortales, y siempre afanosos por la felicidad de sus hermanos; en vano los políticos de nuestros dias, inútilmente los filósofos de nuestra éra la llaman enemiga de la civilizacion, factora de la tiranía y contraria á la humanidad; los hechos ha-

trabajos, los tormentos y la muerte, sin esperar recompensa alguna humana mas que la dulce satisfaccion que resulta al hombre de haber obrado el bien de sus semejantes y el premio que á sus dolores prepara el Salvador en la mansion celestial que con su muerte abrió á los buenos. Por eso nos hemos detenido al hablar de estos hombres, para nosotros y para cuantos estimen al hombre en lo que vale, mil veces mas ilustres que los guerreros que tanto han oprimido y trabajado la humanidad embruteciendo los espíritus y avasallando los cuerpos, circundándose así de una gloria que si el mundo diviniza el cielo reprueba, y que en la otra vida ha de ser tenida en lo que vale y recompensada con los castigos eternos como contraria al espíritu del que dijo: "Ante Dios no hay acepcion de personas. El que desprecia al prójimo peca, pero el que se compadeciese del pobre será bienaventurado (Prov., cap. 14, v. 21)."

CAPITULO XI.

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACION.

Desde su nacimiento en el Gólgota la Iglesia de Jesucristo y sus ministros, no han dado un solo paso que no haya sido para civilizar el mundo y levantar al hombre al conocimiento de su ser y á la dignidad que representa: entre las cadenas y en las tinieblas de las Catacumbas, en los calabozos y en el palacio del emperador, se la ve, y á sus ministros, siempre solícitos del bien de los mortales, y siempre afanosos por la felicidad de sus hermanos; en vano los políticos de nuestros dias, inútilmente los filósofos de nuestra éra la llaman enemiga de la civilizacion, factora de la tiranía y contraria á la humanidad; los hechos ha-

blan mas alto que las teorías, y la verdad histórica es mas elocuente y enérgica que la mentira; el hermoso ropaje de la religion no podrá jamas mancharse con tan feos borrones, y la brillante conducta observada en 19 siglos, constantemente por sus ministros, está muy lejos de ser herida por los tiros de sus detractores, y siempre aparecerá como un mentís solemne de sus imposturas. Veamos las pruebas. Habramos la historia, leamos y juzguemos no por teorías ni cavilidades, sino por hechos y á presencia misma de los sucesos y de sus consecuencias, y desaparecerá completamente, y la calumnia misma se convertirá en apología.

Libre ya la Iglesia de enemigos, triunfante de tantos combates, en el apogeo del poder, cual fecunda planta que el diestro podador despoja de las ramas inútiles que chupaban su savia, estiendo su benéfico influjo por todas partes, brotando el gérmen de la civilizacion á esfuerzo de sus hijos, convida al mundo entero á gozar de inmensos beneficios á la sombra de sus ramas humanitarias y caritativas. Ni distancias inmensas, ni procelosos mares, ni montañas inaccesibles, ni desiertos intransitables, contiene la fé de sus sacerdotes; este ejército civilizador y cristiano, todo lo invade, á todo se espone por salvar y civilizar el mundo, y sin otras armas que sus virtudes, sin otra fuerza que sus palabras, acometen la conquista de

dilatados imperios, inoculando en el corazon de pueblos feroces con el néctar saludable de la religion, los principios civilizadores que proclamó aquel Dios que murió en una cruz, enseñando á los hombres á amarse como á hermanos. No pretenden conquistar para avasallar, ni dominar para tiranizar y esplotar al hombre, sino que por el contrario, infunden en su alma el sentimiento de su dignidad, y haciéndole conocer que fué criado para el cielo y á la imágen de Dios, le hacen que ame á sus semejantes, los respete y no les haga lo que no quisiera le hicieran á él mismo; así pues, hacen desaparecer la ominosa distincion entre vencedores y vencidos, y si enseñan la dependencia del súbdito al superior, tambien predicán á éste que ante Dios no hay acepcion de personas, y de este modo echan los cimientos á la igualdad legal, sancionando con una autoridad divina los derechos de la humanidad para hacer á los hombres que se amen y respeten mutuamente como hijos de un mismo Padre.

Una de las cosas que mas poderosamente han contribuido á la propagacion del Evangelio, es la fuerza que da á los ministros de la religion el principio de obediencia y sumision á la silla apostólica, y la unidad de accion que su supremacía les presta. En este tiempo el sumo pontífice Leon el Grande, celoso de S. Hilario de Arlés, obtuvo de Valentiniano que restringiera pretensiones con-

trarias á su supremacía, y este es el primer ejemplo que la historia nos suministra de un pontífice, acudiendo á la autoridad civil para dar fuerza á sus decretos.

Este santo pontífice dió varias constituciones, entre las que merecen especial mencion la en que reprende á los obispos que administran el bautismo fuera de Pascua de Pentecostés, ú obligan á los penitentes á hacer pública confesion de pecados que podria dar márgen á escándalos ó motivar emplazamiento de justicia. En su tiempo arrastró cautivas muchas familias de Aquilea el cruel Attila, algunas de las cuales, durante su esclavitud, comieron carnes sacrificadas á los ídolos: otras no podian decir si habian sido ó no bautizadas, y varias mujeres habian contraido segundas nupcias; y el pontífice resuelve en cuanto á los primeros que hagan penitencia, que respecto á los matrimonios se esté por el primero, aunque se gradúe escusable el segundo, y en cuanto á los demas ordena bautizarlos no sea que por un escrúpulo se pierda una alma, de donde aparece que aun no se administraba el bautismo *sub conditione*. Tambien prohíbe que se consagren vírgenes á Dios antes de cumplir cuarenta años.

Ocupados tanto este sumo pontífice como sus sucesores en conservar la pureza de la fé y propagarla por todo el mundo, dieron á la civilizacion un impulso admirable, impulso que produjo

opimos frutos, y cuyos rápidos y felices resultados son casi fabulosos; pero que con la historia en la mano demostraremos brevemente para que los mentidos filósofos de nuestro siglo puedan poner en paralelo su amor á la humanidad y á la civilizacion, que solo se ostenta en palabras tan fútiles como el viento que las lleva, con los hechos de los ministros del santuario tan sólidos como lo acreditan ellos mismos; pero dejemos las palabras por los hechos y por las consecuencias que nos han de llevar á la verdad para oprobio de los modernos ilustradores y gloria del sacerdocio, y desenmascaremos de una vez sus enemigos para representar con sus verdaderos colores, y bajo un punto de vista filosófico y razonado, esa guerra continua sin tregua que se viene haciendo al clero; guerra necesaria al mundo no solo para su civilizacion sino para la felicidad de los hombres, porque es la guerra entre el bien y el mal, la verdad y la mentira, en que las pasiones emplean la fuerza, el error hace uso del sofisma, y de la que á no dudarlo, se vale Dios para acumular coronas de triunfo sobre las sienes de los verdaderos hijos de su esposa querida.

Proclamada en Efeso la union hipostática de las dos naturalezas en la persona del Verbo divino, condenado Nestorio, arrancado del monasterio donde vivia retirado y desterrado á las Oasis, la Iglesia estendió su benéfica influencia por todo el

mundo conocido, y sus ministros llevaron por todas partes la hermosa luz de la civilización, haciendo sentir el resplandor de sus luminosos rayos hasta entre los pueblos bárbaros, adquiriéndose un honroso título de aprecio, que el tiempo no ha podido, ni podrá borrar jamás mientras viva la historia, sembrando las máximas humanitarias del Evangelio, entre las errantes tribus de salvajes que amenazaban acabar con el mundo civilizado. Teodoreto, obispo de Cyrro, convierte á la fé millares de idólatras en la Siria Eufratesiana, é introduce entre ellos la cultura europea; de la escuela de Edesa salen celosos sacerdotes que estienden la hermosa semilla de la civilización por la Asiria y la Persia; el obispo Barsuma funda una escuela en Nisive, plantel de laboriosos ministros que ilustran con sus predicaciones y humanizan la Siria, la Persia y la Mesopotamia, triunfando de la oposicion de los magos, empleados como médicos, embajadores, ministros, guardadores del celibato y directores de la enseñanza de los huérfanos: estos celosos y benéritos sacerdotes esparcen por sus comarcas las ciencias y las artes que tanto humanizan el corazón del hombre apegándole á la sociedad, hacen conocer los libros cristianos donde tanto brilla el amor á los hombres, y tanto se recomienda la caridad y ponen en uso entre los doctos la lengua siriaca, primera que entre las orientales empleó en la escritura el uso de

las vocales; y de este modo, sin mas armas que las de la razón, vencen á costa de paciencia y trabajos, y quebrantan la fuerza bruta haciendo triunfar del poder material el espiritual, y de la fuerza la razón. Con la palabra, convenció Barsuma á Firouz, rey de Persia, y sin mas ejércitos que la razón, la cruz del Gólgota llevó la civilización en tiempo del celebrado Preste-Juan á la Arabia, la India, y aun hasta la China.

En medio de tan brillantes conquistas aparece Mahoma, y en hombros de sus caballos, ante la cimitarra de sus hijos, caen imperios dilatados, y su poder adquiere unas proporciones colosales; pero sin embargo, aun conservan los sacerdotes de la cruz su influencia y los primeros puestos, incluso el de virey, en muchas de las provincias conquistadas; y al establecer en Bagdad su residencia los califas, dirigieron sus consejos. Ellos tradujeron al árabe las obras de los griegos, y por su consejo Al-Mamoun, llamó á su academia médicos, astrólogos, filósofos y matemáticos. Estos sacerdotes, que tanto han embrutecido el mundo, según sus detractores, fueron los que, bajo el cetro de los sucesores de Gengis-Kan, llevaron su doctrina al Mogol y al país de los tártaros; y como una prueba de cuánto han hecho por civilizar aquellas comarcas, y del poderoso influjo que en ellas adquirieron, bastará decir, que en Samarcanda erigieron un metropolitano, y en Casgar y otros puntos

obispos. Del católico de Babilonia dependían veinticinco metropolitanos, y el imperio de Cristo en aquellas regiones era superior y más extenso que el de ningún otro emperador gentil: la India, las costas del Malabar, las islas de Súcotra y Ceilan Karamid y el Indostan, se reconocerán deudas al obispo Tomás y á sus discípulos, de la civilización que un día tuvieron, y de haberlos enseñado á cultivar la palmera y á comerciar en pimienta, poniéndoles así en contacto con otras regiones que habían de contribuir poderosa y eficazmente á su ilustración.

Por este mismo tiempo la Iglesia se ve combatida por los nestorianos, pelagianos, semi-pelagianos, eutiquianos y donatistas, y tiene que desplegar contra ellos su energía y lanzar el rayo tremendo de sus anatemas; pero aun estos mismos combates fueron útiles á la civilización, puesto que el culto de María Santísima se multiplicó admirablemente desde el momento en que los herejes quisieron arrojarla de su celestial trono, y la piedad acumuló las señales de su veneración, empleando las artes y haciéndolas servir al culto de aquella mujer divina que ofrece al alma el tipo de los sentimientos más dulces de la naturaleza, de las más tiernas y afectuosas emociones del corazón; el pudor de la virgen y el amor de la madre, la resignación del desconsuelo de una afligida y el triunfo de una mártir, la misma santidad,

la misma virtud, la misma pureza haciéndose mediadora de los pecadores, parecía adaptarse esencialmente á las miserias de la vida y á las flaquezas del hombre; este culto que nos brinda por intercesora cerca del justo por excelencia á la madre del hombre, á la mujer de los dolores, no contribuía poco á extirpar las reliquias del paganismo y al progreso de las artes, puesto que muchos templos fueron, con este motivo, transformados en iglesias con la advocación de esta soberana Madre, entre los cuales bastará citar los de Minerva de Siracusa, Vénus y Saturno de Mesina, Vénus Eriquina del monte Eryx, fundado por Eneas, Falaris de Agrigento, Vulcano del Etna y otros muchos, así como se dió empleo honroso al buril y al pincel, y el mármol, el metal y el hierro, multiplicaron las imágenes de María, por la necesidad que todos experimentaban de darla testimonio de su ferviente devoción.

En Africa, los donatistas dieron bastante que hacer al celo de S. Agustín, y trabajaron el episcopado africano, unos discutiendo y ocupando las iglesias de los católicos, y renovando otros los destrozos y la memoria de los tristemente célebres circunceliones; hasta que condenados por los concilios y vencidos en las cátedras, en las academias y en los púlpitos por los católicos desaparecieron, sin que de ellos quede otra cosa que sus errores, consignados en la historia para aviso de los fieles

y escarmiento de los presuntuosos que confiaban en sus propias inspiraciones.

Pero no muy bien la Iglesia de Dios entonaba el himno de la victoria, cuando aparece en Roma Pelagio manchando su reputacion de caridad y de virtud que le habia valido la amistad de S. Paulino y de S. Agustin, queriendo combinar la libertad del hombre con la omnisciencia divina, y resolver el problema de hasta qué punto la gracia sostiene ó encadena la actividad moral del hombre; problema peligroso en todo lugar y en todo tiempo, en toda religion y en toda filosofia.

En el momento de obrar nos sentimos libres de abstenernos ó no; sin embargo, reconocemos que la accion presente se deriva de las anteriores, de suerte que parece consecuencia necesaria de ellas. Esto no significa que el hombre se halle encadenado por la fatalidad, sino que procede con raciocinio, y no de una manera insensata, y que nunca ejerce con mas amplitud su libertad que cuando se atiene á la ley moral; si le acontece desviarse de ella, lo descubre todo diciendo: *hubiera podido obrar de otro modo si hubiera querido*. Para sostener su voluntad necesita irremisiblemente un apoyo exterior, y lo solicita del ejemplo, de la ayuda, de la amistad, de la aprobacion de Dios. Pero ademas de la influencia ejercida sobre la determinacion del hombre por las cosas exteriores inde-

pendientes del mismo, hay una accion exterior de que cada cual se apercibe, y que no se puede explicar por nadie.

No podia el clero católico mirar con indiferencia esta doctrina que envuelve tantas y tan árduas cuestiones, cuestiones que precisamente se enlazan unas con otras, muchas sobre el origen del mal ya definitivamente examinadas por la Iglesia, y que por lo mismo es mas difícil y complicada su solucion; pero el cristianismo que no pierde de vista la moral en la ciencia, que no ignora cuánto puede influir en la felicidad del hombre ó en su desgracia, acogió estas cuestiones como el que sabia que en su solucion se prestaba un servicio importante, acaso el mayor que puede prestarse á la humanidad.

Los maniqueos anulaban con facilidad el libre albedrío, y Pelagio, á fin de sostenerlo, animaba la eficacia de la gracia, suponiendo que pueden bastar para cumplir la ley las fuerzas naturales; mas su doctrina envuelta en mil celajes, entre palabras vagas, fué proclamada abiertamente por su discípulo Celestino, pero el concilio de Cartago de 411 la condenó, como igualmente el papa Zozimo, y el emperador Honorio castigó con destierro á cuantos fueron convencidos de haberla adoptado; sin embargo, esta cuestion de tan alta importancia, religiosa, política y filantrópica, se reprodujo bajo diversas formas en la edad media,

los protestantes la abrazaron con desesperado fervor, y agitó á la Iglesia últimamente bajo los estandartes rivales de Jansenio y Molina. Si consideramos esta cuestion en la ciencia, la vemos resucitar en la doctrina de los filósofos, que exagerando la individualidad y la energía del alma de acuerdo con el espíritu práctico y racional de la edad moderna, realzan la libertad del hombre hasta escluir la influencia de Dios sobre las acciones, y haciendo inútil la plegaria despojan al hombre del mayor consuelo que tiene en la tierra, que es la esperanza: volvemos á encontrar esta cuestion bajo otro aspecto en los publicistas que investigan si existe una filosofía de la historia. En la teología mira á la salvacion del individuo; en la ciencia al bien social, estudiando hasta dónde se combinan la accion de la Providencia y la del hombre.

Así vemos el pelagianismo introducirse en todos los terrenos, y cual otro Proteo variar de forma para trastornar la sociedad y pervertir el corazón: en vista de esto, el clero mas ilustrado, conociendo sus tendencias, celoso del bien de la humanidad, del Estado y de la religion, se lanzó á combatirle, y nunca podrá la sociedad agradecerle suficientemente los desvelos que ha sufrido en quince siglos de combates y el fervor que en tan dilatado tiempo ha desplegado para salvar la sociedad de los males que tan trastornadora doc-

trina debía producirla; y si no lo ha conseguido completamente, si aun hoy hierven las escuelas políticas en sectarios de Pelagio, si las revoluciones cunden y el mal se propaga, el clero reducido á la impotencia en los últimos tiempos, devorando en silencio su dolor, no es ciertamente el culpable, sino los que al frente de los gobiernos, bajo pretestos mas ó menos especiosos, han coartado su poder, han minado su influencia y se han opuesto á sus consejos, sin saber que así conducian la sociedad que les estaba encomendada al borde del abismo, del que solo el clero podrá librarla cuando adquiera su poder perdido y su destruida influencia. Pero volvamos á nuestro asunto principal, perdonándonos nuestros lectores esta corta digresion, que no tiene otro objeto que descubrir los verdaderos culpables de los males que lamenta la sociedad y afligen al hombre, para que sabiéndose no se lance el anatema contra el clero, sino contra los filósofos que privando á aquel de su cetro, lo empuñaron para mal de los pueblos, mal que una vez que le causaron deben estar á sus consecuencias, tanto mas cuanto que en sus labios son los protectores del hombre. ¡Pobre hombre! . . . ¡Infeliz sociedad, si tales pilotos gobiernan tu combatida nave!

Condenado Pelagio y su doctrina, Casiano de Lerins, no creyendo que aquel hubiera tomado suficientemente en cuenta los hechos relativos á la

libertad humana, y á sus relaciones con la potestad divina, aun reconociendo la insuficiencia de la humana y la necesidad de un socorro exterior, negó la accion inmediata de Dios sobre el alma para operar la santificacion progresiva, accion gratuita á que el hombre no tiene derecho alguno; pero en su concepto son suficientes los méritos del hombre, así como los actos que se proponen por objeto una mejora moral, cuando son producto de la libre voluntad, y el número de los predestinados es ilimitado. El clero, á vista de este nuevo error se apresuró á combatirle, y Próspero y S. Agustin lo hicieron tan victoriosamente, que libraron la sociedad de este nuevo precipicio en que la herejía iba á precipitarla, y de cuyo abismo debia surgir como de cenagoso manantial, un veneno que emponzoñase su existencia con perjuicio de la Iglesia y del Estado. Aquí tambien mostró el clero su celo por la civilizacion, é hizo ver en cuánto consideraba la sociedad cuando tantos desvelos se tomaba por moralizar al hombre, único modo como puede ser útil á sus semejantes, y como puede en el mundo conservarse el verdadero equilibrio, base y sostén de todo gobierno y de toda sociedad. Así fué que á los desvelos de S. Agustin y á sus vigilias y trabajos se debió la verdadera doctrina que puso de acuerdo la libertad del hombre y la omniscencia divina, conservando el justo medio entre los

que todo lo atribuian á la libertad humana, y los que la aniquilaban ante el poder de Dios, declarando que es igualmente falso que Dios lo haga todo sin la libre concurrencia del hombre, y que éste pueda hacerlo todo sin la de Dios.

Con poco que nos detengamos á reflexionar, se conoce las tendencias de esta doctrina de pelagianos y semi-pelagianos, y los males que indudablemente hubiera atraído sobre la humanidad. Ellas, privando al hombre del consuelo de los auxilios de la gracia, y de la esperanza y temor que sus buenas ó malas obras crean en su alma, necesariamente debian reducirlo á una barbarie y ferocidad difícil de pintar, y mil veces mas terrible que la de las fieras mas dafinas, y el mundo, víctima de la fuerza bruta, no hubiera gozado un solo dia de tranquilidad. Dominando tan corruptoras ideas, nadie hubiera podido disfrutar descanso ni sosiego en la tierra, y el corazon del hombre, propenso á los vicios, hubiera sido dominado por ellos, la virtud hubiera huido de su alma, y hecho el juguete de sus desbordadas pasiones, se hubiera entregado al robo, al asesinato, á la violacion, sin conocer otro freno que su capricho, ni otras leyes que las de su extraviada voluntad. Concluyamos, pues, asegurando, que el clero en las cuestiones contra los herejes, al par que aseguró el dogma, afianzó los derechos del hombre, y defendiendo la Iglesia, defendió la humanidad

y civilizó el mundo, aclarando la verdadera doctrina del cristianismo, sin la cual hubiera yacido en las cavernas de la anarquía física y moral y en las sombras del desorden y de la muerte.

Aun no había muy bien triunfado de estos enemigos, cuando se le presenta un nuevo estandarte que derrocar, un nuevo ejército que combatir: Eutiquio, abad de un monasterio en las inmediaciones de Constantinopla, que había combatido fervorosamente á Nestorio, no supo preservarse á sí mismo y se levantó proclamando, que la divinidad y la humanidad del Verbo despues de la Encarnacion, habían formado una sola naturaleza divina, bajo la apariencia de un cuerpo humano. Al grito de guerra, lanzado por Eutiquio, y secundado por sus prosélitos, respondió el clero ortodoxo reunido en Constantinopla en concilio el año 448, condenándole y declarándole despojado de los órdenes sagrados; sin embargo, sus admiradores acudieron á Teodosio reclamando que las actas de este concilio se revisasen en otro general, donde los obispos, que en el anterior fallaron contra el hereje, no tuvieron voto, y fueran considerados como meros acusadores. Siguióse esta demanda, y á pesar de la oposicion de Leon el Grande, el eunuco Crisafó se declaró por los disidentes, y ciento treinta y cinco prelatos se reunieron en Efeso bajo la presidencia de Dioscuro, patriarca de Alejandría, y recibieron la profesion

de fé que hizo Eutiquio, declarándola católica, recibíendole de nuevo en virtud de ella á la comunión de la Iglesia, reduciendo al silencio por la fuerza y la violencia á los que á ello se opusieron; pero convocado en 415 el concilio de Calcedonia, trescientos sesenta obispos dieron allí la definicion de la fé en conformidad con la doctrina de los Padres y de los concilios precedentes; Dioscuro fué depuesto, y la carta de Leon el Grande al patriarca Flavio sobre la Encarnacion, fué elevada á la categoría de los libros canónicos. De este concilio, sin embargo, salieron los primeros gérmenes del gran cisma de Oriente concediendo al patriarca de Constantinopla los mismos honores que al obispo de Roma, y hasta el derecho de confirmar los metropolitanos del Ponto, la Tracia y el Asia, concesion que cual chispa eléctrica dió pábulo á la inmensa pira en que había de sepultarse el catolicismo oriental.

Con todo, Dios nuestro Señor que sabe sacar de los males bienes, hizo que de estas cuestiones reportase mucha utilidad á la Iglesia, pues se deramó por regiones hasta entonces no visitadas, y el clero que discutió en los concilios y libró la humanidad de las miserias que la amenazaban, llevó la civilizacion á otras comarcas, y prestó al hombre con la savia de la doctrina evangélica el gérmen de su bienestar social: en alas de su fé y de su caridad por el bien de sus hermanos, Jaco-

bo Baradeo, sin temor á los peligros ni á las incomodidades, atravesaba sobre un dromedario los desiertos de la Arabia y las llanuras de la Mesopotamia, al mismo tiempo que en el Egipto, la Nubia y la Abisinia, los sacerdotes griegos, en las crestas de los montes de la Armenia, Juan de Halicarnasio, y en el Líbano Juan Maron hacian renovar los ecos dulces de la ley del Crucificado, y echaban los cimientos á una civilizacion humanitaria, hija de aquella caridad ardiente que enseña á amarnos como hermanos, y que manda que el buen pastor dé hasta la vida por sus ovejas.

Tambien por este tiempo surgió en España Prisciliano, y tomó tal incremento su doctrina proclamando los errores de Manés, que los obispos y el clero se levantaron tan presurosos para conjurar la tempestad, que al fin fué condenado y ejecutado en virtud de un decreto del emperador Máximo primero que derramó la sangre de los herejes; ejecucion que fué llevada muy á mal por los santos obispos Ambrosio de Milan, Martin de Tours, que la miraron como un atentado en nada conforme con la mansedumbre del Evangelio. Con todo, vemos que ya no solo se discutia, sino que se imponian á los herejes penas, inclusa la capital, y que no solo se empleaban contra el error las armas de la persuasion y de los concilios, sino tambien las coactivas, como lo prueban los severísimos edictos de Teodosio I, amenazan-

do á los herejes de cualesquiera denominaciones en los ministros de su culto, en sus asambleas y en sus personas. Obispos y sacerdotes en virtud de estos edictos perdian sus privilegios y asignaciones, y eran conducidos al destierro mientras persistian en sus ritos y falsa doctrina. Una multa de diez libras de oro se imponia de castigo al que daba ó recibia la ordenacion de los herejes. Se confiscaban los edificios en que reunian sus conventículos, tanto fuera como dentro de la ciudad, se les impuso la nota de infamia, se les escluyó de los empleos honoríficos y lucrativos, y hasta del derecho de testar y admitir mandas, llegándose hasta el extremo de fulminar la pena de muerte contra los maniqueos.

A tanta severidad de los emperadores respondió el clero con un grito de reprobacion, y los que estaban prontos y dispuestos á convencer y argüir á los herejes volaron de todas partes á defender la humanidad desatendida en sus personas por mas que sus hechos lo desmereciesen; así es como el clero, tan cruel y tirano segun la nueva filosofía, se portaba con los enemigos de Dios y suyos, así los perdonaba y procuraba su perdón como el que queria su arrepentimiento y no su castigo. Ambrosio, Martin, Agustino y otros nos han dejado pruebas inequívocas en sus escritos, pero que no copiamos por tenerlas designado lugar oportuno en nuestra obra. Así ejercia el cle-

ro su crueldad y abusaba de su poder y prestigio. Tantos enemigos y tantas disensiones intestinas en la Iglesia, estaban compensadas superabundantemente con los triunfos que obtenia por fuera, y por la nueva ley con que la enriquecia el clero; celoso del bien de los hombres y de la civilizacion del mundo, se lanzaba á los mares, atravesaba desiertos, trepaba por los montes, y á impulsos de su fé y á estímulo de su caridad, todo lo invadia, de todo triunfaba, nada le era penoso con tal que reportase algun bien á sus hermanos, y de este modo, cuando atraian almas á Dios y le ganaban corazones, sembraban en los Estados la paz, cimentaban los gobiernos en el santo temor de Dios, y labraban el bien de la sociedad haciendo cultos hombres, poco antes sumidos en la barbarie y solo capaces de alternar con las fieras de los desiertos, á quienes mas que á seres racionales, se asemejaban. Así fué como un obispo Marata, enviado por Teodosio el Joven á Persia, en calidad de embajador, hizo conocer el cristianismo á Yezdedgerd, é introdujo la civilizacion en su corte, consiguiendo que se humanizasen sus costumbres, y que los cristianos pudiesen erigir iglesias en sus Estados, que así empezaron á humanizarse. Este era un motivo de inquietud para los magos que todo lo gobernaban y dirigian en el imperio, y que no sin fundamento se mostraban orgullosos por haber dado nuevo realce al estan-

darte nacional; mas como viesan que los cristianos iban á arrancar de su mano el cetro, entraron en cuentas consigo mismo y resolvieron su perdicion: conocian en su malicia la diferencia que habia entre su egoismo y la caridad cristiana, entre sus planes tiránicos y las máximas humanitarias de la nueva religion, entre su interés personal y el desprendimiento generoso de sus rivales; y así no creyéndose suficientes para derrocar los cristianos, consultaron á los judíos, y despues con su consejo emplearon razones y artificios para arrancar hasta las raices del árbol hermoso del Evangelio, que entre sus adeptos y alucinados prometia abundante mies y una frondosidad que en vano habian pretendido animara el suyo, y así procuraron, por todos medios, escitar al rey contra los cristianos. El piadoso celo del obispo Abdas, contribuyó mas que nada al enojo del soberano; pues habiendo sabido que el prelado destruyó un templo del Fuego, le hizo comparecer y le mandó reedificarlo; mas como se negase á ello, le condenó al suplicio y mandó demoler todas las iglesias. De aquí nació contra los cristianos una persecucion, que fué continuada por Varanes IV su sucesor, y por el hijo de éste, y en cuyo curso se vieron renovados los horrores ejercidos contra los primeros mártires, y la constancia de las víctimas; persecucion que cesó bajo Varanes V, que en vista de la generosidad del obispo Acacio de

Amida, y de su clero, que vendieron hasta los vasos y ornamentos sagrados para subvenir á las necesidades de los prisioneros hechos por los romanos en su provincia de Arzanena, suspendió la persecucion y concedió á los cristianos grandes mercedes y privilegios.

Tambien el clero llevó con el cristianismo á la Armenia la civilizacion; y este clero, propietario del egoismo y de la barbarie, para traducir el nuevo Testamento, enriqueció la lengua armenia con un alfabeto que debió á Misrob, maestro de Moisés de Cheronea, autor de una historia de este pais. La Georgia oyó los dulces acentos de la cruz, y ante ellos se dulcificaron sus costumbres, y aquellos corazones inhumanos, que vendian al hijo, á la esposa, al súbdito, aprendieron á conocer los límites de su autoridad y la ferocidad de sus costumbres con la crueldad con que se oprimian; porque el súbdito supo hasta dónde debía obedecer, el rey hasta dónde mandar, el padre lo que podia hacer, el hijo lo que debía consentir, el sacerdote, en fin, conoció que era el pastor, no el lobo de su grey; y así la dignidad del hombre resplandeció, consiguió la humanidad sus derechos, la civilizacion tuvo incremento, y todo debido á la promulgacion de la ley de caridad, que á despecho de las molestias y de los obstáculos, y hasta de las persecuciones, les habia conducido allí, y propagado entre ellos el sacerdote de la ley del

Crucificado, el infatigable ministro del Evangelio.

La Iberia, la India, la Etiopía y la Abisinia, oyeron tambien de boca de los sacerdotes los acentos del Evangelio, y con ellos penetraron allí los primeros gérmenes de la civilizacion: allí llevó el clero con ellos las máximas humanitarias tan encargadas, tan recomendadas por el Salvador, y allí, como en todas partes, hace derramar lágrimas de ternura el principio de la introduccion de la ley de gracia; no se pueden seguir los pasos de los predicadores, no se pueden ver los progresos de la doctrina, sin admirar en ellos la mano del Señor que los conducía, y el poder de la verdad que los animaba, y el fervor de la caridad de los predicadores, que sin recompensa alguna terrena, nada perdonaban por el bien de las almas y la propagacion de la doctrina evangélica, sin la cual, por mas que discurren los políticos y proclamen los filósofos del dia, no hay ni civilizacion verdadera, ni sociedad posible.

Un sueño, un augurio, el relato de un milagro, el ejemplo de un héroe ó de un sacerdote, los encantos de una piadosa compañera, el feliz efecto de una oracion ó de un voto hecho al Dios de los cristianos, producian con el auxilio de la gracia el cambio de creencia de los conquistadores septentrionales; los monjes con sus virtudes austeras, con sus asombrosas penitencias herian aquellas

imaginaciones fogosas, seduciéndolas y arrastrándolas hácia el cristianismo la pompa de las ceremonias, el valor y caridad de los obispos y sacerdotes, y finalmente, el poder de una religion capaz de inspirar al hombre tan heroicos sacrificios, y de hacerle preferir el bien de sus hermanos al suyo propio, besando las manos mismas que los mortificaban, llevando á los corazones que los odiaban los gérmenes de caridad evangélica que enseñan al hombre á mirar un hermano en el hombre por mas que le injurie, persiga y maltrate.

Espulsados los borgoñones de entre los hunos, y no teniendo socorros humanos, convienen en adoptar el cristianismo, tres mil reciben el bautismo en un dia por mano de un obispo de la Galia, y atribuyen la derrota que hacen sufrir á Ocartio de Atila, á la virtud de la nueva fé que habian abrazado: por este mismo tiempo los sacerdotes prisioneros que llevaron del Asia menor los vándalos, suevos y longobardos á sus provincias, sembraron entre ellos la buena doctrina, y á fuerza de trabajos, perseverancia y paciencia, lograron convertir algunos de sus amos, con los que fundaron una Iglesia errante que deputó al concilio de Nicea, al obispo Teófilo, servidor inculto del Dios verdadero, y que descendia de aquel Ufilas que introdujo entre los godos la escritura de quien él la aprendió, y así pudo poner al alcance

de los demas bárbaros los dogmas de la fé y de la moral revelada. Conducido en calidad de esclavo patricio á la edad de 16 años á Irlanda, aprendió la lengua y los usos del pais; trasladado luego por los corsarios á la Galia entró en el convento de Marmouctier, ordenado sacerdote en Italia, y por último, obispo, fué enviado á Irlanda, por el papa Celestino, y á él deben los habitantes de esta isla su fé y los principios de su civilizacion, como los demas pueblos bárbaros la deben á los misioneros que en el siglo IV se esparcieron entre ellos, y á quienes sin disputa debe la Europa que las turbas del Cáucaso, el Rhin y el Don no aniquilasen la civilizacion que en ella florecia.

No todo eran satisfacciones ni placeres para los misioneros; estos celosos operarios, que sin mira alguna terrena llevaban la fé á todas partes, estos hombres virtuosos tan motejados hoy, son los que no perdonaban fatiga por humanizar las hordas salvajes ante cuyas rudas hachas habia de caer el imperio de los Césares; y sin embargo, por tamaño bien no siempre les estuvo preparada la recompensa; al contrario, las mas veces la retribucion eran las cadenas y los tormentos, y el bautismo de la sangre tambien fué entre ellos administrado. Mientras las predicaciones de Ufilas convertian á la fé ilustrando á Fritigerno y sus godos, Atanarico hacia pasear el carro de Ermen-sul, reproduciendo el bando de Nabucodonosor

contra los que no adorasen el ídolo nacional, y de aquí resultó que los que no doblaban la rodilla en su presencia eran entregados á las llamas con sus tiendas y familias; mas sin embargo de la sangre derramada por Atanarico, Genserico y Hunerico, la luz del Evangelio los iluminaba, la verdad adquiría prosélitos, y la religion triunfaba humanizando aquellas tribus errantes y reduciéndolas á vivir en poblaciones, dejando sus tiendas por casas, sus armas por hoces y arados, y sus carros por instrumentos artísticos, y todo debido á aquellos sacerdotes del Dios de paz que humanizaban sus corazones y procuraban la salvacion de sus almas, á aquellos sacerdotes padres y maestros de este clero que hoy se vilipendia sin mas que porque sus detractores no pueden presentar al mundo sus títulos de gratitud, ni á la sociedad tan importantes servicios, pues su decantada filantropía queda á los ojos de la historia reducida á destruir y su civilizacion á aniquilar; pero sigamos nuestro relato, y contemplemos lo que hubiera sido la Europa desde que abandonaron sus desiertos y la invadieron, hasta el momento en que los árabes sometieron á la ley del Alcorán á los que no supieron vivir unidos bajo la del Evangelio que olvidaron por sus vicios, y afearon con sus depravadas y pecaminosas costumbres.

Seguramente no hubieran sido menos crueles los septentrionales en Europa que fueron los ára-

bes en Asia, y allí como aquí hubiera sucumbido la civilizacion á no ser por los ministros del cristianismo, que prestaron su apoyo y se opusieron á sus desenfrenos con un celo ardiente y una caridad santa, y así lograron salvar la cultura del torrente desolador que la combatia. Enlazados entre sí los sacerdotes por la santidad y por una dependencia recíproca, hablaban al corazon de los invasores, suavizaban sus hábitos, dulcificaban sus costumbres, y amenazando con las penas del infierno aquellos ferocísimos conquistadores, á quienes nada infundia miedo en el mundo, los doblegaron á las prácticas exteriores del culto, desde donde les hicieron pasar gradualmente al conocimiento de la verdadera religion, lo que ofreció por resultado una notable mudanza en la moralidad y en la condicion política de los bárbaros, mudanza que refluyó en bien de los conquistados, y sin la cual los hierros, la esclavitud, la miseria y la muerte hubiera sido su patrimonio, y la máxima *infelices los vencidos*, borrada de la Escritura desde que apareció el cristianismo, hubiera tenido su mas amplio cumplimiento entre unas gentes que no conocian mas derecho que el de la fuerza, y que merced á los ministros del cristianismo, reconocieron que estaba prohibido al hombre explotar al hombre, que es imagen viva de Dios, á quien se agrada ejerciendo con él la caridad que nos manda mirarnos como hermanos, y

no hacer á los demas lo que no quisiéramos nos hiciesen á nosotros.

Tambien los sacerdotes introdujeron entre los bárbaros la escritura, y el uso de ella tan indispensable para una religion de preceptos escritos, los puso en aptitud de estudiar las virtudes divinas y de proporcionarse algunas nociones en lo concerniente á la historia, á la naturaleza y á la sociedad. Ufilas dotó á los godos de un alfabeto para trasmitir á su lengua las santas Escrituras, del cual nos quedan algunos fragmentos, como son el *Codex argenteus*, que se conserva en la universidad de Upsal; otro que está en Wolfenbuttel, que contiene la epístola á los romanos, sin otros retazos descubiertos por el cardenal May en la Biblioteca Ambrosiana, que han servido al conde Octavio Castiglione para ocuparse en preciosos trabajos. Estas traducciones de los libros santos facilitaron las conversiones entre aquellas gentes, porque su lectura, unida á la predicacion del clero, iluminó sus almas, y fué poco á poco sembrando en sus corazones no solo la cultura, sino aquella suave doctrina, destinada á hacer feliz al hombre en la tierra, y á colmar su dicha despues de muerto con la posesion del cielo. Los eclesiásticos les inspiraron un deseo de beber directamente en las fuentes de los santos Padres las verdades que nos han sido trasmitidas; así fué que una vez los bárbaros en comunidad de creencias con

los cristianos, hechos sus hermanos espirituales, aprendieron á observar estrictamente las alianzas, á guardar la fé de los tratados que antes desconocian, á ser menos implacables en la guerra, á respetar la persona del vencido, y á venerar las instituciones del imperio que empujaban á su total ruina.

A vista de esto díganos ahora los filósofos que nos motejan, si la humanidad, si la civilizacion, si la sociedad, las artes, las ciencias deben ó no algo al clero; comparen lo que éste ha hecho por ellas y lo que ellos con sus teorías han destruido, y díganos con la mano sobre su corazon quién es mas civilizador, ¿el sacerdocio ó los filósofos? ¡Ah! seguramente el sacerdocio, á menos que no se entiendan las palabras destruir por edificar, y asolar por fundar; pues la revolucion no ha hecho mas que destruir las artes que el sacerdocio levantó, abatir las instituciones de paz que él fundara, y á cuya sombra vivia feliz el mundo, para sustituir otras que serán muy bellas, muy hermosas en la teoría, pero en la práctica son todo lo contrario, y tanto, que si leidas seducen, practicadas horrorizan.

Así fué como el clero adquirió prestigio entre los conquistadores, y se atrajo la gratitud de sus señores, que no podian menos de conocer en aquellos sacerdotes sus libertadores, y los que con su influencia y eficacia mejoraban su condicion y los

libertaban del yugo de la esclavitud; de esa esclavitud que hoy se dice protegieron y que nadie abatió en realidad mas que ellos, porque solo ellos enseñaron á los conquistadores á mirar en el conquistado un hermano con quien debian compartir el pan, y no una bestia de cuyo trabajo y sudores debian aprovecharse, porque su divino Maestro les mandó á anunciar por el mundo su Evangelio, la ley de caridad, sin la cual no hay felicidad posible.

Sin embargo, aun continuaba el paganismo y las herejías pululaban, y los obispos y sacerdotes ponian todo su cuidado en estirpar aquel y en preservar la fé de la mancha de éstas; á esto se encontraban dedicados casi exclusivamente hasta que vino á distraerlos de su trabajo la condicion de su siglo, y la clase de hombres rudos y groseros entre quienes vivian, y así fué que las circunstancias de los tiempos los obligó á echar sobre sus hombros las cargas que por debilidad eludian las autoridades temporales; y es bien advertir en este lugar para que se tenga presente que no fué el clero el que deseó entrometerse en los negocios civiles, sino los pueblos y los soberanos los que los obligaron á hacerlo, y que si lo hicieron no fué con el deseo que falsamente se les supone, de dominar los pueblos y los soberanos, y despozarlos, sino para salvar sus intereses y los de sus gobernados, y en beneficio del Estado y de la

humanidad, como los demostrarán los sucesos.

Entonces todo lo hacia el sacerdote, el obispo bautiza, confiesa, impone las penitencias públicas y privadas, fulmina la excomuion y releva de ella, visita á los enfermos, ora por los muertos, rescata los cautivos, alimenta los pobres, los huérfanos, las viudas, funda hospicios y hospitales, administra los bienes de su clero, falla como árbitro y conciliador publica tratados de moral, de disciplina y de teología, sostiene controversias con filósofos y herejes, se aplica á las ciencias y á la historia, responde á las preguntas que le hacen otros obispos, las iglesias, los monjes y los particulares, asiste á los concilios, se reviste con el carácter de embajador, interviene con los bárbaros y los conquistadores para apaciguarlos; en una palabra, reúne en su persona la influencia del filósofo y la autoridad política y religiosa.

Hallándose abandonada la administracion municipal por los decuriones, se encargaron de ella los sacerdotes y los obispos; donde quiera que se necesita vigilar, dirigir, prodigar consuelos, habia siempre seguridad de encontrar proteccion en aquellos hombres que todo lo sacrificaban, sus bienes, su reposo y hasta sus vidas, por el bien de sus hermanos. Tan latas atribuciones no las desearon ni fué una usurpacion por su parte, de ninguna manera lo habian solicitado, ni lo apetecian, ni era tal su destino; nació la necesidad, ellos

se mostraron dispuestos á satisfacerla, era por el bien de sus hermanos, y la aceptaron sacrificando su reposo; podían reportar utilidad á la sociedad y á la humanidad, y no titubearon tomar sobre sus hombros tan ímprobo trabajo, bien ajenos que un día lo que hacían como sacrificio en beneficio del hombre, el hombre se lo contara como una maldad, y de una satisfacción de su deseo y de un bien, le formulara una acusación; acusación fantástica que, como la sombra, se desvanece, sin quedar ni aun señales de su huella tan luego como se analizan los hechos: ellos efectivamente nos demuestran, que esta intervención del clero en todos los negocios, fué una necesidad de los tiempos, y que solo el sacerdote, á petición y en bien de los pueblos consintió satisfacerla, porque la preponderancia moral les autorizaba para hacer de su poder un legítimo uso en modo alguno contrario á sus deberes, porque el cristianismo les atribuía el derecho de obrar en cuanto es útil al hombre, así como los medios que pueden proporcionarle un buen resultado, porque al fin su verdadera misión en la tierra es contribuir al bien espiritual y temporal de sus hermanos.

Con poco que se estudie la historia, con poco que se analicen los hechos, se verá que el sacerdote muy lejos de querer obrar por sí y para sí, no tuvo otro objeto al encargarse de estos asuntos que el bien de los hombres y de esa sociedad

que hoy le acusa, sin duda porque la libró de la barbarie y de los males con que la amenazaba el hacha de los bárbaros. Ya hemos admirado los Ambrosios, Crisóstomos y Agustinos, esponiéndose al encono de los poderosos por salvar los pobres, anatematizando los potentados y prefectos, haciéndolos entrar en las vías de la equidad y de la justicia por libertar los pueblos y hacer triunfar la causa de la humanidad, y aun hemos admirado santos obispos, celosos sacerdotes, almas ajenas del egoísmo y dispuestas, como su maestro Jesús, á sacrificarse por los hombres sus hermanos, en alas de su caridad, arrostrarlo todo por revocar una sentencia cruel, por subsanar una vejación inferida al pueblo, y aun admiraremos otros muchos en el curso de esta obra, tipos hermosos que la historia nos ofrece como un solemne *mentis* de las calumnias con que hoy se les insulta, y que sin mas recompensa que su fé, todo lo arrosaban, y se esponían á todo, á los abrasadores rayos del sol, á los huracanes, á las lluvias, y dejaban sus pacíficas y tranquilas moradas y atravesaban desiertos, y trepaban montañas, y surcaban mares en una edad avanzada, muchos de ellos para esponerse á los insultos, á las befas y aun á los malos tratamientos por obtener una gracia, un privilegio, la rebaja de tributos, la conmutación de una pena, el perdón de un delito, la reparación de una injusticia en favor de los pueblos, de

los particulares, y aun de los padres de aquellos mismos que hoy les acriminan todos estos favores como un delito, como una usurpacion, como un egoismo. ¡Ah! qué diferencia entonces cuando el sacerdote, cuando el obispo, volvian á su pueblo conseguida su demanda, se tendian ramos en su tránsito, se colgaban las calles, se levantaban arcos triunfales, se iluminaban las ciudades, y entraban en ellas como en triunfo, sin que hubiera un alma tan ruin y miserable que no se regocijase al verlos, que no participase de la comun alegría y uniese sus plácemes á los de los demas, y levantase al cielo sus manos y bendijese su libertador, pidiendo al Señor por la vida del que era su consuelo y habia remediado su afliccion; pero jamas se le podia ocurrir que sus hijos desconociesen tantos beneficios y acusasen á su libertador; y sin embargo, el tiempo con su continuo curso habia de hacer esta metamórfosis asombrosa, y aquel clero tan bendecido un dia, si, como su maestro, entraba en las ciudades en triunfo, y era recibido con palmas y ramos en las manos, tambien habia de llegar un dia triste, una época desgraciada en que los víctores se cambiarian en amenazas, los ramos de triunfo en insultos, los plácemes en un tormento, en una cruz: tambien habia de llegar dia en que los hijos de los que le bendecian, olvidando tantos beneficios, imitando á los judíos, clamasen con el mas furioso frenesí: crucifícale.... crucifícale!....

El triste aspecto de tamaña ingratitude, de tanta injusticia, nos arranca estas sentidas espresiones, y á vista de los sucesos no lloramos los trabajos del sacerdocio, sino que nos exalta la maldad, y así nos dejamos arrebatarse aun mas de lo que quisiéramos, á vista del tortuoso sentido que se dá á los hechos; por lo demas, sabemos, y con nosotros todos nuestros hermanos de ministerio, que el Señor nos tiene dicho: "que nos envia al mundo como ovejas entre lobos, y que lloraremos, el mundo se reirá de nuestras lágrimas, se gozará en nuestros males, pero que un dia la alegría del mundo se convertirá en tormentos eternos y nuestro gozo no tendrá fin:" ¡terribles y consoladoras palabras, que no pueden menos de sembrar en nuestros pechos, ávidos siempre de la salvacion de las almas, al par que la alegría natural, á vista de la esperanza del premio, la tristeza inherente al alma caritativa que ve la perdicion eterna de un hijo espiritual, de un hermano en el Señor, cuya direccion le está encomendada!

Así responde el clero á los insultos de los filósofos de la impiedad hoy; así no le devuelve para vindicarse dieterios; así nosotros acudimos á la historia para presentarle hechos en defensa de la humanidad y de la civilizacion, para manifestarle modelos de filantropía y caridad que confundan sus sofismas y hagan enrojecer su semblante y palidecer su frente; así nosotros á la acusacion de

usurpador de privilegios, y de egoísta que se lanza contra el clero, presentamos sacerdotes indiferentes á su bien temporal, y que sin recompensa alguna terrena, obraban el bien de sus hermanos: así á la acusacion de inútiles á la sociedad, con que los regalan los hombres del siglo, presentamos hechos que demuestran sus trabajos por la sociedad, trabajos que jamas pudieron tener, ni tuvieron por objeto el mezquino interes que hoy se les supone, y que fueron emprendidos en bien de sus hermanos; así á la acusacion que hoy se les dirige de haberse intrusado en los palacios para atraerse el favor de los poderosos, presentaremos á las melancólicas y llenas de caridad que abandonado el dulce y poético silencio del templo, se presentaron á los mas fieros conquistadores, arrostrando su furor por el bien de sus hermanos, y en cumplimiento de los deseos del emperador, y mas que todo, del precepto que dice: "que el buen pastor dá por sus ovejas hasta su alma."

Yo quisiera trasladarme con la imaginacion á la época que recorre mi pluma; yo quisiera poder reseñar y pintar con sus verdaderos colores el papel del clero en el momento en que las hordas del Don y del Cáucaso, del Rhin y del Danubio amenazaban envolver en la ruina del imperio romano la civilizacion, pero á falta de poesía con que matizar mi cuadro, la historia con su inflexible seve-

ridad le dará adornos, y la elocuente voz de tan brillantes hechos defenderá al clero de sus enemigos mejor que mis débiles razones: ella presentará la verdad en toda su hermosura, y el sacerdocio saldrá triunfante de tan crueles ataques, que no habrán podido ni aun rozar la fimbria de la hermosa vestidura con que está adornada su mision divina. Acudamos á la historia y veamos los hechos, presentémoslos para confusion de sus detractores, y ellos dirán que el clero nada buscó, y que todo lo emprendió por el bien del hombre y compelido por la necesidad, llevando en ello hasta el mérito de la obediencia, pues al aceptarlo era cumpliendo un mandato de los soberanos, ó las peticiones de los pueblos y las ciudades.

En comprobacion de lo que acabamos de afirmar nos presenta la historia hechos cuya verdad no se atreverán á desmentir nuestros críticos; hechos gloriosos para este clero tan vejado, que si prueban su importancia, no menos atestiguan sus servicios y sus sacrificios prestados á la civilizacion y á la humanidad; así vemos á Teodorico enviar á S. Oriente, obispo de Ausch, á pedir la paz despues que fué espulsado de Narbona, y el obispo acceder á la súplica, interrumpir sus funciones sacerdotales, y constituirse medianero y protector de un desgraciado por mas que su desgracia estuviese cubierta con la púrpura de los reyes y circundada del marchito colorido de la diadema;

el santo prelado no le abandona, y desmiente con su conducta aquellos versos tan sabidos y casi siempre confirmados de Ovidio, "que en la felicidad tenemos muchos amigos, y en la adversidad nos hallamos abandonados;" versos que si son la práctica constante de los mundanos no lo son de los sacerdotes que se consideran siempre los padres y protectores de los infortunados. Así vemos al obispo de Auxerre German, dirigirse á Arlés y abandonar el altar y el templo para obtener la disminucion en las cargas públicas impuestas á sus feligreses, cumpliendo de este modo una mision de caridad en defensa de sus ovejas, mision á la que seguramente fué invitado, y en la que no tendria otro interes que la dulce satisfaccion que resulta á un alma generosa de haber hecho á los que ama un beneficio, y en la que no llevaria otras miras que la esperanza del premio que el Señor prepara en la otra vida á los que cumplen sus preceptos. De este modo fué y con estos hechos con los que el clero adquirió prestigio y poder, no adulando al poderoso, sino siendo el paño de lágrimas del desgraciado; así salvó la humanidad, y dueño por su ascendiente de los corazones, pudo dirigir al hombre en el progreso civilizador á que le impelia la religion del Crucificado, cuya observancia le fué encomendada.

Aun vemos con admiracion á estos hombres extraordinarios no desatender su mision espiritual,

ni sus trabajos del templo, y en medio de tantos quehaceres atender á todos y multiplicarse admirablemente en cumplimiento de sus deberes sacerdotales y humanitarios. S. Hilario de Lerins, obispo de Arlés, nos comprueba este aserto: aun siendo prelado, investido con tan alta dignidad, ocultaba bajo las vestiduras pontificales un corazon desprendido de los bienes temporales, seguia viviendo en la pobreza como antes y andaba con los piés descalzos; recibia por la mañana en la ciudad á todo el que allí se presentaba, el resto del dia dictaba, leia, escuchaba ó conversaba, y construia iglesias con los mármoles arrancados del anfiteatro. Seguramente no faltará quien lamente haber destruido estas obras del arte y de la historia, y aun los arqueólogos creerán un atraso en la civilizacion y en las artes la pérdida de tales monumentos, pero cesará su admiracion, y callarán sus apóstrofes tan luego como se reflexione que el cristianismo lo regeneró todo, todo lo hizo suyo, y en artes, en ciencia y en política, imprimió su carácter, carácter hermoso que marcaba al mundo el camino de una civilizacion nueva y llena de lozanía que habia de regenerar al hombre, y así nada perdian las artes ni la historia con la desaparicion de tales monumentos, cuando sus mármoles iban á servir á una arquitectura nueva mas variada y vistosa, y aunque así no hubiera sido, es disculpable el celo de los prelados, pues

destruyendo aquellos focos de barbarie donde se acostumbraba el corazón más sensible á la efusión de sangre, y donde se borraba con la costumbre todo rastro de caridad del alma tierna de la esposa y del inocente niño, á fuerza de ver horrores y asesinatos, despojando á la inocencia y al bello sexo de una de sus mejores cualidades, y arrebatando á la humanidad su lustre y más hermoso ornamento, su más elocuente defensor, la caridad. Creemos por tanto, que el celo de los obispos en esto que los modernos críticos llaman falta de cultura, está más que suficientemente disculpado con los beneficios que al mundo y á la civilización ha producido esta severidad.

No solo se ocupaba el obispo de Arlés en esto, sino que dando desahogo á su caridad, nada perdonaba para ejercerla, y vendía los vasos sagrados si la necesidad urgía para socorrer á los pobres ó redimir los cautivos. Entregado á la oración y al estudio, ningún deber desatendía, á todo estaba dispuesto, y en el templo, y en su casa, en el consistorio y en el campo, allí donde la necesidad de su grey lo pedía, allí estaba presente; como el ángel del bien se hallaba en todas partes donde había una discordia que orillar, un pleito que cortar, un vicio que reprender, una virtud que animar. Predicaba por espacio de cuatro horas en los días de ayuno, confesaba, prevenía los males de una administración perversa y corrom-

pidá, ó los remediaba: á todo atendía, y siempre para utilidad de los pueblos, del Estado, y adelante de la civilización; él ejercía cerca de los poderosos el ministerio de tribuno, y tribuno ardiente é incorruptible para defender los pueblos y abogar por la causa de la humanidad; así fué que al entrar un día en la iglesia el prefecto rodeado de su brillante comitiva, después de haberle dirigido frecuentes y humanitarias representaciones sin haber conseguido mejorar su condición, ni atraerle al sendero de la justicia, le apostrofó directamente diciendo: "que quien se había manifestado desdeñoso á la adopción de sanos consejos, no era digno de oír la palabra divina." ¡Admirable ejemplo de integridad para los hombres de nuestros días!!!

Y no se crea que este era el proceder de un hombre aislado, era la conducta de todo el episcopado y de todo el clero; por eso el pueblo veneraba su virtud y los respetaba; por eso doblaba ante los sacerdotes las rodillas; por eso buscaba en la desgracia su amparo, en la tiranía su patrocinio, y en las vejaciones su defensa. Así estos hombres tan egoístas y tiranos se portaban con nuestros padres, y de aquí les provenía su decantado influjo. ¿Era ó no justo? En vano espero vuestra respuesta, porque ni es ni puede ser otra que la del silencio, que engendra la confusión y la vergüenza; pero yo que estoy en la obligación

de hablar, he de proseguir y os he de arrancar la máscara que encubre vuestras mentidas promesas: vosotros, filósofos y políticos de nuestros días, que tanto cacareais vuestra filantropía, falsos tribunos de un pueblo que engañais, aparentando defenderle, decidme: ¿qué habeis hecho por el hombre? ¿qué por la humanidad? Nada; y si algo pueden llamarse las revoluciones sangrientas en que vuestras teorías nos han precipitado, no será ciertamente para vuestro elogio de humanitarios: ¡humanitarios! vosotros que traficais con la sangre del pueblo, ¡ah nunca! Mas pasemos adelante, y ya que os creéis superiores al clero, ya que proclamais descaradamente que habeis hecho más que él por la sociedad, permitidnos esponer vuestros buenos servicios en paralelo con los de ese sacerdocio, de cuya tiranía habeis librado al hombre.

Yo veo, y la historia me presenta en todos tiempos sacerdotes combatiendo en público y en secreto los excesos del poder y los abusos de la fuerza: yo los veo abogando por el pueblo, por el pobre, por la viuda, por el huérfano y por el desvalido: yo los veo siempre de parte del débil y del menesteroso. ¿Y vosotros? Vosotros ¡ah! vosotros habeis arrancado ó pretendido arrancar de manos del clero el cetro que empuñaba para bien del hombre, porque era un cetro regido por el amor y modelado por la caridad: ¿y qué uso habeis hecho

de él? Os habeis lanzado á la arena con él, habeis compuesto tratados, dirigís periódicos, manteneis esos focos de civilizacion, esas tribunas de protectorado, ese arsenal de armas contra el desenfreno del poder; pero como el amor á la humanidad no es mas que un pretexto, y las obras no corresponden á las palabras ni á los escritos, de aquí resulta, que nada haceis mas que alucinar las masas para conducir las á vuestros fines y hacerlas servir de escabel para vuestra exaltacion. Yo, la Europa, el mundo entero, contemplamos un tribuno hoy, vemos mañana un periodista que aboga por el pueblo, que critica los actos del gobierno, que censura los abusos del poder; pero este mismo tribuno tan ardiente, tan fogoso, que tanto grita y censura, no tiene su alma desprendida del interes; ambiciona, y si ataca al gobierno, si reprueba sus actos, si pone de manifiesto sus excesos, lo que menos tiene en cuenta es el bien del pueblo y del Estado, y consulta mas al egoismo que á su deber; no lo hace como siempre lo hizo el sacerdocio movido por una caridad que está muerta en su corazón, ni por una fé que no ha recibido, ni por una esperanza, que desconoce, sino con la mezquina perspectiva de encumbrar sus patronos, los gefes de las banderas en que milita y en quienes espera hallar la recompensa de su trabajo, con la posesion de un pingüe destino en que chupar la sustancia del esquilmado pue-

blo, comer del sudor del pobre y vejar al oprimido y remachar los clavos de la cadena que aprisiona y maltrata al infeliz; al revés el sacerdocio, jamás por su protección buscó recompensa mundana; jamás, como el periodista, se convirtió en panegirista del poder tiránico, ni en adulador del magnate; su recompensa la buscaba en el cielo como premio de su ardiente caridad en la tierra; y al hacer frente al poder, al censurar sus actos, al anatematizarlos, no perdía de vista que su misión evangélica era condenar el vicio, ensalzar la virtud y sacar triunfante la verdad, esponiéndose á todo por salvar tan caros objetos, y en su elevado ministerio no comía con el ardor del miserable, ni se gozaba con el llanto del huérfano y la viuda, porque no había olvidado que el Señor tiene dicho: "lo que hiciereis por los pobres y desvalidos lo recibiré como hecho en mi obsequio, y os lo recompensaré en el cielo;" doctrina admirable que están muy lejos de seguir los utopistas que no conocen más Dios que su vientre.

En aquellos tiempos, en medio de una sociedad que yacía víctima de la molición, de la corrupción, y de males de toda especie; cuando el pueblo y la nobleza estaban sumidos en una criminal ociosidad; cuando los vicios la tenían dominada y la virtud parecía haber abandonado los mundanos y solo hallar acogida en el sacerdote, este celoso ministro del Dios de las misericordias era el único

que trabajaba y conservaba energía para oponerse al torrente que todo lo inundaba, y á él acudían de todas partes y toda clase de personas para encontrar en sus consejos y buenos oficios la tranquilidad y el bien que la sociedad les negaba; en sus palabras y oraciones confiaban hasta sus enemigos, y pasma seguramente ver agolpados en torno de la columna del Éstilita Simeon, un numeroso tropel de peregrinos de todas naciones y creencias á buscar sus consejos; asombra ver los adivinos de la Persia y la Arabia reclamar su intercesión, al emperador Teodosio III consultarle, á los sarracenos disputarse sus bendiciones en vida, y repartirse después de muerto sus reliquias.

Hechos admirables que quisiéramos que los filósofos del día nos descifrasen, y que dijeran, si aquellos encarnizados enemigos del cristianismo eran también del número de los alucinados por el sacerdocio, y tenían interés en hacer triunfar las mismas doctrinas que perseguían, ó estas deferencias, esta veneración, nacían de la íntima convicción en que estaban acerca de la virtud nunca desmentida del celoso sacerdote que consultaban, del varón santo cuyas oraciones demandaban, del hombre admirable ante quien su erguida cabeza se inclinaba. Para nosotros, aunque menos ilustrados que los enemigos del clero, y menos sabios en las cosas del mundo, siempre son y serán jus-

tos estos actos por los que el clero adquirió su prestigio; y aunque menos humanitarios los sacerdotes que ellos, diremos que estos beneficios hechos á la humanidad, no se han despreciado, ni desconocido por el pueblo que, si no es sabio, tiene sin embargo muy buen criterio y no es ingrato para con los que le favorecen, y de aquí nace su respeto al sacerdocio.

Y no era solo este ejemplar: en el norte del Euximo, entre los copos de nieve que una atmósfera helada envía continuamente sobre la tierra, en la cima de un monte espuesto á los vientos y á las escarchas, habia establecido su mansion en lo alto de una columna Daniel, y allí tambien como á los piés de Simeon acudian los bárbaros y los romanos, allí tambien hallaban consuelo, allí tambien entre tanta austeridad habia un corazon caritativo que los consolaba, allí habia un justo que huyendo del mundo buscaba el hombre para su consuelo, allí en aquel desierto era visitado un penitente cristiano, un fanático, segun la espresion de nuestro siglo, un hombre inútil para la sociedad, por la sociedad misma, y allí los hombres entonces, lejos de creerle inútil y fanático, le consideraban santo y utilísimo para su consuelo, y tanto, que apenas habia una lágrima, una angustia, una afliccion, que no consolasen sus palabras; y cuidado que no era solo el pueblo ignorante y sencillo el que le imploraba sus oraciones, le confiaba sus

desgracias, mendigaba sus cuidados: el emperador Leon le consideraba como salvaguardia de su reino, y se remitió á él para celebrar un tratado con ciertos estranjeros; el patriarca de Constantinopla le obligó por la obediencia á descender de su columna para sosegar un cisma de la iglesia de Antioquía, y despues que lo consiguió se volvió á continuar su estraña penitencia.

En uno de los arrabales de Constantinopla vivia otro solitario, cuya fama de virtud era tal en la ciudad, que Teodosio el Joven fué á visitarle de incógnito: entrando en su miserable habitacion no vió otras provisiones que algunos pedazos de pan metidos en una cesta; "por lo cual, padre mio, le dijo, dadme vuestra bendicion, y comemos en seguida." A lo que el solitario contestó, tomando un poco de agua, echando dentro unos granos de sal y un poco de pan, cuyo frugal alimento compartieron entre los dos, á vista de lo que, el emperador se descubrió, y lleno de admiracion exclamó: "¡Cuán venturoso sois vos, que en la soledad, exento de las molestias del siglo, pasais una vida tranquila y sosegada, sin mas cuidado que el de las almas, sin otra idea que la de alcanzar la perfeccion para haceros digno de las eternas recompensas! Por lo que hace á mí, nacido en medio de la pompa del trono, puedo decir que jamas me he sentado á la mesa sino con un espíritu agobiado de desvelos.

Sería necesario muchos volúmenes para referir uno por uno todos los hombres eminentes que, desprendiéndose de sí mismos y sin ninguna mira terrena, se sacrificaron por sus hermanos y fueron el oráculo de su siglo, y la panacea que curaba todas las llagas del alma; varones ilustres de esta religion de caridad, verdaderos apóstoles que llevaban á todas partes costumbres humanitarias, que amansaban corazones feroces con sus consejos, que con sus palabras moderaban el ímpetu de los magnates, inculcaban en ellos la caridad, en sus subordinados el respeto, y sacaban del caos la civilizacion para que con su luz hermosa iluminase el mundo. Estas son verdades inconcusas que todo el mundo sabe, que todos confiesan menos los enemigos del clero que, ó las callan ó las interpretan; pero en cambio nos esponen sus teorías como un campo que nos ha de dar frutos opimos de dicha; en cambio nos hablan de filantropía, y alguno sé yo y conoce el mundo entero, que cuando clama porque se hagan haciendas, modelos y bancos de ahorro para los pobres, malgasta en sus perros lo que podía servir para el sustento de dos familias, y no dá una limosna á un necesitado: esto no puede decirse del clero egoista y ambicioso, que sin embargo de su corrupcion, nunca fué indiferente á las miserias del hombre, y nunca desoyó los quejidos de un hermano indigente, porque sabe que "la limosna abre las

puertas del cielo y borra la multitud de los pecados."

Yo bien sé que si estos hombres extraordinarios llevasen el nombre de Diógenes ó Caton, se oiria un grito general de admiracion por todas partes, y sus enemigos se convertirian en panegiristas; pero como no visten la toga ni el manto filosófico, sino el hábito ó el manteo; como no se anuncian entre el estruendo del foro, ni la gritería del circo y del anfiteatro; como no viven en el bullicio, sino que sus delicias están en el desierto, sus almas gozan en el silencio de la virtud, y sus deseos están en la patria celestial, pasan desapercibidos y aun burlados por un mundo que no es digno de poseerlos, y viven entre los insultos de unos hombres, cuya conducta reprenden con su virtud, y cuyos empedernidos corazones distan mucho de la filantropía que sus labios pregonan; hombres para quienes los gritos de la humanidad son indiferentes, y que entre la lubricidad de las orgías ahogan los gemidos del pobre, del huérfano, de la viuda cuyo padre y defensor es el sacerdote del Señor, que los consuela en sus desgracias y miserias.

Yo bien sé que si estos hombres, cuyos hechos me complazco en reseñar, lejos de triunfar de sí mismos y sus pasiones, se presentaran al frente de aguerridas y asoladoras huestes, uncidos al

carro triunfal de sangrientas victorias, pueblos y naciones enteras, despojos tristes de la oprimida humanidad, entonces los que hoy los insultan entonarían himnos en su alabanza, y poblarían el aire con sus panegíricos; pero como su norte es edificar y no destruir, civilizar y no esterminar, por esto el mundo se burla de ellos y los escarnece, y es natural que estas sencillas virtudes yacían en el desprecio por los admiradores de héroes homicidas que ensalzan como una virtud santa los crímenes, que celebran en sus escritos la libertad arrebatada á las naciones, la gloria que consiste en degollar pueblos enteros, en vender como esclavos las imágenes vivas de su Dios, en traficar con el llanto y los padecimientos de la afligida y aherrrojada humanidad. Por lo que hace á nosotros, siempre atentos al bien de la sociedad, siempre solícitos al llanto del oprimido, herederos de la doctrina del sacerdocio, cuyo traje vestimos, y cuyo ministerio heredamos, celebraremos siempre como un bien hecho á la sociedad y á la civilización el momento en que el pobre sacerdote se presenta ante el desapiadado guerrero que no conoce otros límites que los de su propia fuerza y su feroz desenfreno, y esponiéndose á sus iras detiene el golpe de su afilado acero en el momento de descargarle sobre un padre de familia, acobarda su deshonesto apetito en el instante de deshonorar una esposa ó desflorar

una vírgen, y hace entrar en los límites del deber al hombre que, sin temor del porvenir convierte el presente en humillar la humanidad y hacerla servir de pábulo á sus maldades; entonces sí que llenos de admiración á vista del poder de la religión celebramos el triunfo de la humanidad y de la justicia, y bendecimos al Señor que escoge según los tiempos los medios de sus misericordias.

Estos hechos de que el mundo fué testigo y que la historia nos ha legado, dicen más en defensa del clero que nuestras palabras; ellos demuestran la justicia y los honestos medios con que el clero adquirió su poder y su prestigio; ellos son un título honroso de sus adquisiciones, y yo quisiera que sus detractores los presentaran iguales para poderlos encomiar; pero no, muy al contrario son por desgracia sus derechos: ellos se fundan en la mentira y la seducción, y si defienden la humanidad es porque en sus palabras ven el medio de erigirse en sus tiranos, y si claman por la civilización es por seguir el torrente del siglo y ponerse al frente de una sociedad que han trastornado. Enumeren sus hechos en favor de estos objetos, y ellos nos revelarán el mezquino interés con que se han proclamado, y el objeto miserable con que las palabras *humanidad, civilización*, se han esculpido en los mármoles, y se han tomado por lema de sus estandartes. Estandartes de triste au-

gurio, manchados con la sangre de los hombres y ennegrecidos con el humo del incendio, y los borrones del saqueo y la profanacion. Esto no puede decirse del *clero sanguinario, egoista y bárbaro*.

Pero avancemos en nuestro trabajo, y que la historia nos demuestre lo que hizo la Iglesia en su triunfo, el sello que imprimió en el mundo intelectual y material, el progreso en que colocó las ideas, las ciencias, las artes, y luego podremos entrar en cuentas con nuestros hombres del día y poner en paralelo sus ideas y sus hechos con las del clero, y deducir en pro de cuál de los dos está la razón, y á quién debe mas la sociedad, el mundo, la civilizacion y la humanidad; esto será el objeto de los capítulos siguientes. Nosotros no dudamos del triunfo, porque si bien conocemos la debilidad de nuestras fuerzas y nuestra falta de ilustracion, confiamos mucho en el buen criterio de nuestros lectores, que no permanecerán ciegos á la luz de la verdad, ni sordos al poderoso eco de los hechos; y si de todo esto no estuviéramos convencidos, si contra nuestro dictámen, que no seria estraño, la obcecacion cerrase á la verdad los medios de llegar al alma, y la mentira adornada con las galas de la prostitucion se hiciese escuchar de corazones corrompidos en que por tanto tiempo ha reinado, entonces confiaremos en los auxilios de la gracia, y en la palabra de Dios,

que siempre protegerá su causa, y con este poderoso auxilio, ó entonaremos el himno de la victoria, que serán las alabanzas á Dios, ó nos convenceremos que los de esta generacion somos indignos de sus misericordias, estamos oprimidos por el cetro de hierro de su justicia, y no conocemos la verdad.

que siempre profesa el error y con este poder
 nos muestra y entorpecemos el camino de la vida
 que nos lleva a Dios, y nos convien-
 tenernos que los de esta generación son los
 que de sus misericordias, están
 el centro de hierro de su justicia
 la vida.

CAPITULO XII.

PENA DE MUERTE.—DOCTRINA DE LA IGLESIA Y DE
 LOS SANTOS PADRES SOBRE ELLA.—TOLERANCIA
 DEL CRISTIANISMO.

Cuando se habla sobre la pena de muerte en el día; cuando los legisladores tanto discurren sobre su existencia ó abolición; cuando en todos los círculos, divididos los pareceres se agitan, unos por destruirla y otros por confirmarla, sin que sea visto que pretendemos legislar el mundo, séanos lícito apuntar algunos particulares, que tal vez nos conduzcan al origen de la doctrina que está por su abolición.

Nadie ignora que antes del cristianismo no hubo legislador alguno que pensase sobre este particular. Todos estaban conformes en la aplicación de la pena de muerte, y la aplicaban llevando su derecho hasta el extremo de quitar la vida á sus esclavos, á sus mujeres, y hasta á sus propios hijos,

sin que pudiera ocurrírseles que ningun derecho les asistiese sobre aquellas vidas; pero aparece Jesucristo proclamando que todos somos hermanos, y en el corazón del hombre se escita desde este momento la idea de la igualdad legal, el conocimiento de su dignidad y de su propia conciencia, y ya tenemos al hombre en camino de defender su vida, y á la humanidad en el sendero que debe conducirla, no al terreno de duda y discusión en que hoy nos encontramos, sino á la abolición total de esta pena que solo debe imponerla el Criador.

Sin embargo, en el cuarto capítulo del Génesis, vemos al Señor maldiciendo á Cain por su fratricidio, desterrándole sin quitarle la vida, á pesar de su crimen y de que la sangre del inocente Abel clamaba al cielo desde la tierra; y como Cain le dijera: "Es tan grande mi iniquidad que no merece perdón, y por eso me arrojas de tu presencia, seré en el mundo vago y prófugo, y todo el que me encuentre me matará." El Señor le contesta: "No sucederá así, porque el que matase á Cain será siete veces castigado. Y el Señor le puso una señal para que nadie le matase." Con lo que se ve del modo mas claro, que en ningun caso puede el hombre tener derecho sobre la vida del hombre, y que por grandes crímenes que cometa nunca hay derecho á privarle de la vida, y sí solo á corregirle; para que reconocido, enmiende su

conducta y sea útil á una sociedad, para la que ha nacido, y á la que de nada puede servir despues de muerto.

A mas abundamiento vemos, que tan luego como destruido el mundo por el diluvio, llegó el momento de tomar posesion de él la familia de Noé, única que por sus virtudes se habia salvado de la general ruina, y á la que se dió la mision de repoblar la tierra, y el dominio sobre toda ella, sobre las aves, sobre los cuadrúpedos, sobre los peces, sobre los frutos, y sobre cuantos animales y plantas existian, mandóla usar para su alimento de todo, excepto de la carne: "Porque, dice, requeriré vuestra sangre de la mano de las bestias y de la mano del hombre, de la mano del varon y de su hermano, requeriré el alma del hombre. Será derramada la sangre del que derramase la del hombre, porque éste fué hecho á la imágen de Dios."

De estas palabras se infiere que Dios no dió tampoco al hombre, despues del diluvio, derecho sobre la vida del hombre, sino que por el contrario, le prohibió verter su sangre, y le mandó contemplar en él la imágen y semejanza de Dios, y respetarla; y así es que el mismo Noé bendice á sus hijos Sen y Japhet, por el respeto que le tuvieron, y castiga el desacato del mas pequeño, diciendo: "Maldito Canaam, será siervo de los siervos de sus hermanos," pero sin imponerle otro

castigo, ni airarse ni hacerle daño alguno en su cuerpo, como que tenia presente que el Señor le habia mandado no derramar la sangre del hombre, porque estaba hecho á su imágen y semejanza.

Ademas, encarga la misericordia siempre en el Antiguo Testamento, y se ve ensalzada, y tanto, que en los Salmos, en los Proverbios, en los profetas, y en casi todos sus demas libros, ya estaba escrito que usásemos de misericordia con el prójimo si queriamos que el Señor la tuviera de nosotros; mas sin embargo, el mundo seguia su obcecacion, y el hombre con derecho sobre la vida del hombre, abusando de la fuerza que le sostenia dominando á los demas; pero Jesucristo nace, empieza su predicacion, y con ella la reforma del mundo, coloca la sociedad en el progreso civilizador, y muere dejando consignado en su Evangelio, que el hombre no tiene derecho sobre la vida del hombre. Y á la verdad, solo Dios que se la concede, puede arrebatársela; porque nadie tiene, ni debe tener, derecho á quitar lo que no dá. Por eso encarga, que al que delinca, se le corrija primeramente á solas, luego ante testigos, y si continúa, que se le separe de la Iglesia, esto es, de la comunión, de modo, que en estos trámites se ve la justicia que corrige y castiga, pero no la que aplica la pena de muerte; doctrina conforme con la conducta de Aquel que no heria cuando le herian,

ni maldecia si le maldecian, ni amenazaba cuando sufría, y en todos casos perdonaba y pedía por sus perseguidores.

Este espíritu guió tal vez el de los Padres en los primeros concilios, y dictó sin duda el cánón 28 de los apostólicos que conmina al obispo, sacerdote ó diácono, que hiera á los fieles é infieles que delinquieren con la separacion de su oficio, y los cánones 22, 23 y 24 del concilio de Ancira, que solo marcan la excomunion al homicidio, á la adivinacion y á la corrupcion de las vírgenes. Imponen en el 73 "la excomunion mayor, aun en el peligro de muerte, á los cristianos, por cuya delacion alguno fué desterrado ó condenado á muerte." El Iliberritano donde se establecen dos cánones que hieren directamente la cuestion, y son el quinto que dice: "Si alguna señora por celos castigase á su esclava con azotes, de modo que muera dentro de tres dias y constase que lo hizo con voluntad de matarla, no sea admitida á la comunion hasta despues de siete años, y si la muerte fuere casual, despues de cinco:" y como si éste no fuera bastante á probar el respeto que le merecia la vida del hombre, el 73 nos prescribe: "Que si un fiel es delator y hace proscribir ó quitar la vida á alguno, no recibirá la comunion aun en el artículo de la muerte." ¿Qué mas contrariada y reprobada queremos la pena muerte?

Pero la Iglesia no podia cortar de una vez ni

acabar de un golpe con abusos inveterados, y los poderosos seguian aplicando la pena de muerte á pesar de sus censuras, al par que la sociedad cada vez mas corrompida entre la barbarie que todo lo dominaba, seguia por la senda de la inmoralidad y de la corrupcion, y los concilios para no faltar á su mision, tuvieron que adoptar otro lenguaje, y así el cánón 4.º del concilio Arausicano, estableció la inmunidad eclesiástica, mandando el Aurelianiense en su primer capítulo: "Que no se pueda estraer á los homicidas, adúlteros y ladrones, que se acogen á la Iglesia ó á la casa del obispo." Y en el capítulo 2.º libra de la pena de muerte al raptor que se acoja á la Iglesia. El cánón 31 del 4.º toledano, dice: "Que los obispos no sean jueces entre los príncipes y súbditos acusados de lesa majestad, á menos que no se haya prometido hacer gracia á los culpados." Y el 74 entre otras cosas previene: "Que el rey gobierne con piedad y justicia su reino, y que no pueda por sí solo dar sentencia de muerte." El 12 toledano en su cánón 10 concede, con el permiso del rey, el derecho de asilo á los que se refugian en las iglesias y treinta pasos alrededor de ellas.

De este modo, ya que no podia estirpar la pena de muerte tan completamente como queria, hacia oír su voz en favor de los reos, y ponía trabas para hacer que se verificase las menos veces posibles, sin otro objeto sin duda que introducir

poco á poco en la sociedad el espíritu de misericordia que heredara de su fundador, y adelantar al mundo en su marcha hácia la civilizaci6n, haciendo al hombre respetar los derechos del hombre, y conservándole para la sociedad, cuya vida moral puede muy bien corregir con los castigos que las leyes disponen contra el culpable, que por criminal que sea es un hermano cuyos errores debemos lamentar, y cuyos extravíos debemos compadecer al par que la sociedad nos le presenta castigado como un ejemplo que debe servir á nuestra correccion y enmienda, y su vida respetada por la ley, si bien castigada puede en lo sucesivo ser provechosa y útil á la sociedad misma con su laboriosidad, con su industria y con sus brazos.

Sentada así la doctrina de la Escritura y de los concilios de los primeros tiempos de la Iglesia, recapitulemos ahora la de los Padres, tanto griegos como latinos, y los veremos igualmente dominados del espíritu de caridad que tanto nos encarga el Evangelio, y que tanto influyó ó influye en bien de sus semejantes y en beneficio de la humanidad, cuyos derechos antes que nadie conoció y consigné el cristianismo, á quien tanto interesa la vida del hombre, que debe emplearse en bien de sus hermanos y de la sociedad, para quien despues de Dios ha nacido.

La soberbia, que perdió á Luzbel y atrajo tan-

tos males sobre el hombre, se apodera del corazon de algunos hijos de la Iglesia, y la herejía y el error arrastran á muchos al camino de la perdicion. El cristianismo aparece á los ojos de los paganos dividido en sectas, que despedazando las entrañas de la Iglesia escitan las lágrimas de los buenos hijos y el placer de los idólatras: el Estado toma parte en estas discusiones que desde las cátedras y los púlpitos se llevan hasta las plazas y calles y aun á los campos de batalla: la paz se perturba, la guerra civil estalla, y la religion y la sociedad se resienten y lloran la pérdida de muchos de sus hijos: el poder civil queriendo conjurar la tempestad pone en juego la clemencia; la Iglesia por medio de los concilios quiere reducir los disidentes, pero las amonestaciones y los ruegos se desprecian y el anatema y los castigos truecan, el poder temporal pronuncia la sentencia de muerte contra los perturbadores de la Iglesia y del Estado, y este es el momento en que mas brilla la piedad de los católicos. Entonces se acuerdan que Jesucristo dijo: "No quiero la muerte del pecador sino que se convierta y viva." Entonces se acuerdan que son discípulos del que murió en una cruz perdonando á sus enemigos, que deben salvar la humanidad y llevar al corazon del hombre sentimientos generosos, procurando no su muerte, sino su conversion; y aquellos hombres que tanto habian sufrido por la pureza de la fé y

por la causa de la civilizacion, que llevan impresas en sus frentes venerables las señales gloriosas de la persecucion, olvidando las injurias y los tormentos, desatendiendo sus afrentas y suplicios, guiados por el amor á sus semejantes, cuya conversion quieren y no su perdicion, llenos del espíritu de Dios que anima la caridad, claman y acuden de todas partes á los piés del trono, implorando la modificacion de la ley y aduciendo en favor de los díscolos el mismo Evangelio que vulneraban, el mismo dogma que despedazaban, cubriéndolos con el sagrado manto de aquella religion augusta cuyas entrañas tan cruelmente habian desgarrado, y que sin embargo, buscaba para sus hijos el bien, la salvacion, la felicidad que fuera de su seno no puede jamas hallar el hombre por mas esfuerzos que haga.

Causa asombro ver ancianos venerables surcar mares, atravesar montañas, hacer grandes peregrinaciones, presentarse en los palacios de los poderosos de la tierra, en los tribunales de jueces irritados á pedir en favor, no de sus amigos, ni de sus hijos, sino de sus perseguidores y enemigos; aquí se los ve llorando, allí aplacando; en unas partes convenciendo, en otras fulminando anatemas contra los que no usaban misericordia con sus hermanos delincuentes, y en todas inclinando el corazon del hombre á la clemencia, asegurando á los jueces y soberanos que en usar de misericor-

dia está la verdadera semejanza que tienen con Dios.

Sus palabras, unas veces oidas, otras despreciadas, concluyen casi siempre por triunfar, y sus lágrimas y su dolor se convierten en placer cuando pueden llevar al corazon del delincuente el consuelo del perdon; sus trabajos les son dulces y sus molestias satisfactorias cuando han conseguido arrebatrar una víctima al hacha del verdugo. En Oriente como en Occidente reina este espíritu en los hijos verdaderos de la cruz, y en Oriente como en Occidente los Padres se pronuncian contra la pena de muerte, y cuando acuden ante los tribunales y ante los reyes, sostienen que ningun derecho les asiste para privar de la vida á un hermano cuyos errores deben corregir, y cuya enmienda deben procurar, pero cuya existencia deben respetar porque son la imágen viva de Dios.

Séanos permitido esponer sus propias palabras á la admiracion de los que quieren presentar como sanguinarios los ministros de esta religion toda caridad, reseñando cada uno de estos héroes por su órden, empezando por los Padres de la Iglesia de Oriente. En S. Atanasio empieza esta serie de hombres evangélicos que, discípulos del Dios hombre que murió en el Gólgota perdonando á sus enemigos, despues de haber predicado una doctrina humanitaria y benéfica, proclaman-

do la caridad y el amor á los enemigos, á pesar de las persecuciones con que el mundo los abruma, se consagran enteramente al bien del mundo, considerando todos los hombres, hasta sus mas crueles perseguidores, como hermanos muy queridos, por cuya salvacion no deben omitir sacrificio alguno, incluso el de su propia vida. El contraste que forma la conducta de estos hijos verdaderos del Evangelio con la de los sectarios, es una brújula que en el mar de los sofismas y errores que dominaba el mundo, nos conduce al puerto anhelado de la verdad. Los herejes, ansiando las mitras, los Padres rehusándolas; aquellos buscando en ellas los honores y grandezas terrenas, estos aceptándolas como un sacrificio hecho al Señor en aras de la obediencia; aquellos descaminando, éstos alimentando el rebaño; allí la violencia que oprime y encadena sin voluntad, aquí el amor que atrae y la enérgica humildad que se opone á lo injusto; y finalmente, en los herejes la persecucion y el esterminio, en los Padres la tolerancia y la persuasion. Oigamos como prueba de esto al mismo S. Atanasio, á este hombre admirable, blanco de los tiros de los arrianos, y lanzado por ellos hasta cinco veces de su episcopado de Alejandría; á este hombre contra quien la impiedad puso en juego todos los ardides de la astucia y todo el poder de la fuerza, edictos, pregones, soldados, espías, todo se empleó para per-

derle, y de todo triunfó porque el Señor estaba en su auxilio. Así, pues, se espresa al describir el modo bárbaro con que los arrianos buscaban su cabeza, despues de haber invadido las iglesias de Alejandría, profanado los vasos sagrados y las vírgenes del Señor, destruyendo los Libros santos y los ornamentos, y derramando sangre inocente.

“Era de noche, dice, y el pueblo velaba en la Iglesia, aguardando la fiesta del dia siguiente. Súbito aparece Siriano con mas de cinco mil soldados con las espadas desnudas, con arcos, flechas y picas, á quienes sitúa en derredor de la Iglesia. No creyendo justo abandonar mi pueblo en circunstancias tan graves, y prefiriendo esponerme antes que nadie al peligro, me senté en la cátedra é hice leer el salmo: “La misericordia de Dios es grande en los siglos,” diciendo al pueblo que respondiera y se retirara luego. Habiéndose lanzado en tanto el capitan al templo, y acudiendo los soldados por todas partes al santuario para apoderarse de mi persona, me rodearon en tropel el pueblo y el clero, suplicándome que huyera. Me niego á ello y les digo que no huiria hasta que los viera seguros. Levantándome entonces despues de haber orado al Señor, les conjuro á que se retiren, diciendo: “Quiero mejor correr solo el peligro, que ver maltratados algunos de vosotros.” Como muchos habian ya salido, y los demas se preparaban á seguirlos, subieron donde yo estaba

muchos monjes y sacerdotes, y me arrastraron en pos de ellos; de modo, que (pongo por testigo á la Verdad suprema) á pesar de la muchedumbre de soldados que nos cercaba, escapé por la gracia de Dios sin ser visto, glorificando al Señor, que no habia entregado á mi pueblo, sino que le habia puesto en seguridad antes de libertarme de las manos que querian apoderarse de mi persona.

Y sin embargo, este ilustre proscrito, desde el fondo de los desiertos hace oír su voz contra el error, clama porque los príncipes defiendan la fé, pero no pide castigos, sino correcciones que atraigan los herejes al camino de la verdad; ora para que el Todopoderoso ilumine sus almas, para que se permita el libre uso de la religion católica, y sienta este admirable principio: "Es propio de la religion persuadir, no compeler."

Los ministros de Teodosio cobran en el imperio con la mayor crueldad el tributo que el emperador habia impuesto para atender á los gastos de la guerra que le ocasionara la rebelion de Máximo, y cometen tales violencias, que reducen los pueblos á la desesperacion. La ciudad de Antioquía exasperada, se amotina contra ellos y comete los mayores excesos, hasta derribar la estatua de la emperatriz Placilla y arrastrarla por las calles. Noticioso el emperador de estos desacatos, resuelve destruir la ciudad, arrasarla, trasportar

á otra parte las piedras, hacer morir todos sus habitantes, y arar despues el sitio en que estaba fundada para que ni aun rastro quedase de ella; y cuando lleva la venganzá á este extremo, manda oficiales para intimar su sentencia; á su vista el pueblo se consterna, y el sentimiento, el dolor y la muerte, se pintan en todos los semblantes, y ya no ven por todas partes sino el aparato del suplicio.

S. Juan Crisóstomo nos ha dejado una pintura de la ansiedad que se habia apoderado de todos los corazones, y su lectura arranca lágrimas aun al pecho mas duro.

Esta ciudad, dice el citado Padre, se halla despoblada por el miedo y por el infortunio; la patria, cosa la mas dulce para los hombres, ha venido á ser la mas amarga. Huyen los ciudadanos del lugar que les ha visto nacer, como se huye del suplicio; se alejan de él como de un abismo; le evitan como un incendio. Cuando se prende fuego á una casa, no solo la abandonan los habitantes, sino que hasta las casas vecinas quedan desiertas: todo se desampara á trueque de salvar la vida; así, mientras la cólera del emperador pesa sobre esta ciudad como las voraces llamas, todos huyen antes de que el incendio propague sus estragos, y se considera como una felicidad poder sobrevivir á ellos. Antioquía seguramente hubiera sucumbido á la saña del emperador, y sus habitantes es-

taban ya al borde del abismo de la desesperacion, si su obispo Flaviano y S. Juan Crisóstomo no les hubieran consolado, resolviéndose Flaviano á marchar á Constantinopla para aplacar la ira del emperador, y conseguir el perdon de la ciudad; cumpliendo así con el deber de un obispo católico, consolando su pueblo y siendo el mediador con los reyes de la tierra para conseguir el perdon de sus faltas, como lo son con Dios por los pecadores que le han irritado.

Partió, pues, de Antioquía este anciano venerable, dos dias antes de cuaresma; y llegando á la presencia de Teodosio, despues de derramar abundantes lágrimas para preparar al emperador, pronunció un discurso tan sentido, encomiando la misericordia, y adujo tan fuertes razones en defensa de sus súbditos, haciendo ver que ni las legiones, ni los tesoros, ni la multitud de vasallos, hacen á los príncipes tan ilustres, como la dulzura y la moderacion, sin olvidar el ejemplo del gran Constantino, cuando contestó á los aduladores que le escitaban á la venganza de los que habian mutilado su estatua, diciéndole: "Que su rostro estaba todo lleno de heridas," pasándose la mano por la cara y sonriéndose, "no siento ninguna." Haciéndole ademias, presente, que si pronunciaba un decreto de misericordia, todos darian gloria á Dios, diciéndose admirados bárbaros, judíos, gentiles y paganos: ¡qué grande es el poder de la religion

cristiana, pues ha refrenado la indignacion del emperador! y otras razones tan en armonía con los sentimientos de lenidad del cristianismo, que no puede desconocerse con cuánto horror mira que se derrame la sangre del hombre, concluyendo con estas admirables palabras, que manifiestan lo convencido que se hallaba el arzobispo que, alejando al emperador de derramar la sangre de los culpados, cumplia su deber y le evitaba ofender al Señor, que en su dia le habia de pedir cuenta de aquellas vidas que habia puesto á su cuidado, y de aquellos súbditos, que sí debia castigar por su desacato, pero nunca con la pena de muerte, como lo dicen terminantemente estas palabras con que termina su discurso:

"Antioquía, dice, os ha hecho un grande honor cuando os ha enviado de diputado á su propio arzobispo, porque eligiendo una persona sagrada ha dado un testimonio muy ilustre de vuestra virtud, manifestando la opinion ventajosa que tiene de vuestra piedad, que honra mas á los obispos y á los pontífices del Señor por mas viles y despreciables que sean por sí mismos, que á todos los magistrados y grandes de su imperio; mas no solamente es el pueblo de Antioquía el que me ha deputado á vos, sino Dios mismo, el soberano Señor de todos los ángeles, me ha mandado el primero que venga á decir de su parte á vos, cuya dulzura y clemencia es conocida donde es conoci-

do vuestro nombre, que si perdonais á los hombres las ofensas que han cometido contra vos, vuestro Padre celestial os perdonará tambien los pecados que habeis cometido contra él. Pensad, pues, Señor, en este último dia, en este dia terrible en que todos los hombres darán cuenta de sus acciones delante del soberano tribunal de la divina justicia. Considerad que podeis sin trabajos ni sudores borrar y lavar vuestros pecados por un solo decreto de gracia y una sola sentencia de misericordia y de elemencia. Todos los diputados que quieren tratar negocios grandes con los príncipes, les ofrecen oro y plata, y no se atreven á acercarse á sus personas reales, sino con dones y regalos muy preciosos; mas en cuanto á mí me presento delante de vos con leyes santas y sagradas: estos son los únicos regalos que os ofrezco y que me obligan á suplicaros que imiteis á vuestro Dios y soberano Señor, que no recibiendo de nosotros todos los dias sino injurias y ofensas, no deja de hacernos sentir en todos momentos sus gracias y sus favores."

Tanto movió este discurso al emperador, que perdonó la ciudad con aquella sublime espresion que prueba cuánto habia herido su corazon el sencillo y elocuente discurso del prelado. ¡Pluguiera á Dios, dice, que yo pudiese volver á dar la vida á los muertos, haciéndolos salir del sepulcro como la doy á los vivos perdonándoles su crimen! y el

obispo fué recibido á su regreso con el mayor reconocimiento y como un verdadero padre, coronando de flores las plazas, iluminando las casas y cubriendo de yerbas olorosas las calles por donde habia de pasar. Este fin tuvo la sedicion de Antioquía que tanto ruido metió en todo el imperio.

En esta misma tribulacion los filósofos que tanto abundaban en aquella ciudad, la abandonaron; aquellos hombres profanos, que segun espresion del Crisóstomo, llevaban largo manto y larga barba, la varilla en la mano, cínicos descarados mas miserables que los perros que se arrastran bajo las mesas, y todo lo hacen por el vientre, habian huido á los desiertos, y se habian escondido en las cavernas, dejando la ciudad sumida en el dolor y á merced de los ministros del emperador; pero los monjes que habitaban las montañas, dejando sus celdas impulsados por la caridad, vinieron á poblarla y á contener la cólera de los ejecutores de la justicia. Era de ver aquellos hombres venerables á las puertas de los jueces y de los tribunales, ansiando arrebatarlos una víctima y salvar, no un amigo, ni un hermano, ni un padre, ni un hijo, ni una esposa querida, sino un hombre á quien solo conocian como hermano, porque estaba dicho que todos lo somos en el Señor. Era de ver la libertad con que sin miedo de ninguna clase los defendian, arrostrando el ceño de los poderosos y la ira de los jueces, en cuyos corazones

trataban por todos los medios de inculcar la idea de que nadie puede condenar á muerte á un hombre, como lo demuestran las siguientes palabras de Macedonio, á los ejecutores de la venganza imperial.

Este monje, sin otra autoridad que la que le infunde su piedad, detiene á los comisarios y les dice: "Por elevado que se halle el emperador siempre es un hombre, y por consiguiente está obligado á pensar en su naturaleza, no menos que en su categoría. Aquellos á quienes manda son lo mismo que él, imagen del Dios supremo: cuide, pues, no provocar al Omnipotente, destruyendo las imágenes vivas de la naturaleza divina, para vengar un ultraje dirigido contra las imágenes inanimadas de su cuerpo. Es fácil sustituir otras estatuas á las que son destruidas, pero todo su poder no bastaría á devolver una de las muchas vidas que ha quitado."

Elevado Juan Crisóstomo á la silla de Constantinopla, tuvo ocasion de ejercer su caridad con el enemigo mas implacable de los católicos, el eunuco Eutropio: este favorito de Arcadio habia caído en desgracia de la emperatriz Eudoxia, quien le acusó ante el emperador de haberla ultrajado, y tanto intrigó, que al fin consiguió que le condenase á muerte. Entonces el eunuco para salvarse apela á la fuga y no encuentra otro medio que acogerse á un templo de aquellos cristia-

nos que tanto habia perseguido. El obispo sube al púlpito y pronuncia con este motivo una homilía dirigida á escitar la compasion hácia el delincuente, y á que todos olvidasen las ofensas que les hubiera hecho, concluyendo con estas elocuentes palabras:

"¿Diréis, por ventura, que obra suya es la abolicion de este asilo? pero tambien ha aprendido por el escarmiento propio el mal que ha causado, puesto que deroga actualmente de hecho sus mismas leyes, y sus desastres vienen á ser una leccion para todos. Parece el altar mas terrible con este leon sujeto á la cadena: es una imagen del príncipe hollando con su planta los bárbaros avasallados. . . . ¿He ablandado vuestros corazones? ¿He estirpado de ellos todo vestigio de ira? ¿He escitado vuestra compasion? Me lisonjea creerlo, y me dan testimonio de ello la espresion de vuestros rostros y las lágrimas que resbalan por vuestras mejillas. Corramos, pues, juntos á los piés del emperador, ú oremos al Dios de las misericordias á fin de que conmueva su pecho y nos otorgue su perdon sin restriccion de ninguna especie. . . . Ya al saber que Eutropio habia buscado refugio en el lugar santo, ha derramado lágrimas y calmado á los cortesanos que le inducian á quitarle la vida. ¿Pretendeis negaros acaso á otorgarle gracias? ¿Cómo quedaréis en actitud de acercaros á los santos misterios, y llegaréis á pedir

indulgencia para vuestros pecados? Oremos mas bien á Dios para que libre á este desventurado y le conceda tiempo para purgar sus culpas....”

La religion hizo prevalecer la causa de la humanidad, y el delincuente fué desterrado á la isla de Chipre despues de confiscados sus bienes; pero no es este el solo triunfo conseguido por el Crisóstomo á favor de la humanidad. Gainas se habia apoderado de Constantinopla obligando al emperador á entregarle las personas de Aureliano y Saturnino, ministros consulares, y la de su secretario íntimo Juan; tan luego como los tuvo á su disposicion los mandó al suplicio, pero en el momento en que el verdugo iba á descargar sobre sus cabezas el golpe fatal, los puso en libertad inducido por Juan Crisóstomo, quien vuelto entre sus ovejas les decia: “Soy el padre comun y me corresponde pensar no solo en los que están en pié, sino tambien en los que caen. Por eso he permanecido durante algun tiempo ausente de vosotros haciendo viajes, empleando tanto los consejos como las súplicas para libertar de la muerte á los principales del imperio.”

Poder admirable de la religion que preceptuando no derramar la sangre del hombre enseña la clemencia á vencerse á sí mismo, á olvidar todos los resentimientos y á no ver en el hombre sino un hermano tanto mas acreedor á nuestros cuidados quanto mas en desgracia se encuentre; y así

vemos que el enojo del rey se templá á la vista y con las palabras del sacerdote, y el tirano revoca su sentencia cuando le hace entender el obispo que debe perdonar para ser perdonado: ¡circunstancia singularísima que un sacerdote sin mas armas que sus palabras, salve los favoritos que el rey abandona á una venganza particular! Tal fué la conducta del Crisóstomo respecto á la pena capital.

Tócanos hacer ver lo que acerca de ella sentia S. Basilio: elevado á la mitra de Cesarea tuvo ocasion como todos de interceder por sus hijos, y hacer ver cuán contrario se mostraba á todo lo que fuera privar al hombre de la vida que el Creador le diera. Con motivo de castigar la magia, Valente fulmina la pena de muerte contra los que se dedicaban á este fabuloso y perjudicial tráfico: sus delegados se presentan en Cesarea, empiezan sus investigaciones, los culpados están bajo el imperio de la ley y van á sufrir un castigo tremendo que ha de privar á la sociedad de aquellos hombres que, si bien criminales, no habian perdido el derecho de conservar su vida; porque si la ley puede castigar, tiene otras penas con que corregir, que es su fin; y en el momento en que esperaban la ejecucion, Basilio se presenta á los jueces, oponiéndose en nombre de la religion y de la humanidad para salvar sus vidas, que si no eran de cristianos, no dejaban de ser de hombres, á

quienes sin distincion de origen ni creencia el cristianismo manda mirar como hermanos.

Uno de los delegados viendo aquella resistencia, le amenaza, y el obispo sin inmutarse, como el que está seguro de sí mismo y de que desempeña su obligacion: "¿Qué he de temer, le dice, en este caso? ¿La pérdida de mis riquezas? Solo poseo mi vestido y algunos libros. ¿La muerte? Solo hago caso de la vida eterna. ¿El destierro? Mi patria está donde quiera que se adora á Dios." Y haciéndole notar el gobernador que nadie le habia hecho frente de aquel modo: "Consiste, repuso, que todavía no habeis encontrado un obispo." Respuesta admirable que prueba que conocia como un deber del episcopado evitar las ejecuciones de muerte, y manifiesta el verdadero espíritu, la verdadera doctrina de la Iglesia en aquellos tiempos con respecto á la materia que nos ocupa.

No es menos explícita la doctrina de su discípulo querido S. Gregorio Nacianceno. Una sedicion popular atrajo sobre su grey la cólera del emperador; las tropas estaban dispuestas á la venganza, el pueblo lleno de temor esperaba el momento que debia esterminarle; cuando aparece el obispo, calma su ansiedad, le alienta á la esperanza, y prometiéndole participar de su suerte se vuelve al delegado del emperador, y con una expresion enérgica y un tono severo: "Ofrece, le dice en homenaje á Dios, la bondad, que de todos

los dones es el mas grato á sus ojos, y el que proporciona mayores bienes. Nada te haga renunciar á la piedad, ni la gravedad de los hechos, ni el miedo al emperador, ni la esperanza de mas alto destino, ni el orgullo del poder; granjéate la benevolencia celeste para el dia que la necesites; haz por Dios lo que Dios ha de galardonarte." Así aplacó la justicia y salvó su pueblo del castigo. Tanto puede la voz del hombre que habla en nombre de la religion, al hombre que ha de ser juzgado por Dios.

Sinesio de Cirene, obispo de Tolemaida, viendo que ni los consejos, ni las súplicas podian retraer el corazon de Andronico, gobernador de Cirenai-ca, y que seguia aplicando suplicios y tormentos á aquella colonia griega, cuyo gobierno le estaba encomendado, le prohibió la entrada en la iglesia de Tolemaida, exhortando á las demas iglesias de Oriente á imitar su ejemplo. En cambio, cuando aquel mismo Andronico fué destituido, el mismo obispo que se habia opuesto á sus excesos, el mismo que por salvar la vida de sus fieles le habia suplicado y exhortado, y cuyas súplicas y amonestaciones habia despreciado, y hasta el castigo que le impusiera, le salvó de la ira del pueblo como el que sabia que todos los crímenes podian corregirse y todos los hombres ser útiles á la sociedad menos los que perecen.

De los mismos sentimientos estaban animados

los Padres de Occidente, si hemos de juzgarlos por los hechos. El concilio Iliberitano y los demas, cuyos cánones dejamos escritos al principio de este capítulo, nos dice claramente el modo de pensar de los obispos españoles; el grande Osio, que tanta parte tuvo en todos los concilios de su tiempo, que asistió al de Elvira, y aun fué su principal gefe al imponer la excomunion al delator por quien algun reo fuese condenado á muerte, seguramente fué porque conceptuó que, segun doctrina de la Iglesia, debia prohibirse la pena de muerte del mundo. S. Hilario de Poitiers y S. Martin de Tours debian abundar en esta opinion cuando no descansaron hasta hacer condenar á Itacio, por haber sentenciado á muerte á Prisciliano y sus compañeros; y S. Ambrosio de Milan aconseja á Teodosio, cuando quedó triunfante de un Eugenio, que aunque fué justa la guerra, se abstengan, durante algun tiempo, de la Eucaristía, en atencion á la sangre derramada, aprobando que los jueces se abstuvieran de la comunion por algun tiempo despues de haber pronunciado una sentencia de muerte; y por último, nadie ignora que detuvo al mismo Teodosio y le impidió la entrada en el templo, reduciéndole á penitencia pública por la sentencia de muerte fulminada contra los de Antioquía, obligándole á dar un decreto, por el que mandaba que se suspendiese la ejecucion de toda sentencia de muerte por cierto número de

dias, sin otro objeto, al parecer, que dar tiempo para perdonar los reos y evitar así las ejecuciones.

Pero el que mas terminantemente se espresa, el que mas opuesto se manifiesta á la pena de muerte es S. Agustin, quien aconseja al tribuno Marcelino, que no quite la vida á los donatistas que habian asesinado los católicos, invitándole, sin embargo, á impedir que los culpables volvieren á causar daño en lo sucesivo, induciéndoles á la dulzura, reduciendo á trabajos útiles su maléfica energía. "Esta es tambien, dice, una condena; pero ¿quién habrá que no considere como un beneficio, mas bien que como un suplicio, no dejar el campo libre y desembarazado á la accion del crimen, sino por el contrario, al remedio del arrepentimiento? Juez cristiano, cumple el deber de un tierno padre; en tu indignacion contra el delito haz memoria de ser humano, y al castigar los atentados de los delincuentes, no te dejes arrastrar á la pasion de la venganza."

Despues, cuando Honorio promulgó una ley contra los donatistas y judíos, Agustin escribe al prefecto, que si pronunciaba contra ellos la sentencia de muerte, quedarian privados de acusarlos, porque estarian mas prontos á perder sus vidas que á poner en peligro las de los demas. Añadiendo: "Por grande que sea el mal á que se intente poner estorbo, y el bien á que se pro-

penda, es mas dañoso que útil obligar á los hombres por la fuerza, en vez de vencerlos por la persuasion."

Y por último, como prueba de la solicitud de los obispos para librar los culpados de la pena de muerte, trasladaremos las palabras que el doctor de Hipona escribe á Macedonio, vicario de Africa. "No es esto, dice, que nosotros aprobemos el pecado, sino que, odiando la culpa, nos compadecemos del delincuente. Y como la correccion no se logra mas que en esta vida, nuestra caridad hácia el género humano nos induce á interceder en favor de los culpables, á fin de que al suplicio de esta vida no siga el que nunca terminará. Amamos á los malos y oramos por ellos, porque Dios así lo manda, si bien sin participar de su culpa, antes bien para inducirlos á hacer penitencia. Y si Dios es paciente con aquellos que tardan en arrepentirse, ¡cuánto mas debemos serlo nosotros con los que prometen enmendarse, aun cuando estemos en la incertidumbre de si cumplirán su promesa!

Tambien los pontífices abundan en estas doctrinas, y así vemos á Inocencio III decir: "Que el juez eclesiástico al entregar el reo, ó clérigo degradado al juez secular, debe eficazmente interceder para que la sentencia se modere á pena menor que la de muerte;" y S. Leon "que la dulzura tiene mas poder que la severidad sobre los que deben corregirse."

Si cuanto llevamos anotado no fuese bastante á manifestar el horror que inspiraba la efusion de sangre y las ejecuciones, aun las mas justas, bueno será que no pasemos en silencio la tolerancia que el cristianismo observó despues de su triunfo con los gentiles, á los que no solo no persiguió, sino que los dejó disfrutar los grandes destinos del Estado, á pesar de hacerle una guerra abierta. Pretestato, el gefe de la piedad pagana, en cuya biblioteca reunió Macrobio los interlocutores de sus saturnales, fué procónsul de la Acaya, en donde conservó el derecho de celebrar las ceremonias nocturnas, en particular los misterios de Eleusis; gozó de mucha estimacion en vida, y despues de su muerte le erigieron los emperadores dos estatuas, y una las vestales. Estuvo en correspondencia con Simmaco, natural de Roma, á quien Libanio habia inspirado la esperanza de restaurar el paganismo: era hijo del prefecto de esta ciudad; fué pontífice, pretor y cuestor; gobernó varias provincias y figuró, por último, como cónsul al lado de estos dos maestros (Eugenio); uno de ellos llegó hasta el imperio, sin que el no ser cristiano le sirviera de óbice á que le desobedeciesen los que profesaban esta religion entonces tan propagada por todo el imperio. En tanto las diversas escuelas de Roma, Milan, Burdeos, Treves, Tolosa y Narbona, continuaban divulgando las fábulas paganas con entera libertad y procu-

raban rejuvenecer el paganismo con sus doctrinas.

Pretestato y Simmaco, haciendo pública su profesión de paganos, llegaron á las mas altas dignidades, y ni Libanio, ni sus discípulos, tuvieron necesidad de mudar de fé, ni disimular la suya. Eunapio y Zozimo escribieron contra el cristianismo, y todos los sofistas hacian oír sus quejas con la mayor libertad, porque los dioses del capitolio habian sido abandonados, y los cristianos triunfantes no ahogaron sus lamentos ni acallaron sus querellas con los suplicios, las hogueras y la sangre, sino que procuraron convencerlos y oponer argumentos á sofismas, razones á fábulas, verdades á mentiras, pero nunca la fuerza en quien no conocian el derecho de convencer, ni los tormentos que sabian aborrece el cristianismo, y son el arma y sostén de las malas causas que necesitan para subsistir de tan reprobados elementos.

Entretanto el número de los fieles se aumentaba considerablemente á favor de esta tolerancia, y ya no eran solo gente mísera y proletaria la que adoraba la cruz, sino de las clases acomodadas de la sociedad, de la flor de los ciudadanos segun el testimonio de Tertuliano y Paulino, y de todas las condiciones venian á postrarse á los piés del que murió perdonando á sus enemigos, y enseñando á los hombres que todos somos hermanos, y que no nos es lícito derramar la sangre del hombre que

fué hecho á la imágen y semejanza de Dios, fundando así el sostén y propagacion de sus principios en las bases indestructibles de la verdad y en los principios sólidos de la humanidad, sobre los que descansa el honroso edificio de la civilizacion.

No es nuestro intento ventilar como dijimos al principio la cuestion, pero sí manifestar el santo horror que inspiró á la Iglesia la efusion de sangre, no solo en las guerras ambiciosas y como resultado de inícuas sentencias, sino tambien á título de penas, que siendo irreparables nunca debian ser aplicadas por el hombre falible en virtud de su naturaleza. Con esto no queremos negar el poder represivo que existe en las autoridades, sin el que la sociedad no podria existir, sino anotar, como dijimos, el origen de esta doctrina que quieren colocar sus defensores en el número de los grandes adelantos del género humano, pues siendo nuestro objeto hacer ver cuánto el sacerdocio cristiano ha hecho en defensa de la humanidad y de la civilizacion, no debemos omitir esto que tanto, segun sus panegiristas, debe influir en el mundo civilizado para su bien, mejor régimen y prosperidad. Y por si estas ideas pasan algun dia á la clase de hechos, bueno es señalar la fuente de donde traen su origen.

El cristianismo aprendió de su divino Fundador la clemencia y la misericordia; pero tambien

aprendió que no son incompatibles con la justicia, que asimismo es un atributo de la divinidad, y así la espada de la ley en la mano del príncipe le da el derecho de castigar los delincuentes, porque miembros podridos del cuerpo social, concluirían por corromperle todo y destruirle si no se procurase con el castigo la enmienda que no se pudo conseguir, ni con los consejos ni con las correcciones: con todo, en la aplicación de los castigos nos enseña la caridad el modo de proceder que sea conforme á la humanidad, y esto debemos tenerlo muy á la vista para que no disfracemos resentimientos y venganzas propias con la capa de la ley, y cubramos con el manto sagrado de la justicia pasiones mezquinas, que si pueden engañar á los hombres, también han de ser juzgadas en su día y hemos de dar de ellas estrecha cuenta.

Volvemos á repetir que sin el castigo no creemos posible la existencia de ninguna sociedad; que emitimos las doctrinas de la Iglesia y de los Padres, para que la posteridad el día que se anule la pena de muerte, si llegase á suceder, sepa de dónde nació esta doctrina: repetimos que no pretendemos hacer leyes para que se observen, y que si bien quisiéramos que la virtud y la moralidad de los hombres hiciese innecesarios los castigos, conocemos que siempre habrá criminales mas ó menos delincuentes, y por lo mismo que habrá

necesidad de imponerles castigos mas ó menos graves, y aun hasta el de la pena de muerte; pero quisiéramos que se economizase lo mas posible, porque al fin el hombre no es dueño de la vida del hombre, que solo á Dios que se la dió pertenece, y solo él puede quitársela, no debiendo olvidar que tiene prohibido derramar la sangre del hombre, y encargado la misericordia, porque tiene dicho que no usará misericordia con el que no la tuviese de su hermano.

del clero desde el momento en que la Víctima sagrada del Gólgota murió por la salud del género humano, y así conoceremos la verdad y estaremos en disposición de apreciar en su valor los hechos que han de condenar ó absolver esta Iglesia, este sacerdocio, tan injustamente apreciados y tan encarnizadamente calumniados por los que erigidos hoy en apóstoles de la mentira, quieren destruir cuanto pueda con la luz de la verdad, anodinar y confundir el error, y presentar, no á la execración, sino á la compasion pública sus destructores.

¿Qué era el mundo á la venida del Mesías? Un caos donde solo confusion y desorden reinaba: una sentina donde los vicios mas feos, los crímenes mas enormes, el egoismo y la tiranía dominaban, y donde se canonizaban cuantos absurdos puede crear el estravío de una imaginacion visionaria, y se alzaban con el nombre de derechos, la violencia, la fuerza y la usurpacion. Ábrase la historia de todos los pueblos, y los sufrimientos de la humanidad, consignados en ella con letras de sangre, llenarán de amargura y dolor aun al corazon mas endurecido. Ábranse los códigos antiguos, y ni una ley, ni un concepto, ni una palabra se verá escrita que proteja al débil contra el poderoso, al opresor del oprimido, al siervo del señor, al esclavo de su tirano. Consúltense los anales del mundo antiguo, y solo se verá la opresion para unos, la

CAPITULO XIII.

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD, TAL CUAL LA
ENTIENDE EL EVANGELIO Y LA IGLESIA
LA HA ENSEÑADO.

Mucho tiempo hace que los enemigos de la Iglesia, empeñados en su ruina, la acusan ante los pueblos y ante las generaciones, de protectora de la esclavitud, apurando conceptos y gastando frases con que engalanan pensamientos fútiles, ideas vanas, y las mas veces absurdas, que nunca podrán conducir, sino momentáneamente, al fin que sus autores ignorantes ó maliciosos se proponen; porque los hechos, mucho mas poderosos que las fábulas, por bien vestidas que estén, vienen en confirmacion de lo contrario que intentan publicar. Veamos, pues, la historia de la Iglesia, desde los tiempos primitivos; analicemos los trabajos

libertad para otros; para el oprimido la miseria, para el opresor la abundancia; el trabajo para el siervo, la utilidad para el señor; los dolores, las ignominias y las afrentas para el esclavo, los placeres, el lujo y la gloria para el tirano; sin que tuviese libertad el infeliz vencido para quejarse, ni corazón para sentir, ni aun ojos para llorar; todo era en él un delito, todo un crimen, y aun las quejas mas sentidas eran contestadas con el castigo, sus clamores acallados con azotes, sus lágrimas enjugadas con la muerte. . . . El brazo de hierro que le oprimia, queria llevar hasta el espíritu su tiranía y su opresion comerciando con sus dolores, con el hijo de su amor, con la esposa de su cariño, y hasta con él mismo, arrebatando así á la naturaleza sus ilusiones mas dulces, sus derechos mas sagrados, sus objetos mas queridos.

En aquellos tiempos desgraciados todo conspiraba contra el infeliz; usos, costumbres, y hasta las leyes mismas. ¡Desgraciados los vencidos! nadie se acordaba de ellos sino para oprimirlos, y sin embargo, ya en el Deuteronomio estaba escrito: "Temerás á tu Dios y Señor, y solo á él servirás;" y en el cap. 17, v. 30: "No se eleve sobre sus hermanos el corazón del rey." Tambien el Paralipómenon en el cap. 23, v. 2, dice: "Poniéndose de pie el rey David ante la junta de los estados de su reino les dijo: Oidme, vosotros que sois mis hermanos y mi pueblo;" y en el Levítico

constaba que el Señor habia mandado amar al prójimo como á nosotros mismos. De Tobías leemos que fué celebrado, porque habiéndole Dios hecho agradable al rey Sammanaces, que le tenia cautivo con todo su pueblo en premio de sus virtudes y de su fidelidad, luego que hubo recibido libertad para ir donde quisiese, se ocupaba en visitar y dar consejos de salud á los cautivos. Y Jeremías habia cantado en el cap. 34 las desgracias con que Dios castigaria al rey Sedecías y á todo Israel, el incendio de Jerusalem y la cautividad de Babilonia, porque habian olvidado el pacto del Señor "de dar libertad á los esclavos, subyugándolos para tener siervos y esclavas." Tan espresamente fué condenada la esclavitud en el antiguo Testamento, y tan castigado fué el pueblo hebreo por olvidarse de este precepto divino y seguir el ejemplo de los pueblos que adoraban dioses de barro, y eran regidos, no segun el espíritu, que se nutre con la moral, sino segun la carne que se desvanece con la vanidad y sigue los caminos del error que tienen por término la muerte y la perdicion.

En otra parte dejamos reseñado el estado del mundo, no obstante tan sublimes preceptos, á la aparicion del que venia á salvar la humanidad, sin embargo que no era su mision destruir sino llenar la ley. Las antiguas Escrituras, pues, en esto como en todo debian tener su complemento

en las doctrinas del Salvador, y ya tendremos lugar de ver confirmada esta verdad por la misma doctrina de Jesucristo y por los hechos que practicó durante su vida en el mundo.

Desde que brilló en el establo de Belem la luz de las naciones, se abrió un sendero que conducía los hombres á una patria comun; y cuando enseñoreado del mundo que oprimia y tiranizaba, Augusto proclamaba una paz, que era realmente un sarcasmo; entre unas humildes pajas nace un Infante que es la paz verdadera, que viene á redimir el mundo, á devolver á la humanidad sus perdidos derechos. Aquel tierno Niño tremola allí una bandera nueva, cuyos lemas son *igualdad, humanidad*: de allí, de entre aquellas humildes pajas, del fondo de aquel pesebre que le sirve de reclinatorio, sale una voz enérgica que condena la tiranía de los poderosos, que rechaza la opresion, que proclama los verdaderos derechos del hombre, y que le ha de colocar en el progreso civilizador.

El que allí nace en medio de la soledad y es saludado por humildes pastores, es el que años despues anunció á la tierra que ante Dios no hay acepcion de personas; que el hombre ha de ser juzgado por sus obras y galardonado segun ellas; que el superior debe ser siervo de sus siervos, y el señor criado de sus criados; el que dijo que él que quiera ser el mayor entre los demas sea su

ministro, y el que administra como el que es administrado; fué, en fin, el que dijo que todos los hombres somos hermanos contaminados con la misma culpa, reos de las mismas penas, acreedores al mismo castigo, y redimidos por la misericordia del Señor con la misma sangre de su Hijo. Doctrina admirable que enseñaron sus discípulos, sobre la que fundó su Iglesia, que fué y es su dogma, y enseñada sin interrupcion por espacio de diez y nueve siglos, ha salvado y continúa salvando la humanidad de los males que la aquejaban, y ha roto las trabas que la tenian aprisionada, colocándola en el sendero progresivo que la viene conduciendo á su perfeccion.

Abranse los libros del Evangelio, y en ellos está consignado, en ellos está escrito: "Si permaneciereis en mi palabra seréis verdaderamente mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os libtará." En ellos leeréis: "Si pues el Hijo os ha librado, verdaderamente sois libres." Pasemos á las epístolas de los apóstoles y todas ellas abundan en los mismos sentimientos de igualdad, todas ellas reflejan destellos de la inmarcesible luz que brilló en el Gólgota para labrar la humanidad, y en todas ellas se verán rasgos de aquel Hombre Dios que dejó el seno de su Padre por la libertad y felicidad de los mortales, que con su muerte rompió las cadenas de la esclavitud para que el hombre reconociese solo como Señor al

Criador. Todas ellas propagan ese Evangelio de caridad y de amor, que tanto placer lleva al corazón del oprimido, que tan suaves sentimientos inspira á los poderosos, que tantos consuelos esparce por el mundo enseñando á todos la ley de la igualdad. "Acordaos de los cautivos, como igualmente cautivos," dice S. Pablo á los hebreos; y S. Pedro asegura, "que juzga Dios sin acepción de personas, según la obra de cada cual."

Pero si hablan así respecto de la igualdad, no están menos expresivos respecto á la libertad, y en todos sus escritos hablan del hombre con aquella elevación y dignidad que se merece el que, rescatado de la esclavitud del pecado por la sangre de la Víctima sagrada, no debía prosternarse ante el hombre, ni prostituirse por él, ni ser hollado en los derechos que le diera la rendición. Nada, efectivamente, más absurdo ni más contrario al Evangelio que es todo amor, todo caridad, que el comercio de la vida del hombre, que la explotación de sus trabajos, que el tráfico inhumano de su sangre en provecho del hombre: el hombre nació solo para servir á Dios; y desde que se reconoce esclavo del Señor y redimido con la sangre de Jesucristo, no puede hacerle su siervo sin robar sus derechos al Criador; por eso dice S. Pablo á los Corintios: "En gran precio habeis sido comprados, no os hagais esclavos de los hombres." "Adonde el espíritu de Dios, allí la libertad." Es-

ta ley de la igualdad hace decir á Santiago: "Obrad y hablad como empezando á juzgar por la ley de la libertad."

El Salvador habia enseñado á llamarnos y amarnos como hermanos, y esta ley de fraternidad acogida con tanto entusiasmo en medio de la corrupción que dominaba el mundo, entre el desorden que todo lo confundía, y la tiranía que todo lo hollaba, no podía menos de propagarse, y desde entonces los derechos del hombre debían respetarse por el hombre, estaban consignados en el código sagrado y todos los hombres obligados á observarlos, si no querían hacerse reos del infierno; pero si el genio del mal, adornado con todo el brillo y oropel mundano, del orgullo, de la soberbia, del amor propio y de la tiranía los desatiende, y bien hallado el poderoso con su usurpación; no quiere sacrificarla en aras de su Dios y en bien de sus hermanos, desoyendo la voz imperiosa de su deber y los gritos de su conciencia; el sacerdote, amigo del oprimido, tribuno sagrado que defiende al pobre, levantará su voz poderosa para condenar su conducta, la anatematizará de parte del cielo, fulminará los rayos de la Iglesia para hacerle entrar en su deber y observar la ley de la fraternidad tan recomendada por Jesucristo á los que ansian la posesión del cielo.

En cumplimiento de esta doctrina admirable, los apóstoles la estendieron por el mundo, la pro-

pagaron con palabras y obras, y la dejaron consignada en sus escritos; por esto S. Pablo dice á los gálatas: "Sois llamados hermanos en la libertad;" y á los romanos: "Librados del pecado, fuís-
teis hechos esclavos de la justicia." Pasemos de aquí á la historia y veamos los primeros tiempos del cristianismo; estudiemos las costumbres de los fieles en aquellos dias felices, en que gimiendo bajo el peso de las persecuciones, los hierros, los suplicios, las llamas eran otros tantos apóstoles mudos que convertian hasta los mismos verdugos; veamos aquellos hombres carnales entregados á la corrupcion que dominaba la sociedad, al lujo y á la molicie, abandonar los placeres por abrazarse á la cruz; y al inscribirse entre los hijos del Crucificado, en cumplimiento del Evangelio que profesaban, presentar al sacerdote el producto de sus bienes para que los repartiera entre sus hermanos pobres, esto es, entre todos los necesitados, fueran ó no cristianos, porque la ley de la fraternidad que estaba consignada en el dogma de los hijos de Cristo, no veia en el hombre, cualquiera que fuera su patria, religion ú origen, sino un hermano á quien socorrer y amar, porque el Señor habia dicho: "Si tienes dos túnicas dá una á tu hermano necesitado;" prometiendo en recompensa de la caridad el reino de los cielos, y asegurando, "que el bien que se hace á los pobres lo recompensará como hecho á él mismo."

De tan frondoso árbol salieron ramas fecundas que esparcieron por el mundo la dulce semilla de la virtud; de esta doctrina pura y hermosa, emanaron aquellos ágapes, aquellas mesas adonde el pobre y el rico se sentaban en perfecta hermandad para alimentarse con unos mismos manjares; de esta fraternidad nació la armonía de sentimientos y prácticas, de pensamientos y palabras que reinaba en los fieles, entre quienes la rivalidad consistia solo en la virtud, y en hacer mayores méritos para con Dios, socorriendo y auxiliando los necesitados, prodigando su sangre y sus vidas en defensa y beneficio, no solo de sus hermanos de creencias, sino de sus enemigos, de sus delatores, de sus mismos verdugos, á quienes lejos de tener rencor, compadecian; y en vez de procurarles mal, rogaban al Señor por la salud de sus almas, sacrificando sus propias ofensas en aras del que murió por todos, enseñándonos á perdonar á nuestros enemigos, que aun martirizándonos no dejan de ser nuestros hermanos, redimidos como nosotros con la sangre del justo, que se complace en las prácticas de virtud de sus hijos.

La Iglesia publica la igualdad y la fraternidad en todas sus prácticas, ya enseñándonos á llamar Padre y Señor á Dios, ya acostumbándonos á orar juntos, ya ofreciéndonos el cuerpo y sangre de su divino Fundador en alimento, ya abriendo sus destinos al mérito y á la virtud, eliminando

hasta de su comunión y de sus filas á los que se valen de otros medios para conseguirlo; y allí en esos elevados puestos venerados de todos, se da al sacerdote, al obispo, al pontífice el poder de absolver y condenar, de hacer beneficios para que lo emplee en favor de sus hermanos sin tasa ni medida.

Enseñado de este modo el hombre á conocer el valor del hombre, viendo en la doctrina de Jesucristo establecida esa igualdad admirable, contemplando la Iglesia regida por tan sábias leyes, abriendo á sus hijos sus puertas, admitiendo á sus prácticas á todos sin distinción alguna, comprende su verdadera dignidad, y el sentimiento de su conciencia que le dice que tiene ante Dios, que ser responsable de sus acciones, le hace conocer que lo es igualmente ante la ley, y por consiguiente, que tiene en el mundo personalidad igual y tan digna de ser respetada, como la del magnate que le gobierna, y que solo puede mandarle en nombre de Dios verdadero Señor de ambos.

Así, pues, desde este momento se inocular en su alma y fermenta en su corazón la idea de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad verdadera; porque desde que el hombre descubre en su Señor un semejante sujeto á las mismas debilidades que él, que como él viste una carne mortal, que afligen los dolores, acibarán los disgustos y consume el sepulcro; desde que conoce que la volun-

tad que le oprime es una voluntad humana, iluminada por un entendimiento sujeto al error y á las ilusiones como el suyo, contempla en el hombre un individuo en un todo semejante á él, y se indigna, irrita y esfuerza por sacudir el yugo que le oprime y romper las trabas que le sujetan; entonces, sin embargo, viene en defensa del orden la religión, que le manda mirar en sus superiores los representantes del Señor en la tierra cuyos mandatos debe acatar; y el brazo robusto que no fueron bastante á sujetar las cadenas y á contener los hierros, se desarma á la voz del sacerdote que le dice en nombre del Señor: Obedeced las potestades, y así se garantiza el orden que es la verdadera libertad.

De este modo la religión que enseña la libertad, comprime el libertinaje; pero no sin dejar de advertir al superior que sus mandatos deben ser arreglados á la justicia, que ejecutor de la ley debe ser el primero en acatarla, porque hay otro tribunal donde debe dar razón de todos sus actos, y donde ha de ser juzgado conforme á ellos sin que su elevado puesto y el derecho de regir á los demás, y la inviolabilidad de su persona sirvan para otra cosa que para hacer más terrible su condenación, porque ante Dios no habrá otra recomendación que las obras propias, buenas ó malas, justas ó injustas que cada uno hubiese hecho; y ved aquí el principio verdadero que da superioridad á la

ley sobre el hombre, y que reconocido por el súbdito crea en su alma el pensamiento de la soberanía de la ley, á la que todos estamos sujetos y debemos acatar; y por consiguiente, el de la igualdad legal absolutamente diferente de esa igualdad mal entendida con que los filósofos del día quieren cohonestar sus doctrinas de destruccion y de desórden, por medio de las cuales quieren arrogarse el derecho de juzgar hasta á sus soberanos, que segun el Evangelio en que se fundan, solo deben ser juzgados en el tribunal de Dios, que los hizo caudillos y gefes de su pueblo, para que todos los respetasen y obedeciesen, sujetándolos solo al juicio eterno, y conminando á cuantos se atreviesen á juzgar sus hechos cuyo conocimiento se reservó porque son sus ungidos y sus personas sagradas é inviolables para nosotros, á quienes solo encarga la religion rogar al Señor por su salud, por el acierto en su gobierno, y por la felicidad de su reino. Así la Iglesia enseña la igualdad, y evita los trastornos y las revoluciones que condena, como la tiranía que rechaza refrenando los instintos del orgullo y de la soberbia, y encadenando la hidra de la discordia á los piés del que dijo: "Por mí reinan los reyes, imperan los príncipes, y los poderosos del mundo administran justicia." ¡Doctrina admirable que conserva la paz en los Estados, y es como el preservativo de esos trastornos violentos que conmueven las naciones

mas bien regidas, y arruinan los pueblos mejor gobernados, convirtiendo las ciudades mas florecientes en ruinas tristes, los campos mejor cultivados en yermos solitarios, y los emporios de las ciencias, de las artes y de la civilizacion, en miserables aduares habitados por tribus errantes, sin leyes, sin cultura, sin nada, en fin, de cuanto hace feliz la vida del hombre.

Respecto á la fraternidad, el Evangelio ni la entiende, ni la puede entender por la comunidad de bienes, ni por la igualdad de fortunas; el que estableció la ley evangélica es la misma Sabiduría, y como tal conoce muy bien que los hombres no pueden ser iguales ni en pensamientos, ni en condiciones sociales; que debe haber superiores é inferiores, gobernantes y gobernados, reyes y súbditos, pobres y ricos; y si prescribe la humanidad y la moderacion en unos, no se olvida encargar y preceptuar á los otros la sumision y la obediencia, y para todos la caridad, que es la ley del amor, por la cual el hombre conoce que no nació solo para sí, sino para sus semejantes, á quienes debe mirar como hermanos para compadecer sus yerros, tolerar sus faltas y sacrificarse por su bien, perdonando las injurias que reciba, y compadeciendo á los que se las ocasionen, porque llegará el día en que han de ser juzgados, y de ellas se les ha de pedir cuenta, porque tiene dicho que de cuanto hagamos le deberemos dar

razon en su día "y que es el Dios de las venganzas."

Conociendo el buen Jesus que la sociedad no puede existir sin gerarquías, dijo: "Dad al César lo que es del César;" esto es, obedeced á los soberanos que os gobiernan en nombre de Dios; y sabiendo que no era posible la nivelacion de fortunas, asegura que siempre habrá pobres en el mundo, y en que haya pobres y ricos se ve una de las mas admirables leyes de su providencia, porque enseña á los ricos el uso que deben hacer de las riquezas para agradarle, que es emplearlas en socorrer á sus hermanos indigentes, y en los pobres les presenta ocasiones en que ejercer su caridad para ganar así el reino de los cielos, al par que con las privaciones ejercita la paciencia de los necesitados, poniéndolos en el verdadero camino de la salvacion por medio del sufrimiento de sus miserias, y la conformidad en la voluntad del Altísimo, que para salvarnos y hacer nuestra felicidad se vale de mil medios que si los ejecuta su voluntad, al hombre no es dado investigar.

Pensemos, pues, un momento en esa fraternidad mal entendida, que en sus delirantes sueños han inventado los filósofos de nuestros días para alucinar las masas y trastornar las naciones, y convendremos en la imposibilidad de realizarla:

hay en el mundo hombres pródigos y económicos, los hay sabios é ignorantes, activos y perezosos, virtuosos y corrompidos: repartid entre estos por partes iguales los bienes y las fortunas, y veremos á los unos aumentarlas y á los otros malver-sarlas; á estos prosperar y empobrecer á aquellos, segun las cualidades de que cada uno está dotado, y tendremos, por consiguiente, necesidad de hacer todos los años nuevas nivelaciones, porque todos los años se habrá destruido el equilibrio, y habrá dejado de existir la igualdad. Tan evidente es esta verdad, que nos parece oscurecerla el esclarecerla mas, y por lo mismo nos abstenemos de comentarios, y tan espuesta á trastornos, que de plantearse creemos planteada y sancionada la revolucion.

Consideramos ahora otra utopia á ver si es mas realizable. Demos por supuesto que de grado ó por fuerza se obliga á todos los hombres al trabajo, y que el fruto de éste se encierra en un acervo comun, que de allí se provee igualmente á las necesidades de todos: como no habremos podido hacerlos á todos igualmente virtuosos, tendremos en la comunidad avaros, orgullosos, hombres apasionados por el lujo, ambiciosos de honores y mandos; aquellos soberbios, estos humildes; los unos irascibles, los otros pacientes; estos fuertes, aquellos débiles, intrigantes y comedidos, falaces y sencillos, y tendremos en último caso, que los mas

serán víctimas de los menos; que los unos trabajarán mientras los otros estarán holgando; que el producto de los sudores de algunos servirán para sostener las obligaciones y hasta los caprichos de los demas; y en una palabra, que la comunidad ha trabajado en provecho de unos cuantos que concluirán por erigirse en señores, y fundarán una aristocracia insolente, que acabará por una tiranía feroz é inhumana, que hará retroceder el mundo á los tiempos de la barbarie, del feudalismo, de la esclavitud, y la humanidad se veria ultrajada, la dignidad del hombre prostituida y la ley del amor y la caridad derogada, sumiéndose la sociedad en un caos de crímenes y de horrores repugnantes, no solo á Dios que es la humanidad misma, sino tambien á todo hombre que estime en algo el bien de sus semejantes.

El Evangelio, pues, trata de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad compatible con la ley, de la que garantiza el orden de las naciones, que hace felices los hombres, y reprimiendo sus desordenados apetitos, los constituye en sociedad para el bien comun, garantizando al débil contra el poderoso, al oprimido contra el opresor, al súbdito contra el soberano, enseñando á todos que han sido redimidos por Jesucristo para ser todos observantes de sus preceptos y de su ley, conformándose cada uno con la condicion en que plugo á la Providencia colocarle, para que siguiendo

todos los caminos del Señor, merezcan ser incorporados en la gloria de su esplendor, siendo una misma cosa con Jesus en el reino de su Padre.

La Iglesia, á su vez, ha enseñado y difundido por el mundo esta doctrina en el mismo sentido que el Evangelio la esplica; y si bien quiere para todos la libertad bien entendida y condena al tirano, tambien aborrece el libertinaje y fulmina sus anatemas contra los que perturban la paz del Estado, faltando á la obediencia á sus superiores que ejercen las funciones de su ministerio en el nombre del Señor, fuente y origen de toda autoridad; y es tanto lo que encarga la obediencia, que la tiene en mas que los sacrificios, y quiere tanto la sumision, que encarga obedecer á los príncipes, aun á los díscolos, estableciendo tambien garantías para su gobierno y poniendo al frente sus obispos y pontífices, á cuyo cargo afirma puso Dios el cuidado de regir la Iglesia que fundó y rescató con la sangre de su Hijo.

De lo espuesto aparece, que las ideas de la libertad, igualdad y fraternidad con que quieren adornar los revolucionarios el libro de sus crímenes, y que erigen en dogma de su política maquiavélica, son tomadas del Evangelio, pero tergiversando su sentido y haciéndolas servir á sus miras ambiciosas, alucinando su voz mágica los corazo-

nes con las promesas de bienes que nunca serán realizados, porque sin la religion no son posibles, y sin el sentido verdadero en que el Señor las estableció, que es con el que la Iglesia y sus ministros las propagan, jamas podrán constituir el bien no de un pueblo, pero ni aun del individuo.

Los filósofos del día, que viven del engaño y hacen de la ruina de sus hermanos el escabel de su trono, no pueden basar nunca sus teorías absurdas y tiránicas sobre la doctrina del que dijo: "Que debemos dar la vida por nuestros semejantes;" no pueden establecer sus principios sobre las máximas del Libro santo que nos enseña á dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; no pueden hacer el bien de los hombres los que, proclamando humanidad, encienden la tea de la discordia en los Estados, siembran el veneno de la guerra en los reinos y llevan al seno mismo de la familia el odio, la desolacion y la muerte; los que así faltan al gran precepto de Jesucristo, que es la caridad, ni pueden ser sus discípulos, ni menos los apóstoles de sus doctrinas, ni sus hijos verdaderos. Son, sí, sus hijos espúrios, los falsos doctores, de quien está escrito: "Vendrá, pues, tiempo en que no podrá tolerarse la sana doctrina, sino que se levantarán por todas partes maestros y doctores segun el deseo del mundo, que halagando los oidos predicarán con frases escogidas

una doctrina fabulosa: si es llegado ese día desgraciado en que los lobos rapaces se han introducido en el rebaño del Señor, y sembrando errores descaminan á los sencillos; contra ellos, pues, debemos levantar nuestra voz, rasgar la piel que los disfraza y presentarlos á los ojos del mundo en su verdadera desnudez.

Quede, pues, sentado, que las palabras "igualdad, fraternidad, libertad," segun las entienden los filósofos de nuestro siglo, no son las que proclamó Jesucristo y enseña su Iglesia, no son las que hacen la felicidad de los pueblos, de las naciones y del individuo, sino por el contrario, son las que separadas de su origen como un arroyo que, bien dirigido, riega y fecundiza los campos, una vez desbordado los anega y asola, así llevan la ruina á la familias y la miseria á los Estados, llenando el mundo de desgracias. La doctrina de Jesucristo consignada en su Evangelio es una doctrina de paz, los principios son de orden, el espíritu de la Iglesia es de caridad; ¿cómo, pues, podrán nunca estos principios hermanarse con la tala, el incendio, el asesinato y la guerra? ¿Cómo podrán nacer de una misma fuente, de un mismo origen, tan contrarias consecuencias? ¿Cómo un mismo árbol puede producir tan contrarios frutos? Imposible: la vida y la muerte no pueden ser hermanas, la luz y las tinieblas se rechazan mutuamente.

De lo dicho, sin embargo, aparece que la verdadera libertad tiene su origen en el Evangelio, porque la verdadera libertad dista tanto de la demagogia como de la tiranía, y de los motines como del vilipendio; es la que enseña al súbdito á obedecer sin degradarse, y al superior á mandar con justicia, porque á uno y á otro enseña á vivir en la presencia del Señor que, en su día, ha de castigar al súbdito rebelde y al superior orgulloso: así, pues, el Evangelio es la ley del amor que enseña á los hombres á amarse como hermanos, que les promete una misma recompensa y los hace herederos del mismo reino, cuya posesion tiene prometida á los que en el mundo sigan sus caminos, que son los de la equidad y la justicia, cimiento sobre el cual descansa el hermoso edificio de la libertad.

La esclavitud es un mal condenado por el que vino al mundo á romper sus cadenas, mal en contradiccion con el dogma sobre que está basada toda la religion de Jesucristo, que es la caridad, puesto que no la cumple el que tiraniza á su hermano, el que le explota, el que le hace servir á sus caprichos prostituyendo su dignidad y escelencia, esponiéndole en los mercados y reduciéndole á una condicion degradante, cuyos premios son el látigo, cuyos derechos son la miseria y las cárceles, y cuyo porvenir el suplicio: horroriza considerar que el hombre, la obra mas perfecta

de la creacion, la imágen viva de Dios puede ser tratado por su hermano con tanto vilipendio, por su hermano que es en un todo igual á él, y sobre quien no tiene otro derecho que el que le da el nacimiento, tal vez la fuerza y siempre la usurpacion; ¡por el hombre, que al fin han de consumir los gusanos y encerrar el sepulcro!

Quede por fin sentado que el cristianismo jamas protegió ni protege la esclavitud; que si enseña al esclavo el sufrimiento como un medio de ganar el cielo y conseguir la eterna felicidad, tambien tiene escrito en su Evangelio que Dios pedirá al superior cuenta estrecha del abuso de su autoridad, y condenará al tirano á los tormentos eternos, puesto que al constituirle superior, y al ordenar la obediencia á sus súbditos, le impuso el cargo de ser, no su verdugo, sino su padre; no le impuso el placer de explotarlos, sino el deber de velar por su bien y sacrificarse en su obsequio, de velar cuando ellos duermen, de garantir sus bienes y proveer á su seguridad con leyes sábias, justas y equitativas; y en una palabra, de considerarse como el mas inferior entre sus hermanos; por esto debe tener presente que si bien dice el Evangelio á los súbditos: "por mí reinan los reyes, mandan los príncipes, y los poderosos del mundo administran justicia;" tambien está escrito que el rey debe gobernar con equidad, pues de cualquier injusticia que cometa será responsable

ante el juicio de Dios, que le premiará ó castigará segun sus obras, y que le tiene puesto al frente de su pueblo para que le gobierne, no para que le tiranice: así lo canta la Iglesia, y lo han definido los concilios: esta es la doctrina del Evangelio; véase si es tiránica ó liberal.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL PRIMER TOMO.

	PAGS.
Prólogo.....	5
Capítulo I.—Estado del mundo á la venida de Jesucristo.....	15
Capítulo II.—Tiempos primitivos del cristianismo.....	30
Capítulo III.—Desde la dispersion de los apóstoles hasta las persecuciones.....	51
Capítulo IV.—Persecuciones de la Iglesia.....	80
Capítulo V.—Acusaciones contra el cristianismo y su refutación.....	107
Capítulo VI.—Primeras herejías, origen de la teología, literatura cristiana, bellas artes.....	138
Capítulo VII.—Paz, gerarquía y organizacion de la Iglesia.....	177
Capítulo VIII.—Reaccion pagana, herejías, cismas.....	216
Capítulo IX.—Estado del mundo.—Ultimos paganos ilustres.—Pontífices.—Santos Padres de Oriente.....	244
	36

ante el juicio de Dios, que le premiará ó castigará segun sus obras, y que le tiene puesto al frente de su pueblo para que le gobierne, no para que le tiranice: así lo canta la Iglesia, y lo han definido los concilios: esta es la doctrina del Evangelio; véase si es tiránica ó liberal.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL PRIMER TOMO.

	PAGS.
Prólogo.....	5
Capítulo I.—Estado del mundo á la venida de Jesucristo.....	15
Capítulo II.—Tiempos primitivos del cristianismo.....	30
Capítulo III.—Desde la dispersion de los apóstoles hasta las persecuciones.....	51
Capítulo IV.—Persecuciones de la Iglesia.....	80
Capítulo V.—Acusaciones contra el cristianismo y su refutación.....	107
Capítulo VI.—Primeras herejías, origen de la teología, literatura cristiana, bellas artes.....	138
Capítulo VII.—Paz, gerarquía y organizacion de la Iglesia.....	177
Capítulo VIII.—Reaccion pagana, herejías, cismas.....	216
Capítulo IX.—Estado del mundo.—Ultimos paganos ilustres.—Pontífices.—Santos Padres de Oriente.....	244
	36

Capítulo X.—Santos Padres de Occidente.—Triunfo del catolicismo..... 281

Capítulo XI.—La Iglesia y la civilizacion..... 313

Capítulo XII.—Pena de muerte.—Doctrina de la Iglesia y de los santos Padres sobre ella.—Tolerancia del cristianismo 366

Capítulo XIII.—Libertad, igualdad, fraternidad, tal cual la entiende el Evangelio y la Iglesia la ha enseñado.. 398



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



